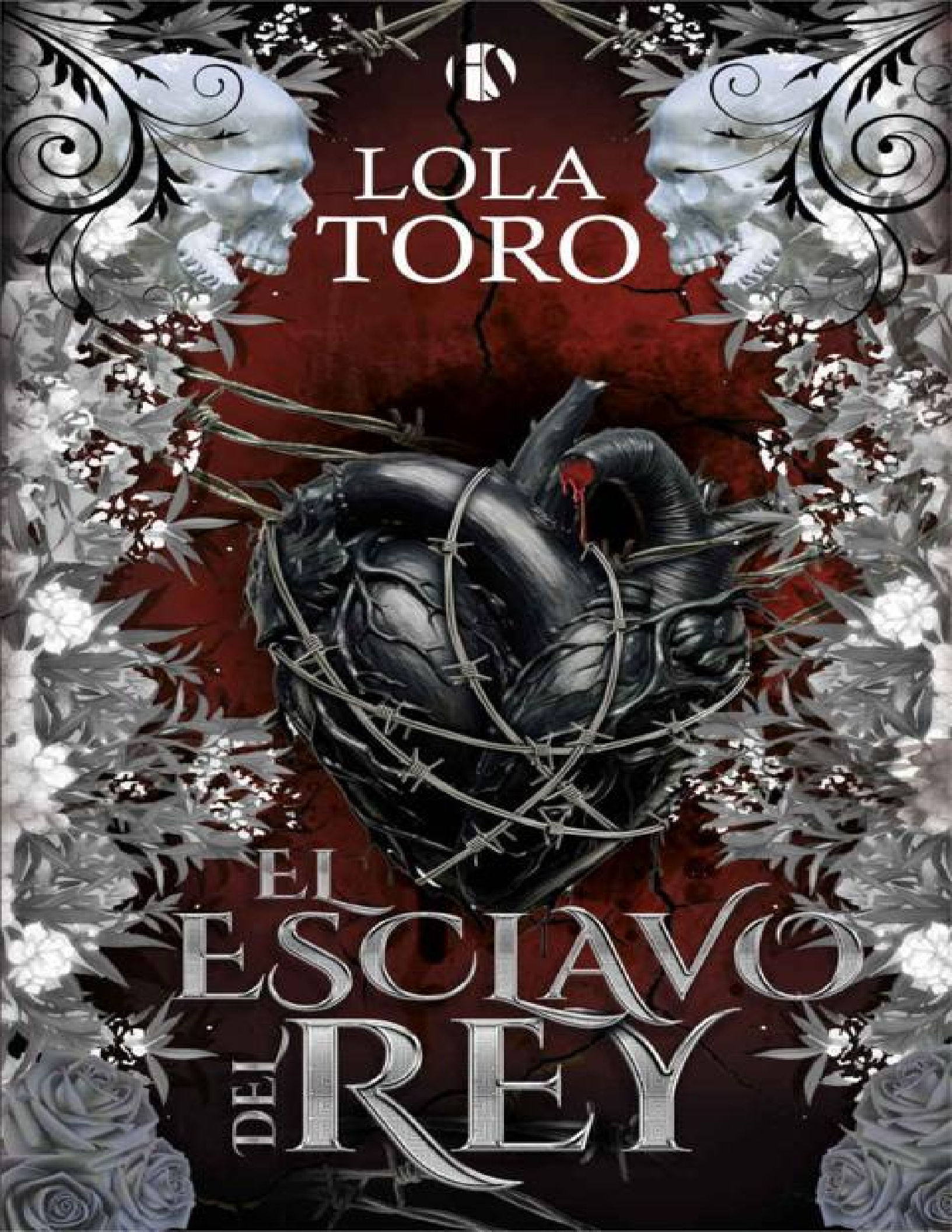

LOLA
TORO
EL
ESCLAVO
DEL
REY

El esclavo del rey

Lola Toro

Ediciones Hic Siic

Derechos de autor © 2025 Lola Toro

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.cedro.org
o por teléfono en el 91 702 19 39 / 93 272 04 45

Primera edición: julio 2025
Corrección ortográfica, maquetación y diseño de cubierta por Ediciones Hic Sic
www.hicsic.com @edicioneshicsic

Contenido

Página del título
Derechos de autor
PRÓLOGO
PRIMERA PARTE
CAPÍTULO 1
LEY ESCARLATA
CAPÍTULO 2
LEY ESCARLATA
CAPÍTULO 3
LEY ESCARLATA
CAPÍTULO 4
LEY ESCARLATA
CAPÍTULO 5
LEY ESCARLATA
CAPÍTULO 6
LEY ESCARLATA
CAPÍTULO 7
LEY ESCARLATA
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
LEY ESCARLATA
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
LEY ESCARLATA
CAPÍTULO 27
SEGUNDA PARTE
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
TERCERA PARTE
CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
LEY ESCARLATA
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

EL ESCLAVO DEL REY

Dedicatoria:

Para todas esas personas a las que les sigue gustando una buena historia de vampiros.

PRÓLOGO

Si esto fuese un cuento empezaría con un *Érase una vez en un país lejano, donde había una princesa en un castillo*… o algo por el estilo.

Pero no es un cuento de hadas ni una historia romántica al uso. Trata de una historia con vampiros y humanos destinados a entenderse.

No es un cuento de princesas, sino de un rey. De uno en particular. El más poderoso de todos.

El rey de los vampiros.

No va de castillos… Bueno, un poco sí.

Y no va de héroes, sino de esclavos.

Y los súbditos del reino no eran felices porque los humanos vivían subyugados bajo la tiranía de los vampiros, que los usaban como ganado.

Tras años de luchas donde los humanos no consiguieron deshacerse de los vampiros, se firmó un acuerdo en todas las ciudades del mundo donde los hombres podían ofrecer su sangre a cambio de dinero, se guardaba en un banco central para que los vampiros pudieran comprarla y hacer uso de ella de manera legal, y acabar así con los humanos desangrados por vampiros hambrientos que no tenían otro modo de conseguir alimento. Para sorpresa de todas las partes implicadas, ese acuerdo funcionó y casi todas las partes lo respetaban y cumplían.

El rey, por ser quien era, tenía una manera diferente de alimentarse.

Los humanos podían ofrecerse como esclavos de sangre y el rey, a cambio, cuidaría de sus familias para siempre.

Esta es la historia del humano Exael Collins, que decidió ofrecerse como esclavo al rey vampiro a cambio de la protección de su familia.

¿Queréis conocer su historia?

Adelante.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

EXAEL

Me quedé mirando la fila de hombres a los que empujaron, al igual que a mí, hacia el interior de la sala de audiencias del rey Velkan. En ese momento permanecía vacía. Era tan inmensa como el resto del castillo y mucho menos lujosa de lo que esperaba para ser la residencia habitual del rey más famoso del mundo. El enorme salón de piedra estaba adornado con tapices en las paredes y muebles de madera noble, lo cual hacía que la estancia fuese cálida y acogedora. Un escalofrío me trepó por la columna como si fuesen un reguero de hormigas.

—Quedaos ahí y no os mováis, escoria.

Apreté los dientes cuando el vampiro que nos había conducido hasta allí me empujó de nuevo, con tanta fuerza que trastabillé y estuve a punto de caer al suelo. Lo miré con odio, pero supuse que era demasiado insignificante para que le molestara mi reacción. Si trataba así a todos los humanos que pedían reunirse con el rey, debía estar más que acostumbrado a las miradas de odio y las maldiciones que le lanzábamos todos en voz baja.

—¿Estás bien?

Un chico más joven que yo me agarró y evitó que cayera al suelo. Yo era el último de la fila y ya me habían empujado tantas veces que parecía que llevaba allí dentro mucho más tiempo del que realmente debía haber pasado.

—Sí, gracias. —Cogí su mano y me incorporé.

—¡Vosotros dos! ¡Silencio!

—¿Este es siempre así de simpático? —susurré al chico que sonrió con disimulo, intentando que el guardia no nos viera.

—Son todos iguales —susurró él también—, estos monstruos no conocen lo que es la cortesía y mucho menos el sentido del humor.

El guardia gruñó al ver que lo ignorábamos y se acercó a nosotros con una rapidez inhumana. Estaba junto a la puerta y al

segundo siguiente tenía sujeto por el cuello al chico que hablaba conmigo; lo levantaba del suelo como si no pesara nada.

El miedo me atenazó las tripas.

«¡Hostia puta!»

—¡He dicho que os calléis!

El vampiro era grande. Rozaba los dos metros, como solía ser lo normal en ellos, y delgado como las ramas de un sauce, pero la fuerza sobrehumana que tenían los vampiros superaba a la de varios hombres juntos. Desde donde estaba, justo frente al vampiro que aún sostenía al hombre en alto mientras su rostro se comenzaba a poner morado por la falta de oxígeno, pude ver bien los ojos de un azul hielo casi translúcido, vacíos de toda emoción, y la palidez cadavérica de su piel.

Su olor, como a polvos de talco y algo rancio y viejo que llenó mis fosas nasales, me provocó náuseas. Intenté mantener la compostura, aunque no pude evitar dar un paso atrás. Algo me decía que este tipo no dudaría en chuparnos la sangre sin dar explicaciones a nadie, como ya había oído que hacían a menudo con los esclavos que se ofrecían al rey y que no eran aceptados, es decir, a la mayoría de los que se ofrecían, ya que el rey escogía esclavos muy de tarde en tarde.

—Igor, suéltalo.

El guardia, más que soltarlo, lo dejó caer y el chico se desplomó en el suelo mientras intentaba llenar sus pulmones de aire. Todos los que estábamos en la fila, un total de seis hombres, nos pusimos en guardia y en actitud firme en el acto. Yo nunca había visto a ese vampiro en persona, pero sabía que era la mano derecha del rey y el capitán de sus tropas.

El tipo llamado Vladimir entró en la estancia a grandes zancadas. Vestía pantalones de piel negros y una especie de túnica de otra época, también negra, que dejaba sus fornidos brazos pálidos y sin tatuajes visibles al aire. Automáticamente pensé en guerreros de esos que salen en las películas, y no supe por qué pensé que este hombre venía de entrenar soldados o algo así. Era gigantesco y nos contempló con frialdad mientras se nos acercaba. Todos los

vampiros eran peligrosos, pero ese en particular era muy poderoso, no tanto como el rey, pero casi.

—Debes tener mucho cuidado con su asistente, es el peor monstruo de todos —me dijo mi hermana menor cuando le conté lo que había decidido.

—No tocará a ningún humano que se haya ofrecido al rey, ¿no? —pregunté desde mi ignorancia.

—Tú no te fíes de él e intenta por todos los medios no quedarte a solas con ninguno de ellos en el castillo.

Las palabras de mi hermana me vinieron a la cabeza al verlo. Era un hombre guapo, tenía el cabello rubio recogido en una coleta bien hecha; con sus ojos fríos y boca cruel nos estudió como el depredador que era. Su rostro, todo él, parecía el de un dios griego de esos que representaban en las estatuas de la antigüedad. Pero, sus ojos… Esos ojos pálidos me provocaron escalofríos.

Comenzó a pasearse delante de nosotros, como un general pasando revista a sus tropas, con pasos lentos y sin apartar la mirada. Cuando llegó frente a mí se paró de golpe y dio un paso adelante. Yo evité dar un paso atrás, pero cuando parpadeó, dos veces, levantó la cabeza y olfateó el aire, sus ojos azules se transformaron en un segundo. Eran azules y al segundo fueron negros como las alas de un cuervo, y supe de inmediato que lo que fuera que hubiese olido en mí me no me iba a gustar. De hecho, en ese momento supe que me acababa de convertir en su cena.

—¡Qué coño…!

Al instante siguiente lo tuve encima con sus manos sujetando mi cabeza y colocándola en el ángulo que le resultaba más cómodo para morderme, mostrando todo mi cuello. Ni siquiera me dio tiempo a protestar. Sentí su piel fría como la de un reptil en mi cara y sus uñas se me clavaban en la piel. Aunque hubiese querido moverme no pude hacerlo por el terror que me embargó en ese momento.

¿Ahí iba a acabar todo?

¿Ni siquiera iba a poder ver al rey?

Entonces sentí su nariz sobre mi cuello, oliéndome tan de cerca que ese olor a talco rancio me llenó las fosas nasales de nuevo, pero esta vez no pude apartarme. No supe de dónde me vino la idea,

pero no pensaba rendirme y ser el plato principal en el menú de este gilipollas. Sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, le solté un puñetazo en la cara y una gratificante sonrisa curvó mis labios cuando su sangre, o lo que coño tuviera en las venas, me salpicó la cara al golpearle la nariz. Con el golpe no me soltó, como esperaba, incluso sentí más miedo cuando lo oí gruñir y vi cómo mostraba sus largos colmillos para acabar con mi vida en ese momento.

Lo golpeé de nuevo en el mismo lugar, y esa vez oí el crujido de su nariz al romperse.

No pensaba rendirme con tanta facilidad.

—Vas a morir sufriendo como la alimaña que eres. Voy a dejarte seco.

Fue a atacarme, pero, entonces…

—¡Suéltalo!

LEY ESCARLATA

El principio del fin

Si miramos atrás en el tiempo, nadie puede decir con seguridad de dónde salieron los vampiros. No se sabe si eran descendientes de Vlad el Empalador, tan famoso en Rumanía, o de alguna otra especie oculta por el mundo. Solo se supo que un día comenzaron a correr noticias de que habían atacado a humanos en Rusia y, a los pocos días, atacaron otras ciudades asiáticas. Poco tiempo después ya estaban asentados en África y luego se habían expandido por el mundo entero.

Todos los países lucharon contra ellos de las formas que, se suponía, podían ser efectivas por lo que contaban las leyendas, pero nada parecía funcionar. Al parecer, la única manera de acabar con ellos era cortándoles la cabeza.

Tampoco estaba claro el modo que tenían de convertir a los humanos en vampiros. Era mentira lo que contaban las leyendas de que si te mordían ya eras un vampiro. Al parecer, la conversión era algo mucho más complicado que eso.

Ahora, con el paso de los siglos, ya sabíamos que la mayor parte de tu sangre tenía que ser vampira antes de morirte para poder convertirte en uno de ellos, así que la conversión era un largo y laborioso proceso que necesitaba de la colaboración y deseo de las dos partes implicadas. Todo esto llevó a mermar la población mundial de manera alarmante, así que todos los países acordaron dialogar con el rey vampiro para intentar llegar a un acuerdo y detener la masacre que habitaba en las calles de las ciudades del mundo.

Por ese motivo, Velkan, el rey, se reunió con los humanos para firmar el acuerdo que, aún hoy, sigue vigente. El acuerdo decía que los humanos harían bancos de sangre para alimentar a los vampiros y evitar así que los siguieran desangrando en cualquier lugar.

Nació así la llamada *Ley Escarlata,* que recogía todos los acuerdos entre las distintas especies.

Al rey era el único que se permitía tener un esclavo de sangre para que lo alimentara en exclusividad. Por supuesto, era un cargo que todo el mundo quería porque ser el esclavo del rey implicaba convertirse en una de las personas más poderosas del mundo.

CAPÍTULO 2

EXAEL

—Suéltalo. No te lo volveré a repetir —dijo el que supuse que era el rey, ya que pocas personas le hablarían así al que era su mano derecha.

Su voz me provocó unas sensaciones muy extrañas. Incluso dando órdenes, esa voz…

—Esta inmundicia se ha atrevido a golpearme.

Me soltó, dándome un fuerte empujón.

Siempre he sido un bocazas, así que no me pude contener.

—Porque ha intentado morderme —dije al rey.

—Silencio —pidió de nuevo.

Y yo, que no me podía quedar callado…

—Si vuelves a acercarte a mí te golpearé otra vez, pero en las pelotas, a ver si eso te gusta.

No lo vi venir. En un momento estaba en la otra punta de la habitación y al segundo siguiente me había cogido por el cuello y me levantaba del suelo, justo como el asistente había sujetado al chico con anterioridad. Intenté sujetarme a su muñeca para ver si podía aflojar su agarre sobre mi garganta que no me permitía respirar.

¿Por qué no podía callarme cuándo me lo pedían?

—He dicho… silencio.

Tenía al rey tan cerca que pude percibir el olor de su cuerpo. Aunque olía levemente a polvos de talco, él no olía a rancio ni a muerte como había comprobado que olían los demás. Y sus ojos… Joder, tenía los ojos del malva más bonito que había visto nunca. Me los quedé mirando, preguntándome si el hecho de ser el rey le otorgaba un color de ojos distinto al resto de ellos.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, y así de cerca pude afirmar que era tan atractivo como todo el mundo comentaba. Tenía el cabello negro como las alas de un cuervo y le llegaba a la altura de los hombros. Los ojos, de ese color tan extraño, eran grandes y

expresivos de mirada penetrante, y sus pestañas eran largas como las patas de una araña. La nariz larga y recta, los labios llenos que ahora formaban una mueca cruel y la mandíbula cuadrada formaban un conjunto difícil de pasar por alto. Y estaba seguro de que su cuerpo, tan grande que me sacaba casi una cabeza entera, era igual de agradable que su rostro. Aunque lo cubría un traje azul de tres piezas sin corbata. Se decía que solo las usaba en las cenas de gala que daba en este mismo castillo y que eran muy comentadas en todas partes, ya que servían para fomentar las relaciones con la alta sociedad francesa y con los altos mandatarios del resto del mundo con los que los vampiros mantenían tratos comerciales.

De haber tenido alguna duda sobre mi homosexualidad, al ver rey de cerca y lo que me estaba provocando se hubiera disipado como las pompas de jabón.

¡Pof! ¡Pof!

El rey parpadeó. Una vez. Dos. Entrecerró los ojos para mirarme como si de repente me hubiese nacido una segunda cabeza. Sentí el impulso de tocar su cabello para saber si era tan suave como parecía.

—¿Por qué hueles así?

Me dejó en el suelo, pero no me soltó.

¿A qué se suponía que olía? Me había duchado esa mañana. Estuve a punto de olerme la axila para ver si podía referirse a eso, pero no lo hice, aunque tampoco me callé, como de costumbre.

—Así, ¿cómo?

En vez de contestarme, el rey me giró la cabeza para acercarse a mi cuello y olerme más de cerca. ¡Otra vez! ¿Pero qué coño les pasaba a esos tipos con mi olor? Sin embargo su cercanía, en vez de asustarme, me hizo sentir algo muy raro en el vientre y deseé poder acercarme más a él y tocarlo por todas partes y comprobar si el cuerpo que el traje dejaba vislumbrar era tan impresionante como parecía. ¿Qué coño me estaba pasando con ese tipo?

Alguien carraspeó detrás de nosotros. El rey no se inmutó.

—Majestad. La reunión está a punto de empezar. Solo faltáis vos.

El rey me olió una segunda vez de un modo más intenso y luego me soltó a desgana.

—Que se marchen todos —le dijo al vampiro que estaba en la puerta, esperando al rey—. Él se queda.

¡Madre mía! ¿De verdad iba a convertirme en su esclavo?

—Majestad… —Perdería la cabeza cualquier día por tener la boca tan grande—, ¿podéis decirle a vuestro soldado que se encargue de que todos estos hombres salgan del castillo vivitos y coleando?

Velkan se volvió para mirarme. Estaba confundido.

—¿Vivitos y coleando? —murmuró, sin saber a lo que me estaba refiriendo.

Ya no podía echarme atrás, así que le expuse lo que quería decirle. Solo esperaba no sufrir las consecuencias por mi arrebato.

—Se dice que, cuando vienen hombres para que seleccione a sus nuevos esclavos, ya no se los vuelve a ver salir de palacio con vida.

Vladimir volvió a cogerme por el cuello y me elevó en el aire. Al parecer, era el deporte que mejor practicaban, aunque yo no terminaba de cogerle el gusto a eso de estar colgado a varios palmos del suelo, a punto de morir asfixiado.

—¿Qué coño estás diciendo? Maldita alimaña.

El rey pareció, por fin, entender mis palabras.

—Suéltalo y deja que hable.

—Mi rey, es todo mentira. Este humano… —Su mano derecha me dio la espalda para mirar al rey.

—No te lo volveré a repetir —Se acercó a mí cuando su asistente me soltó—. Habla.

¿Por qué coño era tan bocazas? Ahora no podía echarme atrás, así que continué hablando con la intención de conseguir justicia para el montón de humanos que habían muerto en ese castillo. No pasé por alto cómo me miraba el resto del grupo, tanto humanos como vampiros. ¿Estaban agradecidos de que alguien diera la cara por ellos?

—Cada vez que viene un grupo de hombres para que elija un nuevo esclavo, a los demás, a los que no han sido seleccionados, ya no se les vuelve a ver con vida.

—Mientes —dijeron Igor y Vladimir a la vez.

—No miento. —Ya no podía callarme—. Tenía a un amigo que vino aquí hace unos meses y nunca más he vuelto a saber de él.

—Explícate —me pidió el rey.

Le conté lo que le había pasado a mi amigo Nicolai y también sobre otras personas de las que había oído hablar. Sabía que era una acusación muy grave, pero no podía quedarme sin hacer nada. Yo no conocía a esos hombres, pero no merecían morir a manos de unos vampiros que se saltaban las leyes tan alegremente.

—¿Te das cuenta de la gravedad de tus acusaciones?

No podía retractarme, así que me puse firme y miré al rey a los ojos.

Esperaba que pudiera ver que no le estaba mintiendo.

—Sí, majestad.

—Majestad… —Igor parecía más nervioso a cada momento que pasaba—, no hagáis…

No le dio tiempo a acabar la frase. El rey se movió tan rápido que ni siquiera pude ver cómo le arrancaba la cabeza con sus propias manos.

—Nadie se salta la ley en mi palacio —gruñó y tiró la cabeza cortada a Vladimir, que la cogió al vuelo sin rechistar.

El cuerpo tirado en el suelo empezó a desintegrarse y soltó un fuerte olor a huevos podridos y azufre. Cuando se desintegró por completo solo quedaba un charco asqueroso y nauseabundo en el suelo. Hasta la ropa se había desintegrado con el cuerpo.

—Encárgate de que estos hombres salgan del palacio sanos y salvos, y cuelga la cabeza en la sala de descanso de los soldados para que todos vean lo que le haré al que se atreva a romper las normas.

—Sí, mi rey.

—Y que alguien acompañe a mi nuevo esclavo a la habitación que hay junto a la mía.

La sonrisa que me dirigió me hizo sentir como un pequeño ratón en manos de un gato.

—Bienvenido a mi palacio, esclavo. ¡Limpiad esa mierda del suelo!

Algo me decía que mis problemas no habían hecho más que empezar.

LEY ESCARLATA

La ley escarlata

A nadie le extrañó que el rey tomara un viejo castillo en París para convertirlo en su residencia habitual. No era allí donde se reunían los diferentes mandatarios humanos con el rey Velkan cuando tenían asuntos comunes que tratar, sino en el palacio de Versalles. Allí nació la *Ley Escarlata* que aún hoy, casi un siglo después, sigue vigente en el mundo. En ella se recoge por escrito el acuerdo de paz al que llegaron los humanos con los vampiros.

Es una especie de estatuto con derechos y deberes tanto de humanos como de vampiros, y en el que básicamente dice que debemos respetarnos unos a otros e intentar vivir en armonía. Se creó un banco de sangre que proporcionan todos los humanos que lo deseen a cambio de una cuantiosa suma de dinero que pagan los vampiros para poder alimentarse.

Atacar a un humano y saltarse *La ley escarlata* se paga con pena de muerte.

Está totalmente prohibido matar, independientemente de la especie que sea.

La mayoría de los vampiros se alimentan de esa manera, excepto el rey, que lo hace directamente de la vena de los humanos. Hay una larga lista de voluntarios que se quieren convertir en esclavos de sangre del rey a cambio de que su familia sea atendida económicamente por el resto de sus vidas. El mayor problema era que el rey escogía a un esclavo de sangre muy de tarde en tarde, ya que su alimentación era minuciosamente estudiada y el esclavo elegido debe tener unas cualidades físicas óptimas, no padecer ninguna enfermedad crónica y poseer una sangre determinada que nadie, nunca, se había atrevido a mencionar.

Al parecer, yo era ahora el nuevo esclavo del rey, y mi sangre parecía ser diferente porque olía… Ni siquiera sé lo que significaba

eso, pero algo me decía que no iba a ser bueno.

CAPÍTULO 3

EXAEL

Me habían llevado a una habitación tan grande que la casa donde vivía con mi familia cabría ahí dentro. Una enorme cama de madera con dosel ocupaba la mayor parte del espacio. Tenía un ventanal justo enfrente, desde donde se veía casi toda la ciudad. Las gruesas alfombras de color azul y las cortinas de un azul medianoche daban un toque de color a la fría piedra del viejo castillo. Pero ni toda la decoración del mundo podía ocultar los siglos de antigüedad que tenían las paredes grises que me rodeaban.

Estaba sentado en la cama mirando el móvil, que sorprendentemente no me habían quitado todavía, y esperaba… no tenía claro el qué, pero el guardia me había mirado tan mal —supuse que ya se había enterado de lo que le había sucedido a Igor gracias a mi chivatazo—, que no se me ocurriría moverme de ahí hasta que alguien más amable me dijese lo contrario. Algo me decía que no era persona grata en el castillo en ese momento.

La puerta se abrió y una mujer joven con el cabello suelto, de un rojo intenso y tan largo que le llegaba casi a la cintura, se acercó a mí para estudiarme como a un bicho bajo la lupa de un entomólogo.

Vampira, por supuesto.

Parecía joven, de mi edad, más o menos, aunque como ellos no envejecen como nosotros no podía estar seguro de cuántos años tenía. Vestía de manera informal, con vaqueros, sudadera y zapatillas y, como pasaba con todos los de su especie, era tan bonita que parecía irreal con los ojos de un malva muy claro y la boca voluptuosa y sexi. Su tez blanca realzaba todavía más el color encendido de su cabello y el color extraño y bellísimo de sus ojos.

—¿Eres pariente del rey?

Mi boca hablaba antes de pensar. Pero le preguntaba por el color de sus ojos y todo eso.

—¿Quién eres tú y por qué hueles así?

Se acercó a mí como si fuese una presa a la que cazar y me di cuenta de que estaba a su entera disposición. Nadie le diría nada si decidía zamparme como primer plato para su cena si era quien creía que podía ser.

La hermana pequeña de Velkan.

—Así, ¿cómo?

Retrepé en la cama para intentar alejarme de ella, que no apartaba sus ojos de mí. Solté el teléfono sobre el colchón y estudié la distancia hasta la puerta, pensando si podría llegar hasta allí en el caso de que ella me atacara.

—Hueles diferente —aclaró—. Dulce y picante a la vez.

Vaya, no sabía si sentirme decepcionado por saber que olía así. Por cómo me estuvieron olisqueando todos, esperaba algo más glamuroso.

Como espuma de limón al brandy con pepitas de chocolate holandés y virutas de trufa blanca o cualquier *delicatessen* de ese tipo.

¡Qué desilusión!

Ella debió ver cómo la miraba, porque sonrió y dejó ver la punta de sus colmillos.

¡Ay, madre!

La muy capulla comenzó a reírse.

—Deberías ver la cara que has puesto.

Se tiró sobre la cama y se sentó a mi lado sin perder esa sonrisa juguetona.

Vale, entendí que no iba a hacerme daño.

—No tiene gracia —le solté ofendido—. Todos me miráis como si fuese el siguiente plato del menú.

—Mi hermano te ha reclamado como su esclavo —me informó con una gran sonrisa—, nadie en este castillo ni en ningún otro lugar del mundo se atrevería a hacerte ningún daño.

Eso me hizo suspirar aliviado.

—Soy Sasha, por cierto.

Me tendió la mano y se la estreché.

—Yo Exael.

—¿Cómo has sabido que soy la hermana del rey?

Bufé por la pregunta con una respuesta tan obvia.

—Por el color de tus ojos. Son algo más claros que los de tu hermano, pero tienen ese color tan bonito que indica tu procedencia. —Me cogió la cara y me movió el cuello de lado a lado—. ¡Espera! ¿Qué haces? ¡Suéltame!

Qué manía más fea tenían todos de sujetarme la cabeza, oye.

—¿Mi hermano no te ha marcado todavía?

Eso era nuevo.

—Perdona, ¿qué? ¿Marcado? ¿Como a las vacas?

Ella no se rio por mi intento de chiste; a mí esa palabra no me había gustado demasiado.

—Para que todo el mundo sepa que eres su esclavo tiene que marcarte.

Estudió mi reacción y yo no supe qué debía hacer ante esa noticia. Parpadeé, confuso, intentando recordar algo que indicara que el rey me había marcado. Suponía que su palabra sería suficiente, ¿no?

—¿Marcar significa que tiene que morderme?

Era bueno enterarme de lo que se esperaba de mí. No me apetecía ser la cena de nadie, pero, al fin y al cabo, había ido justamente para ese papel. Así que podía hacer conmigo lo que quisiera.

—Marcarte significa que tiene que dejar su olor impregnado en ti —soltó, y se quedó mirándome, a la espera de mi respuesta.

Parpadeé una vez, dos, mientras intentaba asimilar sus palabras.

No pensaba que significara lo que yo estaba pensando. Llevaba fantaseando con el rey desde que había decidido ofrecerme como esclavo, así que un montón de imágenes sexuales no aptas para jovencitas me comenzaron a desfilar por la cabeza, cada una más ardiente que la anterior, hasta que empecé a acalorarme yo solo.

Sasha se rio de mí.

—Eres gay, ¿no?

Volví a parpadear como un búho corto de entendederas.

—¿El rey es gay?

Eso fue lo único que se me ocurrió preguntarle.

—Aunque no se habla de su orientación sexual, que todos sus esclavos hayan sido siempre hombres debería decirte algo.

En ese momento caí en lo que significaba ser el esclavo del rey.

No solo su esclavo de sangre.

¿También sería su esclavo sexual? ¡Ay, madre!

En ese momento llamaron a la puerta y un vampiro con cara de mala leche asomó la cabeza.

—El rey solicita tu presencia en el salón principal para la cena a las ocho de la tarde en punto. Su alteza. —Saludó a la princesa con una leve inclinación de cabeza.

Se me quedó la garganta seca por la impresión, así que mientras buscaba mi voz, que se había largado sin avisarme, incliné la cabeza como único comentario.

—¿Y el comedor está…?

¿En serio eso era lo único que se me había ocurrido preguntarle? Si lo buscaba yo solo, seguramente acabaría perdido en este inmenso castillo.

—Me han indicado que lo espere aquí para que lo lleve con él.

—Vale.

El guardia salió sin decir nada más.

La princesa miró la hora en su reloj antes de hablarme.

—Tienes el tiempo justo para ducharte y vestirte con algo menos andrajoso.

—¡Oye!

Miré mis vaqueros y camiseta. No estaban andrajosos. Bueno, un poco sí. Sí, si lo comparaba con la ropa elegante que llevaba el rey esa mañana.

—Tienes un vestidor entero de ropa nueva, así que mi hermano te agradecerá que la utilices y te vistas acorde a tu nueva posición.

—¿Que es…? —pregunté como el idiota que era.

—Su esclavo de sangre. Te convierte automáticamente en su pareja en todos los sentidos. ¿No lo sabías?

La boca se me descolgó por la sorpresa y me quedé mirándola sin ser capaz de hilar ningún pensamiento más.

¿Dónde coño me acababa de meter?

LEY ESCARLATA

Sobre la edad de los vampiros

Nadie sabe con exactitud cuánto tiempo puede llegar a vivir un vampiro.

Cabe señalar que son tremendamente opacos en cuanto a la información que ofrecen sobre todo lo que tenga que ver con ellos.

Nadie parece haber visto nunca a un niño vampiro por ninguna parte, así que ese tema en concreto levanta mucha polémica y da lugar a numerosas hipótesis, muchas de ellas surrealistas.

Así que, al parecer, tienen un crecimiento muy lento y cuando llegan a la edad adulta su envejecimiento se ralentiza casi por completo.

Por los pocos datos que los humanos tenemos sobre ellos, se supone que viven cientos de años y ni siquiera se sabe a ciencia cierta si llegan a morir de viejos.

CAPÍTULO 4

Me duché y me vestí en tiempo récord.

Mientras tanto, Sasha había estado en mi habitación, contándome cosas sobre el castillo y sus ocupantes tras la puerta cerrada del baño y luego de la habitación anexa, que era un vestidor lleno de ropa de todo tipo, pero, sobre todo, de trajes y camisas de marca.

Como no sabía cómo de formales eran las cenas con el rey, me puse unos pantalones negros y una camisa blanca para ir algo informal.

—Estás guapo —me dijo la princesa al verme aparecer, ya vestido.

—Ya.

Fue mi único comentario antes de volver al baño para peinar mi cabello castaño, que había perdido color en las puntas por el sol del verano, el cual ya comenzaba a marcharse, dando lugar a noches frescas y agradables.

Miré mi cara en el reflejo del espejo y debía seguir en *shock* tras la noticia de la princesa, porque apenas reconocí al hombre que me miraba desde allí.

Estaba más pálido de lo normal y mis ojos azules estaban más abiertos y con las pupilas dilatadas, supuse que por la impresión de todo lo vivido durante el día.

«¡Deja de estar asustado!» me recriminé a mí mismo.

«Ya sabías a lo que venías».

«Además, eres gay».

«Además, es el rey. ¿Qué hombre, humano o vampiro, no querría su atención?»

«Además, es guapísimo. Eso cuenta algo, ¿no?»

—Vale, vale, ya lo pillo —murmuré, intentando acallar mi vocecita interior.

—¿Sueles hablar contigo mismo?

Su voz desde la puerta me sobresaltó y la miré mal.

—Podrías hacer ruido o algo. —La miré, indignado.

Se rio bajito.

—Te acostumbrarás. —Entrecerró los ojos al mirarme de nuevo—. ¿Estás nervioso?

En ese momento fui yo el que los entrecerró para mirarla.

—¿También puedes escuchar mi corazón?

Menuda mierda.

—No, pero puedo oler tu miedo.

—¿Que qué…? Venga ya… ¿Es en serio?

No me lo podía creer.

—Ya deberías saber que tenemos los sentidos mucho más desarrollados que vosotros, sobre todo, el olfato.

—Como los perros, vamos.

Juro que se me escapó.

Sus ojos brillaron unos segundos. Un parpadeo. Malva. Otro parpadeo. Negro.

Eso me acojonó de verdad.

—Es coña, lo siento, lo siento. Cuando me pongo nervioso digo tonterías. —Levanté las manos en un intento de apaciguarla.

Bueno, las decía sin estar nervioso también, pero eso no tenía que saberlo.

Tocaron a la puerta.

Ella sonrió y juro que me dio escalofríos.

—Ya es la hora. ¿Tienes hambre? —Se rio ante mi cara de espanto—. Mañana vendré a comprobar si sigues vivo.

—No eres graciosa, ¿lo sabías?

—Pero te caigo bien y eso es lo que importa.

Ni siquiera me di cuenta, pero cuando se acercó a mí me aparté para intentar alejarme lo máximo posible de ella, que se quedó mirándome con incredulidad.

—No suelo atacar a los humanos a traición y menos al que, a partir de ahora, será el amante de mi hermano.

—Lo siento.

Porque era verdad. Ella no me había dado motivos para huir como había hecho.

—Por esta vez te perdono, pero hieres mis sentimientos con esa actitud.

—Lo siento, no volverá a suceder.

—Supongo que necesitarás tiempo para acostumbrarte a nosotros. Pero intenta hacerlo rápido.

Asentí, deseando alejarme de ella y del daño que parecía haberle hecho.

Abrí la puerta al mismo vampiro de antes.

—El rey le espera.

La princesa me hizo un leve gesto con la cabeza para que lo acompañara a cenar con su hermano mientras salía por la puerta con nosotros. Se marchó por el pasillo balanceando sus caderas diminutas como si no tuviese ninguna preocupación en la vida y sonreí al verla marchar. Si fuese heterosexual sería muy fácil caer rendido a sus encantos.

—Vamos, el rey no puede esperar.

—Claro. —Faltaría más.

Seguí al guardia por los innumerables pasillos y bajamos incontables escaleras que estaban débilmente iluminadas. Supuse que acondicionar un castillo del siglo XV a la era moderna sería difícil y costoso.

Minutos después llegamos a un salón con una mesa gigantesca donde podrían comer más de cincuenta invitados sin que se tuvieran que rozar siquiera.

El rey, que se había quedado en mangas de camisa y presidía la mesa mientras ojeaba su teléfono con gesto aburrido, levantó la vista cuando nos oyó entrar y clavó sus ojos malvas en mí mientras me acercaba justo a su derecha, donde había un plato y cubiertos ya preparados. Él tenía una copa en la mano con algo de un rojo oscuro. Aparté la vista sin querer saber lo que era.

—Mi rey —saludé en un susurro antes de que me pidiera con la cabeza que me sentara.

Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba y ese gesto me indicó que posiblemente le había gustado mi saludo.

—Exael. —Me sorprendió que supiese mi nombre. No esperaba que alguien como él se molestase en ese tipo de detalles—. ¿Qué?

¿De verdad no esperabas que supiera cómo te llamas?

Su sonrisa se amplió y se curvó, divertida. Me di cuenta de que se le formaba un hoyuelo en la mejilla derecha. ¡Qué mono! Y volví a pensar que debían tener un sexto sentido o algo así, porque no podía leerme la mente, ¿verdad?

—Lo cierto es que no —le contesté— Pensé que estaría demasiado ocupado. Ya sabe, por ser rey y eso…

¡Cállate ya, joder!

—No voy a mentirte, no suelo tener tiempo para nada más que no sean mis obligaciones reales, pero tú has conseguido llamar mi atención.

—¡Qué bien!

Me había estado preguntando cómo me sentiría cuando estuviera con él a solas. Bueno, para ser sinceros, no estábamos a solas, ya que el guardia se había quedado junto a la puerta del salón, vigilando por si se me ocurría clavarle el tenedor en el ojo al rey. O vete tú a saber. Y ahora me daba cuenta de que su presencia me ponía nervioso. Pero saber que de ahora en adelante sería no solo su esclavo de sangre sino también sexual… Joder, joder, qué calor.

—¿Por qué hace tanto calor aquí dentro?

Me desabroché el otro botón de la camisa para intentar refrescar mi acalorada piel. ¿Qué me provocaba ese hombre con tan solo mirarme?

Lo miré a los ojos, enfurruñado por provocarme *cosas* sin que ni siquiera fuese consciente.

—El cocinero ha preparado algunos platos esperando que sean de tu gusto.

Varios sirvientes empezaron a entrar por una puerta situada al fondo del comedor; imaginé que era la cocina. Comenzaron a traer platos y los colocaron frente a mí. Para mi sorpresa, también frente al rey.

—No sabía que también os alimentais como los humanos —soltó mi boca antes de que mi cabeza hubiese procesado las palabras.

Recé en silencio para que no se ofendiera o se enfadara o lo que fuera…

—No lo necesitamos para subsistir —aclaró mientras empezaba a comer algo parecido a una sopa que olía de maravilla. Mis tripas gruñeron de manera escandalosa y me sonrojé por el apuro—, pero no tengo ningún problema para comer algunos alimentos. También he imaginado que tú te sentirías más cómodo así. —Señaló mi plato —. Veo que tienes hambre. ¿Quieres una copa de vino?

Pensé que sería más fácil relajarme con el vino, así que asentí.

—Por favor.

Estuvimos comiendo en relativo silencio y, aunque seguía muy nervioso pensando en lo que pasaría después, el tinto me vino bien para soltar el nudo de nervios de mi estómago.

Sentía el poder que emanaba del rey. Como una especie de perfume que me atraía como las abejas a la miel. Lo estudié de reojo intentando reconocer qué había en él que me secaba la boca y hacía que mi corazón latiera frenético en mi pecho como un pajarito apresado.

No me costó darme cuenta de que era atracción sexual.

—¿Sabes si tienes algún antepasado no humano en tu familia?

Alcé la cabeza de inmediato al oír su pregunta. Con el tenedor a medio camino de mi boca, lo miré sin entender qué quería saber.

—¿No humano…?

—Tu sangre —indicó, mirándome con esos ojos malvas que hacían latir más rápido mi corazón.

—¿Qué le pasa? —pregunté de nuevo.

Todos hacían alusión a ella y comenzaba a cansarme. Mi tono debió ser más brusco del debido, porque el rey levantó una ceja y el guardia dio un paso hacia mí, amenazante.

Velkan lo frenó con un gesto de la mano.

—Ya te lo dije, huele diferente. He dado por hecho que…

En ese momento mi paciencia, ya de por sí muy escasa, se volatilizó y el estrés vivido durante el día me hizo saltar como un cohete al espacio.

—Pues ha pensado mal. Si va a alimentarse de mí, hágalo de una vez y, si no le gusto, me marcharé, es así de simple. Pero agradecería que dejase de tratarme como una presa que va a ser sacrificada.

Ni siquiera sabía por qué me había puesto a la defensiva con ese tema. Era normal que el rey tuviera curiosidad sobre mí, pero no me gustaba hablar de mi familia ni de supuestos antepasados raros, así que… salió a la luz la peor versión de mí. Una muy borde que no tenía filtro alguno antes de soltar lo más inesperado.

—Cuidarás el tono con el que te diriges a mí —ordenó Velkan con frialdad.

El ambiente relajado con el que habíamos estado cenando se evaporó con esas palabras y me maldije por ser tan susceptible.

No contesté y, aunque sabía que debía disculparme con él, no pude hacerlo. Estaba asustado. Ahí se mataba con una facilidad asombrosa por cualquier motivo y yo era una persona tranquila que nunca me había metido en peleas ni me gustaban las disputas, y esta agresividad gratuita me desagradaba profundamente. Además, no me gustaba hablar de mi familia. Ofrecerme como esclavo de sangre para intentar ayudarles económicamente había abierto una grieta entre nosotros que no sabía si podría cerrar algún día, así que no estaba particularmente dispuesto a hacerle ninguna concesión a nadie. Aunque la vocecita de mi interior me decía que no debería disgustar al rey.

—Estoy haciendo un esfuerzo por ser amable contigo —continuó al ver que no iba a decir nada—, por si no te has dado cuenta. Intento facilitar tu estancia aquí, pero veo que todavía no has captado la idea. También puedo ser igual de desagradable que tú o incluso peor.

Era un idiota por molestarlo de esa manera.

—Lo siento. —Sentí cómo me ruborizaba. Me sentía avergonzado por esa reacción tan exagerada. Bajé la mirada e intenté explicarme para enmendar el desafortunado comentario que había estropeado el buen ambiente de la cena—. Es solo que todo el mundo menciona el tema de mi sangre diferente y no tengo ni idea de a qué puede ser debido. Que yo sepa, en mi familia no hay brujas, magos, vampiros ni nada raro.

¿En serio los había llamado *raros*? Lo estaba arreglando.

Me bebí el resto de la copa de un trago para intentar calmar el miedo que me asaltó de repente.

—Bien. —Al parecer, mi disculpa no había sido suficiente porque se levantó, dando por terminada la cena y sin que su cara mostrara la relajación ni la sonrisa anterior—. Jake te acompañará a tus aposentos y me esperarás allí.

Mi corazón comenzó a latir desesperado, a sabiendas de lo que me esperaba, y un tirón de miedo me atenazó las tripas.

—¿Vendrá luego a… alimentarse… de mí? —me obligué a preguntar.

Me miró con tanta frialdad que mi vello corporal se erizó en respuesta.

Recordé que era el rey y podía hacer lo que le diera la real gana sin tener que dar explicaciones, y menos a mí. Era un detalle a tener en cuenta. No debía tenerlo en mi contra, sino intentar ganarme su protección o no duraría mucho en ese maldito castillo.

—No tengo que darte ningún tipo de explicación. Pero para eso estás aquí. Ahora, márchate.

Me levanté y salí del comedor con el guardia junto a mí.

LEY ESCARLATA

La alimentación

Apenas se sabía nada sobre la manera que tenían los vampiros de alimentarse.

Se sabía que había algunos tipos de sangre preferidos y que solían ser los más solicitados en los bancos de sangre.

La cantidad de veces que se alimentaban al día o a la semana era un dato que nadie tenía.

Aunque se estaba corriendo la voz de que algunos altos cargos vampíricos habían solicitado poder tener sus propios esclavos de sangre y que, en determinados lugares, se empezaba a hacer la vista gorda sobre ese tema, ya que si un humano quería convertirse en esclavo de sangre de un alto cargo vampírico para proteger a su familia, no era problema de terceros y los gobiernos habían prometido tenerlo en consideración.

Los vampiros podían digerir algunos alimentos humanos además de la sangre, pero no podían sobrevivir sin esta.

No les hacía efecto el alcohol, por lo que algunos comenzaban a ser grandes consumidores de vino y otras bebidas alcohólicas.

Al fin y al cabo, beber de la vena de un humano era una *delicatessen* a la que cada vez se querían sumar más vampiros.

Que no fuese solo un disfrute exclusivo del rey.

CAPÍTULO 5

El camino de vuelta lo emprendí sumido en mis pensamientos.

Me maldije por ser tan bocas.

¡Es que no aprendería nunca a mantener la bocaza cerrada!

Ya no podía hacer nada por solucionar mi metedura de pata, así que esperaría a que Velkan se alimentara de mí para intentar recuperar el buen rollo que habíamos tenido en la cena.

Recordar sus ojos malvas mirándome y esa boca tan sensual sonriendo de aquel modo hacía que mis tripas se encogieran de anticipación. Nunca me había dado cuenta de que era un hombre tan arrebatadoramente guapo, con su altura y ese montón de músculos definidos que se le marcaban bajo la camisa.

Yo era homosexual y apenas había tenido varios encuentros sexuales nada satisfactorios, pero pensar en tener al rey metido entre mis piernas…

No me di cuenta de que se había acercado a nosotros otro vampiro hasta que oí hablar al que me había acompañado durante todo el día tras la muerte de Igor.

—Yo me encargo —le oí decir.

No me dio tiempo a reaccionar cuando el recién llegado se abalanzó sobre mí y me empujó contra la pared del pasillo por el que pasábamos, sacándome el aire de los pulmones con el golpe.

¿Qué coño?

El vampiro que me atacó me colocó el antebrazo bajo el cuello para inmovilizarme y vi que sus ojos azules me miraban con tanto odio que supe que nada bueno iba a salir de allí. Luego se volvieron negros y eso me asustó todavía más.

—¡Tenías que mantener la puta boca cerrada! —me gritó a la cara.

Ni siquiera me dio opción de contestar. Vi cómo sacaba un puñal de entre sus ropas y me apuñaló. Un dolor lacerante me hizo jadear cuando el puñal se coló entre mis costillas. Una vez. Dos. El dolor me nubló la visión y las piernas dejaron de sujetarme. El vampiro me

siguió agarrando con el antebrazo contra la pared para que no pudiera moverme. Supuse que esperaría a que me desangrara para soltarme y dejarme tirado allí, en un oscuro pasillo de un viejo castillo francés.

«¿Todo esto es por Igor?» me pregunté entre oleadas de náuseas. Sentí la sangre manar de mis heridas, caliente y abundante, y supe que moriría en ese castillo el primer día que llegaba. Ni siquiera iba a poder alimentar al rey y como esa había sido mi función y no la había podido cumplir, dejaría a mi familia desamparada para siempre.

¿Todo había ocurrido por nada?

Recordé la sonrisa de mi madre, dulce e infinita y la risa de mi hermana pequeña que sonaba como los cascabeles en navidad. Me obligué a centrarme en esa sonrisa y en la risa de Megan.

Siempre había dicho que moriría por mi familia, pero nunca esperaba que aquello fuera literal.

—¿Lo has olido? —Llegué a escuchar entre la negrura que sentía que se aproximaba a mí por el dolor y la pérdida de sangre.

—¿Por qué coño huele así? —preguntó el que me tenía sujeto.

No podía apartar mis ojos de los suyos, que se habían puesto negros. ¿Era por la rabia? Ese día me había dado cuenta de que podían cambiar el color de sus ojos según su humor. Su cara se transformaba y se llenaba de venas oscuras y sus ojos perdían cualquier atisbo del color anterior, volviéndose completamente oscuros como el ébano. Muy acorde con el animal que llevaban dentro.

¿Por qué parecía que nadie sabía eso?

—No lo sé, pero ya que va a morir… Oye, que yo también quiero probarlo.

Cuando el vampiro me soltó el cuello, por fin, pensé que podía gritar y pedir ayuda con mis últimas fuerzas, pero entonces mi atacante me mordió el cuello y el dolor que sentí no se parecía a ninguno que hubiese sentido antes.

El vampiro emitía gruñidos guturales mientras bebía de mí y pensé que por fin sabía lo que se sentía cuando uno de ellos te mordía: un dolor atroz.

Mi mundo comenzó a nublarse.

Oí jadeos antes de perder, por fin, el sentido. Y dejé de sufrir.

Me quedé entre la conciencia y la inconsciencia, flotando en una nebulosa de agonía.

Alguien me cogió en brazos y me sentí flotar.

¿Estaba viajando al cielo o al infierno?

—Velkan, no va a sobrevivir. Ha perdido demasiada sangre.

—No dejaré que muera.

—Ya sabes que no puedes…

—Haré lo que tenga que hacer.

Hice un gran esfuerzo por abrir los ojos y ver al rey por última vez. No sabía dónde estaba, pero sentía algo mullido bajo mi cuerpo e imaginé que estaba tendido en una cama.

—Eso es, pajarito, lucha con todas tus fuerzas para mantenerte con vida.

Parpadeé y centré mis ojos en el rey, que estaba inclinado sobre mí con la cara manchada de sangre.

—¿También le ha cortado la cabeza? —pregunté en voz baja.

¿De verdad me preocupaba por lo que el rey le había hecho a mis atacantes?

Él sonrió.

—Es lo mínimo que merecían. Mataré a todo el que se acerque a ti.

Alguien estaba toqueteándome las heridas y grité con fuerza cuando una oleada de dolor me sobrevino y se me nubló la vista de nuevo.

—Aguanta un poco más. —El rey miró a alguien que estaba a su lado.

¿Un médico?

—No puedo cerrar todas las heridas, mi rey. Sus pulmones se están encharcando con rapidez. Va a morir…

—Mi familia —me obligué a decirle al rey. Levanté una mano y él me la apretó con fuerza. Le agradecí el detalle cuando mis ojos dejaron de verlo—. Cuide de ellos, por favor. —No quería morirme con el rey enfadado por mi comentario en la cena— Siento… haberlo… molestado.

—Ellos están a salvo —me dijo—, no te preocupes por nada. Solo aguanta un poco más.

Volví a gritar y cerré los ojos, deseando que el dolor terminara de una vez.

—Prométemelo, por favor. Si muero…

—No vas a morir.

—Majestad…, no…

—No va a morir —repitió el rey. Se inclinó más sobre mí—. Mírame Exael, mírame.

Apenas me quedaban fuerzas para abrir los ojos, pero si el rey me pedía que lo mirara… Y mi nombre… en sus labios… sonaba…

—Ahora vas a beber, ¿vale?

No sabía lo que me estaba pidiendo.

¿Beber el qué?

—Vas a ser un buen chico y beberás.

Lo entendí de repente y me puse tenso solo de pensar en lo que me estaba pidiendo.

¿Quería que bebiera…? No, no podía pedirme eso. Se suponía que tenía que ser al revés.

—No quiero ser un monstruo —susurré sin aliento—. Por favor… no quiero…

—No te convertirás en vampiro, pajarito. Te lo prometo. Pero si no bebes de mi sangre morirás.

Negué con la cabeza y sentí un intenso mareo que me hizo gemir. Mi cuerpo sufrió un espasmo muscular y volví a gritar. Todo era muy raro y yo solo deseaba descansar de una vez.

—Mi sangre te sanará —dijo el rey. Oí un siseo y luego me apretaron algo contra los labios abiertos. Intenté apartarme, pero la fuerza del rey me tenía sujeto a la cama—. Bebe, pajarito.

Un líquido caliente me entró en la boca y aunque intenté escupirlo no pude hacerlo.

—Bebe, Exael, por favor. Te pondrás bien. Solo tienes que beber.

Me rendí, porque ya no me quedaban fuerzas para negarme. Dejé que su sangre entrara en mi boca y luego bebí… Y cuando su sabor me lleno las papilas gustativas y mi piel se erizó por su efecto, seguí bebiendo con un gemido de placer.

Y mi mundo se oscureció.

LEY ESCARLATA

Las distintas clases sociales.

Los vampiros también tienen distintas clases sociales, aunque es un misterio saber quién las organiza.

¿Las elegía el rey?

¿Eran heredadas por nacimiento?

En el eslabón más alto está Velkan, el rey, y justo debajo de él estaba la familia real, aunque actualmente solo vivía Sasha, su hermana pequeña y la sucesora al trono si Velkan no tuviera descendencia.

Justo en el escalafón inferior estaban todos los vampiros que tenían títulos nobiliarios.

Luego estaban los importantes empresarios que habían hecho fortuna con sus negocios y se codeaban con los empresarios humanos. Se sabía que eran los eslabones que más interaccionan con los humanos, ya que era usual que fuesen socios y mantuvieran negocios juntos.

Debajo de ellos estaban los soldados y la guardia personal del rey, conocidos por ser excelentes guerreros curtidos en un sinfín de batallas.

Y luego estaban los sirvientes. Normalmente eran trabajos voluntarios y, cuanto más importantes eran los jefes, más ganaban los sirvientes.

Y, por supuesto, el puesto más valorado y envidiado de todos era el de Esclavo de sangre del Rey.

Se decía que podía llegar a ser el puesto más importante del mundo entero.

CAPÍTULO 6

El dolor que sentía fue lo que me trajo de vuelta con un grito.

¿Qué me estaba pasando?

Entonces recordé lo que había ocurrido e intenté incorporarme para ver si me había convertido en… otra cosa, pero un montón de brazos evitaron que me incorporara.

—No debes moverte todavía, pajarito.

La voz del rey consiguió calmarme y lo busqué con la mirada para ver dónde se encontraba.

Sentía manos toqueteándome las heridas y ese dolor era el que me había traído de vuelta.

—Ya no corres peligro. —El rey se levantó de los pies de la cama donde estaba sentado y se colocó junto al cabecero para mirarme—. ¿Cómo te encuentras?

Dolor.

Solo sentía dolor por todas partes. Un dolor con dientes que hacía que el mundo se desdibujara y buscara alivio en la inconsciencia. Me obligué a responderle al rey. Mi garganta estaba irritada, supuse que de haber gritado tanto, así que carraspeé para intentar que me entendiera.

—No lo sé —reconocí con un quejido—. Mal.

Decir eso era quedarse muy corto, pero no tenía fuerzas para alegar nada más.

—Estas heridas van a tardar un tiempo en curarse del todo. Pero al menos ya no morirás desangrado.

Un vampiro con el pelo completamente blanco se incorporó para estudiarme. Sus ojos de un increíble celeste translúcido me observaron con frialdad.

«¿Y este quién es?»

Intenté recordar si lo había visto alguna vez por la tele o algo. Debía ser el curandero o médico o lo que coño usara esta especie para curarse.

—¿Qué ha ocurrido?

Pasé la mirada de uno al otro para ver quién me respondía. No podía centrarme en intentar recordar nada, el dolor me tenía subido a una ola que no dejaba de moverme de un sitio a otro y me sentía mareado.

—¿No te acuerdas? —El rey miró al otro hombre. Fue apenas una mirada, pero no evitó que viese su preocupación.

—¿Alguien me… atacó? —Luego, todo me vino a la cabeza de golpe. Las cuchilladas. El dolor. La pérdida de sangre—. Alguien bebió de mí —murmuré, asqueado al recordarlo—, y luego… —Abrí los ojos aterrado—. ¿Me he convertido en un monstruo al beber tu sangre?

Desde luego que me tenían que dar un premio al más grosero del mundo.

El rey negó con la cabeza, divertido.

—No, pajarito, no te vas a convertir en un *monstruo.*

¡Oh, mierda!

¿Lo había dicho en voz alta?

—Lo siento, no quería decir… eso. Es solo que debería estar muerto.

De hecho, me encontraba tan mal que no me sentía «fuera de peligro» como acababan de decir. Estaba seguro de que cuando alguien se sentía como yo en ese momento debía estar más muerto que vivo.

—Alexandro ha conseguido coser las heridas más graves y mi sangre ha hecho el resto —aclaró Velkan, mirando al otro vampiro.

—Yo… ¿Gracias?

Estaba muy confuso con todo lo que había pasado.

—Nadie ataca lo que es mío. —La fiereza de ese comentario me sorprendió—. Te aseguro que a partir de esta noche todos en este castillo habrán aprendido la lección.

—¿Más cabezas cortadas? —solté sin poder callarme—. Dime que no has descabezado a nadie más, por favor. Es una costumbre muy fea.

Aunque la sabandija que me atacó no se merecía nada mejor que eso, aún me costaba asumir que mataran por culpa mía. O por mí.

Los dos vampiros se rieron por mis palabras.

—Como ya te habrás enterado, es la manera más rápida y eficaz de matar a un vampiro, por lo tanto, sí, lo he d*escabezado,* como tú dices. A los dos. Aunque, si tanto te desagrada, lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Me di cuenta de que el rey parecía cansado. Tenía profundas ojeras y su cara estaba cenicienta, pero en sus ojos, antes de un malva precioso, ahora se veían algunas venas rojizas alrededor del iris que le daban una apariencia escalofriante.

Tampoco parecía sentirse muy bien.

¿Era por haberme dado su sangre?

—¿Estás bien, majestad?

—No. Debe alimentarse con urgencia —contestó Alexandro, taladrándome con la mirada.

Yo me estremecí al comprender lo que significaba y retrocedí en la cama sin darme cuenta de que ese simple gesto indicaba el pavor que me causaba esa idea.

Había sentido tanto dolor cuando se habían alimentado de mí un rato antes que la mera idea de volver a sentirlo me ponía enfermo.

—Aún no está preparado —contestó el rey al ver mi gesto—. Esperaremos a que se recupere un poco más.

—Pero, majestad…

—No está listo —cortó el rey—. He dicho que esperaré.

Alexandro interrumpió lo que pensaba decirle y me miró con cara de querer cortarme la cabeza. Tragué saliva con dificultad.

—Él está aquí para eso, majestad, no para que vos le deis vuestra sangre. Se supone que debe ser al revés.

Tuve que reconocer que eso era cierto. Y supe por qué el rey parecía enfermo. ¿Desde cuándo no se alimentaba?

Miré a los dos hombres, sintiéndome culpable de que discutieran por mi culpa.

—Majestad… —Apenas se me oía, así que carraspeé para aclarar mi garganta e intentarlo de nuevo, algo más alto—, alimentaos si es lo que necesitáis.

Velkan me miró unos segundos y luego a mi muñeca extendida, y pude ver cómo sus fosas nasales se abrían e inhalaba con fuerza. Yo cerré los ojos para no ver lo que iba a pasar a continuación.

—Todavía no estás curado, pajarito. Esperaré un poco más. —cortó la réplica de Alexandro con rapidez—. No insistas con esto. Esperaré.

—Bien, alteza. Como guste.

—Ahora te dejaremos dormir por el resto de la noche. Descansa, ¿vale? Hablaremos por la mañana. Vamos —dijo, dirigiéndose a la puerta— uno de mis propios guardias vigilará la puerta de tu cuarto. Aquí estás a salvo.

—Como le pase algo al rey por no querer alimentarlo, eres hombre muerto.

Alexandro se había acercado a mí lo suficiente como para decirme eso sin que el rey se enterara y luego se marchó cerrando la puerta con cuidado tras él.

Me removí en la cama, inquieto.

¿Me podrían pasar más cosas el primer día de mi llegada al palacio?

LEY ESCARLATA

Sobre las habilidades vampíricas

Mucho se ha discutido sobre las supuestas habilidades vampíricas.

Veamos lo que se sabía al respecto:

- No es cierto que tengan fobia a los ajos.
- No les mata la luz del sol, pero es sabido que tanto su piel como sus ojos tienen una mayor sensibilidad hacia la luz del astro rey. Por eso, es muy posible que siempre se les vea con gafas de sol y que prefieran moverse en las horas tempranas de la mañana o al caer la tarde, para que sus molestos efectos sean mínimos.
- Se sabe que pueden comer alimentos humanos, aunque no los necesiten, metabólicamente hablando. Pero es una manera educada de socializar con nosotros.
- Tienen mucho más desarrollados los sentidos, en especial el olfato.
- Respecto a sus capacidades físicas, se sabe que pueden moverse a una velocidad sobrehumana y que también poseen una fuerza mucho mayor que la de varios hombres juntos.
- No se pueden hacer invisibles, como se creía, pero, como se mueven con tanta rapidez, los humanos pensaban que se evaporaban en el aire. Sin embargo, se ha demostrado que eso no era cierto.

CAPÍTULO 7

La siguiente vez que desperté la habitación estaba en semipenumbra, alumbrada solo por la lámpara de la mesita de noche.

Vi a Sasha sentada a mi lado en la cama, leyendo, aprovechando la poca luz que había encendida.

—¿Estás despierto?

Sonreí ante la ilusión de su tono de voz.

—¿Qué hora es?

Miré mi muñeca y la encontré vacía. No tenía mi reloj. También me di cuenta de que llevaba el pecho vendado y sin nada de ropa encima. Miré bajo la ropa de la cama esperando no haber estado desnudo… Menos mal, llevaba los calzoncillos puestos y nada más.

¿Quién me había desnudado?

¿El rey?

—Tu reloj está aquí. —Lo levantó para enseñármelo y lo volvió a dejar en la mesita—. Y, por si te lo preguntabas, no te he desnudado yo. Quédate tranquilo. Son las nueve de la noche. —Ante mi cara de duda, añadió—: Llevas durmiendo todo el día. ¿Estás mejor?

¿Lo estaba?

Apenas me dolían los pulmones al respirar y el dolor intenso de mis costillas se había convertido en una leve punzada. Nada que ver con lo mal que me había sentido tras el ataque.

—Me encuentro mejor.

Ella sonrió en respuesta y saltó de la cama.

—Bien, le diré a mi hermano que has despertado para que te traigan algo de comer. ¿Tienes hambre?

Mis tripas rugieron en respuesta y su sonrisa se amplió.

—Muchísima —reconocí algo avergonzado.

—Tener apetito tras un ataque es una buena señal.

—Si tú lo dices.

Decidí darme una ducha antes de que llegara la cena. Tenía las manos llenas de sangre y olía… como si estuviese dentro de un matadero. Necesitaba borrar las huellas de mi cuerpo con una hora de agua limpia y caliente.

—Márchate —le dije cuando me di cuenta de que no podía levantarme con ella allí.

—Mira que eres grosero —respondió medio en broma.

—Necesito ir al baño —aclaré, sin atreverme a destapar mi cuerpo.

—¿Necesitas ayuda?

—¡No! —dije, más alto de lo necesario—. No puedo levantarme si tú estás aquí —aclaré ante su ceño fruncido.

—¿Estás desnudo bajo la ropa de cama?

Odié su tonito divertido. Sus ojos malva chispearon con diversión.

—No estoy desnudo.

Volví a mirar bajo la ropa por si por un milagro mi cuerpo se había vestido como por arte de magia.

—Humanos, siempre tan pudorosos.

Tuvo la decencia de marcharse e imaginé que fue a encargar la cena, o eso esperaba.

Como las heridas apenas me dolían, decidí quitarme los vendajes para poder ducharme sin que se mojaran, aunque luego me los pusiera de nuevo.

Mi cuerpo me agradeció el agua caliente y solté un suspiro de placer. Apenas me quedaban cicatrices de las puñaladas entre las costillas, algo verdaderamente sorprendente, dado que había estado a punto de morir por ellas apenas unas horas antes.

Unos toques en la puerta del baño me sorprendieron. Recé para que no fuese Sasha de nuevo. O, si era ella, que no se atreviera a entrar al baño.

—¿Va todo bien por ahí dentro?

¿Esa era la voz del rey?

Apagué el agua caliente y me apresuré a salir de la bañera para poder taparme antes de que entrara.

—Ya salgo —le dije al rey, esperando que eso lo mantuviera fuera.

No tuve suerte.

La puerta se abrió y Velkan asomó la cabeza, justo cuando yo me empezaba a secar con la toalla.

—¡Qué coño!

Me di la vuelta con rapidez mientras me tapaba el culo con la toalla y la anudaba a mi cintura.

El rey se rio bajito.

—No deberías levantarte solo todavía. ¿Te encuentras mejor?

Me sonrojé bajo la mirada del rey que recorría mi cuerpo minuciosamente.

Me erguí tras ponerme bien la toalla.

—Estoy bien. Ya apenas me duele.

—¿Me dejas ver las heridas?

No esperó respuesta. Entró en el baño y se acercó. Estuve a punto de dar un paso atrás, pero imaginé que no le agradaría mucho saber el miedo que me seguía provocando. Puso un dedo sobre mis costillas y lo pasó con suavidad junto a las pequeñas cicatrices, todavía enrojecidas. Mi piel se erizó con el contacto frío de su piel. Entonces me llegó su aroma, muy leve, a polvos de talco. Y un aroma especiado que enmascaraba perfectamente ese olor rancio y a muerto que tenían todos los demás. Ni siquiera me di cuenta, pero inhalé llenándome los pulmones de ese olor que me provocaba extrañas sensaciones en el cuerpo. Me removí inquieto bajo su mirada y, para mi consternación, me di cuenta de que me estaba excitando.

El rey debió darse cuenta porque levantó la cabeza y clavó sus ojos malvas en los míos.

Vi cómo las aletas de su nariz se ensanchaban y me di cuenta de que posiblemente podía oler mi excitación. Eso me puso tan nervioso que di un paso atrás y a punto estuve de caerme de culo sobre el inodoro.

«¡Mierda, mierda!»

Velkan sonrió dejando ver sus colmillos y mis ojos se abrieron por la impresión y me tropecé con mis propios pies, otra vez.

«¡Joder!»

¿Podía ser más patoso?

Para mi sorpresa, me di cuenta de que, aunque me seguía dando miedo debido al ataque, todo lo que tenía que ver con el rey me estaba poniendo cachondo.

Entré en la habitación dando traspiés mientras oía al rey reírse en el baño.

—Pajarito, ¿estás bien?

Lo miré ofendido porque tuvo la poca gentileza de reírse de mí y levantó las manos en señal de paz mientras me seguía a la habitación.

—¿Puedo vestirme, al menos?

—Adelante —Me animó con una mano, pero no parecía tener la intención de darse la vuelta para darme intimidad.

¿En serio?

Levanté una ceja y sonrió divertido mientras se daba la vuelta.

—Esto es ridículo. ¿Siempre eres así de pudoroso?

—¿Te estás riendo de mí?

Mi mal genio salió a pasear sin correa.

—Dios me libre.

Pero seguía oyendo la burla en su voz mientras me vestía con una camiseta de manga corta para dormir y me subía la ropa interior a la carrera.

Se volvió cuando le dio la gana y lo fulminé con la mirada.

Ni puto caso.

—He pedido que te traigan la cena. Un pajarito me ha dicho que tenías hambre.

Se sentó a mi lado en los pies de la cama.

—Sois muy parecidos, ¿lo sabías? —Levantó una ceja con curiosidad, al parecer se le daba tan bien cómo a mí—. Sasha —aclaré.

—Bueno, es mi hermana. Supongo que es normal que se parezca a mí.

Estuve a punto de preguntarle si ya nacieron vampiros, pero temí que mi cabeza corriera la misma suerte que la de los vampiros a los que había decapitado, así que me callé. Sabía que el rey era un hombre con el que debía tener cuidado. Ya había visto lo que podía

hacer a los demás sin despeinarse siquiera. Y también había vislumbrado un poco de su mal humor.

Viéndolo tan cerca, me di cuenta de que su semblante tenía peor aspecto que la última vez que lo vi. Estaba demacrado y parecía cansado y las bolsas bajo sus ojos se habían acentuado.

—¿Estás bien?

El rey negó con la cabeza y que lo aceptara ante mí me hizo darme cuenta de que en todo ese tiempo ya tendría que haberse alimentado y lo estuvo posponiendo.

Tragué el nudo de nervios que me asaltaron en ese momento y me atreví a decirle lo que más miedo me daba.

—Majestad. Si necesitáis alimentaros estoy listo.

No lo estaba, pero no se me borraban de la cabeza las palabras de Alexandro.

«Si le pasa algo al rey, eres hombre muerto».

Tocaron a la puerta antes de que entrara una mujer vampira cargada con una bandeja llena de platos.

—Aquí está la cena. —La vampira dejó la bandeja sobre la cama y se marchó con la misma rapidez.

—Aliméntate tú primero. Yo puedo esperar un poco más.

Con esas palabras se me quitó el apetito, a sabiendas de lo que me iba a pasar cuando terminara de cenar.

LEY ESCARLATA

Lo más importante de todo y que a día de hoy se sigue ignorando por completo, es de dónde surgió el primer vampiro.

¿Una mutación de la especie humana?

¿Un paso más en la cadena evolutiva?

¿Un virus, quizás, que atacó a determinadas personas sin que supiéramos por qué?

¿Nacen niños vampiros o los que existen han sido convertidos por otros de su misma especie?

Este es el principal misterio que hay en torno a los vampiros. Y, por supuesto, es el secreto mejor guardado.

Nunca se ha aclarado absolutamente nada al respecto.

CAPÍTULO 8

Aún ahora me estremezco al recordar lo que pasó.

Después de que la vampira me llevara la cena, me dispuse a comer aunque mi estómago se había cerrado por completo.

Si iba a alimentar al rey debía comer para conseguir toda la energía que pudiera, ¿no?

En ese momento me asaltaron todas las dudas.

¿Se bebería toda mi sangre de golpe?

Recordé lo que decían de los esclavos de sangre del rey: que, antes o después, todos morían desangrados.

Un escalofrío me recorrió por entero y miré al rey por el rabillo del ojo.

Me estaba contemplando con una sonrisa divertida en la cara y, como soy de los que salta a la mínima, no me pude contener.

—¿Qué? —solté enfurruñado.

¿Ni siquiera me iba a dejar comer tranquilo?

¡Mierda! ¿No podía mantener la boca cerrada?

Me sorprendí cuando en vez de ofenderse por mi manera de hablarle, que ya me lo había advertido la noche anterior, su sonrisa se amplió.

—En vez de atormentarte tú solo, que te montas tus propias películas, me podrías exponer las dudas que tienes.

Me quedé tan sorprendido que parpadeé una vez, dos, y me obligué a apartar la mirada cuando su sonrisa se amplió aún más, dejando ver ese hoyuelo que se le marcaba en la mejilla y que lo hacía más atractivo todavía.

—¿Mis propias películas? —bufé indignado.

—Sé que tienes dudas sobre cómo va a ser nuestra relación a partir de ahora.

Lo miré boquiabierto y me volví a preguntar si de verdad podía leerme la mente.

Me indigné todavía más.

—¿Me estás leyendo la mente? Porque no puedes atentar así contra el derecho a mi intimidad y a mis pensamientos privados.

¡Madre mía!

¿Podía ser más patético?

Velkan levantó una ceja.

—¿Atentar contra tus *pensamientos privados*?

—Lo que sea. No puedes hacerlo y punto.

—Respira, pajarito —me aconsejó sin perder la sonrisa—, no puedo leerte la mente, pero tu cara es muy expresiva. Puedo leer en ella como en un libro abierto.

Me envalentoné todavía más.

—Pues no lo hagas. No me gusta.

No sabía por qué era tan importante hacer valer mi opinión, por más ridículo que fuera.

El comentario de Velkan consiguió dejarme con la boca abierta.

—No puedo leerte el pensamiento, pajarito, pero puedo olerte la mayoría de las veces. De todos modos, nuestra relación se va a volver tan intensa que podremos leernos el uno al otro con tan solo una mirada.

Lo miré mientras sentía mi rostro enrojecer hasta la punta de las orejas. Y el rey me miraba con tanta pasión que sentí mi polla saltar en la ropa interior y mis piernas se volvieron de gelatina. Menos mal que estaba sentado.

—Ahora tienes más preguntas, si cabe —comentó él sin apartar sus ojos malvas de los míos.

—Púes sí.

—Adelante —me animó.

—¿Vas a beberte toda la sangre cuando te alimentes de mí?

Ahora fue él el que parpadeó, sorprendido.

—No sé cómo puedes pensar eso. Si me bebiera toda tu sangre necesitaría un esclavo nuevo cada semana, ¿no crees?

Asentí tras pensarlo un momento. Tenía razón.

—Vale. Entonces, ¿cuántas veces te alimentas al día?

—Sigue comiendo y te contestaré a lo que quieras.

¿En serio quería que siguiera comiendo mientras hablábamos de darle mi sangre? Pensé que la idea me repugnaría, pero resultó que

algo se comenzó a calentar dentro de mí. Aparté la mirada, temiendo que pudiera olerme o lo que fuera que podía hacer con esos poderes de vampiro que tenía, y seguí comiendo con lentitud, lanzándole algunas miradas de vez en cuando.

—No necesito alimentarme todos los días. En principio lo alargaremos todo lo que pueda y seguramente sea una vez a la semana, más o menos.

Eso sí me sorprendió. Pensaba que lo haría todos los días. O un par de veces al día.

La ridícula idea de parecerme a una mamá alimentando a un bebé con la teta fuera todo el día me hizo reír por lo ridículo que era.

—Me gusta el sonido de tu risa —dijo Velkan.

Eso la cortó de raíz y lo miré, preguntándome si lo estaba diciendo en serio.

—Siento mucho que tu primera experiencia con un vampiro haya sido dolorosa. Me hubiese gustado enseñarte lo placentero que puede llegar a ser.

No pude evitar mirarlo como si le hubiese crecido una segunda cabeza.

—¿Placentero?

¿Lo estaba diciendo en serio?

—Te garantizo que será tu momento favorito del día… cuando…

Dejó de hablar, puso los ojos en blanco y de repente cayó sobre la cama como un peso muerto.

—¿Velkan?

Como no me contestó, solté la bandeja en el suelo y me acerqué para comprobar qué le pasaba.

Estaba inerte, con los ojos cerrados y mucho más pálido de lo normal.

¿Qué coño?

¿Se había muerto? ¿O ya estaba muerto de antes? ¿Había muerto *otra vez*?

Mi corazón comenzó a latir desbocado por la impresión.

—Velkan, Velkan, ¿qué ocurre?

«¡Joder!»

—¡Ayuda! ¡Por favor, ayuda! ¡Es el rey…!

La puerta se abrió y el soldado que hacía guardia entró, estampando la puerta contra la pared por la fuerza.

—Es el rey —le indiqué—, se ha… ¿desmayado?

Quería pensar que se había desmayado y no muerto.

Por favor, que no estuviese muerto. ¿Pensarían que lo había matado yo?

Ante mis gritos entraron más vampiros corriendo en la habitación, y el médico, Alexandro, lo hizo segundos después. Primero miró hacia mí y luego al rey.

—¿Lo has alimentado? —Fue lo único que me preguntó.

—¿Qué? —Negué con la cabeza—. ¡No! Me pidió que comiera antes de hacerlo. Estaba…

—No puede esperar más. ¡Ya te lo dije antes! —gritó.

—No ha querido… —Intenté defenderme, pero me ignoró.

—Apóyate en el cabecero de la cama y mantente sentado.

No sabía qué iba a hacer, pero me provocaba tanto miedo que no me atrevía a contradecirlo ahora que el rey no podía defenderme.

Me arrastré por la cama hasta quedarme en la postura que me había dicho y observé sin poder moverme cómo levantaba al rey en peso y me lo acercaba hasta colocar su cabeza sobre mis piernas y dejaba reposar su cuerpo en la cama, a mi lado.

—Ahora vas a alimentarlo y dejarás que beba todo lo que necesite. ¿Te enteras?

¡Madre mía!

¿Y si bebía sin darse cuenta y me dejaba seco?

—Yo evitaré que te desangre —alentó el médico.

¡Cómo me jodía que todo el mundo supiera lo que pensaba!

—Me fiaré de ti. —No me quedaba otra.

—Velkan es muy cuidadoso con sus esclavos. Pero hoy, en ese estado, apenas se dará cuenta de lo que hace, por eso estaré aquí y evitaré que te mate.

Estaba seguro de que el rey sería cuidadoso conmigo. No se me iba de la cabeza lo que me había comentado sobre ser el mejor momento del día y había conseguido despertar mi curiosidad. Algo me decía que ese comentario no tenía que ver solo con la

alimentación. Sujeté la cabeza del rey y le acaricié el sedoso cabello negro.

—Bien. Dame tu antebrazo.

Le di la mano y me giró el brazo para ver las venas de mi muñeca. Vi su cara transformarse en un segundo. Sus ojos se habían vuelto negros y su rostro estaba surcado por un sinfín de venas inmensas que no se veían en su estado normal. Vi sus enormes colmillos listos para morderme e intenté retirar la mano en un acto reflejo.

No sirvió de nada.

Sentí sus dientes clavarse en mi antebrazo y sorbió con fuerza. Se apartó de mí, dejando que la sangre comenzara a brotar de la herida. Roja y caliente. Entonces le abrió la boca al rey y colocó mi antebrazo sobre sus labios para que la sangre cayera por su garganta.

—Bebed, majestad.

Fue lo único que le dijo.

En un segundo volvía a ser el humano de rostro sereno y frío de antes.

Me quedé mirando al rey, que seguía sin reaccionar. La herida me palpitaba, pero a parte del escozor del mordisco, apenas me dolía.

—¿Crees que es demasiado tarde? —pregunté con tristeza. Si el rey se moría por no haberlo alimentado antes nunca me lo podría perdonar. Me caía bien Velkan. Aunque apenas nos conocíamos me gustaba la idea de lo que podíamos ser en un futuro cercano.

—Creo que no funciona. —Volví a acariciarle el cabello—. Bebed, majestad —lo animé, pensando que era inútil.

Y entonces el rey abrió los ojos de golpe. Completamente negros. El color malva, ese que tanto me gustaba, había desaparecido por completo.

Me sorprendí tanto que intenté apartar la mano en un acto reflejo, pero entonces el rey me la sujetó contra su boca y entonces sí lo sentí beber.

«No te alejes».

«Déjame beber».

«Me muero de sed».

«No es suficiente… Necesito más».

«Más… Más».

Me quedé sorprendido al oír… ¿al rey en mi cabeza?

Solo duró unos segundos y con los nervios de lo que estaba pasando debí habérmelo imaginado.

Velkan siguió bebiendo.

Tragos largos y rápidos, con ansias, como bebe una persona cuando se está muriendo de sed.

El rey gruñó como un animal y ese sonido consiguió ponerme a cien. Fue muy extraño, porque en vez de provocarme miedo, consiguió excitarme.

Me sujetó mejor la muñeca para evitar que me alejara y se recostó mejor sobre mi cuerpo mientras gemía de vez en cuando, sin dejar de beber.

—Muy bien, majestad. Seguid bebiendo —animó Alexandro, que no apartaba la mirada de nosotros—. Déjalo beber más. Aún no es suficiente —me advirtió.

Asentí, desconcertado por lo que comenzaba a sentir. Algo despertó dentro de mí.

Un instinto de protección ante alguien que me necesitaba para sobrevivir. Ni siquiera me pregunté si era normal en los esclavos del rey desarrollar este instinto tan extraño, pero, de repente, no quería que se apartara de mí.

—Bebe, mi rey —lo animé—. Bebe todo lo que necesites.

El rey abrió los ojos y me miró fijamente. Ni siquiera me atrevía a respirar.

Y bebió…

Y bebió…

CAPÍTULO 9

Desperté cuando ya era por la mañana. Habían corrido las cortinas para mantener la habitación en semipenumbra, pero podían verse los rayos que se colaban por uno de los huecos que quedaban. Una mano fría descansaba sobre mi cadera y sentía la leve respiración de alguien acostado detrás de mí.

Me tensé de inmediato e intenté apartarme, pero la mano me presionó con más fuerza para evitar que me alejara. Supe quién era incluso antes de darme la vuelta.

Como no me había dicho nada todavía, supuse que estaba durmiendo.

No había nadie más en la habitación.

Alexandro debió pensar que yo era inofensivo para el rey cuando se había marchado y nos dejó a los dos solos.

Lo último que recordaba de la noche anterior era al rey medio muerto bebiendo la sangre de mi muñeca. Y luego… no recordaba nada más.

¿Me había desmayado por la pérdida de sangre?

Me giré en la cama con cuidado de no despertarlo y por primera vez pude contemplarlo a mis anchas sin temer que alguien me atacara de improviso. Porque si algo sabía a ciencia cierta, era que con el rey me encontraba a salvo. Llámalo intuición, pero si no me había desangrado por completo mientras se alimentaba de mí en las condiciones tan graves en las que se encontraba, no me haría daño estando a solas con él.

Estaba acostado de lado y su rostro ya no se veía tan demacrado. Seguía siendo pálido, pero su tez ya no estaba tan clara. Su cabello negro, abundante y suave descansaba sobre su mejilla. Su boca de labios finos y color sonrosado, algo que destacaba contra la palidez de sus mejillas, estaban entreabiertos y exhalaban con suavidad. Sus pestañas negras, increíblemente largas y frondosas, parecían las patas de una araña.

Lo estudié con detenimiento, preguntándome cómo podía tener un rostro tan sumamente perfecto.

—Qué injusta es la evolución —solté frustrado al recordar lo perfectos y atractivos que eran todos los vampiros.

—Eso dicen —soltó Velkan sin abrir los ojos—. También sé que me estás mirando.

Quise retroceder tan rápido que a punto estuve de caerme de la cama.

—No es cierto —logré replicar.

El rey abrió sus ojos malvas y me miró con una sonrisa divertida.

—Lo que tú digas. ¿Cómo te encuentras esta mañana, pajarito?

Me sonrojé cuando me di cuenta de que me lo seguía comiendo con los ojos. Así que me avergoncé.

—No me llames así.

Frunció el ceño.

—¿Por qué no? Es un apodo muy apropiado.

—No soy ningún pajarito —solté ofendido.

—¿Cachorrito, mejor?

Me ofendí todavía más y el rey soltó una pequeña carcajada.

Bufé en respuesta.

Por suerte borró la diversión de su rostro.

—¿Te encuentras bien?

Me extrañó mucho que no hiciera nada por levantarse de la cama y se quedara allí contemplándome de un modo indolente.

¿Me encontraba bien?

Ya no me dolían las heridas, pero me sentía cansado y sin energía.

—Me encuentro mejor.

Imaginé que el cansancio podía deberse a la pérdida de sangre, ya que recordaba que había estado mucho tiempo bebiendo. Solo con recordarlo me daban escalofríos y algo se encogía dentro de mi estómago. La sensación era bastante… extraña. No quería que se sintiera culpable ni nada parecido.

—Estás pálido. —Él me estudió el rostro con atención. Me removí incómodo en la cama bajo el escrutinio de sus ojos malvas tan exóticos—. No me mientas, cachorrito. Sé que bebí de ti algo más de

lo que debería. Necesitas comer y descansar. —Me acarició la mejilla con el dedo índice y, aunque sentía frío en mi piel, su tacto comenzó a calentarme por dentro como si me estuviesen prendiendo fuego.

Me sobresalté por la extraña sensación y Velkan mostró esa sonrisa suya de depredador. Como el gato que va a comerse al canario.

Fruncí el ceño confundido.

¿De verdad sabía lo que me provocaba?

—Al beber de tu sangre se me hace más fácil leer tus emociones, cachorrito.

—¿Ya no soy un pajarito? —pregunté sin tener claro que me gustara ninguno de sus apodos.

—Eres mucho más que eso —susurró sobre mis labios.

No sabía quién se había acercado a quién, pero lo tenía tan cerca que nuestras narices casi se rozaban. Me atreví a alargar la mano y apartar un mechón de pelo oscuro de su cara. Se apretó contra la palma de mi mano, buscando más contacto y me lo quedé mirando casi sin respirar.

Acababa de darme cuenta de que estábamos los dos solos. Tumbados en una cama y, aunque los dos estábamos vestidos, no podía apartar de mi mente lo guapo que era y lo que me hacía sentir con tan solo mirarlo.

Mi respiración se aceleró y me di cuenta de que empezaba a excitarme.

¡Mierda!

Velkan entrecerró los ojos y aspiró una vez. Vi cómo se ensanchaban las aletas de su nariz y sus ojos… ¡Oh, joder! Nadie me había mirado nunca con tanta pasión como me empezó a mirar él.

—Cachorrito…

Su tono de voz se había vuelto más ronco y eso, junto con su modo de mirarme, me puso cardíaco.

Y entonces me di cuenta de que podía oler mi excitación.

Empecé a recular en la cama con las mejillas coloradas.

«¡Oh, joder, joder!»

—Será mejor que me… levante y… vaya a …

Ni siquiera sabía qué decirle para intentar ocultar lo que me estaba ocurriendo.

—Exael.

Intenté no hacerle caso y seguí peleándome con la ropa de la cama, que se me había enredado en las piernas y no podía quitármelas.

Pero ¿podría ser más torpe?

—Cachorrito… —Me detuve en seco cuando me puso la mano en el brazo para que lo mirara—, aún no hemos follado como animales porque necesitas comer y descansar, no porque no te desee.

Evité mirarlo, muerto de vergüenza. ¿Podría ser todo más vergonzoso?

—¿Puedes dejar de olerme? ¿Por favor? —pregunté, intentando recuperar mi perdida dignidad.

—No creo —Su sonrisa se amplió—, me gusta saber lo que estoy provocando en ti.

Unos golpes en la puerta nos sobresaltaron a los dos.

Alexandro asomó la cabeza sin esperar respuesta.

—Majestad, tiene una llamada urgente que no puede esperar.

El rey suspiró. No parecía contento con la interrupción.

—Voy.

Se destapó y se incorporó en la cama.

—Encárgate de que le traigan el desayuno y descanse por el resto del día.

—¿Qué? —No quería quedarme ahí encerrado todo el día.

—Créeme, cachorrito, es el único lugar donde quiero que estés hasta que te recuperes.

—Pero…

—No discutas y, por favor, hazme caso.

Se acercó y me cogió la cara para darme un fuerte beso en los labios que hasta sonó. Pero se marchó mucho antes de poder profundizar como me hubiera gustado.

—Pórtate bien —me pidió antes de salir por la puerta—, volveré en cuanto pueda y seguiremos con lo que estabas pensando antes. Aliméntate bien, porque te va a hacer falta.

CAPÍTULO 10

No supe cuánto tiempo había dormido, pero tenía la sensación de que desde que había llegado al castillo me pasaba la vida comiendo o durmiendo.

Cuando Velkan se marchó para atender esa llamada telefónica, me trajeron un desayuno que podía ser perfectamente para tres personas. No esperaba estar tan hambriento, pero ante el olor del *bacon* y del café, mis tripas rugieron con fuerza y casi tiré la bandeja cuando me abalancé sobre ella pensando que se podían haber equivocado y vendrían a llevarse todos los manjares que había.

Dejé la fruta cortada en trozos pequeños para el final y me bebí el vaso de zumo de naranja de un solo trago.

—¡Qué rico!

Me limpié la boca con la manga de la camiseta sin importarme nada. Estaba sediento. Miré la bandeja e intenté decidir qué me comería a continuación. Me apoyé sobre el cabecero de la cama y coloqué la bandeja sobre mis piernas para poder comer tranquilo. Había descorrido las cortinas y abrí la hoja de la ventana para que la luz del sol y el aire de la mañana entrara en la habitación y la ventilara.

Me comí la mitad de lo que había en la bandeja en tiempo récord y me bebí el café, saboreando cada trago.

Me encontraba tan cansado que los ojos se me cerraban solos, así que cuando me acabé el café me obligué a levantarme y sacar la bandeja de la cama antes de tumbarme de nuevo y colapsar boca abajo, sin preocuparme de cerrar las cortinas ni de taparme con la ropa de cama.

Había despertado descansado y tan relajado que bien podía pasarme el resto del día en esa cama… Y si el rey decidía acompañarme…

—Puedo olerte desde aquí —dijo una voz divertida desde la puerta.

Me volví y vi a Alexandro, que al parecer llevaba un tiempo en mi habitación. Me sonrojé al saber lo que decía que había *olido* y maldije a los vampiros por su increíble olfato superdesarrollado.

—¿Qué quieres, Alexandro?

Nuestra relación parecía haberse afianzado, ya que no me miraba como si fuese un insecto al que quería pisotear. Ahora me miraba divertido.

—Comprobar que estás despierto, bella durmiente —se burló—. El rey quiere que te vistas. Nos vamos de viaje.

Eso era nuevo.

—¿De viaje? —El rey no me había dicho nada—. ¿Adónde se supone que vamos? ¿Y por qué tengo que ir yo?

—El rey no quiere separarse de ti. —Fue lo único que dijo antes de entrar en el vestidor y sacar una maleta de vete tú a saber dónde.

Me indigné cuándo lo vi seleccionar mi ropa y empezó a guardarla en la maleta.

—Oye, ¿qué se supone que estás haciendo? —¿También pensaba elegir la ropa interior que debía ponerme? Estaba tan indignado que sentía mi rostro ruborizarse—. Puedo hacerlo yo, ¿sabes?

—Tenemos algo de prisa. —Siguió guardando la ropa sin hacerme puñetero caso.

—No voy a permitir…

Se volvió tan rápido que no me lo esperaba y me choqué con su pecho duro como una roca. Me sujetó para evitar que cayera al suelo, enredado con mis propios pies.

—Llevamos un rato esperando a que te levantes. El rey quería dejarte descansar, pero debemos ir al Palacio de Versalles y ya vamos con retraso. No nos podemos permitir el lujo de que tardes dos horas en hacer una puñetera maleta.

Me indigné todavía más. ¿Dos horas para hacer una maleta? ¿Con quién se creía que estaba hablando?

—Iremos a Versalles… ¿para qué? —Era bueno saber lo que se suponía que íbamos a hacer para saber qué ropa llevarme—. ¿Y por

qué tengo que ir yo?

Me apartó cuando intenté seguir guardando la ropa y bufé, bastante molesto porque no me dejaba hacerlo. Me ignoró por completo y bufé más fuerte.

—Porque eres el esclavo del rey.

Eso ya lo sabía.

—Ya, pero no pensaba que tuviera que acompañarlo a todas partes.

Me miró un segundo antes de pasar al baño para recoger mis cosas de aseo. Me fui al cajón de la ropa interior y cogí los calzoncillos que pensé que podía necesitar. Los metí en la maleta, contento como si hubiese ganado una batalla bélica.

—Pues te equivocaste. —Fue lo único que me dijo.

Me lo quedé mirando como un idiota mientras seguía haciendo mi maleta.

—¿Puedes vestirte tú solo o también necesitas ayuda para eso?

Di un respingo y me apresuré a meterme en el baño.

—Deja de burlarte de él. —Oí decir al rey.

—Es muy divertido avergonzarlo, majestad.

—Mira cómo me río —le grité desde el baño.

Me duché y me vestí en tiempo récord.

CAPÍTULO 11

Aunque había nacido en París no conocía el Palacio de Versalles más que oír hablar de él. Sabía que la mayoría de las veces que se reunían los integrantes de La Ley Escarlata, lo hacían allí. Los integrantes compuestos tanto por humanos como vampiros se reunían varias veces al año, supuse que para solucionar algún problema y discutir futuras leyes si fueran necesarias.

Yo nunca había visto la manera que tenía el rey de desplazarse de un lugar a otro, pero no me esperaba ese despliegue de vehículos gigantescos, todos iguales y con los cristales tintados. Imaginé que era una manera de desconcertar en caso de ataque, ya que no sabrían en qué coche iba el rey y, además, los cristales tintados les protegería un poco de la luz del sol.

Ni siquiera me dejaron llevar la maleta.

Entré en el mismo coche que el rey; Alexandro se sentó junto al conductor y la caravana de vehículos se puso en marcha de inmediato.

Me llegaba el olor de todos los que estábamos en el coche, pero el especiado del rey era el aroma más intenso.

Velkan miraba concentrado un ordenador portátil y yo me giré en el asiento para poder verlo mejor.

No pensaba que nadie se enfadaría porque estudiara el semblante serio del rey, que, aunque una débil sonrisa curvó sus labios al saberse observado de un modo tan descarado, en ningún momento se giró ni apartó la mirada de lo que estaba leyendo.

Iba vestido completamente de negro. Con pantalón de traje y camisa, pero se había quitado la chaqueta y remangado las mangas de la camisa, dejando sus fuertes antebrazos al descubierto.

—¿No tienes nada mejor que hacer, cachorrito?

Me encogí de hombros con indiferencia; me importaba una mierda que me viera observándolo como un psicópata.

—*Nop*.

La sonrisa de sus labios se ensanchó y me miró unos segundos con esos impresionantes ojos malvas antes de volver la atención al ordenador.

¿Cuántos años aparentaba tener? ¿Treinta y pocos? ¿Cuántos años tendría de verdad? ¿Doscientos o más?

Me mareaba solo de pensar en mantener una relación sexual con alguien así.

—¿Para qué es esta reunión a la que ni siquiera yo puedo faltar? —solté de repente.

Me moría por saberlo.

—El tono —advirtió Alexandro, fulminándome con la mirada cuando miró para atrás.

—Mi rey —añadí, solo para ver que Velkan sonreía más abiertamente.

—Es la reunión trimestral de la Ley Escarlata. —Me extrañó que contestara a mi pregunta—. Y como aún no te he marcado para que puedas pasearte por palacio sin que vuelvan a atacarte, prefiero que estés donde pueda mantenerte vigilado y protegido. Es hora de que todos conozcan a mi nuevo esclavo de sangre.

No pude evitar poner los ojos en blanco ante sus palabras.

—Pensaba que estaba claro que todos saben quién soy.

—El tono… —advirtió de nuevo Alexandro.

—¿Qué pasa con el tono? —me quejé, cansado de tantas recriminaciones.

—Le hablarás con respeto.

Me alegré de que el vampiro estuviese en el asiento delantero en vez de a mi lado. Vi cómo su cara se comenzaba a transformar debido al… ¿enfado por mi modo de hablarle al rey?

—Eso hago.

—Puede tutearme cuando estemos a solas —dijo Velkan a Alexandro, y yo hice un gesto con las manos para decirle *¿ves?—.* Creo que tienes facilidad para buscarte problemas —añadió, pero siguió a lo suyo sin borrar la sonrisa de sus labios.

Yo no diría tanto, pero era cierto que no me gustaba demasiado seguir las normas que me intentaban imponer los demás.

El resto del tiempo lo pasé mirando por la ventana, maravillado de la cara que ponía la gente que veía pasar la caravana de coches iguales donde sabían que viajaba el rey vampiro.

Fue muy tonto por mi parte sentirme importante, lo que me indicaba que no me había hecho ilusiones cuando decidí presentarme para ser el esclavo del rey. Ahora mi vida era completamente diferente. Tenía ropa de marca, mucha más de la que podría ponerme en el resto de mi vida e iba de invitado con el personal del rey a los actos importantes, e incluso había conseguido algo muy pequeño con mis quejas, como había sido informar al rey de lo que pasaba con los humanos que no eran elegidos. Aunque, mirándolo con perspectiva, era un paso muy pequeño y esperaba que a los hombres a los que había salvado la vida les hubiese servido de algo.

—¿En qué piensas, cachorrito?

No podía decirle al rey que me alegraba de la pequeña victoria, sobre todo porque me había granjeado numerosos enemigos y seguramente no le gustaría recordarle que había matado a su jefe de la guardia y a algunos más de sus hombres, así que mentí.

—Que no sé cuándo podré volver a ver a mi familia.

Me miró durante unos segundos y luego frunció el ceño. Algo me dijo que sabía que le estaba mintiendo, pero no insistió.

Decidí cambiar de tema.

—Bien, ¿por qué hemos venido a una reunión de la Ley Escarlata? —Como soy un bocazas, añadí—: Pensé que solo se reunían tres veces al año y la última reunión fue hace poco, ¿no?

Tras mirarme unos segundos como si se preguntara si contarme algo o no, decidió decir:

—Ha pasado algo que ha requerido de una reunión urgente.

Se volvió a enfrascar en lo que fuera que estuviese haciendo en su ordenador.

Se me quitaron las ganas de volver a hacerle preguntas mientras me preguntaba qué había pasado que fuera tan urgente.

CAPÍTULO 12

Sabía que el palacio de Versalles estaba abierto al público y que era Patrimonio de la Humanidad de la Unesco. Hoy en día, junto con la Torre Eiffel, era uno de los monumentos más visitados de Francia. Y ese día en particular estaba cerrado al público para que la reunión que se iba a celebrar con los miembros de La Ley Escarlata no ocasionara ningún tipo de disturbio.

No pude evitar quedarme maravillado ante tanta opulencia, espejos y colores dorados por todas partes. Y ni hablar de las inmensas fuentes que había visto en la entrada.

—¿No habías estado nunca aquí, cachorrito?

Cerré la boca cuando me di cuenta de que se me había abierto por la impresión del lujo que nos rodeaba.

¿Cómo de importante eran esas reuniones que cerraban aquel monumento al público para que nadie les molestara?

—¿Por qué os reunís aquí? —pregunté cuando encontré la lengua para hablar—. Con tantos sitios que hay en el mundo…

Seguía al rey y a todos los vampiros que nos guiaban sala tras sala del palacio. Velkan se había colocado a mi lado mientras los humanos que hacían guardia nos miraban. Supuse que el hecho de que un humano fuera con el personal del rey vampiro les daría, cuanto menos, curiosidad.

—Este lugar es emblemático para los parisinos, así que, cuando instalé mi residencia oficial en París, se decidió que nuestras reuniones con los humanos serían aquí. Como símbolo de buena voluntad por parte de todos.

—Ah…

«Muy elocuente, Exael, tú cómo siempre».

Me enfadé con mi propia conciencia por atreverse a criticarme. ¿Podía ser más idiota?

—¿Nervioso? —Velkan me miró unos segundos con detenimiento.

¿Estaba nervioso?

Era la primera vez que me verían como esclavo del rey y no tenía claro cómo me sentía.

—Espero no ser el centro de atención —dije, algo turbado—. No me gusta que todos se fijen en mí. —La carcajada del rey me sobresaltó y se me escapó una sonrisa al mirarlo sorprendido—. ¿Qué he dicho?

—Ay, cachorrito. Por quién eres, serás el centro de atención donde quiera que vayamos a partir de ahora. ¿No te hacías una idea de lo importante que serás a partir de hoy?

—No mucho, la verdad —reconocí algo avergonzado.

Era cierto que no me gustaba llamar la atención. No sabía que tendría una vida pública junto al rey por ser su esclavo. Una cosa era estar dentro del palacio y llevar una relación privada y otra muy distinta era pregonarlo por todo el mundo.

—Te acostumbrarás, Exael. Dentro de poco te conocerá todo el mundo y ya no serás una novedad como eres ahora mismo.

No me tranquilizaba con sus palabras.

—Pues qué bien.

—¿Dónde has estado metido para no saber que tenías que acompañar al rey a todas partes? —soltó Alexandro.

Lo miré, pues se puso a nuestra altura para poder participar en nuestra charla. También me miraba de manera divertida.

—Trabajando —fue lo único que les dije.

Recordé cómo había pasado los últimos años, trabajando de sol a sol para intentar que mi familia se mantuviera a flote y, después, decidí ofrecerme como esclavo del rey cuando las deudas con el banco amenazaban con ahogarnos y dejarnos en la calle.

Llegamos a una inmensa puerta cerrada donde unos policías de uniforme hacían guardia. Di por hecho que en esa sala se celebraría la reunión.

—Te sientas a mi lado —me indicó Alexandro en voz baja—, y guardas silencio.

Asentí, y un nudo de nervios se me formó en el estómago, haciendo que deseara estar en cualquier otra parte.

—Majestad, le esperan —dijo el guardia al abrir la puerta para dejarnos pasar.

No esperaba el montón de humanos que había en un rincón de la sala y, en el otro rincón, algo más apartados, había un montón de vampiros de pie. Me sorprendió que hubiese tanta afluencia de gente en estas reuniones.

Se hizo un silencio sepulcral cuando entramos en la sala y pude sentir todos los ojos fijos en mí.

Tragué saliva con dificultad y seguí a Alexandro, que se sentó junto al rey, en la inmensa mesa donde ya se había sentado un montón de gente, tanto humanos como vampiros.

El público que estaba de pie detrás de nosotros comenzaron a murmurar entre ellos al verme, y el rey debió sentir mi malestar, porque me puso una mano en el hombro, como si intentara reconfortarme.

Me obligué a permanecer erguido e hice oídos sordos a los murmullos que no cesaban detrás de nosotros.

«Puedes hacer esto, Exael» me obligué a animarme. «Solo tienes que ignorarlos».

Y eso hice.

LEY ESCARLATA

El grupo de personas, tanto humanos como vampiros, que conforman el Comité de La Ley Escarlata se elige por votación popular.

Todos son altos cargos políticos que se presentaron voluntarios para formar este comité.

Hay un representante por continente y el único que provocó polémica por su nombramiento fue el representante de Asia, de origen Ruso, ya que China se opuso a su nombramiento. Al final no tuvo más remedio que aceptar la votación popular.

Son nombramientos por ocho años. Luego, el mundo tiene que volver a las urnas para elegir a los siguientes miembros.

En el caso de los vampiros, hay cinco miembros también, uno por cada continente.

CAPÍTULO 13

Nunca había visto en persona a ningún presidente ni rey de ningún país, así que estar sentado en la mesa con tan altos cargos de cada continente, que eran los que presidían el comité de La Ley Escarlata, resultaba, cuanto menos, desconcertante.

Los conocía porque habían salido en las noticias, ya que este comité en particular era muy conocido por la labor que realizaba. Al fin y al cabo, el futuro de la humanidad con los vampiros dependía de las decisiones que se tomaran en estas reuniones.

Velkan presidía la larga mesa. Sentado a su izquierda estaba yo; a su derecha, Vladimir. Alexandro estaba justo al otro lado. A su lado se encontraba el presidente americano, que había sido elegido por votación entre todas las personas que vivían tanto en américa del norte como del sur: Abraham Jackson.

Sí, ya sé lo que estás pensando, por poco, pero no.

A su lado estaba el presidente europeo Christofer Watson, que me miraba con ojos curiosos e imaginé que se preguntaba quién era el humano que había llegado con la comitiva del rey.

De África estaba Amare Soninké, el cual, cuando sonreía, sus dientes blancos destacaban en su piel de un marrón muy oscuro. Sentí sus ojos negros estudiándome con detenimiento.

De Asia teníamos a Kirill Popov. Ruso. Sabía que ese nombramiento era el que más polémica había causado de las elecciones que se hicieron en su momento para presidir el comité, ya que los chinos se negaron a aceptar la votación y los dos países estuvieron a punto de provocar una guerra. Al final no tuvieron más remedio que aceptar la votación popular.

De Oceanía estaba Amaroo, un aborigen de una tribu casi extinguida y que ni siquiera tenía apellido o, por lo menos, todo el mundo lo conocía por ese detalle tan usual en los pueblos aborígenes que seguían existiendo en ese continente que abarcaba más de catorce países y que seguía siendo el gran desconocido para la mayoría de los hombres.

El resto de la mesa estaba compuesto por traductores y asesores de los distintos representantes. Al lado de Alexandro estaban los presidentes vampiros de cada continente.

¿Cómo era posible que, mirándose de esa manera tan hostil en la mesa, hubiesen vivido en paz durante tantos años?

Estaba claro que los humanos los odiaban. Bastaba ver la manera en que los miraban, como si fuesen monstruos a los que despreciar y aniquilar. Y, por supuesto, los vampiros no se quedaban atrás.

—Bien, como ya estamos todos, empezaremos esta reunión.

Abraham, que era el portavoz de los humanos, fue el que se aclaró la voz antes de empezar a hablar.

Vi una cámara al final del salón y recordé que todas las reuniones eran emitidas en directo para el resto del mundo.

Me imaginaba a millones de personas mirándome, preguntándose quién era yo y por qué me había presentado para ser el nuevo esclavo del rey.

—Saludamos al rey Velkan y a todos sus acompañantes —siguió diciendo el portavoz.

Miró a todos los que estaban en la mesa y después clavó sus ojos en mí.

«No me hables, no me hables», pedí en silencio.

Por supuesto, no tuve esa suerte.

—Vemos, majestad, que hay un humano entre sus acompañantes.

¡Puta mierda!

Intenté hacerme pequeño para escapar de todos los ojos que se clavaban en mí. Para empeorarlo todo, la cámara se acercó para mosttrarme de cerca. No quería que mis padres ni mis amigos me vieran ahí y de esa manera, siendo el centro de atención del mundo entero, pero era tarde para lamentaciones. No iba a esconderme como si fuese un delincuente.

Recordé las palabras de Sasha. Me había dicho que, desde ese momento, sería uno de los hombres más envidiados y odiados de todos, así que me erguí en la silla y miré desafiante a la cámara y a los humanos que me rodeaban.

—¿Quiere presentarse ante la mesa, por favor? —me pidió el portavoz, sin ocultar su interés.

Miré a Velkan para intentar saber qué tenía que hacer en un momento así.

El rey debió notar mi nerviosismo, porque habló él en vez de tener que hacerlo yo.

—Él es Exael Collins. Mi nuevo esclavo de sangre.

Todo el mundo comenzó a hablar a la vez.

¡Menudo gallinero se formó en un minuto!

—Pensábamos, majestad —habló de nuevo el portavoz americano—, que ya había dejado de buscar esclavos de sangre.

Vi que el rey se tensaba. Imaginé que no le gustaba que sus decisiones personales fueran cuestionadas ante el mundo entero.

—Mis actos privados no son motivos de discusión —dijo Velkan con frialdad. Miró a los integrantes de la mesa, que se fueron callando poco a poco hasta que logró un silencio sepulcral—. Que hiciera tiempo que no tenía un *asistente humano* —prefirió decir el rey— no significa que no pueda tomar uno cuando lo desee. Ha sido su decisión. La cuál no se pondrá en duda aquí ni en ningún otro lugar.

—Queremos que el humano explique el motivo por el que se ha ofrecido a semejante puesto —dijo el presidente africano—. Los humanos llevamos años intentando erradicar ese puesto tan degradante. Y ante los últimos sucesos que están estropeando las relaciones de paz entre humanos y vampiros…

Alexandro y Vladimir se pusieron de pie para enfrentarse con Amare.

—Ese puesto es voluntario, como ya sabéis —alegó Alexandro—. Mi rey no tiene que daros ninguna explicación. Respecto a los actos que decís… No tenemos constancia de nada de lo que estáis contando.

El portavoz americano pidió silencio y Amare se sentó a regañadientes. Todos volvieron a guardar silencio.

—El Comité ha sido convocado porque están apareciendo humanos desangrados en algunas zonas.

—Eso es mentira —repitió Vladimir, que estaba sentado junto a Exael.

Le faltó poco para lanzarse de cabeza a por el humano.

Todos empezaron a discutir de nuevo.

Esta vez fue Velkan el que se levantó y alzó las manos pidiendo silencio.

Cuando por fin todos se callaron, dijo:

—Si tenéis datos concretos o imágenes estaremos encantados de verlas y discutirlas.

—Claro que sí, majestad.

Abraham pidió que se apagara la luz y un proyector comenzó a pasar imágenes de cuerpos abandonados en callejones oscuros.

Una.

Dos.

Y hasta tres fotos distintas de diferentes lugares y humanos muertos. Su color pálido demostraba que habían sido desangrados hasta matarlos.

Se me revolvió el estómago.

—Los asesinatos han sido cometidos en Rumanía, majestad. La policía está investigando a la comunidad de vampiros de la ciudad, pero Asher no ha querido colaborar con la investigación, así que estamos un poco desconcertados por todo lo sucedido.

Imaginé que Asher era el vampiro que lideraba ese País.

—Me encargaré personalmente del asunto —prometió Velkan.

—Esperábamos que usted, como su rey, estaría al tanto de lo sucedido —añadió Abraham con cautela. Supuse que ofender al rey era lo último que querían. No era fácil plantear ese problema sin que los vampiros se ofendieran por la implicación que afectaba directamente con el reinado de Velkan, que respondía personalmente por el comportamiento ejemplar que se esperaba de todos sus súbditos respecto a los humanos y cumplir La Ley Escarlata.

—Me encargaré personalmente de este asunto y prometo que los asesinos serán castigados con la muerte. Esto no volverá a suceder —prometió Velkan con solemnidad.

Apenas lo conocía, pero estaba claro que el problema que le había venido encima no iba a ser fácil de solucionar.

¿Cómo iba a controlar a unos vampiros que estaban decididos a saltarse la ley y poner en problemas la paz lograda tras siglos de convivencia?

—Por eso, majestad, y pidiéndole por favor que entienda nuestra postura —añadió Abraham sin perder la autoridad que su posición de portavoz le daba, volvió a centrar su atención en mí—, queremos comprobar que este hombre, Exael Collins, ha aceptado ser su esclavo de sangre por voluntad propia.

Velkan se levantó de su sitio y pude ver que estaba indignado.

No necesitó decir nada. El capitán de la guardia, Vladimir, se levantó. Un segundo más tarde tenía a Abraham cogido por el cuello y lo levantó del suelo con una sola mano.

—¿Cómo te atreves, escoria?

En ese momento se desató el infierno en la sala.

CAPÍTULO 14

Todos los vampiros atacaron a la vez y los soldados que estaban haciendo guardia simplemente se acercaron con rapidez y apuntaron al rey con sus pistolas.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala.

—Atrás —pidió Velkan sin perder la serenidad en ningún momento.

Se podía leer en su cara lo enfadado que estaba, pero sabía que un derramamiento de sangre era lo que menos le interesaba a todo el mundo en ese momento. Suficientes problemas había ya si teníamos a los vampiros rompiendo el acuerdo de paz.

¿Todo eso se había formado por mí?

Los vampiros soltaron todos a una a los humanos y dieron un paso atrás, colocándose de nuevo en el rincón de la habitación como si no hubiese ocurrido nada.

Abraham exigió a los soldados que se alejaran del rey.

—No molestarás a mi asistente haciéndole preguntas de este tipo como si fuese un vulgar delincuente. —No parecía que Velkan fuera a ceder en ningún momento.

Cuando Abraham se puso de pie de nuevo para replicarle, me levanté como un resorte. Cuando decidí presentarme para ser el esclavo del rey no esperaba que todo el mundo tuviera que conocer mis motivos. Yo era un hombre discreto y le agradecía al rey que intentara protegerme y guardar mi intimidad, pero no iba a provocar un incidente entre humanos y vampiros por este hecho.

—¡¿Qué es lo que queréis saber?! —grité.

—Exael…, no tienes…

—No me importa —corté las palabras del rey.

—Me gustaría poder hablar con él en privado —pidió Abraham.

Era un hombre valiente si incluso después de lo que se había formado hacía unos instantes, tenía los huevos de pedirle al rey hablar conmigo en privado. Como si fuese un delincuente.

—No —exclamó Velkan con frialdad.

No sería yo quién se enfrentara a él en esos momentos. Hacía enormes esfuerzos por mantener a sus vampiros controlados. Incluso él parecía a punto de perder los nervios y abalanzarse sobre Abraham y destrozarlo.

—No le haremos ningún daño. Solo queremos hablar con él sin que se sienta obligado a dar las respuestas correctas por el mero hecho de estar ante vos. —El portavoz ni siquiera parecía nervioso ante el peligro que corría.

—Hablas con él aquí o no lo haces. Es mi última oferta —replicó Velkan con frialdad—. Yo de ti me daría prisa en hablar con él de lo que sea que le quieras preguntar.

—Majestad…

—¡No!

El grito de Velkan hizo que me encogiera en mi sitio y miré al portavoz, que se había puesto pálido, pero no se amilanó.

—Siempre hemos hablado en privado con vuestros esclavos de sangre, majestad. No hay motivo para no poder hacerlo con él.

—Él…

—Vale… Está bien, lo haré.

No miré al rey, pero podía sentir sus ojos sobre mí y me obligué a mantener los nervios controlados antes de caer en la tentación de esconderme debajo de la mesa, que era lo que de verdad me apetecía. El ambiente hostil que se respiraba en la habitación no ayudaba a calmar mis nervios. Miré a Abraham, que se irguió y su rostro se iluminó de orgullo como si hubiese ganado una batalla.

No entendía por qué no veía que si los vampiros querían los eliminarían a todos antes de que a los humanos les diese tiempo a parpadear.

—Bien, iremos un segundo a la habitación contigua.

—Exael, no tienes…

—Lo sé —le dije al rey—, pero será mejor acabar con esto cuanto antes. No tengo nada que ocultar. —Miré a Abraham—. ¿Vamos?

—Iré con él —se ofreció Alexandro.

—No necesito que nadie me acompañe. —Miré de nuevo al rey—. Puedo hacerlo solo, majestad.

—Bien —accedió a regañadientes—, tenéis cinco minutos. —Miró a Abraham con tanto odio que hasta yo me encogí de miedo y supe que Velkan no nos daría ni un segundo más.

Abraham entró en la habitación contigua y, para mi sorpresa, siguió andando y entramos en la siguiente. Cerró la puerta tras nosotros y se volvió hacía mí.

—Desde aquí no podrán escucharnos los vampiros. Desde la otra sala sé a ciencia cierta que ellos nos pueden oír.

No entendía nada. ¿Tan secreta tenía que ser nuestra charla?

—¿Qué es lo que quiere saber de mi relación con el rey? —pregunté desconcertado.

Todo estaba siendo muy raro.

—Solo tenemos unos minutos antes de que el rey en persona venga a por ti. ¿Te han contado ya lo que queremos?

Abrí los ojos, sorprendido. ¿Lo que queremos? ¿Quiénes? ¿Y qué era lo que querían de mí?

No supe por qué, pero de repente todo empezó a darme mala espina.

—No sé de qué está hablando.

—Desde hace un tiempo, intentamos que los esclavos del rey pertenezcan a nuestro grupo de rebeldes. —Miró, nervioso detrás de él, como si temiera que un vampiro hubiese llegado de repente.

—¿Qué? —¿Había un puto grupo de rebeldes?

—El esclavo del rey es el único que puede llevar a cabo la misión más delicada.

—¿De qué coño está hablando?

¿Me había quedado dormido y estaba soñando? Porque, de repente, me sentía como si estuviera en un universo paralelo.

—De matar al rey. —Me observó mientras yo digería esa información—. Tú serás la única persona que va a estar con él a solas la mayor parte del tiempo. El grupo rebelde está intentando liberar al mundo de los vampiros y nuestro golpe crucial será matar al rey. Para eso te necesitamos.

Hostia. Puta.

¿De verdad me estaba pidiendo que yo matara al rey?

—¿Por qué me cuenta esto? —No entendía por qué confiaba en mí. No había nada que me impidiera contárselo a Velkan cuando volviera—. No me conoce de nada.

—Todos los humanos que se han ofrecido al rey como esclavos trabajaban con nosotros con antelación. —Me observó atento para ver mi reacción—. Pensé que lo sabías.

¿Me lo estaba diciendo en serio?

¿Llevaban años intentando matar al rey?

—No tenemos más tiempo. —Miró la puerta con temor, esperando que se abriera de un momento a otro—. Alguien se pondrá en contacto contigo en el castillo y te dirá el plan a seguir. Por favor, piénsalo. En tus manos está el poder librarnos de ellos para siempre.

Me quedé mirándolo mientras intentaba asumir sus palabras.

—Ni que decir tiene que si le cuentas esto a alguien lo negaré y provocarás una guerra entre humanos y vampiros. Así que piensa bien dónde está tu lealtad y ayúdanos a ganar esta guerra.

Volvimos en silencio a la sala.

Era hombre muerto si alguien se enteraba de esta conversación.

CAPÍTULO 15

Desde mi charla con Abraham la cabeza me daba vueltas con un único pensamiento recurrente: ¿había un grupo de rebeldes entre los humanos que querían matar al rey?

Me obligué a aparentar normalidad, pero las miradas que el rey me echaba de vez en cuando me indicaban que no lo estaba haciendo demasiado bien. Me aterraba que pudiera leer mis pensamientos o algo parecido, aunque me había asegurado que no podía hacerlo, eso no quitaba que pudiera darse cuenta de mi nerviosismo. U olerlo o lo que fuera.

¿Por qué coño había tenido que decirme nada? Yo era malísimo guardando secretos, joder.

Nos despedimos de todo el mundo con caras serias. La reunión había sido tensa y los ataques a los humanos lograron romper la frágil paz que parecía haber entre humanos y vampiros.

Yo me negué a mirar a nadie.

Abraham me había dicho que alguien de palacio se pondría en contacto conmigo para darme toda la información disponible. Había estado tan en *shock* por la sorpresa que ni siquiera me había negado. ¿No negarse era sinónimo de aceptar ser parte del asunto? Porque yo no tenía claro que quisiera pertenecer a ningún grupo rebelde. No era ningún héroe. De hecho, intentaba huir de los problemas desde que tenía uso de razón. Odiaba los enfrentamientos. Me ponía muy nervioso y nunca sabía qué decir ni hacer y ahora iba a estar metido en el peor enfrentamiento de todos.

Ahora no dejaba de pensar si los anteriores esclavos del rey habían intentado matarlo y por eso morían todos.

¡Oh, mierda, mierda!

¿Dónde coño me había metido?

Velkan lo notaría o me olería o lo que fuera, y entonces me destriparía o me arrancaría la cabeza como solía hacer en el palacio tan alegremente.

Él me caía bien. Parecía ser un buen rey. Había mantenido la paz durante siglos en la tierra y yo dudaba mucho de que, matándolo, el resto de los vampiros se rindieran.

¿En qué coño estaban pensando?

Una idea me vino de repente.

¿Lo que estaba pasando en Rumanía era un montaje para sabotear al rey?

¿Para que se enfrentara con sus propios hombres y perdiera así su legitimidad como soberano?

No me di cuenta de que el rey parecía estar enfadado hasta que, cuando nos montamos en el coche, se lanzó sobre mí y me aprisionó entre su cuerpo y la puerta.

—Nunca vuelvas a hacer lo que has hecho hoy —siseó, enseñándome los colmillos con la cara transformada en el monstruo que había bajo la apariencia humana.

Me apretó la garganta con tanta fuerza que pensé que me rompería la tráquea.

Abrí los ojos tanto por el dolor como por la sorpresa. No parecía que estuviese enfadado cuando salimos de Versalles. ¿De verdad era tan bueno ocultando sus emociones? ¿O yo había estado tan preocupado pensando en lo que me había dicho Abraham que no había prestado la suficiente atención?

Desde tan cerca podía oler mejor su olor a polvo de talco y el otro aroma embriagador que ya empezaba a reconocer en él. A bosque, tierra y perfume caro que sobresalía por encima de todo lo demás.

—No… sé… —Tosí, porque no podía seguir hablando y boqueé como un pez fuera del agua mientras intentaba llevar aire a mis pulmones.

Cuando pensaba que me iba a desmayar por falta de oxígeno, me soltó.

Lo intenté de nuevo tras respirar una dolorosa bocanada de aire. Resollé mientras me tocaba la garganta intentando averiguar si tenía algo roto. Me tranquilicé un poco al comprobar que todo parecía en su sitio e hice la mejor interpretación de mi vida.

—No sé qué es lo que he hecho para que te pongas así…, mi rey —añadí en un intento por apaciguarlo.

Si se imaginaba lo que habíamos hablado era hombre muerto.

—Nadie, ni siquiera tú, me contradice. —Sus ojos malvas habían vuelto, lo que se suponía que era un logro. Quizás no moriría hoy—. Si digo a los humanos que no vas a ningún sitio con ellos, no vas. Nadie pasa por encima de mí. ¿Te queda claro?

¡Así qué era eso lo que lo tenía de tan mal humor! Estuve a punto de reírme por el alivio.

—La reunión ya estaba siendo lo suficientemente tensa —alegué, como si no hubiese sido obvio—, solo quería darles un voto de confianza. No me importaba hablar con ellos.

—¡Pero a mí sí! —Me callé cuando su grito casi rompió los cristales del coche.

Me encogí en el asiento, atemorizado.

Estaba viendo el mal humor del rey vampiro en toda su plenitud y reconocía que me estaba acojonando. Si se ponía así solo por llevarle la contraria, ¿qué haría si supiese que lo estaban traicionando?

—Los humanos no pueden obligarte a hacer nada que yo no quiera.

—Lo siento. Solo intentaba apaciguar un poco las aguas.

Intentar calmarlo también parecía ser buena idea.

Me quedé de piedra cuando lo oí preguntar.

—¿Y qué era lo que tan en secreto quería hablar contigo y que tan nervioso te tiene desde entonces?

CAPÍTULO 16

Mi cabeza se bloqueó por completo y un sudor frío me recorrió el centro de la columna.

«¿Qué coño le digo ahora?»

—¿Eh? —pregunté, como el idiota que era, mirándolo embobado sin ser capaz de pensar en una excusa rápida.

—Quiero saber lo que te ha dicho Abraham —repitió con paciencia.

Decidí contarle lo que yo suponía que iban a preguntarme y no lo que habíamos hablado en realidad. No sabía en qué me convertía al mentirle y no contarle lo que los humanos querían hacer, pero estaba seguro de que, en caso de saberlo, provocaría una guerra y yo no quería tener eso en mi conciencia. No saberlo ya era lo suficientemente malo, pero, al parecer, necesitaban mi ayuda para inclinar la balanza hacia los humanos y yo no tenía claro que quisiera meterme en ese berenjenal.

¿Matar al rey? No, ni hablar.

—Me ha preguntado desde cuándo era el esclavo del rey, o sea, tu esclavo de sangre, y si me tratabas bien. Si he aceptado el puesto sin que nadie me presione para ello y si me compensaba la decisión que tomé —dije casi sin respirar. Inventándome todo lo que se me ocurrió que me habrían preguntado en otras circunstancias.

—Esa rata cotilla —murmuró Alexandro desde el asiento delantero.

Respiré con más tranquilidad cuando me di cuenta de que parecían creer mi historia. ¡Menos mal, joder!

—¿Y por eso estás tan nervioso?

Velkan entrecerró los ojos. No parecía demasiado convencido.

—La reunión me ha impresionado mucho. —Era verdad. No esperaba que el ambiente fuese tan hostil—. Pensaba que se atacarían unos a otros y que los soldados me dispararían a mí también.

—Que aparezcan humanos desangrados ha roto el buen ambiente que habíamos conseguido tras siglos de paz. —Velkan se acomodó de nuevo en su asiento y dejó de estudiarme con tanta minuciosidad.

—¿Tenéis idea de lo que ha podido pasar?

El rey me miró unos segundos en silencio. Sus fosas nasales se abrieron y él inspiró hondo.

—¿Qué ocurre? —¿Al final iba a matarme él mismo?

«Deja de montarte películas tú solo y relájate de una vez. Y aprende a disimular, joder».

—El olor de tu sangre es más intenso cuando estás nervioso.

Me puse una mano en el corazón para intentar apaciguar sus latidos. Como si ese gesto pudiese funcionar.

—Lo siento. —Intenté cambiar de tema—. ¿Iremos a Rumanía?

O eso había entendido.

—No. Convocaré a los vampiros aquí, en mi castillo, para mañana por la noche.

Me atraganté cuándo entendí lo que significaba.

—¿Vendrán todos aquí? —Mi voz de pito le arrancó una sonrisa divertida al rey.

—No te preocupes, cachorrito. Para mañana ya te habré marcado y todos sabrán que eres mi esclavo. Nadie se atreverá a tocarte.

—Ya. —Fue lo único que pude murmurar—. Guay.

CAPÍTULO 17

No sabía qué me iba a encontrar al día siguiente cuando los vampiros más poderosos del mundo se reunieran con el rey.

Suponía que Velkan no estaría muy contento si tenía a unos renegados en sus propias filas que le estaban jodiendo los años de paz que con tanto trabajo parecía haber conseguido. No se me quitaba de la cabeza las palabras de Abraham y se me ocurrió una idea realmente mala que no olvidaría sin más. ¿Estaban los vampiros renegados de acuerdo con los humanos para poner en apuros el liderazgo del rey o era una mera casualidad?

—¿Por qué sigues tan nervioso?

Era absurdo negarlo cuando no había dejado de jugar con la comida y apenas había respondido vagamente a algunas de las preguntas del rey.

Me había puesto una camisa y pantalones de vestir, ya que Sasha insistía en que a su hermano le gustaba que sus amantes se vistieran de acuerdo a su estatus.

«No soy su amante» le recordé esa misma tarde mientras me vestía.

«Pero lo serás pronto» respondió.

Sus palabras no me dejaban más tranquilo. De hecho, me ponían aún más nervioso.

No podía negar que Velkan era un espécimen, cuanto menos, impresionante. Con ese pelo suave y negro como una noche sin luna y todo ese montón de músculos que se podían vislumbrar bajo su ropa. Aunque yo no era virgen, acostarme con un vampiro me hacía desdeñar todas mis experiencias pasadas con humanos. Algo me decía que follar con Velkan sería una experiencia inolvidable y saber lo pronto que *lo haríamos*, quizá esa misma noche, aún me ponía más nervioso.

Levanté la mirada del plato que apenas había tocado y bebí un trago de vino para intentar calmar mis nervios.

—No me quito de la cabeza tu reunión de mañana. ¿Estás seguro de que te dirán quiénes son los rebeldes que están matando a los humanos?

—¿Rebeldes? —entrecerró los ojos ante mis palabras y me maldije por el término que usé.

¿Podía saber de lo que había hablado con Abraham por ese término en concreto?

—Bueno, ya sabes… —Intenté buscar otra palabra menos comprometedora para quitarle importancia—, esos vampiros que están matando humanos. No sé cómo los llamarás tú.

Tragué saliva, intentando calmarme de nuevo.

Eso no iba a salir bien si me pasaba todo el tiempo aterrado de que se enterara de lo que había ocurrido en la reunión. Yo no había decidido hacer nada en concreto ni si ayudaría a los humanos contra los vampiros. Ni siquiera me había puesto a pensarlo con mente fría.

—Bueno, la palabra *rebeldes* no se acerca demasiado a la de *traidores*, que es lo que realmente son —aceptó él con tono frío y cortante.

—Vale, *traidores*, entonces. —Bebí vino, esperando que eso calmara mi sobrecargada mente de imágenes de vampiros decapitados y destripados.

Mira que era morboso.

—Por el bien de todos, espero que nadie se atreva a defenderlos o mataré al que haga falta hasta enterarme de quiénes son los culpables.

¿Me mataría a mí también si supiera lo que le estaba ocultando?

Si no iba a hacer nada contra el rey, ¿no debería decirle lo que estaban haciendo a sus espaldas? Un sudor frío me empezó a caer por la columna vertebral y me estremecí, pensando de nuevo en cómo me había metido en ese lío sin pretenderlo.

¿Mataría a los humanos porque estaban conspirando contra él? ¿A todos los integrantes de La Ley Escarlata?

Pensé en preguntárselo, pero algo en su expresión me contuvo de hacerlo. No estaba preparado para contarle lo que pasaba. A lo mejor eran paranoias mías y los asesinatos no tenían relación con las palabras de Abraham. ¿Qué humano se arriesgaría a aliarse con

los vampiros para derrocar al rey? Por más vueltas que le daba al tema no conseguía encontrarle solución. Pero lo que sí sabía era que yo debería avisar al rey de lo que estaba pasando antes de que pudieran culparme de estar implicado.

—Cachorrito, ¿has terminado de cenar?

Sus palabras me trajeron de vuelta y lo miré, parpadeando desconcertado por el cambio de tema.

Apenas había comido, pero estaba demasiado tenso para poder hacerlo.

—Sí, ¿por qué?

—Porque no puede pasar de esta noche para que te reclame como mi esclavo y te marque.

Me quedé tan sorprendido que se me secó la boca y un nudo de tensión se me acumuló en el bajo vientre.

¿Estaba diciendo lo que pensaba que decía?

Lo miré en silencio, imaginándome lo que podía ocurrir en mi habitación. El ambiente del comedor cambió sutilmente mientras el rey sonreía divertido. ¿Podía oler la excitación? ¿Podía haber algo más bochornoso que eso?

—Bien, veo que sabes a lo que me refiero. Me alegra saber que lo deseas tanto como yo. Sabes que lo he postergado todo lo que he podido debido a tu edad y a los… sucesos de los últimos días.

Que sus guardias intentaran matarme había sido el motivo más importante, pero…

—¿Mi edad?

—Apenas eres un niño, Exael. Ni siquiera sé si sigues siendo virgen.

Me sonrojé de manera intensa, agradecí que el salón estuviese en penumbra para que no pudiera darse cuenta.

—No soy un niño, tengo veintidós años y ya no soy virgen —bufé ofendido.

Velkan simplemente amplió su sonrisa, se levantó y me tendió una mano para que le siguiera.

—Vale, mejor así. ¿Vamos?

No esperaba que afrontara el tema de nuestra relación sexual con tanta indiferencia, pero, si lo pensaba en profundidad, ¿qué

esperaba? Al fin y al cabo, era un vampiro.

CAPÍTULO 18

Desperté cuando sentí que alguien me acariciaba la espalda desnuda con suavidad. Según iba volviendo del mundo de los sueños comencé a recordar lo sucedido la noche anterior.

«¡Oh, por dios!»

Mi cuerpo reaccionó a esa mano lánguida que no dejaba de acariciarme y mi polla dio una sacudida. Que ya estuviera empalmado no era por mi erección matutina, como al resto de los hombres, o no solo debido a eso.

Cuando Velkan había dicho que tenía que marcarme para que todo el mundo supiera que era su esclavo de sangre, no esperaba que iba a ser tan jodidamente placentero.

¡Por Dios bendito! Mi sangre se calentaba tan solo con recordarlo.

Habíamos estado follando durante horas. Nadie me había avisado de que alimentar al rey cuando te mordía en el cuello podía convertirse rápidamente en la mejor experiencia sexual que un hombre podía tener.

Salvando la molestia del momento de morder, pues no era posible evitar esos segundos de dolor, pronto todo cambia a una pasión tan intensa que por un momento pensé que saldría ardiendo como si la lava de un volcán corriese por mis venas. Y solo follando con Velkan durante casi toda la noche se me calmó esa ansia viva que jamás había sentido por nadie.

Sentir tanta pasión me pilló totalmente desprevenido y no pasó ni un minuto en que no le rogara al rey que hiciera algo para *«calmar mis ansias o me desintegraría por completo».* Tal cual se lo dije.

—Dejaré que me folles esta primera vez —accedió Velkan. No podía adorarlo más en esos momentos tan desconcertantes, me hubiese follado una piedra si tuviera el agujero perfecto—, pero recuerda que aquí el que te follará siempre seré yo. ¿De acuerdo?

—Vale, gracias. —Le habría dicho lo que fuera con tal de poder meter la polla en algún sitio que me aliviara la sensación—. Creo que

no duraré mucho, majestad —reconocí algo avergonzado.

El rey solo se rio y me dejó hacer, pero luego… Luego fue cuando de verdad supe lo que era follar con el rey vampiro.

Me senté en la cama y el rey se sentó justo delante de mí. Fue él mismo el que agarró mi erección con las manos frías para introducirla en su interior. Sus piernas se entrelazaron detrás de mi cuerpo y me abrazó mientras comenzaba a moverse con suavidad.

Jamás había follado en esta postura, pero el rey quería verme mientras follábamos, así que lo abracé y escondí mi cara en su hombro para inhalar su perfume mientras todo lo que había a nuestro alrededor se desdibujaba.

Solo existíamos él y yo y el placer que sentía con él. Su cuerpo frío en contraste con el mío más cliente provocaba un sinfín de escalofríos de placer. No podía apartar mis ojos azules de los suyos, que parecían brillar en la oscuridad.

—No dejes de mirarme así, cachorrito —me pidió en voz baja.

Aceleró sus movimientos y gemí más fuerte, haciendo un gran esfuerzo para no correrme todavía.

—Tengo que… Necesito… —Me miró el cuello con tanta ansia que supe lo que necesitaba.

—Puedes morderme —accedí sin pensar en el dolor.

Podía hacer conmigo lo que quisiera porque no me iba a quejar en ese momento en el que estaba sumergido en una intensa marejada de placer que amenazaba con engullirme de un momento a otro.

—Te prometo que te gustará.

No esperó más.

Me abrazó más fuerte mientras me sujetaba el cuello para tener mejor acceso y cerré los ojos, esperando sentir un estallido de dolor. Solo duró unos segundos. Sentí su lengua mojando la piel de mi cuello y luego cómo sus colmillos se hundían en mi piel. Me estremecí tanto por el dolor como por la sorpresa e inmediatamente después lo sentí beber de mi sangre. Debía estar horrorizado después de los ataques anteriores, pero sentí un calor intenso que se desplazaba por mi interior como las llamas de una hoguera que

se convirtieron en una oleada de placer, tan intensa que eyaculé de repente con un largo gemido.

El rey siguió bebiendo mientras se movía de manera más brusca, más rápida y yo volví a correrme mientras el animal que había dentro del rey rugía de placer sin dejar de moverse.

Él siguió bebiendo y yo… eyaculé una vez.

Y otra.

Y otra.

Hasta que sentí que el rey se contrajo en un largo orgasmo mientras seguía bebiendo de mi sangre.

Luego ya no sentí nada más.

—¿Estás despierto? ¿Cachorrito?

Sentí un beso entre los omoplatos y mi piel se erizó cuando pasó los colmillos con suavidad por mi piel.

Gemí y el rey se rio bajito.

—Quédate durmiendo. Tengo que atender a algunos invitados que se han adelantado a la reunión. No salgas de tu habitación hasta que mande a Vladimir a por ti, ¿de acuerdo?

Gemí de nuevo y asentí con la cabeza mientras intentaba dormirme de nuevo. No sabía qué hora era, pero habría dormido unas pocas horas como mucho.

—¿No estás cansado? —Levanté la cabeza con esfuerzo para mirarlo mientras se vestía con la bata con la que llegó a mi habitación la noche anterior.

—Te recuerdo que yo no necesito dormir tanto para recuperar mis fuerzas. Pero había olvidado que tú sí. ¿Estás bien? ¿Todo bien por ahí… abajo?

Ahora que lo decía me sentía algo dolorido, pero nada que no hubiese merecido la pena.

—Estoy bien. Lárgate a darle órdenes a tus hombres o a cortar cabezas o lo que sea que hagas en tus reuniones.

Se rio por la nariz.

—Recuerda que bajarás a comer con nosotros. Vístete para la ocasión.

—Que sí, que sí.

Antes de que se terminara de vestir ya estaba dormido.

Unos toques en la puerta me despertaron y Vladimir asomó la cabeza cuando le di permiso para entrar.

—Mi rey pide que lo acompañe para la comida, señor.

«¡Mierda!»

—¿Qué hora es?

¿Tanto había dormido?

—La de comer —soltó el guardia sin cortarse un pelo.

Me fui a levantar a la carrera cuando me percaté de que seguía desnudo.

—¿Puedes…?

Le indiqué con el dedo que se diese la vuelta para tener algo de intimidad.

—Date prisa en prepararte, porque el rey espera. Estaré en el pasillo.

Me duché en tiempo récord sin querer recrearme con el agua caliente sobre mi cuerpo que me pedía disfrutar con calma para relajarse. Me lie una toalla y me fui al vestidor, pensando en qué podía ponerme para comer con el rey y su séquito de vampiros. Decidí ponerme unos vaqueros negros de pitillo y una camisa celeste a juego con mis ojos. Peiné mi cabello con cuidado. Empezaba a tenerlo más largo y se rizaba sobre las orejas y en el cuello. Me perfumé y salí al pasillo, temblando como una hoja. Me había revisado la mordedura del cuello que apenas me dolía, pero seguía sintiendo una leve molestia. Cuando movía la cabeza a los lados se podían ver las dos pequeñas incisiones de los colmillos y pensé que quizás Velkan quisiera que todos lo vieran para que no olvidaran que era su esclavo.

Según pasábamos por los pasillos interminables del castillo, acercándonos a la planta baja donde estaba el comedor, más nervioso me ponía.

Se oía un montón de risas y gente hablando, así que imaginé que la comida posiblemente ya habría empezado. ¿Iban a beber sangre en las copas? Me repugnaba solo de pensarlo. Pero luego recordé a Velkan bebiendo de mi cuello y empecé a calentarme de nuevo. ¿Había tanta diferencia de que los vampiros bebieran de una copa o de una persona viva?

«¡Qué hipócritas eres, Exael!»

—El rey te espera —dijo el vampiro antes de darse la vuelta y dejarme solo para que entrara en la habitación.

Cogí aire antes de entrar en la sala y busqué al rey con la mirada. No esperaba que todo el mundo se callara y me miraran con distintos grados de curiosidad en sus ojos azul pálido.

Me acobardé y me quedé parado en medio del comedor, buscando al rey frenéticamente mientras mi corazón comenzaba a golpear mi pecho con fuerza.

Los vampiros más cercanos a mí inclinaron la cabeza y vi cómo se ensanchaba sus fosas nasales.

¿Estaba seguro en una sala llena de vampiros?

Cuando ya estaba pensando en darme la vuelta y salir corriendo, vi al rey en un extremo de la larga mesa donde estaban todos sentados y se levantó para tenderme una mano, animándome a que me acercara.

Cuando lo vi allí, de pie, vestido completamente de negro y pidiéndome que me acercara a él, el resto del mundo dejó de existir. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, pero esta vez no era por miedo, sino por él. Algo había cambiado la noche anterior con el rey, ya que ahora mi propio corazón palpitaba como si se alegrara de verlo, cosa que con anterioridad nunca me había pasado.

¿Era por el sexo que habíamos tenido la noche anterior?

Según me acercaba al rey su sonrisa se ensanchaba hasta dejar a la vista la punta de sus colmillos y mi polla se alegró de verlos.

«¡Hostia puta!»

—Ven. Siéntate conmigo. —La silla a su derecha estaba vacía.

Me senté entré él y Alexandro, que me miraba con una sonrisita en la cara. No quise pensar que podía oler mi reacción ante el rey, así que lo ignoré.

—Debes tener hambre. —Con una señal del rey, los sirvientes pusieron ante mí un plato con algo parecido a sopa que olía de maravilla.

Mis tripas rugieron escandalosamente y los más cercanos a nosotros comenzaron a reírse. Me sonrojé intensamente y evité mirar a ninguno de los que me rodeaban.

—Deberías alimentar a tu esclavo con comida en vez de con semen —soltó alguien al fondo de la mesa.

—Ignóralos —dijo Alexandro, y siguió comiendo lo que tenía en el plato.

—Oh, te garantizo que Exael no va a pasar hambre. —Miré al rey por el rabillo del ojo y me guiñó un ojo mientras se sentaba de nuevo—. Come.

Tras las bromas, el ambiente se relajó y las risas volvieron al comedor mientras yo me comía todo lo que me ponían en la mesa, un plato tras otro. Estaba famélico.

CAPÍTULO 19

No esperaba que tras la comida tuviera que ir con ellos al salón del trono, donde, al parecer, Velkan daba audiencias a los vampiros que se la solicitaban.

El trono en sí estaba colocado al final de la sala. En una especie de estrado en el que había que subir algunos escalones hasta llegar hasta él. Había un inmenso sillón. El respaldo era de hierro forjado con dibujos intrincados de enredaderas.

Nunca había visto a Velkan allí sentado. Yo apenas miraba la tele y ni siquiera sabía si el rey había salido sentado en su trono. Su mera presencia era imponente, pero allí, en su trono, lo era todavía más.

Me di cuenta de que no llevaba corona, pero su porte serio y frío, sentado en ese trono gigantesco, lo hacía parecer despiadado y peligroso. Emanaba poder por todas partes.

Recordé el motivo por el que se celebraba esa reunión con los jefes de todos los países y temí que hubieran averiguado quiénes estaban detrás de los ataques a las personas en Rumanía.

Mucho se había especulado sobre el lugar de origen del que venían los vampiros y aunque resultaba todo un *topicazo* pensar que eran descendientes del propio conde Drácula, de Rumania, la verdad era que nadie lo sabía a ciencia cierta.

Entré en la sala del trono junto con el resto de los vampiros que seguían al rey que, por supuesto, entró primero. No esperaba que un vampiro se pusiera a mi lado para hablarme.

—¿Cómo es que el rey te ha tenido tan en secreto?

El vampiro parecía mayor que los demás. Vestía ropa oscura y su pelo lleno de canas le llegaba por los hombros. Estaba delgado, como todos los demás. Parecía un rasgo muy común entre los vampiros, eso y sus ojos azul pálido, que me estudiaban con frialdad.

Me provocó un escalofrío cuando sus fosas nasales se abrieron e inclinó la cara de una forma que me puso sobre aviso. Sin darme

tiempo a moverme, el vampiro me cogió del cuello y me inmovilizó pegándose a mi cuerpo para poder olerme mejor.

¿Ya estábamos otra vez?

Esta vez no iba a dejar que nadie me ninguneara. Ya estaba cansado de que me manejaran a su antojo.

—Suéltame, joder.

Lo empujé con fuerza, pero sus manos me apretaban tanto el cuello que sus uñas me lo arañaron cuando conseguí separarme de él. Siseé por el dolor que sentí.

El hombre, sorprendido por mi empujón, dio un traspiés y estuvo a punto de caer al suelo. De inmediato, dos hombres que lo acompañaban se movieron tan rápido que cuando quise darme cuenta me tenían cogido por el cuello y me elevaron por el aire sin dar con los pies en el cuello.

¿Qué coño les pasaba a esos tíos?

Me gustó que Vladimir y otros soldados se enfrentaran a los vampiros para que no me hicieran daño. Ahora había claramente dos bandos de vampiros enfrentados.

—Ya basta —gruñó Velkan—. Suéltalo.

El que me tenía cogido por el cuello miró al rey, pero no me soltó.

—Este puto se ha atrevido a empujar a mi señor y será castigado por su atrevimiento.

—Para empezar, le hablarás con respeto. Su nombre es Exael.

—Es un esclavo… —soltó el que era su señor.

—Goliath…, es mi pareja y quiero que lo sueltes. Ahora.

Todas las voces se acallaron de repente. Se podía oler la tragedia en el salón. Supuse que el vampiro Goliath, al que había empujado, debía ser importante para que estuviera tan ofendido, además, tenía a sus propios hombres. Velkan no se atrevería a enfrentarse a ese hombre por mí. ¿Verdad?

—¿Tu pareja? —soltó Goliath con asco, dio un paso al frente y dijo a sus hombres, con un gesto de mano, que se calmaran.

Al parecer, enfrentarse al rey era más interesante que yo, porque me soltaron y caí al suelo. Alexandro me ayudó a levantarme y me

escoltó para que llegara a la altura del rey, que me tendió la mano para que subiera al estrado con él, donde todos podían verme.

—Eso es lo que he dicho, sí.

—Pero ibas a casarte con Enola. Mi hija está lista. El reino quiere a una reina en el trono.

—Pues va a tener que seguir esperando —soltó Velkan sin parpadear ni apartar la mirada del que supuse que iba a ser su suegro y que, gracias a mí, ya no lo sería.

—Pero no puedes hacer eso.

—Ya está hecho. ¿Algo más que quieras discutir conmigo? —Observó al resto de vampiros que lo miraban como si fuesen la primera vez que lo veían—. ¿Podemos discutir por fin el motivo que nos ha traído hasta aquí?

—Las cosas no van a quedar así. Esperaremos a que entres en razón y te cases con mi hija.

Al ver que el rey no decía nada más se dirigió a la puerta y un impresionante número de vampiros se marchó con él.

«¡Oh, joder! ¿Qué acaba de pasar?»

Me quedé mirando el salón con la gente que quedaba y que hablaban entre ellos en susurros, mirándome de vez en cuando.

El rey me ofreció la mano para que subiera y me sentara en un trono exactamente igual al suyo, con el mismo diseño de enredaderas entrelazadas.

Miré a todos los presentes. Era muy extraño verlos desde allí arriba. Me hacía parecer importante y no me gustaba demasiado la sensación.

¿De verdad estaba pasando todo eso?

Me había elegido a mí antes que casarse con quien fuera que tuviera pactado de antemano.

¿Y todos los vampiros que se habían marchado iban a declararle la guerra al rey?

¿Después de lo que estaba pasando con los vampiros traidores, tal y como él mismo los había llamado?

El rey me inclinó el cuello para ver la herida que el otro me había hecho con las uñas y yo me sonrojé de vergüenza sintiendo la mirada de todos los vampiros sobre mí.

—¿Estás bien?

—Es solo un arañazo. —Intenté apartarme de él, pero no me dejó.

—Está sangrando —dijo antes de acercarse y lamerme con suavidad la herida.

Ese simple gesto me hizo contener el aliento. Aunque en principio no era algo sexual, mi polla no pensaba lo mismo.

Gemí en voz baja mientras el rey se apartaba y se lamía los labios con una perversa sonrisa en ellos.

Ahora sí era algo sexual. No cabía ninguna duda.

—Exquisito.

¿Era posible morirse por exceso de sonrojo?

—Por si no lo sabías, nuestra saliva tiene una encima que acelera la curación de las heridas.

Me toqué el cuello de manera inconsciente. Ese era el motivo por el que la mordedura de la noche anterior estaba prácticamente curada.

No, no lo sabía, pero ya no se me olvidaría.

CAPÍTULO 20

—Bien, seguimos —anunció Velkan, apartándose de mí para sentarse en su trono—. Siéntate —me pidió en voz baja.

Me quedé de pie, mirando a hurtadillas para comprobar que todos los que estaban en el salón no apartaban la mirada de mí. Me sentía culpable de lo que había pasado con Goliath y su hija, y ahora pensaba que me odiarían mucho más por ser el causante de ese problema.

—Prefiero irme a…

—Siéntate.

Esa orden entre dientes hizo que me sentara de golpe. Lo miré enfurruñado por obligarme a quedarme ahí, siendo analizado por todos esos monstruos que no me quitaban el ojo de encima.

—Os he reunido porque ayer me llegó una información que rompe nuestro acuerdo de paz con los humanos.

Todos los vampiros comenzaron a gritar a la vez.

Velkan levantó una mano y las voces se fueron acallando hasta que se hizo el silencio.

—Hay vampiros que han asesinado a humanos en un pueblo de Rumanía. —El rey dirigió su mirada a un lateral hasta dejarla clavada en un vampiro que permanecía apartado de los demás y nos estudiaba con frialdad.

—Asher, ¿puedes acercarte, por favor?

El vampiro se acercó a donde estaban los tronos. Todos se fueron apartando a su paso como las aguas hicieron con Moisés. Se paró ante nosotros e inclinó la cabeza como muestra de respeto ante el rey.

—Majestad. —Me miró un segundo antes de centrarse en Velkan.

—Se ha sabido que en Rumanía hay ataques de vampiros hacia los humanos. ¿Qué sabes al respecto?

—Mis soldados me informaron hace poco de que había un grupo de renegados que estaban atacando a los humanos. Movilizamos a todos mis espías hasta dar con ellos. He querido traerte un presente.

«¡Ja! Renegados, Velkan, no traidores».

Miró hacia las puertas y todos los presentes se volvieron para ver cómo varios soldados que vestían uniformes azules traían a dos hombres encadenados ante ellos, a los que empujaban sin miramientos.

Asher continuó hablando cuando llegaron a su altura.

—He querido traerte a los cabecillas de la rebelión para que tú mismo hagas justicia.

—Bien. Gracias.

No me esperaba que Velkan se levantara tan rápido. Cuando parpadeé ya tenía cogido a uno de ellos por el cuello y lo había levantado en el aire.

¡Joder, qué pesados eran con eso! ¿Les enseñaban a tratar así a los demás cuando se enfadaban?

—Solo te lo voy a preguntar una vez —le dijo al vampiro que empezaba a ponerse morado por la falta de oxígeno—. ¿Por qué?

El color en la cara le favorecía un montón.

Para consternación del rey, el vampiro soltó un graznido. Poco podía hablar si no le soltaba la garganta. El rey debió darse cuenta porque lo puso en el suelo. El vampiro respiró hondo y luego comenzó a reírse.

Lo miré anonadado. Sabía lo que Velkan haría con él y posiblemente el vampiro también lo sabía y, aun así… ¿se estaba riendo?

—Tu reinado se derrumba —le dijo el vampiro cuando terminó de reírse.

Me di cuenta de que su cuerpo y el del otro detenido humeaban un poco, como si se estuvieran quemando. Pensé que posiblemente las cadenas tuvieran un elemento nocivo para los vampiros. Miré con atención al otro vampiro. Llevaba vaqueros y una camiseta negra andrajosa y en la parte donde las cadenas se rozaban con su piel la ropa se había quemado, así que su piel humeaba mientras se quemaba poco a poco. Reconocí el olor a carne chamuscada y junto con el de los polvos de talco que desprendían todos estos vampiros empezaron a darme nauseas.

«¡Qué peste, joder!»

—¿De qué hablas?

—Hay una conspiración contra los humanos. Cada vez más vampiros forman parte del grupo en el que queremos vivir libres y alimentarnos de lo que queramos. Tu reinado caerá y nosotros por fin seremos libres.

Todos los vampiros comenzaron a gritar a la vez.

Y el rey…

Velkan se transformó en el monstruo que había bajo la superficie, atravesó el pecho del vampiro de un puñetazo y sacó su corazón, el cual enseñó a todo el mundo antes de tirarlo al suelo y arrancarle la cabeza como ya le había visto hacer antes. El otro vampiro intentó huir, pero Velkan le hizo lo mismo antes de que pudiera dar un par de pasos.

Aparté la mirada de las dos cabezas que cayeron al suelo con un ruido desagradable.

Luego los cuerpos se desintegraron, soltando un olor a huevos podridos extremadamente desagradable hasta convertirse en polvo. Supuse que las cabezas, al no estar unidas al cuerpo en el momento de morir, no se desintegraban de la misma manera. Cosa de vampiros.

«¡Puta mierda!»

El rey miró a Asher de nuevo y señaló las cabezas.

—Llévatelas y ponlas donde los rebeldes puedan verlas para que nunca se les olvide lo que hacemos con los traidores.

—Sí, mi rey.

Todo el mundo hablaba entre ellos mientras algunos sirvientes limpiaban los restos de los cuerpos del suelo.

Asher ofreció las cabezas a dos de sus vampiros, que se marcharon con ellas.

Agradecí que no las iban a dejar allí para que pudiera verlas.

Las vistas no podían ser más repugnantes.

CAPÍTULO 21

Gracias al cielo, después de matar a los vampiros permitieron que me marchara a mi habitación.

Sabía que había un gabinete de crisis vampíricas porque Sasha me lo había confirmado cuando esa noche Velkan no apareció por mi dormitorio. Al parecer, los vampiros seguían reunidos en el palacio y no se marcharían hasta que se tomaran las debidas decisiones.

Yo seguía sin poder hablar con mi familia. Era una norma inquebrantable cuando el esclavo de sangre entraba en el palacio. Te conviertes en el esclavo del rey y a cambio renuncias a todo lo que dejas fuera: familia y amigos.

Con los ataques que se estaban produciendo en algunas ciudades del mundo no podía evitar preocuparme de que mi familia estuviera a salvo. Al fin y al cabo, mi cara había salido en la televisión, todo el mundo me conocía y con lo que había sucedido con Goliath y su hija… estaba claro que no era una persona muy grata para ellos. Posiblemente tampoco lo era para muchos otros que pensaran que los vampiros necesitaban una reina en el trono para dar estabilidad al reino. De verdad me pregunté qué se suponía que estaba haciendo Velkan.

Si de verdad necesitaba una reina, ¿por qué no se había casado con Enola? Y ¿para qué había tomado un esclavo justamente ahora?

El rey no vino la primera noche ni la segunda y el tercer día que estaba encerrado en mi habitación pensé saltarme todas las normas y salir a tomar un poco el aire por los jardines del castillo que podía ver desde el balcón de mi habitación. Después de todo, yo no era un prisionero y ahora que Velkan ya me había marcado, se suponía que podía entrar y salir de mi habitación con libertad.

Empezaba a oscurecer y esa noche decidí cenar fuera. Podía oír las risas y los gritos apagados del resto de los invitados, así que, si no cenaba en el comedor para encontrarme a Velkan con sus hombres, bien podía irme a la cocina o a algún otro sitio.

Abrí la puerta con decisión y me encontré a Sasha con un vampiro joven justo a punto de llamar a mi puerta.

—¡Hola! —saludé sorprendido de verla acompañada.

Siempre que venía a mi habitación había venido sola.

Estaba igual de despampanante que siempre. Pero aquel día llevaba un vestido rojo casi del mismo tono que su cabello, el cual llevaba suelto y brillaba bajo la luz de las lámparas del pasillo.

—¿Ibas a alguna parte? —me miró curiosa y luego miró al vampiro que estaba junto a ella—. Mira, este es Joseph.

Me quedé un poco cortado sin saber cómo saludarlo.

¿Los vampiros se daban dos besos, la mano o qué?

Sasha se comenzó a reír ante mi cara de desconcierto.

—Me encanta cuando te sorprendo con algo con lo que no sabes cómo actuar. Tu cara es todo un poema.

El chico se apiadó de mí y me tendió la mano. Su tacto frío me cogió de sorpresa.

Nunca me iba a acostumbrar a esa piel gélida y ese tomo tan pálido.

Me volví a preguntar si estaban realmente muertos o si les latía el corazón.

—¿A vosotros os late el corazón o de verdad estáis muertos?

No supe por qué lo pregunté, pero los vampiros se miraron entre sí y yo pensé sí debía echar a correr o no.

Rompieron a reír a carcajadas. Por supuesto me ofendí, porque yo me ofendía con facilidad y porque desde que estaba en este castillo todos se habían estado divirtiendo de mi ignorancia y ya estaba cansado.

—Me alegra saber que te diviertes —gruñí enfurruñado.

—Joseph es el hijo de Alexander, que estaba de viaje y ha vuelto hoy. Vamos a cenar, por si te apetece salir de tu habitación.

Me di cuenta de que habían evitado contestar a mi pregunta. Muchas risas y muchos silencios y secretos es lo que se sacaba de una conversación con Sasha.

—Vale. —Cerré la puerta y el guardia me miró para negarse, pero la princesa lo cortó.

—Cenaremos en la biblioteca. Puedes avisar para que nos lleven la cena allí, lejos del comedor donde estará mi hermano.

—Sí, su alteza.

El guardia inclinó la cabeza en una sutil reverencia y bajó las escaleras sin poner ningún reparo.

—Vamos. Debes estar muerto de aburrimiento ahí metido mientras esperas a mi hermano. Seguirá reuniéndose unos días más, creo. Me muero de ganas de conocerte mejor —dijo, y luego centró de nuevo los ojos en el vampiro que vestía vaqueros caídos, sudadera negra y deportivas, exactamente igual que cualquier adolescente humano. Tenía el pelo de un rubio muy claro, supuse que igual que su padre cuando era joven. De nuevo me pregunté cuántos años vivían los vampiros.

Sorprendentemente, fue divertido pasar un rato con ellos. Sasha era una joven dicharachera y tenía una sonrisa preciosa. No me pasó desapercibida las pullitas que le lanzaba a Joseph y el chico se las devolvía con la misma facilidad. Estaba visto que se conocían desde hacía tiempo.

Los libros me apasionaban y me sorprendí mucho de que aquel viejo castillo tuviera una biblioteca tan inmensa y bien cuidada, porque las estanterías y el suelo estaban limpios como una patena.

—Mi hermano adora los libros y, cuando nos instauramos aquí, le prometió al alcalde de la ciudad que se encargaría de mantener la biblioteca en perfecto estado. Aquí hay libros muy antiguos y verdaderas joyas literarias.

Me había visto mirar hacia algunas estanterías, ya que me moría por echarles un vistazo.

Nos sirvieron café tras la cena. Me hubiese gustado que el rey estuviera allí con nosotros y me pregunté si estaría bien y si habría podido solucionar el problema que tenían entre manos.

«¿No ha dormido en todos estos días?»

«¿Qué está pasando?»

«¿Tendrá problemas por haber rechazado a Enola como reina?»

«¿Qué hará si se desata una rebelión de sus hombres para retirarlo del trono?»

«¿Debería decirle lo que me propusieron los humanos antes de que se entere por otras fuentes?»

—Te has puesto serio de repente. ¿Hay algo que te preocupe?

La luz de la biblioteca era tan escasa como en el resto del castillo, pero en la mesa en la que habíamos estado cenando podíamos vernos las caras con facilidad, dejando el resto de la habitación prácticamente en penumbra.

—Algo me dice que vienen tiempos revueltos. —No quise decir más porque tampoco sabía cuánto les habrían informado de lo que pasó el otro día.

—Ah, bueno, si lo dices por haber rechazado a Enola, todos sabían que mi hermano no se quería casar con ella. Que lo hayan querido obligar no ha hecho más que obstinarse en su negación.

—Pero ¿y si estalla una guerra?

—Goliath no tiene tanto poder —intervino Joseph, que había estado sumido en sus propios pensamientos en los últimos minutos —. Ya le gustaría.

—¿No os preocupa lo que pueda pasar?

—Mi hermano es rey por legítimo derecho. Así que nadie puede usurparle el trono y esperar que los demás lo apoyen. Es un rey justo y siempre ha antepuesto las necesidades del pueblo a las suyas. Hasta ahora.

Eso me sorprendió.

—¿Hasta ahora?

—Eres la primera persona a la que el rey ha antepuesto a todo lo demás.

Y, por supuesto, eso no me trajo más que un montón de preguntas más.

CAPÍTULO 22

Ser adolescente es sinónimo de apuntarte a todas las fiestas que puedas y, al parecer, los vampiros no eran diferentes. En ese castillo había más adolescentes de lo que pensaba, ya que cuando Sasha pidió a los sirvientes que trajeran bebidas y hielo, la biblioteca comenzó a llenarse de vampiros con *apariencia* joven, porque vete tú a saber qué edad podían tener.

—¿Una fiesta en la biblioteca? —pregunté a Joseph y Sasha, que se encargaban de poner la música.

—Han venido a la reunión de mi padre amigos que hace tiempo que no veía, así que aprovecho la ocasión. Tú deberías hacer lo mismo. —Señaló mi vaso con ron que casi no había probado.

Miré a mi alrededor y, cuando me di cuenta de que ya casi nadie me observaba con recelo, decidí seguir su consejo y apuré el vaso de un trago.

—Guau. —Cuando la música empezó a sonar me tomó del brazo para llevarme a por otra copa—. Mi hermano ni siquiera se enterará de que hemos estado de fiesta.

Me encogí de hombros e intenté quitarle el vaso de chupito que estaba llenando.

—¡Ronda de chupitos! —gritó, y todos los vampiros fueron a coger el suyo.

¿Cuántos había ya? ¿Veinte?

Al ver su ropa me di cuenta de que los adolescentes eran igual en todas partes y en todas las especies, ya que estos llevaban vaqueros rotos caídos por las caderas, camisetas de grupos de música y el pelo de distintos cortes y colores. Lo único que los diferenciaba de los humanos era el indistinto tono azul de sus ojos. Hasta bebían de la misma manera.

—Pensaba que el alcohol no os perjudicaba. —Yo ya llevaba unos cuantos chupitos y me empezaba a dar igual todo.

—Necesitamos beber mucho más alcohol que vosotros para que nos afecte, pero danos tiempo y pillaremos la misma cogorza que tú.

Sasha me obligó a relacionarme, presentándome a los hijos más importantes de algunos vampiros, pero, a excepción del primer minuto de atención, el resto del tiempo me ignoraron. Lo mismo que yo hice con ellos.

Horas después estaba cansado, borracho y bastante mareado, así que cuando la música paró de sopetón me alegré de que por fin hubiesen decidido terminar la fiesta.

Estaba seguro de que si el rey se enteraba de eso no se iba a poner muy contento.

—¿Nos podemos ir a dormir ya? —pregunté a nadie en particular. La cabeza me daba vueltas y hablaba a gritos sin acordarme de que la música no sonaba—. Me voy a dormir antes de que el rey se entere de esto.

¿La gente se estaba riendo?

Me volví despacio para intentar no tropezar con nadie y, para mi consternación, encontré al rey justo detrás de mí. De la impresión y con la borrachera que llevaba me dio por reírme.

—Ups —dije, cuando pude ponerme serio.

Intentarlo, al menos.

Velkan no apartó sus ojos malvas de los míos y una leve sonrisa elevó la comisura de su boca.

—Sí, ups. —Se volvió para mirar a los adolescentes que estaban esperando en silencio—. Se acabó la fiesta. Marchaos a vuestras habitaciones.

No necesitó repetirlo. Los adolescentes salieron de la biblioteca en estampida. Sasha me guiñó el ojo cuando pasó por mi lado para besar a su hermano en la mejilla.

—Ya hablaré contigo sobre esto —le dijo él, pero no parecía demasiado enfadado.

—Exael llevaba metido en esa habitación tres días —le explicó ella en voz baja—. Solo intentaba que se distrajera un rato.

—¿Emborrachándose? —El rey no apartaba sus ojos de mí, que estaba bailando solo porque empecé a oír una música en mi cabeza muy chula y a mí se me iban los pies cuando oía música.

Sentía la mirada de los hermanos sobre mí, pero yo me puse a tararear mi melodía para poder oírla más alto y seguir bailando.

—Bueno, se me olvidó que los humanos no aguantan la bebida como nosotros. —Podía oír la risa en su voz—. No seas duro con él. Es un buen chico.

—Ve a descansar, yo me encargo del bailarín.

Qué bien me lo estaba pasando.

Le tenía que decir a Sasha que debíamos repetir eso más a menudo.

—Vamos a la cama, cachorrito.

Velkan me tendió la mano y la cogí porque sí, porque era mi amante y olía super bieeeen.

Qué mareo más tonto tenía, oye.

—Si no hubieses bebido tanto no estarías tan mareado.

—¿Me has leído el pensamiento? ¿Otra vez?

Estaba indignado.

—No te he leído nada, Exael, lo has dicho en voz alta. —Su risa me gustaba, así que me pegué a su cuerpo y él me pasó el brazo por el hombro para sujetarme, porque yo me iba tropezando solo por todas partes.

—Mis pies parecen de chicle. —Me reí de nuevo, esta vez más fuerte.

—¿Quieres que te lleve en brazos?

—No soy una chica.

Me apoyé más en él, que cambió su apoyo y me sujetó por debajo del brazo para que dejara de tropezarme con mis propios pies.

—No, no lo eres. Eres un hombre muy sexi y follas muy bien.

Me sonrojé al recordar lo que era follar con el rey.

—¡Uf! ¡Qué calor hace! ¿No tienes calor?

Sonrió sin contestar.

Qué guapo era.

Y solo me lo follaba yo.

—Ya estamos en la habitación. Deberías darte una ducha para que se te pase un poco la borrachera.

—¿Te duchas conmigo?

¿Esa voz tan rara era mía? ¿Por qué había sonado como a un perro cuando le pisaban el rabo?

—¿Quieres que me duche contigo?

Me entró más calor todavía.

—Uy, sí. —Solo con pensar en poder ver y tocar ese cuerpo musculoso…

—Te complaceré. Voy a ir dándole al grifo del agua. Tú ve desnudándote.

Eso intenté hacer. Hasta que me enredé las manos con la camisa que intenté quitar con los botones puestos y me fui directamente al suelo. Donde me quedé tirado, riéndome a carcajadas.

¡Qué golpe más tonto!

CAPÍTULO 23

—Deja que te ayude. —Me seguí riendo mientras lo sentía bregar con mi camisa hasta que consiguió liberarme de ella—. ¿Todo bien por ahí abajo?

¿Cómo podía ser tan guapo?

Me lo quedé mirando con ojos de *lelo*, obnubilado por esos ojos extraordinariamente bonitos que no disimulaban lo divertido que parecía estar con mi situación. Y nos quedamos así, mirándonos sin decirnos nada. Acerqué mi mano para apartarle el cabello sedoso y suave de la cara y le acaricié la mejilla fría y pálida con los dedos. Saber quién era, el poder que tenía y que pudiera tocarlo de esa manera me dejaba sin respiración.

—No me mires así, cachorrito.

No se apartó de mi mano.

—Así, ¿cómo? —no quería hablar más alto para no romper ese momento.

—Cómo si quisieras que te follara durante toda la noche.

Jadeé solo de pensarlo.

—¿Y qué tendría de malo? —Lo provoqué un poco más—. ¿No tienes hambre?

—Siempre tengo hambre de ti, pero te has intoxicado con el alcohol.

Parpadeé sorprendido e intenté entender lo que me quería decir. Estaba borracho, pero no tanto como no saber lo que quería.

—¿Y?

—Y tu sangre también lo estará, al menos durante dos días, que son los que tu organismo tardará en eliminar el alcohol por completo. En estas circunstancias no puedo alimentarme. ¿Intentas emborracharme? —preguntó divertido.

¡Mierda!

En eso no había caído.

—Lo siento, ni me había dado cuenta de que ahora dependes de mi salud para alimentarte.

Me levanté y pasé por su lado para ducharme. Apenas me tambaleé, por lo que me sentí muy orgulloso de mí mismo.

—¿Cachorrito…?

Me siguió al baño. Yo ya me estaba quitando la ropa que me quedaba sin atreverme a mirarlo. De repente recordé lo que había ocurrido días antes.

—Haz el favor de mirarme cuando te hablo, ¿vale?

No esperaba encontrarlo delante de mí, así que me sobresalté y a punto estuve de caerme de espaldas.

Lo miré mal.

—¡Deja de hacer eso!

Parecía divertido.

—¿Hacer el qué?

—Lo de moverte con esa rapidez. Estoy harto de que me asustes de esa manera.

—Dime qué ocurre.

Me estudió durante unos segundos. Intentaba encontrar respuesta en mi rostro y, aunque me había dicho que no podía leerme el pensamiento, cerré los ojos por si acaso.

—Pensaba que estarías enfadado por haber sido tan irresponsable.

—Bueno, estoy seguro de que Sasha y Joseph han tenido algo que ver con la fiesta, y yo había olvidado que llevabas solo en la habitación desde hacía tres días. No todo es culpa tuya.

Empezó a desnudarse frente a mí.

—¿Por qué lo has hecho?

Las palabras salieron de mis labios antes de haberlas pensado siquiera.

Él dejó de desabotonarse los vaqueros oscuros que llevaba y volvió a mirarme con la curiosidad chispeando en sus ojos malva. Me recreé en ese pecho fornido y musculoso y en la tableta de sus abdominales tan perfectos. Vestido era un hombre impresionante con sus anchos hombros y sus piernas largas y musculosas, pero desnudo…

Se me secó la boca de la impresión.

—¿Hacer el qué?

—Rechazar a Enola como tu reina. —Me dio la espalda y siguió desnudándose sin responder a mi pregunta—. También podías habérmelo dicho, ¿no? —Su silencio solo hizo que mi mal humor saliera a flote—. ¿No vas a contestarme?

—Parece que se te olvida que no tengo que justificar mis actos ante nadie, y menos ante ti.

Aunque él también parecía haber cambiado de humor tras mis preguntas, al verlo desnudo y con su erección más que visible me dio la valentía para no amilanarme ante él.

—Deberías haberme dicho que tenías que tomar esposa antes de haberme metido de lleno en las intrigas palaciegas.

Eso sí despertó su interés.

—¿Y eso por qué?

—¿Que por qué? Todos los malditos vampiros están ahora contra mí porque me creerán culpable de tu estúpida decisión de no casarte con quien deberías. ¿Te parece poco?

Velkan me miró unos segundos antes de suspirar y frotarse las manos por la cara con gesto cansado.

—Puede que tengas razón. Ahora estás en el punto de mira de todo el mundo. Pero te diré que no iba a casarme con ella, aunque tú no estuvieras aquí.

—¿Y eso por qué? —No podía evitar mi curiosidad.

—Contestaré estas preguntas hoy, pero no te acostumbres.

—Vale.

—Casarme con Enola es un movimiento político que su padre necesita para menguar mi influencia sobre mi reino. De ninguna manera iba a concederles eso. Se hubiese sentido con pleno derecho de opinar sobre las decisiones que se tomen y no estoy dispuesto a darle ese poder.

—Pensaba que debías tener un heredero. —No iba a echarme atrás—. ¿Los vampiros podéis tener hijos? Por lo de estar muertos y todo eso.

No parecía molesto por mi pregunta y yo me moría por saber la respuesta.

—Sí, podemos tener hijos.

Era bueno saberlo. Me gustaba estar al tanto de las dudas que el mundo tenía sobre los vampiros.

—¿Entonces?

—Entonces llegaste tú y lo cambiaste todo.

Se metió en la ducha y lo acompañé sin preguntarle nada más.

CAPÍTULO 24

Estar en un sitio tan reducido con el rey desnudo era una verdadera provocación para mí. Me ponía cachondo cuando estaba borracho y me moría por acariciar ese montón de piel pálida. Bueno, cuando estaba sobrio también. El rey me ponía cardíaco desde la primera vez que lo vi.

—¿Me dejas enjabonarte?

No me pasaba desapercibida su polla erecta y se me hacía la boca agua por volver a tenerla dándome placer sin descanso.

—Si quieres follar no seré yo el que te diga que no.

No me dio tiempo a asentir cuando me empujó contra la pared de la ducha y se adueñó de mi boca con brusquedad. Gemí cuando percibí el filo de sus colmillos con la lengua y le sujeté el pelo para poder besarlo mejor. El agua tibia caía sobre nosotros. A él no le gustaba el agua caliente y durante unos interminables minutos no hicimos nada más que pelearnos con la lengua para ver quién besaba con más ferocidad.

Velkan gruñó y ese sonido animal me puso más cachondo todavía.

Se apartó con la respiración acelerada.

—De rodillas —me ordenó con brusquedad.

No aparté la mirada de sus ojos mientras me arrodillaba y cogía su gruesa erección con la mano. Me relamí de anticipación.

—¿Cómo te gusta?

—Salvaje. —Fue lo único que dijo antes de que me metiera su polla en la boca y me sujetara la cabeza para que no me moviera—. Mírame, cachorrito.

No sé por qué pensaba que iba a tener algún control sobre él, ya que marcó el ritmo con sus caderas sin darme un segundo de respiro, pero oírlo gemir mientras me follaba la boca era el mejor sonido del mundo. Era como intentar sujetar a un animal salvaje y cuando tiempo después salió de mi boca para correrse en mi cara me sentí satisfecho de haberle podido dar unos minutos de placer.

Me enjuagué la cara y cogí jabón con las manos. Miré al rey, que estaba recuperando el resuello apoyado en la pared y asintió a mi petición silenciosa de poder enjabonarlo.

No apartó su mirada de mí ni un segundo y para cuando acabé de enjuagarle el largo cabello negro y terminé de ducharnos, cerró el agua y salimos juntos de la ducha para secarnos.

—Tu turno —me dijo antes de llevarme al cuarto aún con la toalla en las caderas y sin terminar de secarnos.

—Vale, pero cuidado con los colmillos, ¿eh?

Iba a ser una noche muuuy larga, y pensaba disfrutar de cada segundo.

Estuviese borracho o no.

No supe qué fue lo que me despertó de repente. Pero algo me indicaba que no estaba solo.

Velkan se había ido a «seguir trabajando» después de provocarme varios orgasmos seguidos y yo había acabado despatarrado en la cama durmiendo tras la borrachera de alcohol y sexo que llevaba encima.

Pero una especie de instinto de supervivencia se había activado en mí desde que llegué a ese castillo y habían intentado matarme más veces que en toda mi vida anterior. ¿Cuánto llevaba ahí? ¿Una semana? Parecía toda una vida. Pues eso…, que me desperté con los sentidos alerta oteando la habitación en penumbra, alumbrada solo por la luz de la luna que entraba por la puerta del balcón *abierta*, cuando estaba seguro de que había permanecido cerrada durante toda la noche.

¿Había entrado alguien por la puerta para abrirla sin que yo me percatara?

—¿Hay alguien? —pregunté sin poder evitar el tono temeroso de mi voz.

Me senté en la cama y me tapé con la ropa, ya que seguía desnudo.

Entonces la vi. En el rincón más apartado de la habitación, escondida en la oscuridad. Dio un paso adelante cuando se supo descubierta.

—No consigo entender qué coño ha visto Velkan en ti.

La mujer se siguió acercando hasta colocarse a los pies de la cama. No la conocía de nada, pero me miraba con una mueca de asco que me indicó que su odio hacia mí era personal, y entonces supe quién era. Tenía mucho que perder para atreverse a venir a mi habitación a… ¿A qué había venido, exactamente? ¿Amenazarme?

—Tú debes de ser Enola.

Era mucho más impresionante de lo que había supuesto. Era altísima y delgada, como una vara de junco, con el cabello negro que le caía hasta media espalda. Llevaba un vestido largo hasta los pies que se movía de manera sugerente mientras se acercaba más a mí. Sería una mujer preciosa si no fuera por la máscara de desagrado que curvaba su boca.

—Iba a ser la futura reina de los vampiros hasta que tú has entrado en escena.

Me reí, más por los nervios que por otra cosa. Por un segundo pensé que tenía pocas opciones de pedir ayuda antes de que un depredador como ella acabara conmigo con una de sus uñas acabadas en punta, como si fuese un ave de presa.

Ella apuró los pasos que la separaban de la cama y se inclinó sobre mí. Di un respingo para atrás, intentando separarme de ella lo máximo posible.

—Creo que no entiendes el problema que tienes encima.

Eso me llamó la atención.

—Creo que no lo entiendes tú —contesté, tragándome el nudo de nervios de mi garganta.

Yo no era una persona valiente, pero tampoco me arrodillaría ante una mujer que había venido a mi habitación para amenazarme.

—Sigue —me animó sin apartar sus ojos de los míos.

—Yo he sido la excusa sobre la que se ha apoyado Velkan para no casarse contigo. Sois unos ingenuos si pensáis que el rey pensaba casarse contigo en algún momento.

Esperaba que Velkan no se enfadara conmigo por destripar los planes que llevaba años construyendo. Estaba seguro de que llevaba tiempo dándole largas tanto a su padre como a ella con el tema de la boda. No era algo que se decidía de repente.

—Nos había dado su palabra.

Ahí estaba lo que yo pensaba. Había alargado la noticia de que no se casaría con ella tanto como pudo y lo había dicho cuando no le quedó más remedio. No tenía demasiado claro que no me sintiera ofendido de ser una maniobra política del rey. Para ser sincero, a mí me daba igual siempre que mi relación con él no cambiara nunca.

—Lo dudo. —No pensaba que Velkan no cumpliera sus promesas y, mucho más, una tan importante como esa—. Pero, si es así, os mintió.

—¿De qué estás hablando?

—Él sabe que eres una marioneta en manos de tu padre y que él es el único interesado en tu boda para poder acceder al poder que de ninguna otra manera conseguiría.

Me parecía justo que supiera lo que de verdad estaba pasando. Dudaba mucho de que eso cambiara la idea que traía cuando vino a mi habitación, pero que supiera la verdad me parecía importante. Yo la prefería a que me mintieran en la cara, y mucho más con algo tan importante como esto. Ella venía con la idea de hacerme daño y sería un iluso si pensaba que mis palabras la harían cambiar de opinión.

—El reino necesita un heredero —insistió.

—Pues va a tener que esperar a que lo tenga Sasha, porque ya te digo que el rey no presta ningún interés en tener descendencia. No inmediatamente, al menos.

Debía callarme, pero cuando estaba nervioso mi lengua tenía vida propia y no iba a ser capaz de cerrar la boca ni para salvarme la vida.

—Todo eso cambiará si tú mueres en un desafortunado accidente.

Era cierto, pero ¿de verdad había ido hasta allí para matarme, con la cantidad de posibilidades que había de que la descubrieran?

—No seas ridícula, hay un montón de guardias tras esa puerta. —¿Verdad?—. Me basta con dar un grito para que tu cabeza ruede por el suelo.

—¿Estás seguro de eso?

Entonces lo entendí. No necesitó entrar por la ventana. Podía haber entrado en el palacio y matar a sus guardias para asegurarse de que nadie la descubriría.

—¿Qué has hecho? —Entonces sí que me acojoné de verdad.

—He venido a darte la oportunidad de que te marches y dejes que mi padre y yo convenzamos al rey de lo que es mejor para el reino.

¡Sí, claro! ¡Como si fuese así de sencillo!

—¿Y si no lo hago?

Ya me imaginaba la respuesta, pero fue aún peor de lo que pensaba.

—Tienes una familia muy bonita. Una madre trabajadora y honrada que se desvive por su familia, y una hermanita preciosa y llena de vida.

En ese momento me percaté de que seguía desnudo bajo la ropa de la cama, pero no pudo importarme menos. No iba a quedarme de brazos cruzados mientras ese monstruo amenazaba a mi familia. Tenía que avisar de inmediato al rey para que les brindara protección. No podía permitir que ellos pagaran por mis decisiones.

—No te atrevas a hacerles daño, monstruo.

Me incorporé de un salto en la cama para enfrentarme a ella.

—Todo está en tus manos, ya te lo he dicho.

En ese mismo instante me di cuenta de que ser esclavo de Velkan me iba a traer muchos más problemas de los que imaginaba. Entonces recordé el día que se alimentó de mí. Su vulnerabilidad. Me había enterado de que apenas se alimentaba desde que no tenía esclavo. Al parecer, no le sentaba bien todo tipo de sangre y supe que no podía abandonarlo y eludir la responsabilidad que había aceptado cuando me ofrecí a ser su esclavo.

No iba a abandonarlo. Punto. Pediría que protegiera a mi familia para mantenerlos a salvo y se solucionaría el maldito problema.

—¡Guardias! ¡Ayuda! ¡Guardias!

Se acabó la cháchara. Era hora de que se llevaran a esa psicópata de ahí.

Esperaba que entraran en trompa a defenderme, pero cuando vi que nada ni nadie acudió a mi llamada, me creí lo que ella había dado a entender: había matado a mis guardias y nadie vendría en mi auxilio.

No sé de dónde me vino la valentía, pero tenía claro que no pensaba morir sin luchar.

Intentaba no recordar que estaba desnudo, con *mis cosas colgando,* pero, por supuesto, no tenía tiempo para ponerme a buscar mi ropa interior por el suelo. Me puse de pie sobre la cama para estar a su altura, o por lo menos no quedar en desventaja.

No fue buena idea.

El colchón se movía cuando intentaba ponerme en pie y perdí el equilibrio yo solo, cayéndome de la cama cuán largo era.

¿Podía ser más patoso?

—Esto va a ser más fácil de lo que pensaba —dijo, mirándome con desdén—. Eres un ser débil y patético. Te he dado la oportunidad de largarte para salvaros a ti y a tu familia, pero está visto que no has querido creerme cuando te lo he pedido con amabilidad.

Me cogió de la nuca y me clavó las uñas en el cuello para levantarme en el aire. Grité de dolor al sentir sus uñas clavadas hasta el fondo de mi carne e intenté levantarme por mi pie para evitar que me destrozara, pero fue inútil. Su sonrisa sádica y cruel me indicó que pensaba disfrutar mientras me hacía pedazos.

Aunque me moría de dolor y jamás me había planteado con anterioridad golpear a una mujer, su sonrisa me hizo actuar y le di un puñetazo con todas mis fuerzas en la base de la nariz. Sonreí con su misma sonrisa cruel cuando comenzó a brotar sangre a borbotones.

—Ahí tienes, puta. Ya que te gusta la sangre, saborea un poco la tuya.

Me lanzó con fuerza para alejarme de ella y caí sobre la mesita de noche del otro lado de la cama, que se rompió bajo mi peso.

Gruñí por el golpe en mi espalda cuando caí al suelo entre un montón de astillas de madera.

Apenas podía respirar porque el golpe me había arrancado el aire de los pulmones y sentía la sangre brotando de mi cuello por las cinco incisiones que me habían provocado sus uñas, pero me sentí pletórico por haberme podido defender de ella.

—Voy a matarte y a beberme tu puta sangre para que nadie pueda volver a traerte de vuelta sin ser uno de nosotros, humano estúpido.

—Puedes intentarlo —le solté desde el suelo mientras intentaba ponerme de pie—, pero te seguiré golpeando hasta borrar esa asquerosa sonrisa de la cara, maldita arpía.

No me dio tiempo a incorporarme cuando ya la tenía de nuevo sobre mí, cogiéndome del cuello, otra vez, para levantarme en el aire… otra vez.

—Ya estás muerto. —Vi crecer sus colmillos y su rostro se convirtió en ese monstruo que vivía en el interior de todos y que solo aparecía cuando perdían los papeles o iban a alimentarse.

Aunque me aterraba morir desangrado seguía sin rendirme, así que cogí la base de plata de la lámpara de pie que había caído a mi lado y golpeé la cabeza de Enola repetidas veces con todas mis fuerzas. Pero ni así me soltó. Le estaba destrozando la cabeza, que sangraba abundantemente. Al final me quitó la lámpara de la mano y me destrozó los dedos con los que la sostenía con un simple apretón de una de sus manos.

Grité de agonía al oír el sonido de mis huesos al romperse.

Una vez me dijeron que los dedos tenían infinidad de terminaciones nerviosas y romperte un solo hueso podía ser extremadamente doloroso; romperme un montón de ellos me provocó una intensa oleada de náuseas que me llevó al borde de la pérdida de conciencia.

Dejé de tener constancia de lo que me rodeaba. Noté un intenso dolor en el interior de uno de mis muslos y me di cuenta de que me había mordido allí.

Grité más fuerte, con todas las fuerzas que me quedaban antes de desmayarme de dolor y por la pérdida de sangre. Me sentía

indignado de que todos se alimentaran de mí como si fuera un plato de su puñetero menú y antes de caer en la inconsciencia pensé si Velkan me echaría de menos cuando se enterara de que estaba muerto, porque lo estaría dentro de poco.

¡Ojalá pudiera verlo arrancándole la cabeza a esa puta loca!

Cuando me rendí porque ni siquiera podía abrir los ojos y lo di todo por perdido, sentí alivio en mi pierna y pensé que ya no quedaría mucha sangre en mi interior, pero por lo visto me equivoqué cuando sentí sus colmillos, de nuevo, clavándose en mi cuello.

Ni siquiera recordé si volví a gritar o no.

Me hundí en la negrura de la inconsciencia, huyendo del dolor y del olor de mi propia sangre.

Mi último pensamiento fue para mi hermana y mi madre:

«Siento mucho haberos fallado».

CAPÍTULO 25

Velkan

No supe por qué sentí la necesidad de volver a la habitación de Exael, solo horas después de haberme levantado de esa cama y abandonar su cuerpo desnudo, tibio y maravilloso.

Apenas me reconocía desde que ese hombre llegó a mi vida.

Dicen que el trono es solitario, y no saben cuánta razón tienen. Cuando has vivido tanto tiempo como yo, defendiendo el bienestar de tu pueblo, te olvidas de tu propia persona y poco a poco el desinterés y la desidia por tu propia felicidad gana la batalla.

Todo se antepone siempre a tu felicidad personal, relegando al olvido tus propias necesidades, enterradas bajo todas esas responsabilidades que el trono lleva consigo.

Hasta que llegó él.

Me sorprendía mirando a mi esclavo o pensando en él en los momentos más inoportunos. Desde la primera vez que lo olí sentí que mis sentidos, por tanto tiempo muertos, volvían a la vida y todavía me preguntaba qué era lo que tenía ese humano para despertar así mi curiosidad.

Era un hombre valiente, aunque estaba seguro de que ni siquiera lo sabía. Defendía las causas que consideraba justas por encima de su propio bienestar, y en nuestro mundo de monstruos hacía mucho que nadie miraba más allá de su propio ombligo.

Y probar su sangre…

Alimentarme volvía a ser una aventura emocionante después de varios siglos casi sin importarme de quién bebía.

Parecía un cachorrito asustado y patoso la mayor parte del tiempo, pero me había demostrado que era capaz de luchar como un león y eso era lo que más me gustaba de él. Y aunque en estos momentos mi reino se empezaba a desmoronar y mis aliados comenzaban a darme la espalda, el único deseo que tenía era el de mantener a Exael conmigo.

—¿De verdad venimos a comprobar cómo está vuestro esclavo, majestad?

Mi instinto me decía que algo le estaba pasando.

Ni me molesté en contestar a Vladimir. Él decía que desde que llegó el humano no era capaz de pensar más que con la polla, y era posible que fuese verdad, pero, por una vez, no me negaría a disfrutar algo que me había devuelto la ilusión por vivir.

El silencio del rellano era ensordecedor, normalmente los hombres que había de guardia no callaban ni debajo del agua, aunque solo fuera por mantener el sueño o el cansancio a raya.

Parecía que la luz se había fundido, porque todo permanecía en absoluta oscuridad.

—Algo no va bien —murmuró Vladimir antes de echar a correr para llegar cuanto antes a la habitación.

Se podía oler la sangre desde ahí.

No nos paramos a comprobar el estado de los guardias que estaban tumbados en el suelo. Mi instinto me decía que estaban muertos, pero lo único que me importaba era llegar cuanto antes a la habitación.

Mi corazón, que apenas latía por nada, golpeaba en mi pecho con fuerza, al compás del miedo que me embargaba. Algo muy malo había ocurrido, y solo esperaba no haber llegado demasiado tarde.

Nos chocamos en la puerta de la entrada por las prisas que ambos teníamos por entrar y oímos ruidos dentro, pero cuando por fin abrimos la puerta, quien quiera que estuviese ahí había salido por la ventana porque la habitación estaba vacía y revuelta, y todo lleno de sangre. Hasta las paredes.

«¡No, no, no!»

«¡Exael, no, por favor!»

Aún respiraba, aunque apenas le quedaba un resquicio de vida.

—Encuentra al que ha hecho esto y tráemelo de inmediato —grité—. ¡Guardias! —Intenté que llegara toda la ayuda que pudiera mientras luchaba por mantener con vida a Exael, que resollaba tirado en el suelo, esforzándose por llevar aire a sus pulmones.

Comenzaban a oírse gritos por los pasillos y Alexandro llegó corriendo sin necesidad de haberlo llamado.

«¡Bendito sea!»

—Majestad, dejadme que lo examine.

Oí a Vladimir salir con los guardias a la carrera y agradecí quedarme a solas con mi viejo amigo, que sabía que haría lo que hiciese falta por mantener con vida a Exael.

—Necesita sangre urgentemente —dijo Alexandro a nadie en particular. Me dio algo de ropa—. Apretad aquí con fuerza —dijo, poniendo mis manos en la herida de su cuello para intentar que dejara de sangrar y perder la poca sangre que le podía quedar en el cuerpo.

—Le daré la mía.

No iba a dejarlo morir.

—Majestad…

—No, no quiero tu sangre.

Ni siquiera sabía que estaba consciente. Todo hubiera podido ser mucho menos doloroso si se hubiera desmayado, pero creí que no había oído bien lo que intentaba decir.

—No hables, por favor. —Intenté acunar su cabeza en mi regazo mientras apretaba con fuerza su cuello, tal como me había indicado el médico.

—No quiero vuestra sangre… No la quiero….

No entendía nada. Supuse que estaba en *shock* y ni siquiera sabía lo que decía.

—Ya sabes que te curarás mucho antes. Solo intento ayudarte.

—No la quiero. Mi familia… Mi familia…

Intentaba apartarme de su lado para alejarme de él y me obligué a mantenerlo tranquilo.

—Exael…

—Todo es culpa vuestra —susurró. Eso aún lo entendía menos—. Mi familia… —susurró de nuevo, ya sin fuerzas.

—¿De qué está hablando? ¿Está delirando?

—No nos pondremos a discutir ahora. Necesitas…

—¡No!

No supe qué había pasado, pero no podía hacer oídos sordos a su petición. Se me partía el alma al ver que no me dejaba ayudarle. No entendía qué había podido pasar para que de repente me

hubiese convertido en su enemigo. Quería pensar que estaba confuso y no sabía lo que decía.

—Majestad…

—Traed sangre de las reservas y utiliza todo lo que necesites.

—Bien, necesitamos sangre…

Ni siquiera me di cuenta de con quién estaba hablando Alexandro, pero me quedé con él, ayudando a salvarle la vida a mi amante.

—Esto no quedará así. Rodarán muchas cabezas si muere —dije a nadie en particular—. ¿Quién te ha hecho esto, Exael?

Le tomé la mano que tenía manchada de sangre, como casi el resto de su cuerpo. ¡Joder! Estaba casi completamente bañado en su sangre. Se me retorcieron las tripas al saber que alguien había entrado en mi castillo y había atacado a mi amante. Eso era algo personal, sin ninguna duda. Lo habían atacado para mandarme un mensaje.

—Mi familia. —Es lo único que repetía sin cesar. No entendía por qué de repente parecía ser lo único que le preocupaba.

—Están a salvo —le susurré, intentando reconfortarlo—. Tienen soldados que los protegen a todas horas. —Cuando me miró y parecía estar algo más lúcido, insistí en lo más importante—: ¿Sabes quién te ha atacado?

—Enola…

Alexandro me miró con los ojos como platos. Al parecer había oído lo mismo que yo.

—¿Quién? No es posible que conozcas a…

—Enola. Ha sido ella —susurró sin aliento.

—Majestad…

El problema era mucho peor de lo que suponía. De haber sido ella, acababa de provocar una guerra entre su padre y yo.

—Traedla aquí de inmediato.

CAPÍTULO 26

Mientras luchaba entre la vida y la muerte, soñé con mi madre y con mi hermana. En mis sueños las recordaba como estaban antes de que me ofreciera como el esclavo del rey. Entonces vivíamos felices, con graves problemas económicos que dejó mi padre al morir, pero nos manteníamos unidos y eso nos bastaba.

Todo se torció cuando decidí ofrecerme para este puesto. Las deudas nos asfixiaban y el banco amenazaba con quitarnos la casa, pero, aun así, mi madre se había negado a que me ofreciera como esclavo para saldar nuestras deudas.

—Todo se arreglará, cariño —me había dicho—. *Te agradezco la intención, pero no voy a permitir que sacrifiques tu vida por nosotras.*

—Mamá, yo no tengo nada que proteger excepto a vosotras. Déjame que haga esto. Ser esclavo del rey tampoco es tan malo. — Eso pensaba entonces.

De repente mi sueño se torcía y esas dos mujeres a las que quería con todo mi corazón morían desangradas a manos de Enola, que me lanzaba sus cuerpos rotos y marchitos a mis pies. Como muñecas rotas. Como meros despojos.

—Todo esto es culpa tuya.

Los gritos de dolor me despertaban constantemente y el rey siempre estaba allí conmigo, cuidando de mí.

No sabía el tiempo que llevaba tumbado allí, en la cama, pero me sentía tan mal y me dolía tanto por todas las partes de mi cuerpo que deseaba volver a sumirme en la inconsciencia.

No pude evitar gemir de dolor al intentar moverme en la cama.

—Intenta no moverte. —Abrir los ojos para mirar a Velkan me resultaba un enorme esfuerzo. Estaba más pálido de lo normal, casi demacrado, y parecía cansado.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Casi una semana.

Alexandro miró al rey unos segundos y negó con la cabeza, no me habría dado cuenta si no los hubiese estado mirando en esos momentos. Fue solo un instante, pero algo en esa mirada me indicó que había pasado algo que no me querían contar.

—¿Va todo bien?

Miré a Velkan. Intentaba leer en su rostro lo que podía haber pasado, pero su modo de evitar mis ojos y esa mirada entre ellos me hizo presentir lo que podía haber ocurrido.

—¿Velkan?

—Majestad…

—¿Qué ha ocurrido?

Algo se retorció en mi interior y mi corazón comenzó a latir tan rápido que pensé que tal vez me estaba dando un infarto. No podía ser cierto lo que estaba pensando.

Las máquinas a las que estaba conectado comenzaron a pitar formando tanto escándalo que me pusieron más nervioso todavía.

—Debes mantenerte tranquilo —me pidió el médico.

—Majestad, decidme qué ha pasado. ¿Es mi familia?

No quería saberlo, de verdad que no quería, pero a la vez me moría por tener noticias de ellas. Si les había pasado algo debía ir con ellas para cuidarlas. Yo siempre las había cuidado y mudarme al castillo con Velkan debería haber sido una mejora considerable de nuestras vidas. Nunca me perdonaría si les pasaba algo por mi culpa.

—Velkan, no está en condiciones de…

—¡Cállate, joder! —le grité a Alexandro y volví a mirar al rey—. Decidme qué les ha ocurrido.

—Exael…

Que el rey no quisiera mirarme a los ojos me hacía suponer lo peor.

—Quiero saberlo ahora, joder.

—Lo siento. —Se sentó en la cama a mi lado y me tomó la mano donde me habían puesto la vía, con cuidado de no tocarla para evitar hacerme daño. La otra me palpitaba y recordé que me había roto algunos huesos en la pelea con Enola—. Atacaron tu casa hace unos días y mataron a los soldados que estaban protegiéndolas.

Parpadeé maldiciendo la niebla que tenía en la cabeza, culpa de la medicación, que hacía que entendiera las cosas con retardo. Tardé unos segundos en entender lo que me estaba diciendo. Se me secó la boca por la impresión y las máquinas siguieron pitando más alto todavía.

—¿Cómo están ellas? —Cuando puso sus dos manos sobre la mía, lo entendí—. No, no, no…

—Lo siento mucho, Exael. Llegamos demasiado tarde.

¡No era verdad!

Todo aquello era una pesadilla provocada por la medicación.

Luego recordé que decían que en los sueños no se podía sentir dolor, así que supe que todo era verdad. Al terrible dolor que sentía se añadió el de mi corazón, que se me rompió en mil pedazos y grité. Grité tan fuerte que me dolieron las cuerdas vocales.

—¡Es culpa tuya! —vociferé entre las oleadas de dolor que sentía en ese momento. Mi hermana y mi madre estaban muertas—. Todo es culpa tuya…

—Lo sé y lo siento. —No me soltó y podía ver algo parecido al dolor en sus ojos malvas, esos que tanto me gustaban y que en estos momentos odiaba con todas mis fuerzas.

No esperaba que Velkan aceptara mis palabras con tanta tranquilidad.

—¿Que lo sientes? ¿Que lo sientes?

Intenté incorporarme mientras me sujetaba a él. Sentía tanta rabia que solo quería golpearlo por ser el responsable de que mi familia hubiese muerto.

—No puedes incorporarte, Exael. Debes quedarte…

—Y una mierda —dije al médico mientras intentaba quitarme la vía para levantarme—. No quiero quedarme aquí. Quiero irme con mi familia. Necesito verlas, necesito…

—No puedes moverte. —Velkan ayudó a Alexandro a sujetarme —. Ya las han enterrado, Exael. No podíamos dejarlas más tiempo sin darles sepultura. No sabíamos el tiempo que tardarías en despertar y pensé que… —Era la primera vez que veía al rey tan alterado. Podía leer el dolor y la aflicción en sus ojos y en su boca. Él, que casi nunca mostraba emoción alguna, ahora era un libro

abierto donde leer la pena por mi pérdida. ¿El arrepentimiento también?

—¡Pues pensaste mal!

¿Ni siquiera iba a poder despedirme de ellas?

Me golpeé el pecho una y otra vez en un intento de que el dolor que sentía en mi corazón se aliviara y me dejara respirar. No lo conseguí y me centré en el rey de nuevo para hacerle entender lo que necesitaba en ese momento.

—No tenías ningún derecho a hacer eso sin mí. Te odio, joder. No te imaginas cuánto te odio.

¿De verdad me había gustado ese monstruo en algún momento? Mi vida era una mierda desde el momento en el que puse un pie en ese castillo y mi familia… Los había perdido por culpa del hombre que seguía junto a mí sin inmutarse ante mis gritos. Cuando me oía llorar cerraba los ojos unos segundos como si sufriera, pero luego los volvía a abrir sin que demostraran absolutamente nada.

—Siento mucho oír eso. —Velkan me miraba con gesto dolido, pero seguía sin dejar que me moviera.

—Que me soltéis, joder. No quiero quedarme aquí. Quiero marcharme. Dejad que me vaya.

No iba a permitir que me impidieran ir a ver a mi familia. Me tenían tan sujeto que ni siquiera podía limpiarme las lágrimas que sentía caerme por las mejillas.

—¡Ya basta, Exael! No puedes moverte ni ir a ningún sitio. Odio hacer esto, pero es por tu propio bien. —No entendía lo que me estaba diciendo. Se acercó a mi cara para que pudiera verlo bien—. Ahora estarás tranquilo y volverás a dormirte. No pasa nada. Vas a calmarte y a dormirte.

No supe qué me estaba haciendo, pero su voz me llegó alta y clara y sentí que toda la rabia y el dolor que tenía minutos antes se apaciguaba, como vapor que se llevaba el viento. Sus palabras me estaban robando la voluntad y entonces entendí lo que decían de los vampiros que podían usar su *Persuasión* para lograr que los demás hicieran lo que ellos ordenaban.

Me obligué a decir lo que sentía en ese momento.

—Te odio…

Su cuerpo se estremeció como si hubiese recibido un golpe.

Lo último que sentí antes de quedarme dormido fueron sus manos frías limpiando las lágrimas de mis mejillas. Luego mi cuerpo obedeció y volví a quedarme dormido.

LEY ESCARLATA

Persuasión

Algunos vampiros, sobre todo los más poderosos, tenían el poder de robarle la voluntad a quien se propusieran usando solo el poder de su voz.

Con los humanos era más fácil usarla, ya que sus mentes eran mucho más frágiles que la de los vampiros.

Cuanto más poderoso era el vampiro, más fuerte era su poder de Persuasión.

El rey Velkan era el vampiro más poderoso de todos.

Estaba terminantemente prohibido usar la *Persuasión* bajo ningún concepto y, como tal, estaba recogido por la Ley Escarlata.

CAPÍTULO 27

Estuve soñando con mi familia.

Recuerdos de cuando mi hermana era pequeña y me seguía por todas partes porque decía que era su persona favorita del mundo.

Qué curiosa es la mente humana. Cómo te reconforta con recuerdos alegres para hacerte olvidar que esas personas ya no están con nosotros.

En mi sueño, mi madre me abrazaba de esa manera que solo ella sabía y que me hacía sentir protegido y, sobre todo, querido. Nadie me quería como lo hacía mi familia. Yo era un hombre tímido e introvertido que le gustaba pasarse los días entre libros de historia. Estudiar los grandes imperios antiguos era mi gran pasión y como era una persona fantasiosa, no me resultaba difícil verme como un emperador romano, como un dios del Olimpo o como un visir musulmán. Curiosamente, nunca había fantaseado con ser un vampiro poderoso, por mucho que ellos fueran los seres fantásticos que convivían con nosotros desde hacía unos siglos.

Mientras dormía, soñaba que viajaba durante mucho tiempo y esperaba que mi sueño me llevara mucho más allá del momento tan doloroso en el que estaba metido.

No reconocí la habitación ni la cama en la que desperté. Estaba forrada de madera de nogal, incluso la cama con dosel era de nogal. Era más grande que la anterior y eso me desconcertaba.

Parpadeé, intentando así aclarar mi cabeza por si todavía estaba dormido, pero la cama seguía siendo la misma.

Intenté incorporarme para descubrir qué había ocurrido durante el rato que llevaba dormido y un gemido de dolor escapó de mi boca cuando la herida de mi pierna palpitó tan fuerte que me hizo apretar los dientes para no gritar.

—Está despierto.

El médico, con su pelo blanco recogido en una coleta, se acercó a la cama para estudiarme con atención. Me cogió la muñeca para ¿tomarme el pulso? O algo por el estilo, porque ya no tenía puesto el

gotero ni oía el pitido de las máquinas de hospital conectadas a mi cuerpo.

—¿Dónde estoy? —Miré a mi alrededor, aún confuso por no reconocer el lugar—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Estamos en Rumanía. —Velkan entró por la puerta en ese momento. Vestía completamente de negro, con camisa y vaqueros, y llevaba unas botas altas de piel tan brillantes y lustrosas que parecían recién estrenadas—. Exactamente en el Castillo de Peles. Hemos tenido que trasladarnos por un asunto que no podía esperar más. —No pude apartar mis ojos de ese cuerpo poderoso que tanto me fascinaba y que derrochaba un aura peligrosa difícil de ignorar.

—¿Castillo de Peles? ¿Qué hacemos en Rumanía?

—El Castillo de Peles es mi residencia cuando vengo aquí. Era la residencia de verano del último rey de este país. Mi casa desde hace siglos.

No entendía nada. Era como si hubiese dormido durante semanas y eso era imposible. Entonces recordé lo que había hecho conmigo.

—¿Cuánto tiempo me has obligado a dormir? —No suavicé el tono. Quería que supiera lo mal que me sentaba lo que me había hecho.

—Has dormido tres días.

Su tono avergonzado debería hacerme sentir mejor, pero no lo hizo.

Odiaba al rey con toda mi alma. De eso sí me acordaba.

—Que sea la última vez que usas tus mierdas conmigo.

Velkan me miró sorprendido por mi arrebato.

—Cuida ese tono —me advirtió Vladimir desde la puerta de la habitación.

—¿O qué?

Ya no me daba miedo ninguno de ellos. No me importaba que quisieran acabar conmigo de una vez. Así por lo menos los perdería a todos de vista.

—O te arrepentirás.

—Nada de lo que me hagas me da miedo. Sois todos unos monstruos…

—Relájate, Exael.

El rey fue a cogerme la mano para intentar tranquilizarme, pero la aparté y me arrastré por la cama para alejarme de él.

—No me toques. No vuelvas a ponerme una mano encima.

Velkan se me quedó mirando sin decir nada.

—Tienes que alimentar al rey —me recordó Alexandro—. Para eso estás aquí.

—Voy a daros una sorpresa. —Me incorporé para intentar parecer seguro de mí mismo—. No volveré a darle nada a este monstruo. Tendréis que sacarme la sangre a la fuerza. Es más…, me largaré de aquí en cuanto pueda levantarme de esta cama.

—Eres su esclavo de sangre, por si lo habías olvidado. Es tu deber alimentar al rey.

Vladimir no entró en la habitación. Desde su lugar junto a la puerta ya intimidaba lo suficiente.

—Pues denúnciame por incumplimiento de contrato, pero os informo de que no me quedaré en este castillo ni un día más.

—Salid del cuarto —ordenó Velkan con frialdad.

—Majestad…

—Fuera, Vladimir. Ahora.

Alexander no abrió la boca en ningún momento y ambos salieron fulminándome con la mirada, pero no osaron desobedecer la orden del rey.

—Ahora puedes decirme lo que quieras sin que nadie más pueda oírte.

Velkan esperó a que se cerrara la puerta para volverse hacia mí.

—No tengo nada más que añadir.

—¿Por qué quieres marcharte? Siento en el alma lo de tu familia —añadió sin dejarme hablar—. Si pudiese dar marcha atrás lo haría sin dudar para poder proteger mejor a tu familia.

—Te lo dije. —Estaba tan enfadado que me dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes—. Te avisé de que estaban en peligro y tú pasaste de mi culo. Estaba claro que tenías otras prioridades.

—Sí, como la de intentar salvarte la vida por las heridas tan graves que tenías, por ejemplo —soltó sin inmutarse—. Y, además, sí

mandé refuerzos, pero nadie esperaba que ella cumpliera su amenaza.

—Nada de lo que digas le devolverá la vida a mi familia. —Lo miré con todo el asco que le tenía en ese momento—. Y te odiaré siempre por ello.

Si alguien me hubiera dicho que podía pasar de la atracción que sentí por él en un principio al odio de aquel momento, posiblemente no lo habría creído. Nunca creí que la conocida cita «del amor al odio solo hay un paso» podía ser cierto.

—¿Y si te digo que la tengo detenida para que hagas con ella lo que quieras? En nuestra cultura es común practicar el *ojo por ojo*, por si eso calma la rabia que tienes hacia mí.

Aunque me alegraba la noticia de saber que la habían detenido tras atacar a mi familia, el dolor que sentía no se me quitaría por ello. Nada me devolvería a mi familia, y me sentía tan culpable por lo sucedido que solo quería morirme para dejar de sufrir y poder estar con ellas de nuevo, donde quiera que fuéramos los humanos después de la muerte. ¿Adónde iban los vampiros? Sacudí la cabeza para quitarme esa pregunta tan estúpida de la mente.

¡Como si me importara una mierda!

—Nada cambiará lo que siento, así que lo mejor será que me marche, ya que el motivo por el que estaba aquí ya no tiene sentido.

—¿Y tu papel de esclavo?

En ese momento sentía la frialdad de Velkan como una brecha entre los dos que no se podría cerrar de ninguna manera. Estaba seguro de que nadie se habría atrevido nunca a decirle que no al rey. Posiblemente yo sería el primero en hacerlo, pero ni siquiera esa idea me contentó.

—Lo que dije de no volver a alimentarte iba en serio, así que será mejor que me marche.

—Siento oír eso, pero no puedo dejar que te vayas.

No esperaba esa negativa y estudié al rey unos segundos con detenimiento para intentar saber qué estaba pensando. ¿No me dejaría salir de allí?

—¿Por qué demonios no? Pensaba que el contrato podía revocarse por mutuo acuerdo.

—Es cierto, pero yo no quiero romper el acuerdo. —Cuando fui a replicar, añadió de inmediato—: Siento mucho que pienses así y espero que cambies de opinión, porque tienes una diana en la espalada y, aunque rompamos nuestra relación, todos mis enemigos irán a por ti. Así que, de momento, vas a tener que quedarte aquí.

—¿Y si no quiero?

No parpadeó ante mi negativa.

Sus ojos malvas reflejaban pesar, pero no cejó en su empeño para hacer que me quedara.

—Te tendrás que aguantar.

—¿Eres consciente de que me escaparé en cuanto me reponga de las heridas?

Se acercó a mí y me aparté de su lado, de repente asustado por lo que me podría hacer si quisiera.

—Si lo intentas, te garantizo que tomaré las medidas necesarias.

—¿Vas a encerrarme en un puto calabozo?

—Las medidas necesarias, Exael. Recuérdalo antes de hacer cualquier tontería. No me temblará el pulso para hacer lo que sea necesario para mantenerte a salvo.

Ahora parecía que había perdido por fin su indiferencia habitual. Parecía dolido e incluso enfadado y me felicité por conseguir provocarlo lo suficiente como para que fuera capaz de demostrar algún tipo de sentimiento.

—Te odio —le grité de nuevo, por si no se había enterado todavía.

—Siento oír eso. Ahora intenta descansar un poco.

No parecía impresionado.

—Vete a la mierda.

El capullo se rio mientras salía de la habitación sin mirarme.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 28

El resto de mi recuperación la pasé solo en mi habitación después de dejarle claro al rey que no quería su compañía.

Vladimir me miraba mal cuando veía mis continuos desprecios al rey, pero yo seguía tan enfadado y dolido con él que no podía verlo sin acordarme de mi familia fallecida. Que no me dejara marchar empeoraba mucho más mi estado de ánimo.

—Solo intento mantenerte con vida, Exael, no soportaría más muertes sobre mi conciencia —dijo ante mi insistencia.

—Te recuerdo que desde que estoy contigo he perdido la cuenta de los intentos de asesinato que llevo ya —solté ofuscado.

—Bueno, pues seguir manteniéndote con vida es mi objetivo principal ahora mismo.

Yo no lo entendía.

Lo despreciaba siempre que intentaba acercarse a mí y, aun así, no se daba por vencido.

Ya no lo alimentaba.

Me empeñaba en no querer saber qué sangre o de quién estaba bebiendo esos días, pero, siendo sincero, tenía una vocecita en mi cabeza que se moría por saber de quién se alimentaba Velkan si no era de mí.

A su favor puedo decir que no intentó ni una sola vez hacerme cambiar de idea respecto a alimentarse de mí y quizás eso fue lo que más me molestaba.

¿Quería que me insistiera en el tema para darme el gusto de poder negarme?

«Ni siquiera tú eres tan ruin, Exael» me decía mi conciencia. con la que, últimamente, hablaba más que de costumbre.

Qué extraños eran los duelos.

A veces lloraba durante horas hasta caer rendido en los brazos de Morfeo y luego había ratos en los que no recordaba a nada ni a nadie y, después, cuando volvían los recuerdos, me atormentaba por haber sido capaz de olvidarlas aunque fuera por unas míseras horas.

Sasha apareció por mi habitación una fría mañana en la que estaba leyendo, sentado en un cómodo sillón junto al fuego de mi chimenea. Iba en pijama y hacía unos días que supuestamente me habían dado el alta médica.

—¿Y tú de dónde sales?

Me la quedé mirando mientras entraba en mi habitación con aire despreocupado. Estaba tan bonita como siempre y me di cuenta de que la había echado de menos en todo este tiempo.

—Me quedé en París entregando trabajos de la universidad que no podía posponer. —Me observó con detenimiento. Supuse que buscando algún signo de mis últimas heridas. La del cuello la llevaba al descubierto para que se terminara de curar. Me picaba como un demonio y tenía que hacer grandes esfuerzos para no rascarme como un loco—. ¿Qué tal estás? Me enteré del ataque de Enola.

—Mejor —reconocí—, apenas me duelen.

Vino a darme un beso en la mejilla, como solía hacer siempre que nos veíamos, y me tuve que esforzar por no salir corriendo como deseaba hacer. Estaba claro que nunca dejaría de tener pavor a los vampiros, aunque, sorprendentemente, Velkan no me asustaba. Algo en mi interior me decía que jamás me haría daño.

—Veo que tu recelo hacia los vampiros ha vuelto a empeorar.

¡Mierda!

Se había dado cuenta. Y yo que pensaba que era bueno disimulando.

—No puedes culparme por ello —repliqué en un intento por defenderme.

Me miró unos interminables segundos sin decir nada, luego suspiró y se sentó a los pies de la cama para seguir hablando conmigo.

—Supongo que no. ¿Eres consciente de lo que pasará si no alimentas a mi hermano?

Me envaré de nuevo, porque… ¿había venido para convencerme de que siguiera siendo su esclavo después de todo lo que había pasado?

—¿Para eso has venido? —Me volví en el sillón para que se diera cuenta de que no quería hablar de su hermano y de lo que estaba

pasando entre nosotros.

—No. Mírame, por favor. —No pude negarme. Ella era la única amiga que tenía en el castillo y ahora que la relación con su hermano era inexistente me sentía terriblemente solo y desgraciado. ¿Cómo había llegado a esa situación? Con la ilusión con la que me presenté para la selección y apenas un mes después estaba solo, todo el mundo me odiaba y mi familia había fallecido por mi culpa—. Ante todo, quería darte el pésame por tu familia.

Cuando ella lo mencionó, el nudo que sentía en el corazón por la culpa y pena se apretó todavía más.

—Gracias —murmuré.

—Pero, si admites un consejo, culpar a mi hermano y dejar de lado lo que hay entre vosotros no es justo para ninguno de los dos.

—Que mi familia esté muerta es lo que no es justo. Y tu hermano no hizo nada cuando lo avisé.

—Eso no es cierto. —Parecía realmente molesta.

—¿Tú qué vas a decir? Dirás lo que sea para defenderlo.

Ella se inclinó y me tomó la mano. Me impresionó la frialdad de su piel. Tenía la piel tan blanca que las venas se percibían con claridad.

—Eres mi amigo y, aunque adoro a mi hermano, nunca lo defenderé si considero que es culpable de lo que sucede. —Me cortó cuando intenté replicarle—. Pero en tu caso no es cierto que se quedara sin hacer nada. Mandó un grupo de soldados para que las protegieran y Enola los mató a todos.

Me la quedé mirando, intentando averiguar si me estaba mintiendo. Velkan no me había dado ninguna explicación y no se había defendido ante mis acusaciones.

—Mi hermano dice mucho más por lo que calla y ya lleva demasiada carga sobre sus hombros para que también tú lo culpes por lo sucedido con tu familia.

La seguí mirando en silencio, intentando asimilar lo que me estaba diciendo, pero no iba a darme por vencido tan fácilmente.

—Usó la *persuasión* conmigo y me retiene en contra de mi voluntad.

—Intenta mantenerte a salvo, hombre estúpido —dijo, perdiendo la paciencia—. Y la *persuasión* la utilizó para intentar calmarte. —Alzó una ceja—. ¿Tengo que recordarte que te arrancaste la vía del brazo e intentaste salir corriendo de la habitación? Está visto que eres muy irresponsable.

—¡Oye! —Eso me había dolido.

—Eres un estúpido si lo castigas por no reconocer todo lo que está sacrificando por ti. Sé que lloras a tu familia, pero romper la relación con mi hermano no te la devolverá. Y aunque no lo creas, está desolado porque te ve sufrir y lo culpas por todo.

—No me gusta que me mantengan prisionero —alegué, sin querer dar mi brazo a torcer.

—Ya, bueno, a ninguno nos gusta. —Se puso de pie—. Pero recuerda que eres el blanco de mucha gente que intenta doblegar a mi hermano. Espera un tiempo y aprovecha para conocerlo bien. Está claro que hay algo bonito entre los dos si te das el gusto de disfrutarlo.

—No te prometo nada. —Al final me estaba convenciendo, pero tenía que digerir muchas cosas antes de decidir si le daba otra oportunidad.

—Bueno, eso es mejor que nada. —Me tendió la mano—. He venido para enseñarte nuestra otra casa. Si prometes no intentar escapar, claro.

—¿Puedo salir de la habitación? —Eso no lo sabía.

—Ahora seré tu guía turística. Además, te estaré vigilando. No hagas nada estúpido. Ahí afuera hay casi un metro de nieve. Morirías antes de llegar a ningún sitio para pedir ayuda.

—No me escaparé —aseguré. Bueno, no sin haberlo planeado primero, claro. Pero sus palabras sobre enseñarme el castillo me habían despertado la curiosidad—. ¿Puedo vestirme, al menos?

Los dos miramos mi pijama azul con los pantalones de cuadritos azules y rojos. Ni idea de a quién pertenecía, pero era super calentito y eso era lo único que me importaba.

—Date prisa. Tenemos que volver antes de la hora de comer y, sobre todo, antes de que mi hermano se dé cuenta.

Sonreí como un idiota al saber que íbamos a hacer algo a espaldas del rey. Esa idea me gustaba.

—Solo tardaré cinco minutos.

CAPÍTULO 29

—Madre mía…

Me obligué a cerrar la boca, que se me había quedado abierta cuando entré en la sala de armas, como me dijo Sasha que se llamaba. El nombre le venía al pelo, ya que las paredes estaban llenas de cientos de armas medievales, desde arcos y ballestas hasta mazos, machetes, espadas y un montón de lanzas de distintos tamaños y puntas. Había armaduras completas, cuatro para ser exactos, una en cada rincón de la sala, pero lo que de verdad me llamó la atención fue la armadura completa para el caballo que ocupaba todo un lateral frente a los inmensos ventanales que dejaban entrar la luz del sol. Poca, porque el cielo estaba gris, tapado por completo de inmensas nubes oscuras que prometían nieve en cualquier momento.

—¡Qué pasada!

—Sí que lo es.

Me acerqué para contemplar de cerca las armas que colgaban de las paredes que estuvieran bien visibles. Me di cuenta de que, aun siendo antiguas, estaban perfectamente limpias y brillantes.

—¿Tu hermano es el que las ha coleccionado?

La princesa me seguía de cerca. Estudiando las armas como si fuese la primera vez que las veía.

—Cuando vinimos al castillo ya había armas aquí. Mi hermano terminó de coleccionarlas. Es un apasionado de la historia.

—¿De quién era este castillo? —Miré a Sasha, que en ese momento contemplaba la armadura del caballo.

Era algo impresionante. Toda la sala lo era, pero esa armadura montada formando la silueta de un caballo te dejaba con la boca abierta.

—Perteneció a los últimos reyes de Rumanía.

En ese momento me acordé de la historia del personaje más famoso que había tenido ese país.

—¿Sois descendientes de Vlad el Empalador?

Ella me miró con curiosidad.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno la historia habla de él en el siglo XV y aunque se supone que no era un vampiro, sino un príncipe sanguinario, nadie sabe a ciencia cierta desde cuándo existen los vampiros actuales y, si no recuerdo mal, tu familia proviene de Rumanía…

Me quedé mirándola mientras mi cabeza hilaba la teoría y recordaba lo que había leído sobre la historia de Rumanía y del famoso personaje de uno de los libros más conocidos de todos los tiempos.

—Eres una persona muy intuitiva, cachorrito.

Esa voz siempre conseguía ponerme el vello de punta, y no exactamente de miedo. Velkan se acercó a nosotros con el sigilo que lo caracterizaba y se colocó a mi lado, contemplando la armadura de caballo.

—Hola, Velkan.

Sasha me miró de reojo buscando alguna reacción en mí y me obligué a no apartarme.

El rey vestía de negro, como acostumbraba a ir. Pantalón y camisa negra. En la casa hacía muchísimo frío, pero él no parecía tenerlo ya que no llevaba ninguna ropa de abrigo.

Mi corazón comenzó a latir frenético en mi pecho y maldije lo guapísimo que era y el efecto que tenía en mí.

—¿Te encuentras mejor?

Me obligué a recordar las palabras de Sasha para no hacerle un desplante y marcharme, lo cual era lo que de verdad hubiese hecho en otro momento.

—Sí.

Su cercanía conseguía hacerme aletear el corazón y me odié porque mi cuerpo reaccionara así a su simple presencia. Entonces olí su perfume y el tenue olor a talco que desprendía. En los demás vampiros era algo repugnante, pero en él… Intenté aspirar su olor con disimulo, pero no debí hacerlo bien porque el rey sonrió y me miró de soslayo.

«¡Mierda!»

—¿Puedo invitarte a comer?

—Tu hermana…

—Yo tengo cosas que hacer —soltó la traidora, y se marchó con tanta rapidez que me quedé mirando el lugar vacío en el que segundos antes estaba ella.

Nunca me acostumbraría a esa manera tan antinatural de moverse.

—Luego te seguiré enseñando el castillo, si quieres —me dijo el rey para intentar animarme a que comiera con él.

Mi primer impulso fue negarme y él se dio cuenta.

—Por favor, Exael, come conmigo. No me sigas rechazando.

Me giré para mirarlo y mi estómago se encogió ante su presencia. Sabía que era a causa de haber compartido nuestra sangre que mi cuerpo reaccionara así al suyo. Se había formado una especie de vínculo al que nuestros cuerpos reaccionaban sin que nosotros pudiéramos hacer nada para evitarlo.

El rey debió notar mis dudas porque me tendió la mano y sonrió. No debía enterarse nunca de lo que sentía al atisbar sus colmillos en esa sonrisa. No estaba orgulloso de eso, pero, al parecer, mi cuerpo pensaba de otra manera.

Tomé su mano sabiendo que tenía la batalla perdida de antemano.

Ya no recordaba lo ameno y divertido que podía ser pasar tiempo con el rey.

Tuve que reconocer que lo que más me gustaba era que no permitiera que Vladimir ni ningún otro de sus consejeros lo interrumpieran mientras comíamos.

—Luego —le soltó al hombre que entró en el comedor, sin dejarlo hablar.

—Pero, majestad…

—Ahora estoy ocupado.

—Sí, majestad.

Me quedé mirando al vampiro mientras este se alejaba.

—Si tienes asuntos que atender…

—No hay nada más importante que comer contigo, Exael.

La mirada intensa que me dirigió me puso a cien, y me pregunté, no por primera vez, si había sido buena idea romper todo contacto

con él, porque lo deseaba con lujuria si hacía caso a la erección que se apretaba bajo mis pantalones, pidiendo que la liberara para él.

Me obligué a pensar en otra cosa mientras el rey sonreía al llevarse la copa de vino a la boca.

Algo se movió en un rincón del comedor y cuando miré no vi nada. Supuse que me lo acababa de imaginar.

—¿Estás leyéndome el pensamiento o lo que sea que me hagas? —Estaba ofendido y avergonzado de que pudiera leerme con tanta facilidad.

Su sonrisa se ensanchó y yo… bufé molesto.

—Te dejé claro que no puedo leerte el pensamiento, solo puedo…

—Olerme. —Lo miré enfurruñado conmigo mismo por ser tan transparente—. Ya sé la cantinela.

—¿Por qué te molesta que te ponga cachondo?

No esperaba esa pregunta tan directa y me atraganté con el trago de vino que estaba dando en ese momento.

Tosí tan desesperado que incluso temí por mi vida

No morí por poco.

—No estoy cachondo. —Velkan levantó una ceja y fue como si me estuvieran torturando para sacarme la verdad—. Vale, sí, pero no puedo estar cachondo si sigo estando furioso contigo.

—Tu cuerpo no opina lo mismo.

—Cuando follamos la otra vez me hiciste algo para que me baste con verte u olerte. —«Cállate de una vez» me recriminé. No pude hacerlo y seguí—. Para ponerme más cachondo que en toda mi vida.

—Es bueno saberlo. —No me gustó su sonrisa lobuna.

¿Podía un vampiro tener una sonrisa lobuna? ¿O sería más justo llamarla sonrisa vampírica?

—A mí no me hace ninguna gracia.

—Ya lo veo. —Se reclinó sobre su silla y me miró con esos ojos malvas que me volvían loco—. Para tu tranquilidad te diré que provocas lo mismo en mí y es por haber compartido nuestra sangre. Estamos vinculados, Exael.

—Pues desvincúlanos.

Intenté controlar mi enfurruñamiento para no parecer un crío, pero no lo conseguí. Yo no era tan bueno como ellos para ocultar

mis emociones.

—No puedo hacer eso y, aunque pudiera, tampoco lo haría.

Eso me sorprendió.

—¿Por qué?

—Porque me gustas. Tú y lo que me haces sentir. Y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para recuperarte y resarcir el daño que te he hecho, aunque haya sido un daño colateral.

—No voy a olvidarlo ni a perdonarte tan fácilmente. —Por si no se había enterado todavía.

El nudo de mi garganta amenazó con asfixiarme y bebí más vino para ocultar mi dolor ante su mera mención.

—Lo sé.

No supe qué más decirle durante el resto de la comida, pero la pasé analizando sus palabras y pensando sobre lo que estaría tramando hacer para que lo perdonara.

CAPÍTULO 30

El resto de las semanas Velkan se dedicó a enseñarme el palacio de Peles. Me habló de las costumbres rumanas, de las distintas provincias que formaban el país. De los gitanos rumanos, con sus ropas coloridas y sus costumbres ancestrales.

—¿Me estás diciendo que pensabas que Transilvania era un país en vez de una provincia de Rumanía? —Su sonrisa divertida me avergonzó.

—Deja de reírte —Me había dado cuenta de que era muy sensible a su sentido del humor. Bueno, para ser sincero, a todo él por completo, con ese cuerpo musculoso, ese pelo negro que aumentaba su aura salvaje y eso ojos malvas que ponían mi mundo del revés con tan solo mirarme—. Hace años que no me preocupo por saber la geografía de tu país. Perdóneme usted.

—No te sulfures, es que me ha hecho gracia, eso es todo. Eres una personita muy divertida cuando te enfurruñas.

—¡No estoy enfurruñado! —Bueno, un poco sí. De repente me acordé de algo que me ayudó a cambiar de tema—: ¿Eres descendiente directo de Vlad Tempes II o Drácula, como se le conoce en la historia? —Me observó largo y tendido sin contestar a mi pregunta. Comencé a ponerme nervioso ante su silencio. Ni su hermana ni él contestaron a mi pregunta—. No me contestes si no quieres. No pensaba que fuese un secreto de estado ni nada parecido.

—No es que sea un secreto. Es solo que nadie sabe con exactitud de dónde procedemos. Los humanos suelen usar la información como arma y en estos momentos no necesito darles más munición contra nosotros.

¿Cómo estaría el tema de los ataques a los humanos? Esa fue la causa de la reunión con los integrantes de La ley Escarlata. Bueno, esa e intentar que me uniera a su causa para matar al rey vampiro. Si me hubieran interceptado una semana antes, en plena crisis por la muerte de mi familia, me habría unido a ellos sin pensarlo

siquiera. Había estado tan dolido y furioso con Velkan que me hubiese dejado llevar por esa rabia que me nublaba el juicio.

Ahora…

Velkan me atraía de una manera que no podía controlar. Por lo visto, cuando bebí su sangre nos unimos de una manera que ninguno controlaba y no había forma de romper ese vínculo. Así que, si no había aprovechado esas semanas de duelo en el que me había obligado a odiarlo por encima de lo que me hacía sentir nada más verlo, difícilmente podía volverme contra él para intentar quitarle la vida. De todas maneras, era una misión quizá no imposible, pero sí suicida. Porque matar al rey vampiro equivalía a perder la cabeza si me pillaban.

Así que no era tan fácil como los rebeldes podrían imaginar.

—Pensaba que yo era de fiar, dadas las circunstancias. —No evité la decepción de mi voz.

—Y eres de fiar, cachorrito, pero cuanto menos sepas menos riesgos correrás.

—¿Quieres que piense que cuando me mantienes en la ignorancia lo haces por mí?

Me observó unos segundos antes de contestarme.

—Supongo que es difícil de creer. Sé que no soy tu persona favorita del mundo ahora mismo, pero créeme que solo busco tu bienestar.

Estábamos en la cocina del palacio. El mantenimiento que le habían hecho era muy pintoresco, ya que los electrodomésticos de acero de última generación destacaban en la cocina con la gigantesca isla central donde colgaban del techo las ollas y cacerolas como debían haberlo hecho cuando se construyó el palacio en el siglo XV.

—Qué guay.

Eso fue lo que solté al verla.

Había dos mujeres y un hombre en los fogones y ambos levantaron la cabeza al vernos entrar. Se pusieron firmes de inmediato.

—Su majestad, ¿necesita algo? —preguntó el vampiro con traje de mayordomo al que me quedé mirando como un idiota.

Pero si él me sorprendió, las dos mujeres humanas —sí, humanas — que trabajaban a su lado, me dieron ganas de gritarles que se marcharan y se pusieran a salvo, como si a esas alturas no supieran que trabajaban en un palacio lleno de vampiros.

—No, Gabriel, gracias. Le estaba enseñando el palacio a Exael.

—Si necesita alguna cosa no dude en pedírmelo. O a cualquiera de ellas.

Asentí, porque me estaba mirando a mí.

—Mi rey…

Vladimir entró en la cocina casi jadeando.

—¿Qué ocurre?

—Ha venido Goliath con sus hombres.

Yo me envaré al escuchar ese nombre. No sabía si Velkan había aclarado ya el tema de su hija con él, pero algo me decía que el hecho de que hubiese venido significaba problemas a la vista.

—Vamos. —Antes de irse me miró a los ojos—. ¿Estarás bien si me voy?

—Claro —¿Qué podía decirle? Me encantaba que pasara ratos conmigo, pero sabía que tenía mil cosas que hacer y personas a las que atender—. Vete, estaré bien. Me vendrá bien perderme en este palacio para poder aprender el camino hasta mi habitación.

Velkan esbozó una sonrisa divertida.

—Intenta no meterte en líos, cachorrito.

—Lo intentaré.

Se fue con Vladimir y yo salí de la cocina al notar que las tres personas que trabajaban ahí no apartaban sus ojos de mí.

Estuve dando vueltas por los pasillos, visitando las distintas salas con sus inmensos tapices y cuadros de gente muerta, advirtiendo que habían pintado cada habitación de un color. Imaginé que para poder distinguirlas unas de otras.

Qué derroche de opulencia.

Muebles antiguos por todas partes.

Obras de arte en las paredes.

Jarrones gigantescos y menaje de oro y plata.

Habitaciones con inmensos espejos y madera noble recubriendo las paredes y techos de las habitaciones.

Me quedé de piedra cuando al entrar en el salón de baile vi una presencia semitransparente que se chocó literalmente conmigo. La atravesé sintiendo un frío helador que me puso los pelos de punta.

Además de darme un susto de muerte.

—¡Aaah! —grité.

¿Qué coño era eso?

—¡Aaaaah! —gritó el fantasma.

Me quedé sentado en el suelo donde había ido a parar tras tropezar con mis propios pies al atravesar esa cosa y darme un susto tremendo.

—¿Qué coño eres tú? —pregunté aterrado.

—¿Y quién coño eres tú?

El fantasma me miró como si fuese un insecto.

Me ofendí, naturalmente.

Y luego eché a correr.

CAPÍTULO 31

No supe cuántas veces me perdí por los innumerables pasillos que tenía ese palacio, pero, cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta con el cerrojo que tenía por dentro.

«¡Qué moderno!» pensé mientras me tumbaba en mi cama para intentar recomponerme.

Estaba sudando a mares. Nunca había corrido tanto e intentaba calmar mi corazón mientras recordaba lo que había pasado en la esquina de la sala de armas.

¿Qué coño había sido eso?

¿Un puto fantasma?

—Venga, hombre, no me jodas.

—Aunque me encantaría, creo que va a ser imposible.

«Espera, ¿me ha seguido hasta mi habitación?»

Me llevé tal susto al verlo aparecer ante mí, demasiado cerca, que intenté apartarme con tanta rapidez que me caí por el otro lado de la cama.

«¡Menudo golpe, joder!»

—¿Estás bien?

Fuera lo que fuese —me negaba a llamarlo fantasma—, se asomó por el lateral de la cama para verme tirado en el suelo con las piernas aún subidas en el colchón, enganchadas con la ropa de cama.

—¿Quién coño eres tú? ¿Y qué quieres de mí?

Me incorporé con cuidado, intentando alejarme de él porque no había duda de que la presencia era un hombre. Podía reconocer su silueta gris de humo o algo parecido, ya que podía ver lo que había al otro lado de su cuerpo.

—Soy Vlad Tempe —dijo con solemnidad.

Me quedé helado.

—No me jodas —¿Me estaba diciendo que era el verdadero conde Drácula?

No sabía qué cara debía haber puesto, pero el fantasma comenzó a reírse a carcajadas, una risa ronca más parecida a una tos que a una risa de verdad.

—Deberías haberte visto la cara. —Se tiró sobre la cama, muerto de la risa.

—¿Te estás riendo de mí?

¿Por qué todo el mundo hacía eso?

Me levanté iracundo para fulminarlo con la mirada.

—Lo siento, hacía mucho tiempo que no me divertía tanto. —En ese momento pareció caer en algo importante—. Espera, ¿puedes verme? ¿Por qué puedes verme?

Apenas podía respirar mientras no apartaba mis ojos de *esa cosa* que me miraba desde la cama como si fuese un bicho raro.

Iba vestido con unos pantalones bombachos, claramente de otra época, y una camisa con chorreras en el cuello y mangas abullonadas. Parecía joven, más o menos de mi edad, y tenía una enorme sonrisa. Era un *fantasma* bastante atractivo, así que supuse que también lo fue cuando estuvo vivo.

—No sé por qué puedo verte. —No apartábamos los ojos el uno del otro—. ¿Qué pasa? ¿Solo puedo verte yo?

—Eso parece —Creí verlo ilusionado con la idea.

—Vale, pues no quiero hacerlo. Esfúmate o desaparece o haz lo que sea que hagas, pero no te quiero aquí.

—¿Por qué?

No me quise enternecer con su carita de perro apaleado.

—Porque estás muerto.

—¿Y qué? No voy a hacerte daño.

Me lo quedé mirando sin saber si sus palabras eran sinceras o no.

—¿No vas a hacerme daño? ¿Me lo prometes?

No hacía falta decir que no era el hombre más valiente del mundo.

—Aunque quisiera, que no quiero, tampoco podría.

—Vale. —Me fie de él, me acerqué y lo inspeccioné de cerca. Tan cerca que sus rasgos se desdibujaban para ver lo que había justo detrás de él—. ¿Quién eres?

Eso era lo que más curiosidad me provocaba. Bueno, eso y saber cómo había muerto.

—Soy George Popescu, amante del rey Carlos de Rumanía.

Me quedé helado.

—¿En serio? —Asintió con solemnidad—. ¡Toma ya! ¿Y también eras un vampiro? ¿Y el rey? ¿El rey también lo era?

El fantasma bufó.

—Por supuesto que no. ¿Tengo cara de ser un vampiro?

No me intimidó su cara ofendida.

—¿Eras un esclavo de sangre, como yo?

Bajé la voz como si la respuesta pudiese ser un secreto.

—¿Qué…? ¡No! ¿Eres un esclavo de sangre? —Me miró con cara de pasmado. Casi me hizo reír. Casi—. ¿Qué es un esclavo de sangre?

Durante un segundo pensé en qué podía decirle.

No me avergonzaba lo que era. Ser el esclavo del rey resultaba todo un privilegio. Estaba seguro de que muchos hombres me envidiaban por tener la suerte de poder alimentar al rey vampiro. Respecto a compartir su cama…

—Mira, olvídame. Lo que de verdad me interesa es por qué estás aquí.

—¿Aquí, dónde?

—Aquí en el castillo —aclaré, intentando tener paciencia con esa conversación tan extraña que estábamos teniendo.

—Ah, ¡vivo aquí! —Se encogió de hombros—. Desde hace más de 200 años.

—¿Todos en el castillo pueden verte? ¿Por qué nadie me ha dicho nada?

Se sentó en la cama a mi lado, como si fuéramos colegas de siempre.

—Ah, bueno. La gente del castillo lo sabe, creo, pero nadie me ha visto nunca.

—Entonces, ¿por qué puedo verte yo?

Me miró muy interesado.

—Eso era lo que quería preguntarte. ¿Has estado muerto en algún momento?

«¡Qué coño!»

—Claro que no. ¿Cómo he podido estar muerto si ahora vivo? No seas idiota. ¡Céntrate!

—La única manera de que me estés viendo ahora es porque has estado muerto antes, aunque sea solo por unos segundos.

Había perdido el aire desenfadado que habíamos tenido un momento antes. Al parecer no le gustaba nada que lo llamara idiota.

—Vamos, no me jodas. —Fue lo único que pude decirle.

Me quedé literalmente helado tras su revelación.

—Pensé que lo sabías.

—¿Cómo coño iba a saber eso?

—Pregunta a tu familia. Seguro que te lo confirman. Es sabido por todo el mundo que hay que tener un enfrentamiento con la muerte para que puedas ver a un fantasma.

¿Sería posible que mi sangre oliera *de aquel modo* por ese motivo?

—Menuda mierda.

—Estuviste a punto de morir ahogado de pequeño —dijo con semblante tan serio que pensé que me lo estaba diciendo en serio—. Pregunta a tu familia sobre un accidente en una bañera y verás que tengo razón.

Sus palabras me aclararon por qué nunca me había gustado bañarme ni siquiera en la bañera. También recordé que ya no podía preguntárselo a nadie de mi familia.

—Voy a tener que creerte porque no tengo manera de averiguar lo que estás diciendo.

—¡Ah…!

Fue lo único que dijo él tras observarme en silencio unos segundos.

Debía llevar el dolor por sus muertes grabadas en mi cara.

CAPÍTULO 32

—¿Qué es una mierda?

Miré a Sasha sobresaltado, ya que no la había oído entrar. Estaba tan guapa como cuando nos vimos por la mañana.

Un poco asustado, miré al fantasma sin saber si era cierto que solo yo podía verlo.

—Todo lo que está pasando —dije, intentando disimular.

—No tienes que mentirle por mí.

—No le estoy mintiendo —susurré en un intento de que no me oyera, pero, por supuesto, era un vampiro.

Aparte de que yo tenía la mala costumbre de susurrar en voz demasiado alta. Tanto, que ni siquiera era un susurro.

—¿Con quién estás hablando? —Ella miró donde estaba el fantasma al que, por lo visto, era cierto que no podía ver.

No quería que pensara que estaba loco, así que no se lo quise contar. Era la única persona del castillo que se preocupaba por mí y a la que parecía que le caía bien, así que no quería estropear nuestra relación.

—Contigo, por supuesto.

Me senté en la cama y, para mi consternación, el fantasma se sentó a mi lado, tan pegado a mí que sentí su frialdad y me aparté de un brinco.

—¿Quieres largarte de una vez?

Sasha me miró sorprendida.

—Solo venía a preguntarte cómo te había ido la comida con mi hermano. —Me dolió su tono lastimero—. No hace falta que seas tan grosero.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Espera, por favor, no te vayas.

George comenzó a reírse, divertido por la situación.

—Deja de reírte, gilipollas.

—Oye, de verdad que no sé qué es lo que te pasa. ¿Eres bipolar o qué?

—Es… —¿Qué podía pasar si se lo contaba? ¿Pensaría que estaba mal de la cabeza?—. No vas a creerme cuando te lo diga, pero me gustaría que te quedaras aquí conmigo.

Me estudió unos segundos antes de soltar un suspiro y acercarse a mí de nuevo.

Se sentó a mi lado en la cama, por suerte, en el lado en el que no estaba el fantasma.

—Exael, me considero tu amiga, aunque aún no te fíes de nadie en el castillo y lo entiendo. —Me cogió una mano y me estremecí ante el frío de su tacto, por suerte no se molestó por ese acto reflejo. Para mi alivio, sonrió—. Eso significa que puedes contarme lo que sea que te pase. Intentaré ayudarte o consolarte, como hacen los amigos.

Sabía que lo decía en serio, así que le di un apretón a la mano que me tenía tomada.

—Gracias.

—Puedes decírselo, ella no te juzgará. Así puedes dejar de comportarte como un idiota todo el tiempo.

—¿No tienes que hacer algo por ahí para que me dejes en paz de una vez? ¡Lárgate ya, joder!

Sentí a Sasha envararse por mis palabras y cuando se quiso levantar para marcharse, decidí arriesgarme.

—No te lo decía a ti. —Ella se levantó dispuesta a marcharse—. Sasha, espera…

—No sé qué te sucede hoy, pero me da igual.

—Hay un fantasma en el castillo.

Ya está, ya se lo había dicho.

Se giró hacia mí, pasmada. Si un vampiro podía pasmarse, porque esa era la cara que mejor lo describía.

—Que hay… ¿qué?

—Aunque no me creas hay un fantasma en el castillo. —Ya que había empezado, no podía parar de hablar—. Se llama George…

—Popescu —terminó de decir ella tras comprobar que no le estaba gastando una broma.

—Era el amante del rey —seguí contándole.

—Lo sé y se dice que ese fantasma mora en este castillo desde su muerte hace ya más de un siglo —dijo con los ojos entrecerrados, intentando averiguar si le estaba contando la verdad.

—Se me ha aparecido hoy cuando volvía a mi habitación tras comer con tu hermano y el idiota me ha seguido hasta mi habitación.

—Idiota tu padre.

Lo ignoré.

Me importaba más lo que pensaba Sasha en ese momento.

—¿De veras está aquí ahora mismo?

Miraba a su alrededor como si ella pudiera verlo también.

—Sí, está sentado justo aquí. —Señalé el lugar en el que George la miraba con una enorme sonrisa en la cara, como si mi amiga pudiera verlo.

—¿Y cómo es que tú puedes verlo y los demás no?

—No lo sé. —Negué con la cabeza—. Él dice que solo puede verlo alguien que haya tenido una experiencia cercana a la muerte, pero yo no recuerdo haber tenido ninguna —aclaré—, y ya no tengo a nadie que pueda confirmarlo.

Sasha se quedó pensativa unos instantes.

—Eso también explicaría el olor tan peculiar que desprendes —comentó en voz baja, como si lo hiciese consigo misma.

—A ver si te duchas o algo, tío guarro —dijo Popescu.

No soportaba a ese tío, de verdad que no.

Lo miré ofendido.

—No es ese tipo de olor, gilipollas.

Sasha sonreía mientras me escuchaba discutir con el fantasma.

—Eso lo explica todo. Cuéntame cómo es físicamente.

—Eso, cuéntale lo irresistiblemente guapo que soy.

—Eres un idiota redomado, eso es lo que eres.

El tío me hizo una peineta y sonreí, contento de poder devolverle los insultos por muy infantil que pudiera ser eso. Lo de la peineta no sabía si se hacía cuando estaba vivo o si había aprendido a hacerla con el paso de los años.

—Viste ropa de época —le expliqué a Sasha, que me miraba hipnotizada, ávida por saber cómo era el fantasma—. Camisa con

chorreras y pantalones bombachos a la rodilla, de esos tan horteras. —No lo pude evitar, le devolví la peineta mientras le sonreía como un idiota—. No puedo ver el color de su cabello ni el de sus ojos porque se ve como una nebulosa con forma humana de color gris humo, pero tiene el pelo con tirabuzones y, aunque me joda reconocerlo, esos tirabuzones, en vez de hacerlo ver ridículo, le dan un aire infantil bastante atractivo.

—¡Ja!

Se hinchó como un pavo, encantado de que le reconociera lo atractivo que era.

—¿Qué edad tiene? —Ella no se cansaba de oír mis descripciones.

—Parece bastante joven. Puede tener mi edad, más o menos, sobre veinte años o así.

—Tengo veintiuno —dijo él, sin soltar ese aire pomposo.

—Dirás que tenías veintiuno. Ya no tienes nada.

Su sonrisa se esfumó y me sentí mal de repente. Yo no era tan ruin. Siempre había intentado ser educado con los demás y recordé que mi madre me decía que no había que pisar al resto para brillar.

—Es cierto.

—¿Puedes preguntarle cómo murió?

—Puede oírte —aclaré a mi amiga.

George asintió para confirmármelo.

—No lo sé —murmuró él con tristeza—. Creo que fui envenenado.

Se encogió de hombros como si no le importara demasiado el motivo.

Repliqué las palabras de George para que Sasha pudiera saberlo.

—¿Y sabe por qué sigue aquí?

Miraba a los dos de manera alterna mientras George contestaba a las preguntas que ella le hacía y yo las repetía por él.

—Yo quería que se hiciera justicia y encontraran al que me asesinó, pero nunca llegué a enterarme a ciencia cierta de quién fue, así que me quedé aquí solo, vagando por el castillo desde entonces.

—¿No has vuelto a hablar con nadie?

Me moría de curiosidad por enterarme de todo lo que le había pasado. Las intrigas de palacio también habían sido apasionantes en el pasado.

Unos golpes en la puerta nos interrumpieron y los tres miramos en aquella dirección para ver quién era.

—Pase —dije, maldiciendo al intruso.

—Exael, el rey requiere vuestra presencia en el salón del trono.

—¿Qué ocurre? —No entendía qué podía querer el rey si estaba reunido con el resto de vampiros.

—Tú ven y deja de hacer preguntas.

Al soldado tampoco parecía caerle especialmente bien.

Ni idea de quién era. Había demasiados vampiros de guardia como para conocerlos a todos.

Sonreí cuando los tres que estábamos en la habitación pusimos los ojos en blanco ante las palabras del soldado.

CAPÍTULO 33

Decir que no estaba seguro de que me gustara lo que me esperaba en el salón del trono donde Velkan me había mandado llamar, no era ningún eufemismo. Me daba pánico pensar que tuviera que enfrentarme a vampiros enfadados. Ya llevaba unas semanas sin que alguien me levantara del suelo por el cuello y me amenazara de muerte como les gustaba hacer a todos, así que, para ser sincero, no lo echaba de menos. Ni una pizca siquiera. Me gustaba mi cuello como estaba, aunque el ataque de la psicópata de Enola me había dejado una gigantesca cicatriz, tan solo porque no quise que el rey me ayudara a sanar antes con su sangre. Me miraba las manos de vez en cuando, recordando el dolor de los huesos rotos. Al tenerlos completamente curados supuse que el rey sí me dio algo de su sangre, después de todo, y lo agradecía en silencio si eso significaba que no volvería a sufrir ese dolor tan horroroso por los dedos rotos.

No me esperaba a tanta gente en la sala del trono, pero todos, sin excepción, se volvieron a mirarme cuando entré con paso vacilante.

—¡La hostia, que montón de vampiros! —susurré para mí.

—No te detengas y sigue caminando. —Vladimir se acercó a mí al verme llegar y me puso la mano en el hombro para animarme a seguir, pero de reojo podía ver la mirada de odio que me estaban lanzando algunos de los allí presentes. Mi paso vaciló y pensé en pararme—. No te detengas y ve hasta el trono. —El tono apremiante de mi guardaespaldas me indicó que era mejor seguir y no detener mis pasos hasta estar a salvo con Velkan.

—Ven, Exael.

Velkan se había levantado y me tendía la mano, animándome a subir con él hasta la tarima donde se encontraba su trono.

Dejé de ver a los vampiros que me rodeaban y mi corazón se saltó un latido al ver al rey con su mano tendida hacia mí.

«¿Cómo he podido tener tanta suerte?» pensé embobado mientras tomaba la mano del rey y me acercaba a él, quizás más de

lo que debería. Pero mi cuerpo lo extrañaba y me quedé mirando sus ojos malvas, tan bellos como un campo de lavanda en primavera. Estaba tan cerca que podía ver las arruguitas en el borde de sus ojos y me lo quedé mirando como un lelo.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja, quizás extrañado por acercarme tanto que me faltó subir a su regazo allí mismo, de pie como estaba ante todos esos vampiros.

—Ahora sí. —No quise mirar hacia atrás—. ¿De qué va todo esto?

—Te prometí venganza. —Me miró, poniéndose serio de repente.

—¿Qué? —No sabía a qué se estaba refiriendo.

—Espera.

Me dio la vuelta para que me quedara mirando a los presentes cara a cara y, aunque casi todos mostraban su odio hacia mí, me obligué a mantenerme firme y no achantarme ante ellos. Pero no solté la mano del rey.

—Sabes que no dejará que nadie te haga daño, ¿verdad? —dijo George justo a mi lado.

¿Este idiota me había seguido?

—¡Lárgate! —murmuré, lo más bajo posible para que nadie me oyera.

—Deja de ser tan patético.

—¡Que te vayas!

Por supuesto, Velkan me oyó.

—Cachorrito, ¿va todo bien? —Entrecerró los ojos con aire curioso.

—Sí, sí.

Me hice el desentendido ante su mirada desconcertada. Oír a alguien hablando solo no debía dar buena impresión.

—Bien, traedla.

Aquello me hizo recordar que tenían presa a Enola desde la noche de mi ataque.

Debían estar esperando su orden porque, minutos después, entraron cinco soldados llevando a Enola con las manos encadenadas a la espalda y tan guapa e inmaculada como si acabara de salir para una fiesta. Yo solo veía el vestido que llevaba el día que me atacó y supuse que la pillaron después de matar a mi familia.

¡Maldita fuera!

Pensé que su padre no estaría contento si la veía ahora.

Me estremecí ante la mirada de puro odio que me dirigió, pero intenté disimular para no darle el gusto de que supiera que le tenía miedo.

Todos los allí presentes comenzaron a gritar a la vez.

—¡Tenéis que soltarla o esto provocará una guerra entre nosotros! —gritó alguien cercano.

El rey no se dio por aludido.

—¡Matadla y eso debilitará a su padre! —gritó otro.

A Velkan le bastó con levantar una mano para que se hiciera el silencio en el salón.

Dejaron a Enola justo en la primera fila para que todo el mundo pudiera verla bien y nosotros no tuviéramos que movernos.

—Bien, como todos sabéis, esta mujer… —Me gustó que el rey ni siquiera la llamara por su nombre. A ella no tanto, ya que su mirada de odio se acrecentó, si eso era posible—, entró en mi palacio, asesinó a cuatro de mis guardias y atacó a mi esclavo personal. No contenta con eso, también mató a toda su familia. —El rey guardó silencio para que sus palabras calaran en todos los presentes. Había un silencio tan profundo que se podía oír el vuelo de un mosquito. Velkan continuó—. Sabéis que ese acto tan cobarde y cruel está penado con la muerte. La Ley Escarlata dice que está prohibido que un vampiro ataque a un humano sin motivo y yo digo que tocar a mi esclavo y amante en mi propia casa es traición y se paga con la pena de muerte.

Todos comenzaron a gritar de nuevo, pero más alto. Como si intentaran hacerse oír ante los gritos de los demás.

—La he mantenido presa porque el castigo debe decidirlo la persona damnificada.

—Pero él no es un vampiro —gritó alguien cercano—. No puede tomar ese tipo de decisiones sobre nosotros.

—Matadla de una vez. Ella y su padre son unos traidores —gritó otro.

—Por favor…, callaos —pidió el rey para poder seguir hablando.

Podía sentir en el aire el nerviosismo de todos los presentes. Era algo casi tangible en el aire y una vibración en los huesos me decía que algo muy malo iba a pasar.

Intenté llamar la atención del rey, pero me pidió que esperara.

—¿No lo notas? —El puñetero fantasma apareció a mi lado con cara de preocupación mientras miraba a los presentes con nerviosismo.

—¿Notar el qué?

Comenzaba a preocuparme que hasta el fantasma lo hubiese notado.

—Algo malo va a pasar. Deberías avisar al rey.

Pero Velkan intentaba calmar los ánimos de nuevo, que se seguían calentando cada vez más. Ahora algunos vampiros discutían acaloradamente entre sus vecinos más cercanos.

Un revuelo en la entrada del salón los hizo callar a todos, que se volvieron hacia allí para ver que un montón de vampiros rodeaban a alguien de un modo protector mientras se abrían paso hasta donde estaba la detenida.

Cuando los vampiros se separaron para que su protegido pudiese hablar con el rey no me sorprendió demasiado de ver a su padre, Goliath, que parecía dispuesto a todo para defender a su hija.

El que faltaba.

CAPÍTULO 34

Se hizo un silencio sepulcral y me sorprendí de la rapidez con la que los soldados del rey formaron filas ante él para que los hombres de Goliath no pudieran acercarse.

Ninguno llevaba armas e imaginé que era porque en realidad no las necesitaban, ya que solo podían matarse entre ellos clavando estacas en su corazón o arrancando cabezas.

Deseé que no empezaran a hacerlo. Mi pobre estómago ya estaba suficientemente alterado esa mañana por todo lo que había sucedido.

—¡Goliath, qué sorpresa! ¡Tú por aquí, cuando has omitido todos los mensajes anteriores que te he estado mandando! —Velkan no parecía sorprendido lo más mínimo.

—Suéltala —exigió, dando un paso adelante.

Todos los soldados lo dieron también dejando claro el mensaje de *ni un paso más.*

—No —exclamó el rey con brusquedad.

—Es mi hija.

Aunque intentaba oír la desesperación en su voz —al fin y al cabo, sabía lo que le iban a hacer a su hija de un momento a otro— no lo oía por ninguna parte. Aunque su odio hacia mí sí que estaba claro en sus ojos cuando me miró.

Estuve a punto de esconderme detrás del rey, pero me contuve. Seguramente los soldados me defenderían en el caso de que alguno de esos hombres intentara hacerme daño, ¿verdad?

—Y, como ya sabrás, atacó a mi asistente personal. Luego a una mujer y su hija, humanas e indefensas, solo por venganza. —Mi corazón sangró de nuevo al oírlo, no quería que fueran una moneda de cambio, pero, para mi desgracia, eso era lo que estaban haciendo con sus muertes. A nadie le importaban, solo las usaban como motivo para amenazar a los demás.

—A nadie les importa unas simples humanas, y te recuerdo que tú rompiste un acuerdo de matrimonio con mi hija. Eso fue lo que la

obligó a hacer esa estupidez.

Estaba claro que su padre estaba dispuesto a lo que fuera para defender a su hija.

—¿Matar a mi familia lo llamas estupidez? —No iba a quedarme callado—. Sois unos monstruos. Tanto tú como ella.

Sentía tanta rabia y tenía tanto dolor acumulado que, si Velkan no me hubiese sujetado, hubiera saltado contra ese pedazo de mierda y le hubiese sacado los ojos con mis propias manos.

—¡Cálmate! —Seguí luchando contra los brazos de hierro del rey —. Lo vas a estropear todo, Exael.

—¡Suéltame, joder!

—Ya basta, ¿me oyes?

—Me prometiste venganza —grité, dejando salir mi dolor. En todo el tiempo que intenté deshacerme del abrazo de hierro del rey pude ver la sonrisa engreída de Enola y eso solo calentaba más la ira que bullía en mi interior.

—Llévatelo de aquí y quédate en su puerta.

Vladimir me cogió y, al ver que no dejaba de manotear y dar patadas para zafarme, me colocó sobre su hombro como un saco de patatas. Para mi consternación, algunos vampiros comenzaron a reírse sin disimulo por la posición tan ridícula.

—Bájame, pedazo de animal.

Ya me imaginaba que el jefe de la guardia pasaría de mis palabras, y así fue hasta que llegamos a mi habitación, donde por fin me soltó.

—¿Por qué coño me habéis sacado de allí?

—Porque no te das cuenta del daño que tus palabras pueden hacerle a Velkan, ¿verdad?

—Me prometió venganza. —intenté erguirme en un intento de parecer digno. Necesitaba que entendiera mi posición y por qué necesitaba quedarme allí y enterarme de lo que iba a ocurrir.

—Exael, estamos en una posición muy difícil al mantener prisionera a la hija de Goliath. —Abrió la puerta de mi habitación y se metió conmigo dentro para poder hablar sin que nos oyeran oídos indiscretos—. Para ser sinceros, estamos a punto de provocar una guerra entre nuestro pueblo. No podemos dar ningún paso en falso

y que nuestro pueblo vea que el rey te favorece sin importar las consecuencias para nosotros, es algo muy arriesgado.

Me quedé pensando en sus palabras, dándome cuenta de la situación tan difícil en la que Velkan se encontraba. ¿Qué haría? ¿Matar a Enola para darme mi ansiada venganza y provocar una posible guerra entre dos bandos vampiros? ¿o negociar con Goliath para evitar la guerra y dejarme sin la venganza que me prometió?

Sin necesidad de que me dijese nada más, sabía cuál iba a ser su decisión.

Yo no era más importante que su reino. Nunca lo había sido y, por supuesto, nunca lo sería. Solo era su esclavo de sangre con la única misión de procurar sustento, así que no debía hacerme ilusiones con una idea que de ninguna manera podía ser llevada a cabo.

—Márchate. —Le di la espalda para que no pudiera ver mi desolación ante el panorama que se presentaba ante mí. El rey nunca me antepondría a nadie. Nunca nadie me elegiría primero. Las personas que de verdad me habían querido estaban muertas—. Vete con el rey por si te necesita, estaré bien.

Decidió respetar mi petición, porque lo oí abrir la puerta para marcharse.

—Estaré aquí mismo. Si me necesitas… solo tienes que llamarme.

Recordé que le rompí la nariz el primer día, sin embargo, no parecía odiarme.

—Puedes irte con el rey.

—Me ha pedido que te proteja y eso es lo que haré.

—Pero tú me odias porque te rompí la nariz —le recordé—. No deberías querer protegerme.

—Es cierto. —Sonrió divertido. Qué raritos eran esos vampiros—. Pero le haces bien al rey. Está… diferente desde que estás aquí, así que si él quiere que te defienda lo haré con mi propia vida.

—Gracias. —Era muy loable lo mucho que todos defendían y querían al rey.

Asintió y salió de la habitación, cerrando con cuidado tras de sí. Yo abrí el balcón para que el viento helado me refrescara el ánimo.

En cualquier otro momento me habría acurrucado en la cama tras echarle más leña a la chimenea para que caldeara bien la habitación, pero en ese momento me ahogaba allí dentro, así que salí y el viento helado que movía las copas de los árboles me revolvió el cabello y apaciguó mi furia.

Mi cabeza era un batiburrillo de ideas inconexas que solo me hacían sentir más confuso por todo lo que estaba pasando.

Nunca me imaginé que ser el esclavo del rey me iba a traer tanta desdicha. Había pensado que viviría una intensa historia de… lo que fuera con el rey y que mi familia podría, por fin, vivir sin estar con el agua al cuello, ahogada por las deudas. Y como mi vida había dado ese inesperado giro, no sabía muy bien dónde ubicarme.

No recordaba que el rey hubiese tenido nunca tantos frentes abiertos. Desde que decidí ser su esclavo había seguido las noticias para empaparme de su vida todo lo que pudiera y nunca había oído que el rey tuviera un enfrentamiento directo con los humanos y casi una guerra interna con uno de los vampiros más poderosos del reino. Ni siquiera podía marcharme porque, según el rey, mi vida estaba en riesgo y no debía salir de palacio. Pero yo estaba tan dolido que no tenía claro lo que deseaba.

¿Marcharme del palacio?

¿Abandonar a Velkan?

¿Para ir adónde?

Me dolía el corazón solo de pensar en separarme de él. Aunque hacía muy poco que nos conocíamos había una fuerte conexión entre nosotros y, si era sincero conmigo, tenía que reconocer que el rey me había salvado la vida dos veces desde que vivía en el palacio.

Oí voces en el pasillo y me preparé para saltar por el balcón si entraba alguien para intentar matarme de nuevo. Era una segunda planta y posiblemente me mataría por el impacto, pero prefería morir así a que me matara un monstruo.

Pero no fue un desconocido el que entró por la puerta, sino Sasha.

CAPÍTULO 35

—¿Qué ha pasado? —Se acercó a mi cama con cara de preocupación.

—No lo tengo demasiado claro. —¿Qué podía decirle?—. Tu hermano me llamó para que asistiera al salón del trono y eligiera la venganza que quería contra Enola por la muerte de mi familia, pero su padre ha llegado con un montón de hombres exigiendo su liberación.

Se puso a pasear nerviosa por el cuarto.

Yo estaba tan inquieto que me levanté para pasear también e intentar relajarme un poco.

—¿Qué crees que pueda pasar? —preguntó ella.

La miré sin tener una respuesta clara.

Que su padre hubiese llegado al palacio con sus soldados ya era motivo de preocupación. Lo que estuviera dispuesto a hacer contra del rey sería traición y no sabía si estaría dispuesto a llevarla a cabo o no.

George cruzó la puerta y casi chocó conmigo, que pasaba justo por allí en ese momento. Tropecé con mis propios pies y a punto estuve de caerme de culo.

—Deja de hacer eso, joder. Me vas a provocar un puñetero infarto.

—¿Es tu fantasma?

Sasha miró a su alrededor con los ojos muy abiertos por si así podía verlo.

—No es *mi* fantasma.

Era indignante que pensara eso. Esa… *cosa* no era nada mío.

—Bueno, eres el único que puede verlo —señaló, como si no me hubiese dado cuenta.

La ignoré y me centré en el fantasma.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo que contarte lo que ha pasado en la reunión. —Se sentó en la cama—. Será mejor que estés sentado para enterarte de esto.

Eso me puso más nervioso todavía.

—¿Tienes noticias de la reunión? —Claro, él estaba allí cuando me obligaron a irme.

—¿Sabe lo que han dicho? —Sasha se sentó en la cama también, esperando ansiosa a que George contara lo que fuera que supiera.

—Goliath ha amenazado con declarar la guerra si el rey no suelta a su hija de inmediato.

Ahí estaba la noticia que yo esperaba. Miedo me daba enterarme de lo que el rey había decidido.

Reproduje las palabras de George para que Sasha pudiera estar enterada.

—¿En serio? —preguntó ella.

No parecía muy contenta con la noticia.

—No será tan tonto para declararle la guerra al rey en su palacio y con todos sus hombres allí —divagué, buscando una solución para que no hubiera una guerra entre los vampiros.

Velkan estaba en el punto de mira tanto de humanos como de su pueblo y no necesitaba una guerra que los dividiera, dadas las circunstancias.

—¿Qué ha dicho el rey? —preguntó mi amiga.

Mis ojos se desplazaron hasta ella, que miraba donde se suponía que estaba sentado George junto a mí en la cama.

Por la manera en la que el fantasma me miraba, supe que había aceptado la oferta.

—En principio se niega a permitir que lo chantajeen en su propio palacio.

«No te rindas, Velkan, mantente fuerte» pensé, deseando que pudiera oír mis palabras de ánimo.

—Muy bien dicho. —La hermana estaba tan feliz que parecía que iba a ponerse a saltar de alegría en cualquier momento.

—Así que Goliath se ha tenido que marchar cuando el rey ha prometido estudiar la situación y darles una respuesta dentro de una semana.

Al oír aquello se me formó tal nudo de preocupación en el estómago que mis tripas se retorcieron de agonía.

¡Una semana para conocer la decisión!

—¿Qué crees que decidirá? —preguntó George con rostro de preocupación.

—No tengo ni idea —reconocí con pesar.

—Tú eres el mayor afectado por las acciones de Enola —me recordó la vampira—, y tienes derecho a tomar una decisión sobre la venganza que quieras. Los vampiros tienen que aceptar tu decisión.

—Sí, buena suerte con eso. La mayoría gritaban que como no era uno de vosotros no podía tomar represalias sobre un vampiro.

—Pero el rey ha decidido que, al ser su esclavo de sangre y su pareja, él tomará la venganza en tu nombre.

Las palabras de George me agobiaron todavía más.

—Mi hermano no dejará que se salga con la suya.

—Sasha, si decide vengarme por ser su esclavo o su amante, solo conseguirá que se declare una guerra entre sus filas.

—Pero dejarla libre les dará luz verde a que cualquier otro vampiro se salte las reglas sin esperar consecuencias. —Ella se removió en la cama, como si de repente ya no fuese cómoda.

George me miró con pesar.

—Eso no es lo peor.

—¿Todavía no acabas con las malas noticias?

Menudo día llevaba.

—Su padre también ha pedido que cumpla no sé cuál promesa y se case con ella para tener un heredero.

—Mierda —soltó Sasha cuando repetí las palabras de George.

—Justo eso —dije yo, con el corazón encogido.

¿Podía ser todo más complicado todavía?

CAPÍTULO 36

Velkan no vino a dormir esa noche.

Cansado de dar vueltas por la habitación, esperando a que llegara y me contara lo que había pasado, decidí meterme en la cama y dormir un poco.

—Ni se te ocurra meterte conmigo en la cama —le dije a George, que miraba mi colchón con ansias.

—¿Sabes desde cuándo no duermo con un hombre?

Su cara de perrito apaleado no me convenció.

—Ni idea, pero no te acostarás conmigo. ¿Dónde dormías antes?

De repente me di cuenta de lo solo que debía estar siempre. Sin poder hablar ni ser visto por nadie.

—Este castillo tiene criptas en el sótano, junto a las mazmorras. —Eso me puso el pelo de punta—. No necesito dormir, pero pasaba mis días vagabundeando por los bajos fondos, ya me entiendes.

—Escucha, siento mucho tu situación —Alcé la mano para cortar lo que iba a decir—, pero no tanto como para dejarte dormir conmigo. Vete a descansar donde lo hagas normalmente y mañana nos vemos.

—Tú lo que haces es esperar al rey para follártelo, a mí no me engañas. Por eso no me quieres aquí —soltó, como si me hubiese leído el pensamiento.

Me sonrojé, pero no lo negué.

—Lo que sea. Pero no quiero que te quedes aquí a dormir.

Me planté frente a él e intenté que no me diera lástima mientras le señalaba la puerta con la mano.

—Qué feo que me eches de aquí y me cambies por el rey.

—Vale, pero lárgate ya. —Y añadí para que no sonara tan frío—: Por favor.

Se marchó, muy digno él, sin mirarme ni de reojo.

Cansado de dar vueltas en la cama, al fin me quedé dormido.

Un cuerpo frío y desnudo se acurrucó junto a mí.

Su olor me llegó con la suficiente potencia como para despertarme y reconocerlo.

—Velkan —gemí mientras él me lamía el cuello y me tocaba la polla.

¿Qué había pasado con la ropa interior con la que dormía?

—Por favor, deja que me quede contigo esta noche.

Gruñí cuando sentí sus colmillos en mi cuello y moví mis caderas para buscar más presión con su mano.

—Te prometo una noche de placer si dejas que me quede contigo.

No necesité que dijera más para que me convenciera. No quería que se fuera. Lo había echado muchísimo de menos.

Me volví y me lancé a sus labios; él me besó con fiereza.

Joder.

Besar al rey era una experiencia religiosa. Me sujetaba la cara con una de sus enormes manos para arrasar mi boca por completo. Toqué la punta de sus colmillos con la lengua y mi polla dio un respingo en su otra mano, que no había dejado de masturbarme ni un segundo. Estaba tan dura que hasta me dolía.

—Mi rey… —gemí y me aparté de su boca para intentar coger aire.

Sus ojos malvas parecían relucir en la oscuridad de mi habitación.

Quería que me mordiera.

Que se alimentara de mí.

Que me hiciera olvidar esa mierda de día con su cariño y todo el placer que fuera capaz de darme.

—Todavía no —susurró antes de bajar por mi cuerpo, lamiéndome a su paso hasta llegar hasta mi polla erecta para metérsela en la boca y lamerla con gula.

—¡Oh, joder!

Di un respingo de la impresión.

Sus manos estaban frías en contraste con el calor inmenso de su boca.

Me pellizcó los pezones y me acarició por todas partes. Sujeté su cabeza para que siguiera ahí, volviéndome loco con su boca y su lengua. Pensé en los años de experiencia que tendría amando a

otros hombres y deseé conocer a alguno de ellos para poder ir y arrancarles la cabeza por haberse atrevido a tocar a mi rey.

¡Mío!

¡Mío!

Era lo que se dibujaba en mi mente en ese momento.

Estaba claro que era un monstruo. El peor de su especie, pero no podía borrar el montón de actos buenos que había tenido conmigo desde que lo había conocido.

Había sido considerado, amable, paciente, cariñoso y atento como solo una persona de sus características podría ser. Y todo eso hacía que lo apretara contra mí para que no se separara nunca. Deseaba cuidar de él. Sabía lo triste y solitario que era el trono y todo lo que exigía de él día a día, y deseaba mantenerlo a salvo y hacerlo feliz.

Cuando me pasó los colmillos a lo largo del pene di un respingo y el vello de todo el cuerpo se me erizó.

—Mi rey… —repetí, e intenté que levantara la cabeza, sin éxito.

—Pronto —murmuró, y volvió a meterse mi erección en la boca.

Si seguía así me iba a correr de inmediato. Gimoteé sin poder controlarme más.

—Voy a…

—Hazlo. —Me soltó para mirarme entre mis piernas abiertas, con mis manos aún sobre su cabello sedoso—. Quiero regalarte este orgasmo en compensación por dejarte solo todo este tiempo.

Cerré los ojos, recordando el placer que sentimos la última vez que se alimentó de mí.

Apenas aguanté unos segundos más y gemí con fuerza cuando eyaculé en su garganta mientras el rey gemía conmigo.

CAPÍTULO 37

VELKAN

No pensaba molestar a Exael ni despertarlo esa noche.

Mi corazón y mi cabeza llevaban todo el día enfrentados sin llegar a un acuerdo sobre lo que era correcto o no.

¿Que Exael se vengara por los actos de Enola? Era lo más justo, aunque todos mis hombres pensaban que no sería correcto que un simple mortal tuviera el poder en sus manos con un acto que llevaría la guerra a mi reino. Y no la guerra con los humanos, con los que hacía mucho que manteníamos un precario acuerdo de paz, sino con mi propio pueblo, ya que matar a Enola nos llevaría a una guerra entre los hombres de Goliath y el montón de hombres que preferirían tener un rey como él en el trono.

Así que cuando decidí que no podía soportar ni un segundo más en una sala donde estaba claro que nunca nos íbamos a poner de acuerdo en lo que íbamos a hacer, si lo justo o lo correcto, me despedí de mis hombres con la intención de intentar descansar un poco hasta atreverme a tomar la mejor decisión para todos.

El olor de mi esclavo de sangre, mi amante, me llegó tan intenso que se me erizó el vello.

Seguíamos sin saber por qué olía así, pero cuando formalizamos nuestra unión y lo marqué para reclamarlo como mío, nos enlazamos de tal manera que nada ni nadie podría romper ese lazo jamás.

Entré en su habitación después de saludar a mis hombres de confianza, que seguían en la puerta, asegurándose de que nada ni nadie pudiera volver a atacarlo.

No sabía qué me iba a encontrar allí. Podía ser que todavía estuviese durmiendo, pero al verlo acurrucado en la cama en posición fetal decidí que esa noche no dormiríamos ninguno de los dos. Ni solos ni acompañados. Podía oír el latir constante de su corazón y mis caninos amenazaron con alargarse solo de pensar en el banquete que me pensaba dar esa noche.

Me desnudé y me metí en la cama, detrás de él. Le quité los calzoncillos, y debía estar tan cansado que ni se inmutó. Mejor así.

Me pegué a su espalda y le cogí la polla caliente para masturbarlo.

Acerqué mi cara a su cuello e inspiré profundamente para llenarme de su olor corporal. Ese olor dulce que hacía que mis colmillos salieran y mi polla despertara hasta dolerme.

Gimió cuando empecé a lamerle el cuello para, después, pasar los colmillos por aquella zona, sabedor de lo que eso provocaba en él.

Su polla dio un respingo y creció en mi mano.

—Velkan… —murmuró medio dormido.

Me dio pavor que pudiera rechazarme de nuevo.

Nadie me había rechazado jamás, y Exael no sabía lo extraordinario que era para mí tener a un hombre que no besara el suelo que pisaba solo por ser el rey. Mi esclavo era el único ser en la tierra que me trataba como a un hombre cualquiera y no se imaginaba lo mucho que eso me gustaba y lo feliz que esa naturalidad me hacía. Era un soplo de aire fresco en mis muchos siglos en la tierra.

—Por favor, deja que me quede contigo esta noche. Te prometo una noche de placer si dejas que me quede contigo.

Se dio la vuelta y me besó con fuerza. Sus labios cálidos y su lengua húmeda en mi boca me volvieron loco.

Le sujeté la cara para devolverle el beso con la misma fiereza con la que él me besaba. Y seguí masturbándolo mientras él gemía en mi boca.

Deseaba follármelo así de entregado. Las ganas de alimentarme de su sangre cálida y dulce eran tan intensas que me nublaban la razón.

—Mi rey… —lloriqueó.

Podía oler su deseo, tan intenso como el mío. Que me llamara así me provocó una intensa ola de ternura. Ese hombre era mi perdición. Desde que había llegado y lo olí por primera vez supe que nunca lo dejaría marchar.

Quería que lo follara y lo marcara, todo a la vez, pero quería disfrutar un poco más de su cuerpo. Quería volverlo loco y colmarlo de placer.

—Todavía no.

Bajé por su cuello y abdominales, lamiendo y besando. Haciendo mío ese olor especiado que despertaba al monstruo que había en mí.

Yo le provocaba eso.

Solo yo lo besaba y lo volvía loco de placer.

Era mi esclavo y mi amante, y mis sentimientos posesivos hacia él me dejaban sin aliento.

Me metí su polla en la boca y la lamí con voracidad. Se agitaba bajo mis manos, que le pellizcaban los pezones y le acariciaban las pelotas mientras lo follaba con la boca.

—Mi rey…

Elevó las caderas y me sujetó la cabeza para bombear en mi boca.

—Pronto —le prometí.

Primero quería que me marcara con su olor. Lo que iba a hacerle luego requería una preparación exhaustiva y que estuviera muy relajado.

—Voy a…

Elevó la cabeza para avisarme, pero lo ignoré.

Quería que terminara en mi boca y dejarlo exhausto de placer para que se olvidara de todo lo que había pasado desde que entró en mi vida.

—Hazlo —lo animé, y seguí lamiéndolo sin parar.

Acabó con un hondo gemido y se vació en mi boca.

Se quedó exhausto cuando los estremecimientos del orgasmo se calmaron.

Levanté la cabeza y lo solté para que viera como me crecían los colmillos.

—Mi rey —susurró con los ojos muy abiertos.

—Esto solo acaba de empezar, cachorrito.

Cogí el bote de lubricante que había en la mesita de noche y él no apartó sus ojos de mí.

CAPÍTULO 38

¡Joder!

Cuando vi que cogía el lubricante me volvió a poner cachondo.

Fuera de la habitación sonaba el viento en la ventana, furioso por no poder entrar. En el castillo no se oía nada. Aunque muchos vampiros preferían la oscuridad de la noche para vivir y no tener que enfrentarse a la implacable luz del sol, el castillo estaba sumamente silencioso.

—Velkan…

Me gustaba cómo sonaba su nombre en mi boca. Era un nombre poderoso para el rey más poderoso del mundo, y en esos momentos era mío.

—Apoya los pies en la cama —me ordenó al mismo tiempo que se echaba gel en las manos para prepararme.

Miraba su polla erecta mientras me preparaba para poder follarme, primero con un dedo.

Gemí, cerré los ojos y sentí mi polla crecer de nuevo.

—Mira cómo estás, cachorrito —me susurró al oído mientras volvía a besarme en la boca. Su lengua danzó con la mía y yo me moví, deseando más fricción y que me follara más.

Sentí más dedos y elevé las caderas mientras sujetaba al rey contra mi cuerpo. Quería lamerlo entero y que todos supieran que era mío. Solo yo lo follaba y solo recibía mis besos.

Esa idea me hizo gruñir.

—Fóllame ya, joder.

—Me gusta cuando te vuelves tan impaciente. —Miró hacia abajo, donde sus dedos seguían poniéndome a mil y sus ojos malvas brillaron de repente de color negro.

Así me gustaba tenerlo, perdido en el monstruo de su interior cuando el placer que le provocaba lo superaba.

Se irguió y se echó gel en el pene. Me quedé embobado mirando cómo se masturbaba con lentitud sin apartar sus ojos de los míos.

—Ahora vamos a follar y luego, si me dejas, voy a alimentarme de ti y voy a provocarte tanto placer que no vas a querer salir nunca de esta cama.

—Sí, por favor, hazlo.

Puso una mano a un lado de mi cabeza mientras con la otra se ayudaba a empalarme con un movimiento de su cadera.

Gemí muy alto.

Velkan no era suave en el sexo. Suponía que el monstruo de su interior tomaba el control mientras follábamos y era el único momento donde el rey no era cuidadoso conmigo.

—¿Exael? —Se quedó muy quieto en mi interior—. ¿Todo bien? —Sus ojos malvas habían vuelto y me miraba con preocupación. Pero podía ver la impaciencia en su bello rostro. Apenas podía mantener el control y yo deseaba que no se contuviera y me follara hasta la mañana.

—Muévete, por favor… Tienes que…

No podía aguantar más.

Al parecer, el rey tampoco, ya que salió despacio y volvió a empujar de golpe, y yo estuve a punto de correrme por la impresión.

No sabía lo que me pasaba con él. Nunca había conectado tanto a nivel sexual con alguien, pero follar con Velkan había pasado a ser una experiencia única.

—Cachorrito, no puedo contenerme más. —Sus colmillos asomaron mientras seguía moviéndose en mi interior.

—No tienes que controlarte.

Lo atraje hacia mí y elevé las caderas, dándole paso para que hiciera conmigo lo que deseara.

El rey gruñó y sus ojos se volvieron negros cuando me abrazó tan fuerte que apenas me dejaba respirar. Entonces comenzó a moverse en mi interior, pero a moverse de verdad y yo… volví a correrme a los pocos minutos y me quedé laxo entre sus brazos, pero sabía que lo mejor aún estaba por venir.

—Aliméntate, mi rey —le pedí—, toma todo lo que necesites.

Me miró con la cara transformada en su verdadera identidad y sus colmillos brillaron en la oscuridad de la noche. En vez de sentir miedo, solo sentí una placentera anticipación al saber lo que me

esperaba. El rey no esperó más. Acercó su cara a mi cuello y dio una profunda aspiración para llenarse de mi olor. Gruñó y luego sentí que sus dientes me traspasaban la piel. Me quedé rígido por el dolor, pero cuando el rey empezó a beber mi sangre se convirtió en un rio de lava caliente. Mi piel se erizó y se sensibilizó a tal extremo que el roce de la piel del rey me producía placer. Las enzimas que me transfirió con su saliva al morderme convirtió mi cuerpo en un sinfín de terminaciones nerviosas que me provocaron otro intenso orgasmo. Mientras el rey seguía bebiendo, yo eyaculaba sin control.

Bebió a largos y profundos sorbos.

Y bebió.

Y bebió

Lo último que sentí antes de dejarme llevar por el sueño fue al rey vaciarse en mi interior mientras me seguía abrazando como si fuese lo mejor de su mundo.

Sabía que yo no era nadie especial para él, pero su manera de abrazarme y cuidarme durante todo este tiempo, me decían cosas muy distintas.

CAPÍTULO 39

Me desperté con la sensación de que me estaban acechando. Tantos ataques en el castillo habían conseguido que me mantuviera siempre alerta. Como si una alarma interna se encendiera para avisarme de que algo no iba bien.

Abrí los ojos de golpe, me senté en la cama y miré a mi alrededor con el corazón desbocado.

¿Había entrado alguien mientras dormíamos?

¿Estaba Velkan en peligro?

¿Había llegado la resistencia?

No supe por qué pensaba en ellos ahora, cuando no habían dado señales de vida desde que hablamos el día de la reunión.

Vi al rey, ya vestido y de pie junto la cama desde donde me contemplaba en silencio.

No entendía qué estaba pasando.

—Mi rey, ¿ocurre algo?

Negó con la cabeza y se sentó en el lateral del colchón.

—Tengo que hablar contigo.

Su tono serio me indicó que no me iba a gustar lo que tenía que decirme. Quería saborear los recuerdos de lo que había ocurrido la noche anterior. Me miré el muslo desnudo, donde vi que también me había mordido durante algún momento de la noche. Me sonrojé al recordar… Bueno, la noche entera había sido un festín de sexo y orgasmos. Todavía no quería romper la burbuja de felicidad.

—¿Tenéis que marcharos ya? —Me estaba empalmando solo con los recuerdos. El rey inclinó la cabeza y lo vi coger aire con intensidad. ¿Me estaba oliendo?—. No hagáis eso —le pedí de mala manera.

Él sonrió, enseñando la punta de sus colmillos.

«¡Ay, joder!»

¿Por qué me ponía tan cachondo cuando veía esos colmillos tan blancos? ¿En qué clase de pervertido me estaba convirtiendo?

—Ya te dije que tu cuerpo reaccionaría ante mí por nuestro vínculo —me recordó, como si me leyera el pensamiento. Fruncí el ceño—. No te estoy leyendo la mente. No funciona así —me recordó, sin perder la sonrisa arrogante de su cara.

—Como sea. Dejad de olfatearme —pedí muy digno.

—Tu olor me complica poder pensar en nada más, cachorrito. Y a tu pregunta de antes: sí, tengo cosas importantes que debatir con mis consejeros, pero antes quería hablar contigo e informarte de algo.

Me lo quedé mirando, intentando averiguar qué pretendía decirme, pero su cara, como siempre, era un libro cerrado. No conocía a nadie con una expresión más estoica que la suya.

—Bien. Tú dirás.

—Ante todo, quiero que sepas que no cambiará nada entre nosotros.

Esas palabras me dieron una idea de lo que pensaba hacer, pero no podía ser cierto, ¿verdad?

Él no me haría eso.

¿Había perdonado a Enola después de lo que me había hecho? Porque presentía que tenía que ver con eso.

—Dime que no es cierto —susurré cuando leí en su cara, ahora sí, el dolor de lo que sabía que había decidido hacer.

—Cachorrito… —Intentó sujetarme la mano y me solté.

Su rostro me mostró el dolor que le producía mi rechazo.

—¡Ni cachorrito ni hostias!

—Me gustaría que antes de que te lances a mi yugular me escucharas.

—¿Has perdonado la vida de Enola? ¿De ese monstruo? —le grité, dejando salir a flote mi mala hostia.

No podía ser que hubiera follado conmigo de esa manera para luego darme semejante puñalada por la espalda.

—Sí, pero…

—No tengo nada más que decir —interrumpí—. Lárgate de aquí.

—Exael… —Empezaba a perder los nervios y me felicité por ser capaz de provocarle dolor a él también.

—Si has hecho eso no quiero volver a verte —le grité con el corazón roto—. Me lo prometiste. Me prometiste que podía tener mi venganza, que me dejarías hacer lo que quisiera con ella.

—Lo sé y lo siento, pero…

Me limpié las lágrimas que me caían por la cara, avergonzado de demostrarle la humillación de perder los nervios ante él.

—Ni peros ni hostias —dije, sin dejarlo hablar—. Esa… mujer mató a mi familia —le recordé entre lágrimas furiosas—. Esa mujer me atacó hasta dejarme echo un guiñapo sanguinolento en el suelo y mató a tus guardias, joder. ¿Y tú vas a perdonarla?

Me miró en silencio. Solo sus ojos mostraban un profundo pesar.

—He tenido que elegir entre tú y mi pueblo, y ha sido lo más difícil que he hecho en la vida…

—Tenías que elegir y has elegido a tu pueblo, lo entiendo. —Me dolía el corazón por haber perdido, porque no me hubiese elegido a mí por encima de todo lo demás. ¿Acaso no sabía que lo había perdido todo al haber ido con él?—. Pero ahora te enfrentarás a las consecuencias.

—¿Me estás amenazando? Recuerda el papel que tienes aquí. Eres un puto esclavo, ¿qué esperabas que hiciera?

Sus palabras me dolieron como si me hubiera golpeado.

—Que hubieses tenido la valentía de contármelo cuando llegaste anoche y no haber estado conmigo como si te importara —le solté furioso—. Y ahora me dices esto. Eres un puto cobarde.

—Exael… —Se pasó las manos por el cabello en un intento de tranquilizarse—, me importas y lo sabes. Pero la corona exige sacrificios y este ha sido quizás el peor de todos.

—Ya, gracias por sacrificarme. Eso dice lo mucho que te importo. ¡Lárgate de mi cuarto! ¡Fuera! ¡No eres bienvenido aquí!

—No lo dices en serio. Ya sabes el papel que tienes en este castillo. Cuando te hayas calmado volveremos a hablar del tema.

—No quiero que vuelvas —le grité cuando salía de la habitación sin mirarme.

CAPÍTULO 40

Llevaba tanto tiempo llorando que incluso me dolía la cabeza. No sabía qué podía hacer. Él había ido a reunirse de nuevo con su consejo, o lo que coño fuera, y recordé que George me dijo que querían que se casara con ella.

«No tiene por qué cambiar nada entre nosotros» me había dicho el rey.

¿Significaba que pensaba casarse con ella?

¿Y yo tenía que quedarme al margen y aceptar lo que quisiera?

¡Y una mierda!

Ya había perdido a todos los que quería. Mi familia murió por culpa de esa mujer y no iba a quedarme de brazos cruzados sin hacer nada.

—¿Ya has dejado de lamentarte?

George asomó la cabeza por la puerta y me dio un tremendo susto. Tanto, que incluso grité.

—¡No hagas eso, joder!

—Quería venir antes —Su cuerpo traspasó la puerta y flotó por delante de mí, sin embargo, no se atrevía a acercarse demasiado—, pero me daba pena oírte llorar como una jovencita indefensa, así que preferí darte espacio.

—No soy una mujercita indefensa —me quejé.

«Será imbécil el tío este».

—Pues llorabas como una de ellas.

—No eres gracioso —bufé.

Ni una pizca, de hecho.

—Ayer te avisé de lo que el consejo quería que hiciera. —Se sentó en la cama junto a mí.

El frío que desprendía me puso los pelos de punta y me aparté un poco.

—Ya —dije abatido—, pero pensaba que no lo haría.

Yo era así de ingenuo.

¿De verdad había pensado que el rey me antepondría a su pueblo? Estaba visto que sí.

Menudo gilipollas.

—El rey se ha pasado toda la noche abrazándote mientras dormías el sueño postcoital.

Me sonrojé de vergüenza al oír esas palabras.

—No digas eso.

—¿Por qué? Es la verdad, ¿no?

—Que me haya abrazado mientras dormía no excusa la puñalada trapera que me ha dado en cuanto ha podido.

—Su pueblo quiere un heredero. Hay muchos que piensan que la especie necesita sangre fresca, de ahí que quieran que el rey se case con Enola. Si lo piensas en frío te darás cuenta de que no puede hacer nada. Tiene un frente abierto con los humanos por los ataques que se estaban produciendo. Y ahora tiene otro frente abierto con su pueblo por el tema de Enola. La guerra con su padre solo la parará si se casa con ella.

—Que haga lo que quiera. —Evité ponerme a llorar de nuevo—. Ya me ha dejado claro lo mucho que le importo. ¿Y desde cuándo te has convertido en su defensor?

—Eres un tonto romántico. —Me empujó con el hombro y sentí el frío de su piel translúcida—. Es un buen hombre que intenta hacer lo mejor que puede con las cartas que le han tocado, que son una mierda las mire por donde las mire.

—¿Puedes tocarme? —pregunté sorprendido.

Me miró unos segundos en silencio, igual de sorprendido que yo.

—Al parecer, sí.

—Bueno… —Ya estaba cansado de lamentarme por mi mala suerte—. ¿Sabes cuál es la habitación de Sasha?

—Claro. ¿Quieres ir allí ahora? —Se levantó y se paseó por la habitación. Me miró con el ceño fruncido—. Esta habitación está impregnada de tu dolor. Si murieras ahora tu pena quedaría en las paredes como una mano de pintura. Por favor, no te mueras todavía.

Parpadeé una vez. Dos. Tres. Estaba perplejo.

—No tengo ninguna intención de morirme. Lo que quiero es salir del castillo.

—Ya, buena suerte con eso. —Señaló la puerta con la cabeza—. El rey ha puesto guardias en tu puerta.

—Pues qué bien. Vamos a ver a Sasha.

—¿Estás seguro?

No entendía dónde estaba el problema.

—Claro, quiero hablar con ella.

—Como quieras.

Cuando salimos de la habitación vi que había un guardia a ambos lados de la puerta y bufé cuando George se encogió de hombros.

—Te lo he dicho.

—Voy a ver a la princesa Sasha —les informé.

—El rey nos ha pedido…

Corté al guardia.

—No voy a escaparme, solo quiero ver a la princesa. No hace falta que me sigáis como si fuese un delincuente.

Estaba cansado de sentirme prisionero en ese castillo, de estar siempre en peligro y que absolutamente nadie estuviera de mi parte.

—Lo acompañaré —dijo un guardia al que no conocía.

—Tú mismo.

La habitación de Sasha estaba en otra ala del castillo.

Tras muchas vueltas y un montón de escaleras, me encontré frente a una inmensa puerta de madera exactamente igual a las demás. No había nada que indicara que ahí dormía la princesa vampira más conocida de toda la historia.

—¿Estás seguro de que quieres entrar?

Fulminé a George con la mirada al darme cuenta de que había estado a punto de contestarle, lo que no daría muy buena impresión al guardia, el cual pensaría que hablaba solo.

Toqué dos veces rápido a la puerta y abrí sin esperar respuesta. Teníamos suficiente confianza como para verla en bata y esas cosas. Pero no para encontrarla sentada sobre las caderas de la persona que menos me podía imaginar.

Joseph.

—¿Qué coño…? —soltó el vampiro mientras intentaba tapar a Sasha con la ropa de cama.

—¿Te estás acostando con tu mejor amigo? —dije sin poder creérmelo.

Luego me tapé los ojos con la mano para no verla desnuda y cabalgando a Joseph, pero era tarde para que esa imagen no se me quedara grabada en la retina.

CAPÍTULO 41

—¿No sabes llamar a la puerta? —se quejó Sasha.

—Date la vuelta, joder —pidió Joseph, apurado.

—Ya, ya… —dije mientras me daba la vuelta y los oía moverse detrás de mí por el roce de la ropa.

Seguía con los ojos cerrados y no pensaba abrirlos nunca más.

No podía ocultar mi sonrisa por haberlos pillado *in fraganti.*

—¿Qué haces aquí, Exael?

Sasha se acercó a mí mientras se abotonaba el pantalón vaquero. Aún estaba sonrojada por el bochorno, si es que los vampiros se sonrojaban o lo que fuera que hicieran.

—Venía a buscar un poco de consuelo. —La pena volvió con toda su fuerza y amenazó con hacerme llorar otra vez.

—¿Qué ha pasado? —Joseph se acercó a nosotros y se colocó al lado de la princesa.

No pude evitar una sonrisita estúpida.

—Conque solo erais amigos, ¿eh?

—Mira que eres inoportuno. —Él estaba adorable con el pelo en todas direcciones y la ropa arrugada.

—¿Por qué lo mantenéis en secreto? —No creía que su hermano se opusiera a que Sasha se relacionara con quien quisiera.

—Porque lo nuestro es imposible —contestó él con pesar—. Nadie nos dará nunca luz verde para que podamos casarnos.

Eso no me lo esperaba.

—Pensaba que tu hermano te permitiría estar con quien quisieras.

—No es tan fácil —reconoció ella—. Ahora, ¿vas a decirnos por qué has estado llorando? —Se quedó un segundo pensando—. Espera…, ¿mi hermano ya ha tomado la decisión y va a casarse con Enola?

—¿Casarse con ella? —Eso no me lo había dicho, bueno, posiblemente porque no lo había dejado—. Solo me ha dicho que la

ha perdonado. Mejor dicho, que ha tenido que tomar esa decisión. Pero… ¿casarse?

Los dos vampiros me miraron con pena.

—¿Por qué pensabas que tenía que perdonarla si no es para casarse con ella?

Intenté llevar aire a mis pulmones, de verdad que sí, pero de repente sentía que se me cerraban y no podía respirar. Lo intenté de nuevo, pero al darme cuenta de que, al parecer, no era capaz de hacer un gesto tan básico, me puse más nervioso todavía.

—Eh, respira… —Sasha se inclinó sobre mí y me sujetó la cara para que la mirara—. Solo tienes que respirar. Todo está bien, no pasa nada.

¿Que no pasaba nada? ¿Que mi amante se casara con una vampira para tener hijos no debía preocuparme? Él era el único motivo por el que no me habían destrozado todavía. Si se casaba con ella, nada impediría que me comieran al menor descuido.

—Nadie te hará daño. —Sasha me obligó a mirarla y sus ojos malvas me trajeron de vuelta al camino de la desesperación donde estaba cayendo.

—Velkan no permitirá que nadie te haga daño —añadió Joseph, intentando ayudarme.

—Va a casarse con otra. —Me dolía el corazón solo de pensarlo —. ¿Cómo evitará que me maten a la mínima oportunidad? No puede estar toda la vida protegiéndome.

—Porque eres importante para él. Ya lo sabes.

Me gustaba que su hermana me recordara que el rey siempre me había protegido, pero algo en mi interior me decía que, si se casaba y la convertía en reina, ni siquiera él podría mantenerme a salvo.

—Solo sé que no puedo quedarme aquí si se casa con ella. Me odia, joder, y ella misma se encargará de arrancarme el corazón y comérselo para desayunar.

—Mira que eres dramático. —La aparición de George me sobresaltó, como siempre.

—¿Y tú de dónde sales?

Pensaba que había venido conmigo, pero ni siquiera me había dado cuenta de que hacía rato que no lo veía.

—¿George está aquí?

Me hacía gracia que Sasha mirara a su alrededor por si tenía la suerte de poder verlo.

—Sí, acaba de llegar.

—No seas tan melodramático y espera para ver qué planes tiene mi hermano con el fin de solucionar el problema.

—Supongo que casarse con otra equivale a romper mi contrato como esclavo de sangre.

—No creo que el rey lo vea así. —Joseph se puso un zapato, quedándose a la pata coja sin problema.

Luego lo hizo con el otro.

Yo pensé que me quedaría sin dientes si lo intentaba unos segundos siquiera.

Que Joseph no se extrañara de que viera a un fantasma me decía que Sasha ya le había informado de ese detalle, lo cual significaba que se lo contaban todo.

—No me importa cómo lo vea él, sino cómo lo veo yo. Y ya te digo que me quiero marchar cuanto antes.

Miré enfurruñado a los tres seres que tenía delante. Me molestaba que ninguno viera el problema del mismo modo que yo.

—Exael… —Sasha me obligó a sentarme en la cama junto a ella, quizás temiendo que decidiera escapar en ese mismo instante y quisiera mantenerme cerca de ella—. No tienes dónde ir, tampoco nadie que te espere fuera de este lugar. Créeme si te digo que aquí te apreciamos de verdad.

—Por mucho que me apreciéis, no podéis garantizar mi seguridad.

Me levanté para marcharme mientras me observaban sin decir nada, quizás evaluando mis últimas palabras para darse cuenta de que no exageraba.

—¿A dónde vas ahora?

Miré a Sasha antes de abrir la puerta para salir.

—Necesito salir del castillo y dar una vuelta antes de volverme loco aquí dentro.

—Si me das unos minutos te acompaño. —Miró a Joseph, que también se iba—. ¿Te veo luego?

—Claro. —El vampiro me miró—. No vayas a la sala del trono donde Velkan está reunido.

No pensaba hacerlo.

—No te preocupes. Es el último lugar donde pensaba ir.

Salí del dormitorio antes de que intentaran acompañarme. Necesitaba estar solo y pensar en lo que podía hacer ahora. Me extrañó no tener a los guardias en la puerta, así que me di prisa en bajar el montón de escaleras que había subido antes y, para mi consternación, supe que me había perdido cuando entré en la cocina.

Un humano que estaba ocupado fregando un montón de platos me miró igual de asombrado que yo a él.

—Perdón, creo que me he perdido.

—Me alegro de verlo solo, señor. Ahora podemos hablar sin que nadie nos oiga.

—¿Perdón? —No conocía a ese tipo de nada, así que di por hecho que se estaba confundiendo de persona—. ¿Nos conocemos?

Se acercó más a mí para asegurarse de que nadie nos oía.

—Tenemos que hablar sobre cómo matar al rey.

Me lo quedé mirando y me di cuenta de que ese era, al parecer, el infiltrado de la resistencia que tenía que hablar conmigo sobre el asesinato del monarca.

Más problemas.

¿Por qué atraía tantos problemas por dondequiera que iba?

CAPÍTULO 42

Miré a varios lados para asegurarme de que no había nadie cerca. Un terror tan intenso que me cortó el aliento, me subió por la espalda como si un depredador me acariciara con las uñas.

—¿De qué estás hablando?

¿Era posible que lo hubiese entendido mal?

¿De verdad era de la resistencia?

Ya esperaba que se hubiesen olvidado de mí después de tanto tiempo. ¿Cuánto hacía? ¿Un mes desde que hablaron conmigo por primera vez? ¿Dos meses a lo sumo? Me habían pasado tantas cosas desde que entré en ese lugar, que parecía que había pasado toda una vida.

—Soy Reid, y estoy aquí para ayudarte. —Me habló en voz tan baja que apenas lo oía, pero me aterrorizaba que los vampiros con su oído paranormal nos pudiesen oír desde cualquier otra habitación.

Si nos oían estábamos muertos.

—¿Ayudarme?

¿De verdad pensaba ayudarme a matar al rey?

Algo se encogió en mi interior al pensar en matarlo. Estaba decepcionado y dolido, incluso enfadado, pero ni así deseaba matar a mi amante… A mi rey.

¿Desde cuándo estaba enamorado de él? Ir a ese castillo y conocerlo no me había dado más que disgustos. Pero no podía olvidarme de lo que me hacía sentir cuando lo veía, o con tan solo recordarlo. Aunque quería culparlo por la muerte de mi familia no era justo, ya que no había hecho más que defenderme ante todos una y otra vez.

—No he podido ponerme en contacto antes y me ha sido imposible acercarme a tu habitación. El rey te tiene más protegido que a su propia hermana. Mierda de monstruos posesivos.

Me dolió que dijera eso.

—No hables así de él.

Me acerqué al chico, que no parecía ser mucho mayor que yo, pero era fuerte y supe que me haría pedazos si me enfrentaba a él. Incluso así…, no quería formar parte de eso. Aunque tuviese el corazón roto, no sería capaz de matar al rey.

—Vaya, vaya…—Me miró con desprecio—. Actuaremos contra el rey tanto si nos ayudas como si no. Pero tú tienes una posición privilegiada. A ti te será mucho más fácil matarlo cuando duerma.

Estaba mal. Todo eso estaba mal.

—Hay que hacer algo antes de que se case con esa bruja. —En ese apelativo estaba de acuerdo. Enola era un monstruo de lo peor y sabía que si no hacíamos algo, los vampiros se harían mucho más fuertes—. Ahora sus fuerzas están divididas y puede ser más fácil acabar con ellos.

—Lo sé. —Pero me daba nauseas solo de pensar que fuera yo el que le haría daño.

—Toma —Rebuscó en la enorme despensa que había en un rincón y salió con una… ¿Eso era una estaca de plata? ¿En serio se mataba a los vampiros con eso?—. Escóndela en la ropa.

Me la entregó y me la quedé mirando como el idiota que era. Estaba fría al tacto y era igual de larga que mi antebrazo. La plata relucía de lo nueva que era, por lo que supuse que nunca la habían usado.

—¿Esto funcionará?

No lo tenía tan claro. Sabía que morían al cortarles la cabeza, pero eso sí que estaba fuera de mi alcance y del de todos los humanos. Nunca podríamos acabar con el rey de ese modo. Me dieron escalofríos al pensar que Velkan podría despertar cuando intentara matarlo.

¿Qué me haría? ¿Un escarmiento público por traición?

No sabía por qué me dolía tanto pensar que supiera que estaba conspirando contra él para matarlo.

—Guárdatela antes de que entre alguien —siseó preocupado, mirando a todos lados. Me la metí bajo la camisa con tanta prisa que me arañé la barriga con ella. Como entrara un vampiro ahora, estábamos muertos. Ni siquiera me preguntarían antes de acabar conmigo.

—¿No pueden olerla o algo?

—Lárgate de aquí y escóndela en tu habitación antes de que alguien te pille con ella. Esperaré a que una de estas noches me pidas una bebida caliente para el rey —dijo, empujándome prácticamente hacia la puerta—. Esa será nuestra señal.

—¿Una bebida de noche? —pregunté sin poder ordenar mis pensamientos. Estaban hechos un batiburrillo desordenado y no era capaz de hilar dos ideas seguidas.

—Estaré todas las noches de guardia aquí en la cocina. Cuando decidas hacerlo le pondré una droga en la bebida para que se duerma y tú puedas clavarle la estaca en el corazón.

¡Madre mía!

Subí a mi habitación casi corriendo, rogando no encontrarme con nadie por el camino. ¿La olerían los guardias al pasar a su lado? ¿Por qué estaba metido en este problema sin querer?

¡Yo no quería matar al rey!

No sabía en qué se convertiría mi vida después de que el rey se casara con Enola.

Recordé las palabras inevitablemente: «nada cambiará entre nosotros». Me pregunté si pensaba mantenerme como su amante y si su hermosa esposa lo permitiría con el odio que nos teníamos.

Algo me decía que, si me chivaba al rey de lo que tramaba la resistencia, ellos encontrarían la manera de acabar conmigo. No se mantendrían de brazos cruzados si yo decidía irme de la lengua, así que ahora tenía otro problema añadido: el de tener a la resistencia respirando en mi cogote para comprobar si estaba de su parte o no.

¿Cómo me había metido en ese lío sin querer?

Agradecí que los guardias no estuvieran delante de la puerta de mi dormitorio cuando subí las escaleras corriendo, sacando los pulmones por la boca.

«Tengo que hacer más ejercicio físico».

Entré en la habitación y parpadeé confundido al ver a George sentado tranquilamente en mi cama. Solo, gracias al cielo.

—¿Qué coño haces aquí?

Por su manera de mirarme, supe que sabía lo que guardaba en la ropa.

—¿De verdad vas a hacerlo? —Su tono parecía más de sorprendido que de culpable.

¿Qué le pasaba? ¿Que no me creía capaz de hacer algo de esa magnitud?

—¿Hacer el qué? —Me hice el tonto—. No sé de qué me hablas.

—De la estaca que guardas bajo la camisa —dijo como si tal cosa.

Por lo visto era mucho más fácil de leer de lo que pensaba.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Me estresé de repente—. ¿Tanto se me nota?

Se rio, el muy idiota.

—Podría presumir de tener una visión especial, pero resulta que te he seguido hasta la cocina y me he enterado de tu pequeño secreto. —Señaló lo que escondía bajo la ropa.

Si alguien se enteraba…

—Por favor, no digas nada —le supliqué.

Estaba tan asustado que me habría puesto de rodillas si así conseguía que se mantuviera en silencio.

—¿A quién se lo voy a decir? —dijo divertido—. Te recuerdo que nadie, excepto tú, puede verme. —Luego frunció el ceño—. Me ofende que pienses que te podría traicionar.

—¿Y eso por qué?

Apenas nos conocíamos y no teníamos una relación lo que se dice cercana.

—Porque eres mi único amigo en el palacio. Yo nunca traicionaría a un amigo.

Me desinflé como un globo por la ola de sentimientos y gratitud que me asaltó en ese momento.

—Si pudiera abrazarte ahora mismo lo haría —le solté de sopetón.

Tenía que reconocer que era el único amigo que tenía en el palacio, o al menos el único al que se lo podía contar todo.

Que no pudiera chivarse también influía en que le contara lo que los vampiros me hacían sentir.

Sasha también se empeñaba en ser mi amiga, pero ella era la hermana del rey y una de ellos, así que tampoco podía contárselo

todo.

Por más que me pesara, en ese castillo estaba solo.

CAPÍTULO 43

No quise buscar a Sasha por temor a que fuesen capaz de leerme la mente, aunque me había dicho en incontables ocasiones que no era posible, pero estaba tan asustado y me sentía tan culpable de tener la estaca guardada en mi guardarropa, que seguro que me lo leían en la cara o algo.

No dejaba de decirme que era una muy mala idea haberme dejado arrastrar por Reid y coger la mierda de estaca que parecía que me ponía un cartel luminoso en la frente con la palabra *culpable*.

—¿De verdad vas a hacerlo?

Ese fantasma no tenía nada mejor que hacer durante todo el día, solo amargarme y ponerme más nervioso de lo que ya estaba.

—No haré nada. —¿Verdad?—. Bueno, no lo sé… ¡Claro que no! ¿Por quién me tomas?

—Veo que lo tienes muy claro. —Sonrió divertido.

Era extraño mirarlo, porque podía ver a través de su cuerpo semitransparente.

Me senté a su lado.

—Oye, dijiste que seguías aquí porque no encontraron tu cuerpo —recordé. Se giró hacia mí para mirarme a la cara e intentar averiguar algo—. ¿No?

Entrecerró los ojos con desconfianza.

—No, yo lo que buscaba era que se hiciera justicia con mi asesino, y eso ya es imposible. ¿Adónde quieres llegar?

—Estaba dispuesto a ayudarte para buscar tu cuerpo y que así, quizás, puedas cruzar al más allá… o lo que sea que pase después de morir.

—Estoy enterrado en el cementerio del pueblo. Pero que quieras ayudarme a cruzar al más allá es todo un detalle.

Se me quedó mirando, estudiándome en silencio. No me gustaba que me miraran así, sin decir nada. Mi lado inseguro salía a pasear.

—Entonces, si ya no puedes vengarte, ¿por qué sigues aquí?

—No lo sé. —Se sentó en la cama, como hacía siempre—. Cuando morí estaba muy furioso porque nadie acusaba al culpable de mi asesinato, pero cuando todos murieron y me quedé solo me di cuenta de que, al parecer, mi tiempo para cruzar al otro lado había pasado, y ya me he acostumbrado a estar en este castillo, vagando de un lado al otro. Tú eres el único con el que hablo desde hace años. El único amigo que tengo.

Me lo quedé mirando con cara de circunstancia, porque su historia me daba mucha pena. ¿Llevaba años vagando solo sin poder hablar con nadie?

—Siento mucho lo que te ha pasado. Si pudiera hacer algo para ayudarte… —Aunque no tenía ni idea de qué hacer, se me ocurrió una cosa de repente—. Oye, quizás sí podamos saber quién te envenenó.

Me miró sin saber de qué estaba hablando.

—¿Después de tantos años?

—El rey tiene una biblioteca gigantesca donde es posible que en algún libro de historia se hable de la muerte del amante del rey.

Estaba tan emocionado que a punto estuve de salir corriendo para irme a la biblioteca y ayudarlo a encontrar información sobre su asesino.

—¿Harías eso por mí? —Parecía más sorprendido por mi ofrecimiento que otra cosa.

—Claro. Somos amigos, ¿recuerdas? Haré lo que haga falta por ti. De todos modos, no tengo nada mejor que hacer en este puto castillo.

Anda que lo había arreglado.

—Gracias, ¿eh? Muy amable por tu parte. Se agradece que… —Se calló y miró a la puerta de mi dormitorio—. Tengo que irme.

Desapareció de repente, dejándome perplejo. ¿Qué acababa de pasar?

Dieron unos discretos golpes en la puerta y el rey entró segundos después. Solo.

Me lo quedé mirando, a punto de que se me cayera la baba. Llevaba un traje gris de tres piezas que se ajustaba a su cuerpo esbelto como una segunda piel. Se me hizo la boca agua. Llevaba el

cuello de la camisa blanca desabrochado y se había quitado la corbata. Sus ojos malvas me observaron curiosos.

—¿Con quién hablabas?

Miró por la habitación, esperando encontrarse con quien pensaba que hablaba cuando entró.

—No me creerías si te lo cuento —se me escapó en voz alta.

Eso lo intrigó aún más.

—Viniendo de ti, te garantizo que, a estas alturas, nada de lo que me cuentes me puede sorprender.

No sabía si ofenderme. Pero luego vi la forma en que me miraba. No se estaba burlando, había un cariño en sus ojos que quizás sus palabras nunca pronunciarían, así que decidí ser sincero con él.

—¿Qué sabes del amante del último rey rumano?

Parpadeó confundido y entonces sí me miró como si me hubiese crecido una segunda cabeza. Me regodeé en la sensación de haberlo podido dejar sin palabras.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. ¿Qué sabes de él?

—¿Qué tiene que ver George Popescu, amante del rey Carlos I de Rumanía, contigo? —Nos señaló a ambos—. O con nosotros.

—¿Sabías que su fantasma está en este castillo?

Seguía mirándome como si fuese un animal peligroso. No podía negar lo mucho que me divertía la situación.

—Eso dicen… Pero…

—Pues puedo verlo y hablar con él. Por eso antes me has oído hablar con alguien en la habitación. —Me estudió sin decir nada por un largo rato y empecé a ponerme cada vez más nervioso—. Di algo, joder.

—¿Sabes lo que significa eso? —Al parecer ya había llegado a la misma conclusión que el propio George sobre lo que significaba poder ver a los fantasmas.

—Sí, que en algún momento de mi vida he estado cerca de la muerte. Eso mismo me ha dicho él.

—Eso explica también el olor de tu sangre.

—Sí, eso me ha dicho tu hermana también.

Levantó la cabeza y me miró con frialdad.

—¿Se lo has contado a mi hermana?

—Se lo he contado… —Decidí ir con cuidado, ya que no sabía a qué se debía su cambio de actitud— porque también me pilló hablando solo. —No era exactamente así, pero bueno, serviría—. Y ella me dio la misma explicación que tú sobre mi sangre.

—Bueno, ¿y cómo es?

Se sentó en mi cama y la golpeó con la mano a su lado para que me sentara. Que no pusiera en duda mis palabras me alagaba. No sabía lo que haría si tampoco me creía cuando le contaba cosas.

—Es joven, impetuoso, narcisista… y se aburre mucho, por lo que no deja de incordiar continuamente.

—Al parecer solo puedes verlo tú, ¿no?

—Eso parece. —Decidí preguntarle algo—. Por cierto, ¿me dejarías investigar en tu biblioteca para ver si hay alguna información sobre él? —Y añadí, algo avergonzado—. Le he dicho que lo ayudaría.

—Claro. Puedes hacer lo que quieras, ya lo sabes.

Nos quedamos mirando uno al lado del otro. Él recorrió mi cara con sus ojos malvas, deteniéndose en cada detalle.

—¿Qué? —le solté, sin poderme quedar callado.

—Tengo cosas que contarte. —Intenté levantarme, presintiendo de lo que quería hablarme—. No, por favor, Exael, déjame decirte algo.

—No quiero…

—Por favor. Es importante que lo sepas.

Me senté de nuevo. Sabiendo que lo que me fuera a decir no me iba a gustar.

CAPÍTULO 44
VELKAN

Ser rey traía consigo un montón de decisiones con las que ni siquiera tenía que estar de acuerdo, pero que había de tomar por el bien de todos.

Llevábamos siglos manteniendo un acuerdo con los humanos que apenas se sostenía, porque algún grupo de vampiros estaban decididos a dinamitarlo todo y que reinara la anarquía. Eso significaba que los vampiros cazarían a los humanos con total inmunidad y que los humanos intentarían acabar con nosotros, cazándonos como animales.

Y no lo podía permitir.

Goliath, era uno de los que quería dinamitar La ley Escarlata con el único fin de hacer temblar mi reinado. Y por eso se estaba valiendo de su hija para ponerme contra las cuerdas. Que atacara a Exael era motivo más que suficiente para condenarla a muerte. Nadie me arrebatará lo que es mío, porque mataría con mis propias manos al que se dignase a tocarlo. Y Exael era la única persona que me había devuelto las ganas de vivir.

Tras siglos viviendo sin una ilusión más que la de mantener a mi pueblo a salvo, desde que llegó este humano bocazas y patoso no había podido dejar de pensar en él.

En su olor.

En su inocencia.

En su valor.

En el cariño que desbordaba hacia todos y en lo extraño que era eso en un mundo lleno de oscuridad, donde nadie se preocupaba por nada más que por sí mismo.

No sé cómo había podido pasar, pero Exael era mucho más que mi esclavo de sangre. Y por ese motivo llevaba todos esos días discutiendo con mi consejo sobre lo que debía hacer por el bien común.

Después de que me explicara que podía ver al fantasma del castillo entendí muchas cosas sobre él. Porque su sangre era un faro en la oscuridad de mi gente, y ahora, mucho más que nunca, debía encargarme de su bienestar.

—He accedido a poner en libertad a Enola.

Vi el dolor en sus ojos cuando oyó mis palabras, pero no había podido conseguir ningún acuerdo mejor que ese.

—Me prometiste…

—Lo sé. —Me giré hacia él y le tomé las manos, entre otras cosas para evitar que pudiera marcharse sin terminar de oír todo lo que había conseguido—. Pero si no lo hacía entraríamos en guerra con su padre y no puedo permitírmelo ahora mismo. Hay un grupo de la resistencia que está empezando a matar vampiros y hay vampiros que se están tomando la justicia por su mano, matando a los humanos. Ya oíste al vampiro que cazamos en Rumanía. —Estuvo a punto de decirme algo, pero al final se cayó y esperó a que continuara—. Sé que te lo prometí, Exael, y esperaba poder cumplir con su castigo, pero, muy a mi pesar, es lo mejor que he podido conseguir.

—¿Te vas a casar con ella?

Estaba visto que las noticias corrían por mi castillo igual de rápido que por cualquier otro lugar.

—Esa era la otra condición que había puesto Goliath para evitar una guerra, pero no estoy dispuesto a renunciar a ti.

Me miró confundido, con los ojos llenos de dudas y me llevé su mano a mi boca para besarle los dedos, uno por uno.

—¿Qué has hecho?

—He hecho ver al consejo de vampiros que casarme con la hija de Goliath es entregarle el reino en bandeja, y todos saben lo que ocurriría entonces.

—¿Y?

Sus ojos me miraban con tanto anhelo que le hubiese prometido lo que fuera en ese momento para que siempre me mirara de ese modo.

—No renunciaré a ti, cachorrito. No voy a casarme con esa arpía por un sinfín de motivos, pero el más importante de todos es que

nunca le perdonaré el dolor que te ha causado.

—¿Y si tu pueblo te pide que te cases con ella para asentar tu reinado?

—Pues, entonces, posiblemente deje mi reinado en manos de mi hermana, que se casará cuando y con quien ella elija.

—¿Qué? —Me miró horrorizado. Era tan fácil leer las expresiones en él como en un libro abierto—. No puedes hacer eso.

Me reí por su exagerada indignación.

—Cachorrito, soy el rey y puedo hacer lo que quiera. Algo me dice que mi hermana puede solucionar todos los problemas de los que yo no soy capaz.

—Pero adoras tu reino, no puedes hacer eso... Bueno, sí puedes, pero no podrás vivir contigo mismo si renuncias.

—Escucha, te lo confieso aquí y ahora. —Se puso muy serio para escucharme. Era adorable, joder. ¿Dónde había estado durante todos esos años?—. El trono implica un gran desgaste personal. Llevo más de trescientos años tomando decisiones por mi reino, dejando mis preferencias y mis gustos al margen. Nunca, jamás, he tenido un solo capricho que me haya hecho feliz.

—¿Nunca?

Le volví a besar los dedos.

—Nunca. Hasta que llegaste tú.

Parpadeó sorprendido por mis palabras y vi cómo sus ojos se empezaban a poner vidriosos. Se estaba emocionando y eso hizo que algo se derritiera en mi negro corazón.

—Yo soy un desastre —confesó en voz baja, avergonzado de sí mismo.

Eso me hizo adorarlo todavía más.

—Tú eres un ser humano maravilloso y jamás renunciaré a ti. —Le apreté las manos para obligarlo a prestarme atención—. ¿Me has oído?

—Sí. —Hacía un enorme esfuerzo para que las lágrimas no escaparan de sus ojos, pero, por lo poco que lo conocía, eran tan pasional que parecía ser una guerra perdida para él.

—Si me aceptas, quiero pedirte que te cases conmigo.

Vi cómo sus lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, y hubiera llorado con él de haber sido capaz de producir lágrimas.

Los vampiros no llorábamos.

CAPÍTULO 45

Yo nunca me quedaba sin palabras. Cuanto más nervioso me ponía más hablaba, y por eso metía la pata tan a menudo, porque a veces mi boca decía cosas que mi cerebro no había tenido tiempo de procesar.

Ante las palabras del rey y su inesperada petición de matrimonio, no podía más que mirarlo sin dejar de llorar.

¿Podía ser más patético?

Ni en sueños podría haber presentido lo que se me acababa de venir encima.

¿Casarme con el rey vampiro?

¿En serio me acababa de pedir matrimonio?

«¡Dile algo, melón, y deja de llorar como una triste damisela!»

—¿Es en serio?

Velkan rompió a reír mientras me limpiaba las lágrimas de las mejillas con suavidad.

—Sí, cachorrito, te lo estoy preguntando en serio.

Parpadeé a ver si así conseguía dejar de llorar, pero qué va. Era como si se hubiese abierto una compuerta en mi interior que dejaba salir todo el miedo y la pena que había pasado desde que entré en el castillo.

—No tengo claro que todas estas lágrimas sean de alegría. —El rey me miraba con la duda en sus ojos malvas. Esos tan alucinantes que tenía y que tanto me gustaban—. ¿No vas a contestarme?

—¿Qué quieres que te diga?

Apenas podía respirar por el aluvión de lágrimas y de sentimientos encontrados que intentaba asumir.

—Bueno, esperaba que me dijeras que sí te querías casar conmigo. —Intentaba darle un toque divertido al comentario, pero se veía que no estaba seguro de lo que me estaba pasando en ese momento—. Pero también entiendo que no quieras con todo lo que te ha sucedido por mi culpa.

Le tomé la mano para que no se alejara, porque nada había sido culpa suya. Después de todo lo que me había confesado minutos antes, ahora entendía muchas de las decisiones del rey. No siempre había acertado con ellas, por ejemplo, el suceso con mi familia, pero siempre me había defendido y antepuesto mi bienestar y mi seguridad a todo lo demás.

—Nada de lo que ha pasado ha sido culpa tuya. —Le sonreí entre lágrimas para intentar reconfortarlo. No se merecía que dudara de él. Allí, en mi habitación, después de todo lo que había pasado desde que nos conocimos, me planteé si de verdad era capaz de casarme con él. Incluso me habían encomendado la misión de matarlo, aunque nunca lo había tenido claro. Qué coño, nunca había querido hacerlo, porque debía reconocer que estaba enamorado de él y no me avergonzaba reconocerlo—. Y si a lo de casarnos lo dices en serio, entonces… Sí, me casaré contigo.

—¡Sí! —gritó.

Me abrazó con tanta fuerza que pensé que me rompería las costillas.

Así, pegado a él, sintiendo todos los músculos que ocultaba bajo la camisa y oliendo su olor corporal, mi cuerpo traicionero despertó ante su cercanía y sujeté su cara para mirarlo unos segundos.

—Espero que no nos tengamos que arrepentir de esto.

Sonrió dejando ver el pico de sus colmillos y eso me puso vergonzosamente cachondo. Las aletas de su nariz se ensancharon y sus ojos malvas brillaron un segundo. Sabía que me estaba oliendo.

—Deja de hacer eso.

Intenté separarme, avergonzado por reaccionar así a su cercanía. Me sujetó más fuerte y acercó su cara a la mía, tan cerca que casi podíamos besarnos.

—Nunca te arrepentirás de haberte casado conmigo —susurró, mirándome la boca con deseo—. Y nunca me cansaré de oler el deseo que despierto en ti, cachorrito.

—Dime que no tienes nada que hacer el resto de la noche —le susurré yo también—, porque no volverás a salir de la habitación en mucho tiempo.

—No pensaba ir a ningún sitio.

Lo besé con todas mis fuerzas. Trepé por la cama para poder tumbarme encima de él mientras seguía besándolo con pasión. El rey correspondía con la misma fiereza y me gruñó en la boca cuando uní nuestras caderas para que notara lo excitado que me tenía.

—Quiero que me folles durante horas. —Le mordisqueé los labios con lujuria.

—Oh, ya te digo que te voy a follar durante el resto de tu vida.

Me dio la vuelta en la cama sin ningún tipo de esfuerzo. Ser un vampiro ancestral y poderoso le otorgaba una fuerza muy por encima de la mía. De repente estaba sobre él y al siguiente parpadeo lo tenía sobre mí, arañándome el cuello con los colmillos para ponerme más cachondo todavía.

—Espero que no seas demasiado mayor para seguirme el ritmo— jadeé.

Intentaba hacer una broma, pero Velkan gruñó con furia y se deshizo de mi ropa con tanta brusquedad que la camisa terminó en el suelo hecha harapos mientras me bajaba los pantalones con dos tirones impacientes.

—Ya me encargaré de enseñarte mi propio ritmo.

Me quedé sin aliento ante su brusquedad. No le tenía miedo al rey y había conocido muchos de sus estados de ánimo, pero este era, sin lugar a duda, el que más cachondo me ponía de todos.

Su lado más animal era impaciente e impulsivo. Dejaba a la vista al hombre y al vampiro y escondía las maneras del rey mucho más cuidadosas y previsibles.

—Así es como me gusta tenerte —le confesé mientras él bajaba por mi vientre, lamiendo y mordisqueando la piel bajo su boca. Mi polla palpitó de impaciencia.

—Y así es como me tendrás siempre. —Levantó la cabeza para mirarme a los ojos—. Solo avísame si en algún momento se pone demasiado intenso para ti. No quiero hacerte ningún daño.

—Sé que no me harás daño.

Estaba segurísimo de eso. Si estaba a salvo en ese castillo era, sin lugar a dudas, al lado del rey.

CAPÍTULO 46

Velkan me quitó los calzoncillos, bajándolos por las piernas con impaciencia. Luego me folló con la boca, haciéndome gemir y removerme por la oleada de placer que me asaltó de repente.

—Mi rey…

Gruñó en respuesta y supe que le gustaba que lo llamara así.

«Mi rey».

«Mi esposo».

Me estremecía cada vez que recordaba lo que me acababa de pedir y lo que yo acababa de aceptar. Algo me decía que nada volvería a ser lo mismo después de eso.

Velkan me metía tan adentro de su boca que me hacía rechinar los dientes de la impresión. Cuando intenté removerme de nuevo, me sujetó con una mano en el abdomen para evitarlo y, aunque no ejerciera presión alguna, me era imposible moverme.

Lloriqueé cuando las sensaciones que sentía comenzaban a ser demasiado fuertes, pero no se detuvo ni demostró piedad alguna. Pensé que si ese era el ritmo que pensaba poner a nuestros encuentros sexuales, me iba a pasar mucho tiempo disfrutando de mi marido… Mi rey.

—Velkan… —¿Qué iba a decirle?

—Estoy ocupado —murmuró, sacándome de su boca unos segundos para, acto seguido, volver a lamerme desde la base a la punta en una lenta y larga caricia.

—Pero voy…

—Lo sé.

Me dejé llevar por el placer. Con él mi piel se sensibilizaba de tal manera que cada caricia y cada roce me hacían estremecer de placer. No tenía dudas de que era un amante entregado y generoso. Y saber que llevaba siglos disfrutando del sexo con otros hombres me hacía perder la cabeza.

—Vamos, mi precioso consorte, córrete para mí.

No pude evitarlo.

Mi cuerpo se tensó para liberarse en su boca con largos estremecimientos de placer que me hicieron perder el mundo de vista para centrarme en la gloriosa ola que me asoló por entero. Cuando dejé de estremecerme, estaba acurrucado en los brazos del rey, que me abrazaba sin apartar sus ojos malvas de mi cara.

—Me encantan tus gemidos cuando eyaculas.

¡Oh, joder!

Intenté esconder mi rostro ruborizado, pero él me lo impidió sujetándome la cara para que lo mirara.

—No debes esconderte de mí, Exael. Tus sentimientos humanos, esos de los que te avergüenzas tan a menudo, son los que te hacen ser tan preciado para mí.

Nunca había oído al rey decir cosas dulces ni halagos a nadie, así que me desconcertaba por completo.

—Tienes una facilidad pasmosa para sacarme los colores —reconocí.

Porque sí, porque, como me acababa de decir, le gustaba los sentimientos que era capaz de provocarme.

—Lo sé. —Puso una sonrisa traviesa en sus labios y luego me dio un largo beso en la boca—. ¿Estás bien?

Asentí, porque todavía no era capaz de enlazar muchos pensamientos coherentes tras el intenso orgasmo.

—Bien.

Se estiró en la cama para coger el bote de lubricante del cajón de la mesita y me estremecí cuando lo dejó a su lado antes de mirarme, ahora con ojos de depredador. Con esa mirada que me daba a entender lo mucho que íbamos a disfrutar.

—¿Vas a alimentarte de mí?

Eso me ponía mucho más cachondo todavía. Los ojos del rey se velaron un segundo por la duda.

—¿Quieres que me alimente hoy también?

Se sentó frente a mí y me obligué a erguirme para no mirarlo tumbado en la cama. La pregunta parecía ser mucho más importante de lo que en apariencia podía parecer.

—Quiero que hagas lo que desees hacer conmigo.

La contestación le debió gustar, porque gruñó desde el fondo de su garganta y me había dado cuenta de que esos ruiditos tan sexis los hacía el vampiro que había bajo la superficie cuando algo le gustaba.

—Debemos tener cuidado con eso. —Se acercó más a mí y me acarició la mejilla con suavidad. Tenía los dedos largos y delgados, las uñas cortas y cuidadas, y eran tan sexis como el resto de su persona—. Debes estar en plena forma y alimentarte muy bien antes de ofrecerme tu sangre todos los días. No me perdonaría que te sucediese algo por mi culpa.

—Tú no me harías daño.

—Intencionadamente no, pero el vampiro que hay en mí no siempre es lo cuidadoso que me gustaría.

—No me importa —objeté, para que supiera que tenía plena confianza en él—, quiero que tomes lo que necesites.

Sonrió, dejando ver la punta de sus colmillos.

¡Ay, joder!

Mi polla volvió a crecer y se me puso dura como una piedra, preparándose para lo que se nos avecinaba.

El rey tomó una profunda bocanada de aire y luego bajó la vista a mi polla.

Sonrió al verme más que preparado.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

Volvió a tumbarme en la cama con su poderoso cuerpo sobre el mío.

CAPÍTULO 47

Desperté desorientado.

Oía ruido en mi habitación. Di un brinco en la cama y me senté pegando la espalda al cabecero para protegerme y buscar de dónde venía la amenaza.

—¡Eh, tranquilo! —¿Era el rey?—. Estás a salvo, no pasa nada.

Estaba sentado, ya vestido con la misma ropa del día anterior mientras un vampiro salía de mi vestidor con ropa entre las manos.

¿Qué estaba pasando?

¿Estaban buscando la estaca?

¿Se había enterado el rey de que estaba colaborando con la resistencia? ¡Yo no quería hacerlo, joder!

—¿Qué sucede?

Por favor, que no sea lo que estoy pensando, por favor…

Deseé haberle contado lo que pasaba cuando tuve la oportunidad. Ahora posiblemente era tarde y no iban a creerse lo que había ocurrido.

—He pedido que hagan tus maletas. Volvemos a París.

—¿Qué? ¿Por qué?

Había gritado tan alto que el rey levantó una ceja, sorprendido por mi arrebato.

—Te recuerdo que vas a ser mi marido y nos tenemos que casar en París. ¿O ya te has arrepentido de tu decisión?

«¡Ah, es eso! ¡Joder, qué susto!»

—No, no, claro que no. —Me obligué a aparentar tranquilidad, aunque mi corazón saltaba en mi pecho por el susto—. Es solo que no me gusta que nadie toque mis cosas.

Su ceja se alzó aún más. Al parecer, no me estaba creyendo.

—Por favor —le pedí desesperado—, ¿puedes decirle que pare? Puedo hacerlo yo.

La duda seguía en sus ojos, pero, de todas formas, me hizo caso.

—Dejadlo por ahora.

—Sí, mi rey.

Respiré aliviado cuando el vampiro salió de mi cuarto con las manos vacías.

—No sabía que te ponían nervioso las mudanzas.

Me estaba dando una salida, porque estaba claro que algo no le olía bien.

—Son demasiados cambios cuando aún no me he despertado del todo, y no puedo hilar dos pensamientos juntos cuando estoy recién levantado. No soy persona sin una gran taza de café.

Debió creerme, porque su semblante se suavizó y sonrió divertido.

—Vale, lo pillo. Pediré que preparen nuestro desayuno. He reunido a casi todo mi pueblo para darles la noticia de nuestra boda. Luego lo haremos con los miembros de la *Ley Escarlata.*

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —Me asustaba mucho que tomaran represalias con el rey o algo.

—Le pediré a mi hermana que desayune con nosotros para que se entere por mí de nuestra decisión.

Lo miré sin saber qué decirle.

—¿Te parece bien? —Me acarició la mejilla.

Estaba guapísimo incluso recién levantado. Llevaba el cabello negro suelto sobre los hombros y brillaba como si retuviera el propio sol.

—No quiero que tengas ningún problema con nadie por mi culpa.

—No tendré problemas, cachorrito. Todo saldrá bien.

—Nunca me perdonaría que tuvieras que elegir. Prométeme que, si tienes que elegir, elegirás tu trono por encima de todo. Prométemelo, por favor.

Se me quedó mirando unos segundos sin decir nada.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti? —«Ni idea». Esperé a que contestara su propia pregunta—. Eres el único que ve al hombre antes que al rey. Todos los que se han acercado a mí alguna vez, ha sido para intentar sacar tajada de mi posición. Tú, junto con Sasha, sois los únicos que os preocupáis por mí.

—¿Eso es malo? —No lo tenía demasiado claro.

—Por supuesto que no, cachorrito. Por eso me gustas tanto.

Parpadeé sorprendido y se rio al ver mi perplejidad.

—Arréglate y baja a desayunar. Luego nos reuniremos con mis hombres para darles la noticia.

Se inclinó y me dio un beso suave en los labios y le sujeté el cuello para intentar alargarlo. Me dejó darle un beso largo y sabroso, y se apartó a desgana.

—No seas malo y deja de provocarme, que necesitas alimentarte y descansar.

No estaba de acuerdo, pero él ya había llegado a la puerta cuando pensaba quejarme.

—No tardes mucho —me pidió antes de salir del dormitorio.

Me tumbé en la cama recordando lo que había ocurrido la noche anterior. Su manera de amarme y de venerarme me sacaron los colores de nuevo. No había sido consciente de todo lo que significaba casarme con el rey, pero en aquel momento, a la luz del día, empezaba a darme cuenta de la enormidad de ese paso.

Di un salto al recordar la estaca de plata que tenía guardada en el fondo de uno de los cajones. Tenía que sacarla de allí.

Mierda, ¿qué coño iba a hacer con ella?

Tenía que hablar con Velkan para contarle todo lo que estaba pasando con los humanos de la Ley Escarlata y que habían introducido a uno de sus miembros para intentar matarlo.

Corrí a por la estaca, asegurándome de que la puerta del dormitorio estuviera bien cerrada y nadie pudiera verme. No tenía idea de lo que iba a hacer con ella, pero no podía dejarla allí metida cuando iban a llevar todas mis cosas a la habitación del rey. ¿Cómo explicaba que tenía una estaca para matar vampiros entre mis cosas?

¿Alguien me creería si le contaba lo que había pasado y que no tenía ningún interés en matar al rey? Iba a casarme con él.

Podían pensar que me casaba para tener más probabilidades de matarlo al quedarme con él en privado.

¡Qué mierda todo!

Debía quitar la estaca del medio, pero ¿dónde la iba a meter? ¿Me la llevaba al cuarto del rey? ¿Y si la encontraban ahí?

Quise pensar que los criados del rey respetarían su orden de dejar mi guardarropa como estaba hasta nuevo aviso, así que

esperaba que la puñetera estaca estuviera a salvo hasta que supiera qué hacer con ella.

Tenía que buscar a Reid y devolverle la puta arma antes de que me metiera en un buen lío.

Escribí una nota en un cuaderno que tenía en la habitación y me metí en la ducha para ir a reunirme con mi futuro marido.

Solo de pensar en el lío en el que estaba metido me entraban náuseas.

CAPÍTULO 48

No sabía a quién me iba a encontrar desayunando con nosotros.

Bajé nervioso, lamentándome de estar siempre metido en algún lío sin pretenderlo. Esperaba poder entrar en la cocina y darle el papel a Reid para que sacara la estaca de mi habitación antes de que alguien la viera. Y esperaba que entendiera que si iba a casarme con el rey, no me prestaría a matarlo.

Toqué el papel que llevaba metido en el bolsillo del pantalón negro. Velkan me había pedido que me vistiera elegante y eso había hecho. Me puse un pantalón negro de Tom Ford y una camisa blanca de Armani. Esperaba que fuera suficiente.

—¡Aquí estás! —Sasha se abalanzó sobre mí al asomar la cabeza por la puerta del comedor, donde me esperaban sentados. Al verme, empezaron a servir cafés y tés a Velkan y a su hermana, respectivamente—. Estoy contentísima por vosotros. —Me besó la mejilla antes de volver a su silla—. ¡Felicidades!

—Gracias —respondí algo azorado.

—¿Señor, qué le sirvo? —me preguntó Reid, al que habían asignado en el comedor esa mañana.

Me puse tan nervioso al verlo que tropecé con mis propios pies y estuve a punto de caer al suelo. Velkan me sujetó para evitarlo.

—¿Cachorrito?

—Estoy bien. —Me senté en la silla que estaba a su lado, porque no pensaba que mis piernas me pudieran llevar a ningún otro sitio al ver allí al hombre que podía hacer que me arrancaran la cabeza del cuerpo. Me obligué a mirarlo y contestar a su pregunta—. Café, por favor, con leche y en una taza muy grande.

Estaba lo suficientemente nervioso como para poder subirme por las paredes y el techo, pero, mientras me tomaba el café, podía pensar en lo que iba a hacer. Tenía en el bolsillo la nota que le quería entregar a ese hombre, esperando que ninguno de mis dos acompañantes se percatara de cómo lo hacía.

Sobre la mesa había tostadas, fruta fresca cortada, cereales y bollería. Mi estómago gruñó ruidosamente, recordándome que necesitaba comer para reponerme de… la noche tan intensa que había tenido. ¿Cuántas veces bebió Velkan de mí? ¿Dos? Aún me temblaban las piernas al recordar los maravillosos orgasmos que siempre me provocaba.

—Veo que tienes hambre. —Sasha no se percató de la mirada cómplice que me echó el rey al oír el ruido.

—Eso parece.

Escondió su sonrisa tras su taza de café, el muy idiota.

—¿Quieres tostadas o prefieres fruta? —Tras mirar la mesa, el rey comenzó a poner de todo en un plato—. Mejor un poco de todo.

Me quedé mirando el plato que puso ante mí, en el que había comida para, al menos, tres o cuatro personas, sin saber si era una especie de broma. Aunque nunca había oído al rey bromear.

—No voy a comerme todo esto —solté indignado—. ¿Quieres cebarme o qué?

Sasha se echó a reír divertida y Velkan levantó una ceja.

¿Todavía se extrañaba de mis salidas de tono?

—¿Dónde has dejado a los guardias y al hijo del guardia?

Sasha se puso más pálida —si eso era posible— y el rey me miró confundido.

—¿Joseph? ¿Por qué tendría que estar aquí?

Cambié de tema antes de que Sasha me arrancara los ojos con una cuchara.

—¿Tus guardias?

—Lo que quería hablar con vosotros dos prefería hacerlo en la más estricta intimidad.

El rey soltó su café y nos miró con seriedad.

—¿Sobre nuestra futura boda? —Me puse a untar mantequilla en una tostada y me la comí en dos bocados.

¡Qué hambre, por Dios!

—Sobre eso y sobre lo qué pasará si el consejo se opone a ella. Mi hermana ya está al corriente.

—¿Te parece bien?

Nunca había oído a Sasha hablar sobre ser la futura reina de los vampiros, así que no tenía ni idea de lo que sentía al respecto.

—En el hipotético caso de que renuncies a la corona, te nombraré mano derecha del rey, así que, aunque en teoría yo sea la soberana, todas las decisiones importantes las seguirás tomando tú, por lo que en el fondo nada cambiará. Ya lo hemos hablado —le dijo a su hermano—. Será esa la condición *sine qua non* para que acepte la corona.

Reid llegó con el café y mientras me lo ponía en la mesa vi su cara de sorpresa al enterarse de lo que estábamos hablando.

Caí en ese momento del peligro que corrían los dos hermanos estando vigilados tan de cerca por miembros de la resistencia. Me dije que tenía que hablar con el rey de inmediato y contarle lo sucedido. Pero antes tenía que librarme de la estúpida estaca que apuntaba en mi dirección como único culpable de traición.

Aprovechando que Sasha hablaba con el rey, me saqué la nota del bolsillo y se la puse en la mano cuando cogí la taza antes de que la pusiera en la mesa.

«¡Disimula o estamos muertos!»

«¡Disimula!»

—Gracias.

Reid asintió con la cabeza y se marchó en silencio, metiéndose la nota en el bolsillo de su pantalón con discreción.

Ahora solo faltaba que se deshiciera del arma cuanto antes.

En la nota le indicaba dónde estaba guardada y le pedía que la sacara de allí de inmediato, olvidándose de mi supuesta implicación en sus planes de matar a Velkan.

Esperaba por el bien de todos que se deshiciera de ella con rapidez.

—Bien, cachorrito —El rey volvió a centrar en mí toda su atención —, ¿estás listo para dar la noticia al consejo?

—No, pero supongo que no podemos retrasarlo más, ¿verdad?

El rey se puso de pie y me obligué a terminarme el café.

—No he terminado todavía —Intenté perder tiempo mientras fingía que seguía comiendo, pero, por supuesto, el rey no cayó en mi trampa.

—Llevas dando vueltas a la fruta de tu plato un rato —Mierda de vampiro que no se le escapaba una—, así que he dado por hecho que ya has terminado. Por cierto, debes comer más para reponerte por completo.

Sasha también se levantó.

Llevaba un vestido negro largo hasta los pies y el pelo recogido en un moño tirante. Estaba tan guapa como una diosa griega. Y no me extrañaba que Joseph hubiese caído rendido a sus pies. Si a mí no me gustaran los rabos también estaría loco por ella. Además, era una mujer maravillosa, cariñosa y atenta, y yo solo deseaba que fuese feliz y no tuviera que mezclarse con la mierda de la política y las ansias de poder que tenían los vampiros.

—No voy a preguntar por qué necesitas reponer las fuerzas —soltó, como venganza por mi comentario de antes.

Me sonrojé por la vergüenza hasta que se rio de mí.

Me ofreció la mano para ayudarme a levantarme.

—Vamos, anda. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

CAPÍTULO 49

No sabía a cuánta gente pensaban dar la noticia, pero no me esperaba el salón del trono lleno a rebosar.

Se hizo un silencio sepulcral cuando nos vieron entrar.

Al sentir tantos ojos azules sobre mí, estuve a punto de darme la vuelta. El rey debió notar mis dudas, porque me cogió de la mano y entrecruzó sus dedos para intentar darme ánimos y asegurarse de que no saliera corriendo.

Me alegré de haberme vestido elegante, ya que todos los vampiros parecían haberse puesto sus mejores galas para acudir a la llamada de su rey.

Por muy de punta en blanco que se hubiesen vestido, en esa sala cerrada no se podía disimular el olor a polvos de talco y putrefacción que emanaba de ellos como un jardín con flores muertas.

—¿Cachorrito? —El rey se inclinó hacia mí para preguntarme en un susurro. Por el vínculo debíó haber notado el asco que me provocaba el olor de tantos cuerpos allí reunidos.

—Estoy bien. —¿Le podía decir lo que de verdad me pasaba sin que se ofendiera? A la mierda—. Es el olor que emanan —le dije en voz baja.

Parpadeó sorprendido y luego lo debió de entender.

—Vale, intenta coger aire por la boca en pequeñas bocanadas. Así no tendrás que olerlos.

Asentí, dándole a entender que lo había entendido, y empecé a hacer eso con cuidado de que nadie más lo notara. No decía mucho a mi favor que no pudiera estar en una sala llena de gente del pueblo de mi futuro marido, ¿verdad?

—Quédate aquí con Vladimir.

El jefe de la guardia se puso firme ante el rey y me colocó a su lado, junto al resto de guardias del rey que formaban una cadena justo delante de la tarima de los tronos. Había tres, para defender a la familia real en caso de ser necesario.

Velkan y Sasha subieron a la tarima y se sentaron en los dos últimos tronos dejando el de la derecha libre.

—¿Sabes qué es todo esto? —me preguntó el jefe de la guardia, mirando los tronos con ojos curiosos.

Que él no supiera lo que estaba pasando me hizo darme cuenta de la relevancia de la noticia que el rey pensaba dar ese día.

¿Podía casarse con su esclavo sin que su pueblo tuviera algo que decir?

Porque eso era lo que iba a hacer Velkan, y ya tenía demasiados frentes abiertos tanto con humanos como con su pueblo, como para sumar más problemas.

—No tengo ni idea —le solté.

Por supuesto, la mirada intensa que me dirigió me daba a entender que no me había creído.

—Ya —escupió.

Todo el mundo estaba centrado en ellos y empezaron a oírse algunos murmullos entre los asistentes. Me jugaba mi vestuario a que sabía lo que se estaban preguntando.

—Bien, os agradezco a todos vuestra asistencia —comenzó a decir el rey. Todo el mundo guardó silencio—. Todos sabéis los problemas que nuestro pueblo está teniendo en la actualidad. Nuestras diferencias con los humanos están en un punto álgido y es un problema que sabemos que algunos hombres de nuestro propio pueblo están provocando con el único fin de crear una guerra con los humanos. Este problema no es nuevo —continuó el rey. Se levantó, por lo que su aura de poder aumentó con ese simple acto. Aunque llevaba un traje de tres piezas en azul oscuro, podía notar el poder que emanaba de él. Aunque apenas se movía del sitio mientras hablaba, podía sentir al animal que había en su interior y que parecía estar deseando salir al exterior. Velkan era un hombre serio y tranquilo, pero bajo esa apariencia calmada había un depredador que luchó durante siglos para defender a su pueblo y a su familia. No era un rival a subestimar. Estaba seguro de que su pueblo lo sabía y deseaba que fueran lo suficientemente listos como para no desafiarlo, porque sabía que Velkan no se rendiría sin luchar —. Y después de mucho investigar y… sí, de torturar a los vampiros

que estaban masacrando a los humanos, no solo en Rumanía sino en muchos otros países, hemos conseguido dar con los cabecillas de la rebelión. —Hizo un gesto a Vladimir y todos los guardias abrieron paso entre los vampiros que se apartaban para dejarlos pasar, como Moisés con las aguas del Nilo, hasta el rincón más apartado donde, por supuesto, cómo no, estaba Goliath con su hija y algunos de sus soldados. Había tan pocos que no pudieron evitar que los desarmaran y detuvieran a su jefe y a la hija de él—. Traed a los traidores.

Todos comenzaron a hablar entre ellos y no tardaron en oírse los gritos de «traidores», «muerte a los traidores», «sois una vergüenza» y muchos insultos bastante pintorescos, todo sea dicho.

Yo me quedé allí solo, mirando cómo los soldados acercaban a todos los traidores, apuntados por las espadas de los guardias para evitar que intentaran escapar, hasta los pies del estrado. Goliath me miró con tal cara de odio que estuve a punto de echar a correr.

¿Qué significaba todo esto?

¿De verdad ese hombre poderoso estaba matando humanos para volar por los aires el tratado de paz que había entre nuestras especies?

—Estás cometiendo un gran error —le dijo Goliath con una sonrisa arrogante.

—El error lo cometiste tú cuando pensaste que podías engañarme.

—No puedes acabar con nosotros. ¿Crees que todos los vampiros están de acuerdo con ese estúpido tratado de paz? Somos muchos los que luchamos por nuestro divino derecho de cazar a quienes queramos. —Miró hacia atrás, buscando gente que lo apoyara—. Somos cazadores. —Alzó la voz—. Somos seres superiores en la escala evolutiva.

—No somos monstruos —lo cortó Velkan con solemnidad. Podía ver que mucha gente negaba con la cabeza, avergonzados por las palabras de Goliath. Si Velkan no conseguía ganarse a los asistentes, se enfrentaría a una revuelta popular con su propio pueblo—. Nuestro pacto con los humanos nos da ventaja. No podemos romperlo porque nos masacrarían. Llevamos siglos viviendo en paz.

Si consideráis que necesitamos cambios, podemos hacerle peticiones al consejo de la *ley Escarlata*, pero provocar una guerra sería un gran error. Nos superan en número y nos matarían como animales, y no quiero que mi pueblo sea cazado como una vulgar presa. Vivimos en paz con los humanos y nuestros hijos son felices, y creo que eso es lo más importante.

Los aplausos en el salón no se hicieron esperar y pude respirar tranquilo sabiendo que el rey se había ganado a su gente.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —Goliath se dio cuenta de que no tendría el apoyo que esperaba de los asistentes.

—Todos vosotros —Señaló a todos sus hombres— seréis llevados ante el consejo de la *Ley Escarlata*. En estos momentos se están haciendo detenciones en muchas partes del mundo, así que tu intento de rebelión está a punto de acabar.

No evitó el odio con el que lo miraba, pero al rey no parecía molestarle.

—Mi hija no está metida en esto. —Goliath señaló a Enola que vestía un precioso vestido azul celeste, tan claro como sus ojos—. Ten piedad. Te lo pido por tu honor. Ella es inocente.

Velkan bajó del estrado y se colocó frente a ellos. Miró a Enola directamente mientras negaba con la cabeza.

—Tu hija está acusada de intentar matar a alguien importante para mí en mi propio castillo. Y no conforme con eso, luego mató a una familia humana sabiendo que eso es un acto de traición y se condena con la muerte.

Goliath se puso pálido mientras Velkan se acercaba a Enola, que lo observaba con cautela. De repente no parecía tan segura de sí misma. Miró a su padre en busca de ayuda.

—Pero la perdonaste y vas a casarte con ella —terció su padre a la desesperada.

—Te equivocas —dijo sin apartar los ojos de ella—. Juré a la persona afectada por sus actos que tendría justicia e incluso venganza. Yo jamás perdono una traición.

Se movió tan rápido que me sorprendí cuando vi caer el cuerpo de Enola al suelo tan solo unos segundos después. Sin la cabeza.

Velkan se volvió hacia mí, llevando la cabeza de la mujer en sus manos cubiertas de sangre. Me la ofreció con seriedad.

—Aquí tienes la justicia que te prometí. Yo siempre cumplo mis promesas.

No podía apartar mis ojos de la expresión de perplejidad que tenía la cara de Enola aún en la muerte.

«Madre. Mía».

Estaba completamente en *shock* y no pude coger la cabeza que me ofrecía. Intentaba no vomitar lo que acababa de desayunar. Viendo mi cara de circunstancia, le entregó la cabeza a Vladimir mientras los sollozos de Goliath se oían como un sonido de fondo.

Nadie decía nada.

—Cuélgala de la puerta del palacio para que todos vean lo que hacemos con los que atentan contra mi familia.

—Sí, mi rey.

Vladimir cogió la cabeza como si nada. Estaba claro que no era la primera vez que lo hacía.

—Llevaos a los traidores a los calabozos.

CAPÍTULO 50

Siempre había oído la expresión de un silencio ensordecedor, pero hasta este momento no sabía bien a qué se referían.

Me obligué a seguir respirando por la boca para evitar oler la pestilencia que se había sumado al aire casi irrespirable, con la descomposición del cuerpo de Enola.

—Bien… —El rey se limpió las manos en una toalla que le llevó un criado y subió de nuevo a la tarima—, hoy os había reunido con otro propósito, que era si me casaría o no con Enola para evitar una posible guerra con su padre y sus seguidores. —Hizo un pequeño gesto a los restos carbonizados de ella en el suelo—. Creo que ese problema ya está solucionado—. Se oyeron algunas risitas tímidas que de alguna manera rompieron el ambiente tan macabro que había en la sala—. Os he convocado para haceros partícipes de mi decisión irrevocable de tomar marido próximamente.

«¡Ay madre!»

«¡Que esto está pasando de verdad!»

Sasha me sonrió desde su trono, intentando darme ánimos. Debió haber visto mi cara de pánico al oír las palabras del rey. Hasta ese momento no había creído que de verdad fuésemos a hacer eso.

La gente se removió inquieta. La sala se llenó de expectación ante sus palabras.

—Exael, ¿quieres subir aquí conmigo, por favor?

Me tendió la mano, pero estaba tan nervioso que no sabía si mis piernas me iban a sostener. ¿Y si me caía delante de todo el mundo?

«Típico de ti», pensé al sopesar esa opción.

Sentía todos los ojos de los asistentes clavados en mi espalda y casi podía notar las miradas de despreció de algunos.

¡Esa no era buena idea!

Con ese soniquete en mente subí con el rey y me di la vuelta hacia los asistentes mientras intentaba mantener una sonrisa que no fuera una mueca de terror.

—Este humano, hasta ahora conocido como mi esclavo de sangre, ha aceptado ser mi esposo y compañero. Las nupcias se celebrarán dentro de dos semanas como dicta la tradición.

Todo el mundo comenzó a hablar a la vez y yo miré al rey asustado. ¿Al final iba a haber una revuelta provocada por mí?

—Si alguien tiene algo que añadir… —pidió el rey. Una mano se alzó casi en la primera fila—. ¿Sí?

El vampiro tragó saliva antes de hablar.

—Mi rey, quiero ser el primero en felicitarle por su futura boda, pero… ¿no se supone que debe casarse con un vampiro? Eso dice la ley.

«Espera, espera…, ¿qué?»

—Cierto, y se convertirá cuando crea conveniente, ni un minuto antes.

«¿Qué coño?»

«¿Me tengo que convertir en vampiro?»

«¿En serio?»

«¿Y por qué coño nadie me lo había dicho?»

Levanté la mano para pedir la palabra, como el idiota que era. Eso hizo que muchos vampiros se rieran de mí.

Podían irse a la mierda todos.

El rey me sonrió enseñando la punta de sus colmillos.

¡Ay mierda!

¿Por qué me ponía eso tan cachondo?

—Tú no necesitas alzar la mano —dijo, ampliando la sonrisa—. Cualquier duda te la contestaré en privado.

Y ahí estaba el personaje del rey en todo su esplendor.

Al parecer era muy fácil pasar de ser el amante complaciente, a ser el rey frío y controlador. Si pensaba que no iba a quejarme por no haberme informado de eso es que no me conocía todavía.

—Bien, todos sabéis que los humanos también tienen su grupo de resistencia y que siempre han intentado trabajar desde dentro de mi propio castillo. —Parpadeé por la sorpresa. ¿Lo sabían?—. Así que ahora que me voy a casar con un humano, estaremos mucho más atentos para descubrir si hacen algún tipo de movimiento contra nosotros.

«¡Joder, joder!»

—¿Qué? —Fue lo único que pude decir por la sorpresa.

—Una vez me preguntaste qué pasaba con mis anteriores esclavos de sangre y te voy a responder ahora. Todos habían sido contactados por la resistencia para intentar que se rebelaran contra mí y me intentaran asesinar. Por supuesto, estábamos al tanto de todos sus movimientos y todos los esclavos fueron condenados a muerte por traición. A partir de hoy, todos los ojos estarán puestos en ti, Exael. Es posible que intenten contactar contigo para atentar contra mi vida. Digamos que serás el enlace directo entre ellos y yo.

No me hubiese dolido tanto si me hubiesen arrancado las uñas una por una con unas tenacillas.

¿Por eso quería casarse conmigo?

¿Para que espiara en su nombre?

No me lo podía creer.

Estuve a punto de echarme a reír. ¿Qué me diría si supiera que ya habían contactado conmigo y que tenía una estaca lista en mi habitación para matarlo cuando tuviera la oportunidad?

¿Qué podía hacer ahora?

¿Contárselo?

¿Era posible que ya lo supiera y me estuviese poniendo a prueba para ver hasta dónde llegaba mi lealtad?

—Bien —continuó el rey al ver que no había más preguntas—, eso ha sido todo por hoy. Gracias por asistir a una sesión extraordinaria.

—¡Por el rey! —gritó alguien en el público.

—¡Por el rey! —secundaron los demás.

—¡Por el nuevo consorte real! —gritó otro.

—¡Por el nuevo consorte real! —contestaron a coro.

Las salvas a mi nombre me hubiesen emocionado si no supiera que era un movimiento político.

Al parecer, ese mundo carecía por completo de sentimientos.

Y no podía seguir negando que el rey era el peor de todos.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 51

—¿Se puede saber por qué estás tan enfadado?

Dejé de dar vueltas por la habitación para fulminar con la mirada a mi futura cuñada. ¿Encima tenía los santos… ovarios de preguntarme por qué estaba enfadado?

—¿Tú por qué crees?

Sentía tal rabia en mi interior que no podía quedarme quieto. Necesitaba quemarla de alguna manera. Tras la reunión había vuelto a mi habitación con Sasha y George, y este último me miraba desde la cama donde estaba lánguidamente tumbado como si no tuviera ningún problema, más que descansar cómodamente sobre mi cama.

—No estoy muy segura de cuál es el verdadero motivo. —Se encogió de hombros cuando volví a fulminarla con la mirada.

—¿Convertirme en vampiro? —solté casi a gritos—. ¿En serio? ¿Por qué nadie me lo había dicho antes?

Ella se levantó y se acercó a mí con cautela.

Al parecer, no se la veía muy segura de acercarse en mi estado.

—No sabía si mi hermano te lo había dicho o no. Te recuerdo que lo que ha ocurrido estos días ha sido toda una sorpresa de la que aún no habíamos hablado a solas.

Reconocí que tenía razón, pero no estaba dispuesto a ceder todavía.

—De todos modos… —No pensaba dar mi brazo a torcer—, ¿que se case conmigo para que vigile sus espaldas y me convierta en un espía no debería molestarme?

—Te creía más inteligente. —Me cogió las mejillas con sus manos frías y pequeñas para que la mirara—. Deberías conocer mejor a mi hermano. —Ante mi titubeo, continuó con su explicación—. Ya te dije que siempre hay un mundo entre lo que mi hermano dice en voz alta y lo que de verdad piensa.

Seguía sin entenderla.

—¿Cómo se pueden malinterpretar sus palabras?

No me iba a convencer dijese lo que dijese. Su declaración me había dolido y me hizo sentir utilizado como un monigote en sus manos. ¿Para eso era para lo que me quería?

—Ese ha sido el motivo que ha dado a los asistentes, pero… —Me dio unos toques en la sien con una de sus uñas rojas y sexis, para que pensara un poco—. No tienen que ser sus motivos reales. —Me quedé pensando en sus palabras unos segundos antes de que continuara—. ¿Por qué no esperas a hablar con él para que te diga por qué quiere casarse contigo? Dudo mucho que sea por convertirte en un espía, como estás pensando.

—Y no lo es.

Me envaré al oír la voz del rey a mis espaldas.

¿Por qué nadie llamaba a mi puerta?

Sasha me soltó y se encaró hacia su hermano.

—Hola, Velkan. Os dejo solos para que hables con tu prometido, a ver si consigues que a ti te escuche. Es terco como una mula.

—¡Oye! —me quejé, indignado.

—Lo sé.

Le dio un beso en la frente a su hermano antes de salir por la puerta.

Me quedé mirando a George, que no se había movido del sitio y nos miraba con curiosidad.

—¿Tú no tienes nada mejor que hacer? —le dije, animándolo a que nos dejara solos.

—¿Perdón? —El rey me miró confundido por mis palabras.

—No es a ti, sino a él —señalé al fantasma que, por supuesto, el rey no podía ver.

—Creo que lo vuestro es más divertido —soltó George, sin darse por aludido.

—¿Estás hablando con el fantasma? —Velkan parecía impresionado, mirando por toda la habitación para ver si también podía verlo.

—Claro que sí, ¿con quién si no? —Volví la vista a George—. Lárgate, anda.

El fantasma se levantó y se marchó, mirándome enfurruñado.

—¡Cómo si no me lo fueras a contar luego!

Me lo quedé mirando cuando atravesó la pared y volví a centrarme en Velkan, que me observaba como si fuese una criatura extraña.

—¿Ya estamos solos?

—Sí —dije, dejando ver de nuevo mi mal humor.

—Bien, vamos a dar un paseo. No quiero que sigas estando aquí metido todo el día. —Levanté una ceja por la sorpresa de sus palabras cuándo fue él que me pidió que no saliera de mi dormitorio —. Quiero hablar contigo y si damos un paseo me aseguro de que no me tiras nada a la cabeza.

Me pilló tan de sorpresa que hiciera una broma que a punto estuve de soltar una carcajada. Luego recordé que estaba muy enfadado con él por mentirme y ocultarme cosas y todo eso, y me obligué a ponerme serio de nuevo.

—Muy gracioso.

Bajamos las escaleras hasta salir por la puerta que daba a los jardines. Estaba acabando el invierno y algunas de las flores empezaban a abrirse paso por la tierra congelada, llenando de vivos colores el jardín, por lo demás mustio y apagado.

No me acababa de acostumbrar a que los guardias se pusieran firmes a su paso. Estaba claro que no asimilaba con quién se suponía que iba a casarme.

¿Iba a hacerlo de verdad o todo era una puta pantomima?

Ya no tenía nada claro.

—Vuelves a torcer el morro —dijo Velkan, sin dejar de caminar mientras me miraba de reojo— ¿Puedes contarme por qué estás tan enfadado conmigo… otra vez?

Me pasaba la vida enfadado con él por mil y un motivos. Si nos casábamos íbamos a estar la mar de entretenidos.

—Déjame recordar… —Fingí ponerme a pensar—. ¿Por ocultarme el detalle de tener que convertirme en vampiro para casarnos? ¿O por casarte conmigo para que haga de espía entre tus sirvientes, a ver si averiguo si tienes miembros de la resistencia en el castillo? ¿Quieres más motivos todavía?

«Ten cuidado con ese tema, Exael, o estarás muerto en cero coma» me dije mentalmente.

Me ponía frenético al pensar en lo que me quedaba por contarle todavía, pero tal y como se estaba poniendo el panorama político no me aseguraba que me creyeran. ¿Y si ya lo sabían y estaba esperando para saber lo que yo haría al respecto?

¿Me creería cuando se lo contara o me arrancaría la cabeza con la facilidad con la que se la arrancaba a todos los que lo traicionaban?

—Escucha, no te convertiré en vampiro hasta que tú me lo pidas —dijo e hizo ademán de sentarse en un banco junto a un sauce llorón, pero seguí caminando sin hacerle caso.

Me siguió con un suspiro. Estaba demasiado nervioso para sentarme. Necesitaba soltar toda la adrenalina que mantenía mis nervios de punta.

—No quiero ser un vampiro. —Me volví y me enfrenté a él para que supiera que lo estaba diciendo en serio—. Tendrás que cancelar la boda si debo convertirme en uno de vosotros para poder casarnos.

—No cancelaremos nada —aseguró, mirándome con una sonrisa —. Como recordarás, en la reunión dije que no te convertirías hasta que fuera el momento y no aclaré cuánto tiempo tardaría en llegar. Pueden ser semanas, meses o no llegar nunca.

—Pero… —No sabía cómo rebatirle eso—, en algún momento te pedirán que me conviertas y yo no…

—Tú no quieres ser un vampiro. Lo sé. Lo has dejado claro. —No perdió la sonrisa y yo parpadeé, pensando que tenía que haber una trampa por algún sitio.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes de pedírmelo? —Merecía estar informado de algo tan importante.

—Porque no hubieras querido y de verdad deseo que te cases conmigo. Convertirte es algo secundario que podemos atrasar cuanto queramos.

—¿Tantas ganas tienes de casarte para que te haga de espía en el castillo? —Me dolía mucho el orgullo de saber que se quería casar conmigo solo por eso.

—Ay, Exael… —Rompió a reír y lo fulminé con la mirada, más ofendido todavía porque tuviera los santos cojones de reírse de mí

—. ¿De verdad piensas que debo casarme para conseguir eso? ¿No crees que tengo personal suficiente en el castillo para que se encarguen de vigilar a posibles miembros de la resistencia que se hayan colado en mi casa?

Intenté leer en sus ojos si sabía lo que yo guardaba en mi habitación y si sabía que los humanos ya habían contactado conmigo.

—¿Entonces, por qué has dicho eso?

—Diré lo que sea necesario para que el consejo no me ponga pegas por casarnos. ¿Todavía no te has dado cuenta?

—¿Cuenta de qué?

¿De que me estaba utilizando para sus maniobras políticas?

—De que te quiero, hombre desconfiado y atolondrado.

¿Me estaba llamado idiota?

—Espera… —¿Lo había oído bien?—, ¿qué?

—Que el único motivo por el que quiero casarme contigo es porque te quiero. Has conseguido llenar mi vida de luz. No me preguntes cómo, Exael, pero nunca había sentido por nadie lo que siento por ti. Y si para mantenerte a salvo, a mi lado y evitar que huyas tengo que casarme contigo, pues no dudes ni un solo momento de que lo haré. Y nunca podrás alejarte de mí.

Parpadeé y miré a mi alrededor por si alguien nos estaba escuchando.

—¿Lo dices en serio?

Me atrajo hacia él y me besó con suavidad en los labios.

—Nunca he hablado más en serio.

Entonces fui yo el que acercó nuestras bocas para poder besarlo, pero esta vez de verdad.

No podía creer que el rey vampiro me acabara de declarar su amor con tanta sinceridad.

CAPÍTULO 52

Viajamos a París al día siguiente, ya que nos íbamos a casar en su castillo oficial y, por supuesto, invitaríamos a todos los vampiros importantes de todo el mundo y a los humanos que tenían algún cargo en la junta de *La Ley Escarlata.*

Velkan no parecía para nada preocupado de que solo quedaran dos semanas para la boda.

La mayor sorpresa fue que George decidió seguirnos hasta París y nadie supo cómo podía cambiar de residencia. Yo estaba frenético desde el mismo día en que me enteré. Y que yo estuviera frenético no era nada nuevo, pero esta vez tenía motivos de sobra.

Aún no le había dicho lo de la resistencia, aunque, gracias a Dios, la estaca había desaparecido de mi habitación. Ahora dormía en la de Velkan, pero eso no me tranquilizaba lo más mínimo, sobre todo porque Reid era el sirviente que siempre nos atendía para las comidas. Y no se me quitaba la sensación de que ese hombre me delataría en cualquier momento si su vida se veía amenazada.

—¿Por qué tengo que ir yo también?

Otro motivo por el que estaba más que frenético era que había una reunión urgente con la junta de la *Ley Escarlata* para tratar el tema de los vampiros detenidos y lo que se iba a hacer con ellos. Según Velkan, se los entregaban a los responsables para que se hicieran cargo de ellos. Habían acordado desde el principio que para que no hubiese trato de favor, los humanos se encargaban de los detenidos vampiros y los vampiros de los detenidos humanos. Y, para empeorarlo todo, el rey se había empeñado en que asistiera con él a la reunión.

—Exael, eres mi prometido, tendrás que asistir a infinidad de actos como mi consorte. Solo tienes que quedarte en silencio y sonreír, y eso sabes hacerlo de maravilla.

¡Qué idiota era algunas veces!

Tenía el extraño presentimiento de que algo iba a salir muy muy mal, pero Velkan no dejaría que me quedara en el castillo porque,

para ser sinceros, no tenía nada que hacer allí. De los preparativos de la boda se encargaba su personal interno. No podía dar siquiera mi humilde opinión para mi boda. ¿Podía ser más triste? Esa panda de estirados me miraba como si hubiese pisado una caca de perro y me hubiera paseado por las mejores alfombras del castillo.

Menudos… vampiros.

Bufé dejando clara mi indignación y el rey solo me tiró de la solapa de la chaqueta azul que llevaba para acercarme más a él. Me besó con ímpetu hasta asolar mis sentidos y dejarme sin aire.

¿Qué acababa de pasar?

—De ahora en adelante besaré esa boca quejica que tienes, ya que es la única manera de mantenerte callado —dijo, y me dio otro pico rápido antes de separarse de mí.

—No soy un quejica —protesté sin demasiado convencimiento, porque en realidad sí que lo era, pero si me iba a callar con un beso como ese cada vez que me quejara, me pasaría el resto de mi vida quejándome para que me castigara.

—Por supuesto que no. —Negó con la cabeza, divertido, mientras se sentaba en la cama para atarse los zapatos.

—¿Por qué eres tan condenadamente guapo? —le solté sin poder quedarme callado.

Me miró desde donde estaba sentado y su sonrisa dejaba ver sus dientes blancos y el filo de sus colmillos. Sonrió con más amplitud cuando me acaloré, como me pasaba siempre que veía esos colmillos que tanto placer podían darme.

—Hoy estás especialmente… disperso —señaló, estudiándome como a un raro ejemplar que no hubiera visto nunca.

—Uy, qué va. Este soy yo en todo mi esplendor.

Me quedé sorprendido cuando le arranqué una carcajada. Una de verdad. Era muy raro oírlo reír así y me alegré de haber sido yo el que se la provocara.

—Madre mía, Exael, por favor, no cambies nunca.

Me puse los zapatos y me pavoneé ante él, muy seguro de mí mismo. Era el único que no me hacía sentir un patoso ridículo y le estaba enormemente agradecido por eso.

—¿Vamos? —le pregunté mientras me miraba en el espejo de cuerpo entero para ver cómo estaba. Nunca había sido demasiado coqueto, pero quería dar buena impresión a los de la junta para cuando les diera la noticia de nuestra próxima boda.

¡Chuparos esa, capullos!

Me tragué el nudo de nervios y me obligué a sonreír al rey, que se unió a mí para salir del castillo, agarrándonos de la mano como cualquier otra pareja normal. Eso era lo que más me atraía de Velkan, que cuando se quitaba el traje de rey parecía un hombre de lo más normal. Algo estirado, pero lo entendía, después de todo.

El trayecto a Versalles lo pasé mirando por los cristales del coche mientras el rey trabajaba en su portátil, que tenía colocado sobre las piernas. Ese hombre tenía una capacidad de concentración que no era ni medio normal.

Mi pierna se movía sin control y me puse la mano encima para intentar tranquilizarme. Algo iba a pasar en la reunión. Estaba seguro.

—¿Nervioso? —El rey levantó la cabeza y miró mis piernas moviéndose.

No podía negarlo, así que me encogí de hombros.

—¿Qué crees que dirán los del Consejo cuando le entregues a uno de los más poderosos vampiros como líder de la revuelta que hay contra los humanos?

Esa pregunta me producía cierta ansiedad y no sabía bien qué esperaba Velkan de esa reunión.

—Bueno, haber capturado a los que estaban sembrando el caos en algunas ciudades y haber estado a punto de romper nuestro pacto de paz creo que es bueno para todos. Ahora solo falta pillar a los de la resistencia, que creen que es fácil llegar a mí y matarme con facilidad.

Me atraganté con mi propia saliva y comencé a toser como si fuese a echar un pulmón por la boca de un momento a otro.

¡Anda que no era sospechoso ni nada!

¿Lo sabía?

¿Me estaba dando una salida para que se lo contara todo?

—Mi rey…, tengo que contaros algo.

No podía seguir teniendo este secreto guardado tal y como estaban las cosas en el palacio y con todo lo que estaba pasando.

—Hemos llegado, majestad.

Me di cuenta de que el coche se acababa de parar y vi al montón de gente esperando ante las puertas del palacio para ver en persona al rey vampiro.

Supuse que a los detenidos que venían en otros coches los meterían por alguna otra puerta para que no estuvieran a la vista de todo el mundo.

Mierda, acababa de perder la oportunidad de contárselo al rey.

CAPÍTULO 53
VELKAN

Sabía que iba a ser una reunión bastante importante por todos los temas que se iban a tratar. Estaba deseando entregar a Goliath a los humanos y al resto de vampiros instigadores del caos provocado en las ciudades, pero había otro tema oculto que me tenía más preocupado y que esperaba que se dejase solucionado hoy también.

Además, estaba cansado de tantas intrigas políticas y solo deseaba volver al castillo con Exael para seguir conociendo a ese hombre maravilloso que me había logrado enamorarme. O, por lo menos, hacerme sentir algo parecido a ese sentimiento tan humano y que según había oído siempre, te hacía desear la felicidad de la otra persona por encima de todo lo demás. En mi cargo de rey no podía centrarme en la felicidad de un solo hombre, y menos humano, pero parecíamos haber encontrado una forma nuestra de entendernos cuando estábamos juntos y no quería que esa pequeña burbuja, que era nuestro pequeño lugar donde hacernos felices, se explotara nunca.

Ese humano sensible y divertido había conseguido despertar mi muerto corazón, y me moría por pasar todo mi tiempo con él.

Pero primero había que solucionar los problemas que teníamos más acuciantes.

—No te separes de mi lado —le pedí a Exael mientras entrábamos en la sala habilitada para la reunión, donde el resto del personal del consejo nos esperaba.

Vi las cámaras, que por lo visto ya estaban grabando, e hice un saludo con la cabeza a los presentes.

«¡Qué empiece la función!»

Exael estaba tenso como las cuerdas de una guitarra y ese olor tan embriagador que me hacía crecer los colmillos me llegó en oleadas, señal inequívoca de su nerviosismo, que aumentaba su sudoración.

Mis hombres se sentaron en sus respectivos lugares de la mesa y yo decidí quedarme de pie para intentar acabar cuanto antes.

—Quédate sentado —le dije cuando pasó por mi lado para sentarse a mi derecha. Lo quería bien cercano a mí por lo que pudiera pasar—. Y, pase lo que pase, no digas nada.

Ya había aprendido la lección en la reunión anterior.

Había pasado muy poco tiempo desde que lo conocía. ¿Cuánto? ¿Dos meses?¿Tres? Y en este tiempo había ocurrido de todo. Sobre todo, y lo que más me atormentaba por las noches, era haberle fallado a ese hombre que había puesto su vida y la de su familia en mis manos, y la cual no supe defender como él esperaba de mí. Habíamos solucionado un intento de derrocamiento y también detuvimos a los vampiros culpables de traición; ahora solo deseaba casarme con ese hombre para poder tenerlo lo más cerca posible e intentar hacerle feliz y vivir en paz.

Pero primero debíamos acabar con eso de una vez por todas.

—Buenos días y bienvenidos a una nueva sesión de la Ley escarlata —dije a los reunidos. Como la reunión la había convocado yo, era el que tenía la palabra para explicar los motivos de esa junta extraordinaria—. En este caso hay varios motivos urgentes que quería traer a esta sesión —No dejé que nadie hablara—, así que, sin más dilación, empezaré con el tema más grave, aunque no más importante. —Hice una señal a Vladimir y las puertas de la sala se abrieron para dejar entrar a mis guardias personales, que llevaban a rastras a todos los cabecillas de la revuelta contra los humanos. Goliath era el primero. Cuando entraron todos los detenidos empezaron a escucharse cuchicheos por toda la habitación. Continué con mi explicación—: En la última sesión hablamos de que habían empezado a aparecer humanos asesinados en diferentes países a manos de vampiros, y os prometí solucionar el tema. He aquí a los responsables de los asesinatos.

—¿Todos estos hombres son los responsables de causar el terror entre los humanos?

El presidente africano, Amare Soninké, fue el primero en tomar la palabra. Miró a los vampiros y luego me miró a mí, esperando una explicación.

—Así es. Algunos de estos hombres son vampiros muy poderosos con un montón de hombres a su servicio. Al cometer los asesinatos en diferentes países de manera simultánea, pensaban que sería difícil dar con los cabecillas. Nada más lejos de la realidad. Me bastó con investigar a algunos de estos vampiros y sonsacarles información a los que habíamos ido capturando por el mundo para acabar dando con las cabezas pensantes.

—Es impresionante, no cabe duda. —Abraham Jackson, el portavoz del Consejo, no apartaba la vista de los detenidos que miraban a los humanos con rabia. De la misma manera que los humanos a ellos—, pero, ¿cómo podemos estar seguros de que ha podido detener a todos los implicados? —Entonces se dignó a mirarme a mí.

De verdad estaba poniendo en duda mi eficacia.

—Bueno, le aseguro que si saben tratar a estos hombres —Sí, me refería a torturarlos—, les dirán si nos hemos dejado a alguien por el camino. De todos modos, seguiré pendiente de este asunto para acabar con cualquier cabo suelto, como es mi obligación real.

—No puedo más que felicitarlo. —Amaroo no apartaba sus ojos de los detenidos.

Ese hombre siempre despertaba mi curiosidad. Vestía una especie de túnica de diferentes colores formando dibujos tribales y la cabeza cubierta con un turbante negro. Todo un personaje. Siempre se había mostrado respetuoso y comedido. Apenas lo había oído hablar en las anteriores reuniones.

—Gracias. —Incliné la cabeza ante él, que me devolvió el gesto —. Aún quedan cabos sueltos, pero me encargaré de ellos lo más pronto posible.

—No me cabe la menor duda —respondió con una sonrisa.

Abraham tomó la palabra:

—Bien, lleváoslos. —Los soldados se hicieron cargo de los detenidos y mis guardias se colocaron detrás de nuestros asientos. Quizá esperando problemas por lo que estaba por venir—. No sé si el tema de las supuestas nupcias con su esclavo de sangre entra en la orden del día. —Me envaré al oírlo hablar de Exael con tanta indiferencia. Odiaba a ese hombre desde el primer día y deseaba

con toda mi alma que lo que empezaba a sospechar se cumpliera para poder quitármelo de encima—. Pero queremos saber todo lo que pueda decirnos al respecto. —¿Hubiera estado muy mal visto si saltaba sobre él y le arrancaba la cabeza de un mordisco?—. Pero, como es un humano al que supuestamente debe convertir en vampiro, creo que es un tema nos compite a todos los aquí presentes.

—De acuerdo… —Respiré hondo para calmar las ganas que tenía de arrancarle la cabeza a este personajillo con ansias de protagonismo—, os anuncio aquí y ahora que dentro de dos semanas contraeré nupcias con Exael, mi, hasta ahora, esclavo de sangre. Como comprenderán, nuestros motivos para ello son estrictamente privados y he tenido la deferencia de avisaros para cumplir con el protocolo exigido.

Podía ver la lucecita roja de las cámaras grabando y por ese motivo me contuve para no destrozar a esta maldita sabandija que pensaba que podía entrometerse en mis asuntos privados y salir indemne.

Sonó un teléfono junto a mí —el cual atendió Vladimir— y, aunque en la sala no se permitían las llamadas telefónicas, esperaba una noticia que iba a destrozar los cimientos de esa sociedad si se cumplían mis sospechas.

—Bien —dijo, y colgó, ignorando las miradas censuradoras de los que nos rodeaban—. Mi rey, ya lo tienen.

—Perfecto. —Ahí estaba lo que tanto esperaba—. Que lo traigan.

—Majestad… —¿Cómo no iba a quejarse Abraham de esto también? ¡Cómo lo odiaba, joder!—, están prohibidas las llamadas en esta sala.

Sonreí enseñando mis colmillos, asegurándome de que fuese mi sonrisa más aterradora. Ese hombrecito patético por fin mostró el miedo que debía tenerme.

—¡Oh, estoy seguro de que el motivo de esa llamada os va a encantar!

Exael me miró curioso y tomé su mano para tranquilizarlo. Si normalmente las reuniones eran tensas, no había comparación con

la que se liaría en cuanto llegaran las personas a las que estaba esperando y que iban a destrozar los cimientos de ese Consejo.

Para dar más tensión a la situación, me senté despacio.

—Nos toca esperar unos minutos.

Ignoré los murmullos que empezaron a oírse de nuevo en la sala.

Hasta el idiota del portavoz se había callado, muerto de curiosidad.

—¿Qué está pasando? —me preguntó Exael en un susurro.

—Espera unos minutos y te enterarás tú también, cachorrito. No seas impaciente.

Me moría por decirles a todos lo que acabábamos de descubrir.

CAPÍTULO 54

En esos momentos entendí la expresión «la tensión se podía cortar con un cuchillo».

Todos guardaban un silencio expectante y pude notar que el tío de la cámara que grababa la sesión iba cogiendo diferentes planos de los asistentes, hasta que se centró en mí unos segundos y posteriormente en el rey.

Sentí un orgullo absurdo de que ese magnífico ser de la noche se hubiese enamorado de mí. De mí, precisamente, que solía divagar en mi propia mente y andaba siempre en las nubes, como solía recordarme mi madre. Pensar en ella me hizo sangrar el corazón, como siempre que las recordaba, a ella y a mi hermana, antes de irme a ese castillo para intentar solucionarles la vida. Qué puta ironía. Todo lo que había pasado para salvarlas y esa misma decisión era la que las había matado.

Aunque Velkan las había vengado como me prometió, el dolor de la pérdida me seguía a todas partes como una sombra para enseñar los dientes cuando menos lo esperaba y despedazarme en un segundo.

—¿Va todo bien, Exael? —Velkan debió notar mi cambio de humor por nuestro vínculo, porque se acercó a mí para tomarme la mano e intentar consolarme.

Me obligué a guardar la compostura y recomponerme. Estaba siendo un momento único en la historia del Consejo y no quería que se me viera en las imágenes con la expresión tan destrozada como estaba mi corazón cada vez que las recordaba.

Qué difícil era echar de menos.

—Mira, acaban de llegar.

Seguí la mirada del rey.

Vi que se abría la puerta y todos los ojos se volvieron para ver quién venía y por qué el rey había provocado tanta expectación.

Velkan se puso de pie y a punto estuve de hacerlo yo también. No veía demasiado bien a quien fuera que había entrado. Debía ser

importante, porque todos comenzaron a hablar de nuevo unos con otros entre murmullos.

Se me cayó el alma a los pies cuando vislumbré con claridad al humano que habían detenido.

Bajo toda esa sangre que lo bañaba casi por completo pude reconocer a Reid.

«¡Oh, joder, joder, joder!»

—Aquí está lo que estábamos esperando.

Abraham fue el primero en hablar:

—¿Qué se supone que significa esto? ¿Has estado maltratando a un humano? Porque, si es así, le recuerdo que…

—Cállate de una vez. —El rey no necesitó gritar para que su orden se oyera alta y clara y, para mi sorpresa, el portavoz del consejo se calló—. Os voy a explicar quién es este humano —aclaró Velkan sin perder su frialdad. Todo el mundo guardó silencio y el ambiente se puso casi irrespirable por la tensión que aumentó un par de grados—. Este humano que veis es el miembro de la resistencia que han colado en mi castillo para intentar asesinarme... —Guardó un silencio dramático y paseó la vista por los miembros del consejo, hasta que se centró en Abraham—, por encargo de Abraham Jackson, ¿verdad?

Me obligué a respirar e intentar mantener los latidos de mi corazón acompasados para que el rey no notara lo nervioso que me estaba poniendo todo eso. Mi cabeza estaba en juego incluso sin que yo hubiese querido participar en este complot. ¿Cómo le decía a Velkan que lo sabía desde que hablaron conmigo en la reunión anterior y no se lo había contado si no tenía intención de participar de manera activa? ¿por qué coño no se lo había dicho? Ahora era demasiado tarde para negar que lo sabía.

Como Reid o Abraham me implicaran, todo eso estallaría por los aires.

«¡Por favor, que no me impliquen!»

«¡Yo no quería ser partícipe de todo esto, joder!»

—Esto es ridículo. —El consejero tuvo los cojones de reírse, poniendo en duda sus palabras—. Yo nunca haría eso.

Un soldado le dio a Velkan la famosa estaca que yo había tenido en mi habitación días antes, y respiré profundamente porque no la habían encontrado entre mis cosas, ¿verdad? Porque no la habían encontrado en mi cajón. Si hubiese sido así, ya me lo habrían dicho.

Empecé a entrar en pánico otra vez y el rey me miró unos segundos desde donde se estaba acercando a la posición del consejero.

«¡Cálmate o tu solito te vas a delatar, pedazo de idiota! ¡Respira!»

—Ese hombre ha confesado y te ha nombrado como la cabeza pensante que se encarga de introducir a humanos en mi castillo para intentar matarme. ¡No lo niegues!

Velkan clavó la estaca de plata en la mesa a solo unos centímetros de donde Abraham tenía las manos apoyadas. Clavar una estaca hasta casi la empuñadura en una mesa de madera sin nada más que la fuerza del brazo era una proeza que solo podía realizar él, el rey de todos los vampiros.

—Ese hombre miente y me está acusando para cubrirse las espaldas —gritó el portavoz con la voz llena de pánico y sin dejar de mirar la estaca clavada en la mesa como recordatorio de lo que el rey podía hacerle sin esfuerzo alguno.

—No miento —susurró Reid entre gemidos—, tú eres el cabecilla de la resistencia.

—No es cierto. No puedes creerte las locuras de un hombre torturado hasta dejarlo en ese estado.

Estaba claro que Abraham diría lo que fuese necesario para que no lo descubrieran.

—¿Sabes lo que cuesta una estaca así? Por si tienes alguna duda, te diré que se fabrican con el único propósito de matar vampiros. —El rey continuó sin moverse de delante de Abraham—. Hemos investigado todo sobre este hombre y da la casualidad de que trabaja para una empresa pantalla que, mira por dónde, es de tu propiedad. Desde que tú tomaste este puesto empezaron los intentos de ataque de mis esclavos de sangre hacia mí. Qué casualidad, ¿no?

—No me importa lo que digas. —Parecía que Abraham iba ganando fuerza en rebatir sus palabras—. Este hombre dirá lo que sea necesario para que lo dejes en paz.

—¿No lo creéis a él porque ha sido torturado? —Se me secó la boca cuando supe lo que el rey iba a decir a continuación—. Muy bien. Os traeré otra declaración. Exael, ¿puedes levantarte y contar a la sala qué fue lo que hablaste con Abraham a solas en la reunión anterior?

CAPÍTULO 55

Me lo quedé mirando mientras sentía que mi corazón se paraba por el pánico.

Luego latía desbocado.

Luego se paraba otra vez.

¿Me iba a dar un infarto? ¿Allí, delante de toda esta gente?

¿Supo lo que hablaron conmigo durante todo ese tiempo y no me había dicho nada?

Me obligué a pensar si había visto algún indicio de que supiera que me habían contactado para que lo matara, pero su rostro pétreo y regio que tenía cuando era el rey no me mostraba nada más que furia en sus ojos malvas, que en ese momento parecían más oscuros desde donde estaba sentado. Ni un solo gesto más.

—Vamos… —me animó Alexander para que me levantara y respondiera a la pregunta del rey.

Sentía las miradas de todos sobre mí y eso me puso más nervioso todavía. Me sudaban las manos y sentía escalofríos por todo el cuerpo. Sentí una única gota de sudor bajándome por la columna como si contara mis vértebras por el camino.

—¿Exael?

No podía negarme a responder al rey, pero ¿qué podía decir? ¿Era posible que supiera todo lo relacionado con la estaca? ¿Que había estado en mi habitación esperando a que me animara a matarlo?

Me armé de valor y me obligué a tragar saliva, porque mi garganta se había quedado más seca que una alpargata abandonada en el desierto. ¿Creería Velkan en mí después de esto?

«¿Por qué coño no se lo conté cuando tuve la ocasión?» me lamenté.

Todo sería distinto ahora.

Miré al rey, que me animó con la mirada.

—¿Puedes contarnos, por favor, de qué hablaste con él en la habitación contigua?

—¡Esto es ridículo! ¡Va a contar lo que tú quieras que cuente. Es tu prometido, por el amor Dios! ¡Dirá lo que le pidas! —gritó Abraham como si, por decirlo más alto, tuviera más fuerza para que creyesen en él.

—Voy a contar la verdad —me oí decir en voz alta. Se hizo de nuevo el silencio y estuve a punto de sentarme y hacerme pequeñito hasta que ese lío se terminara.

Nunca había sido valiente. De hecho, tenía por costumbre evitar los enfrentamientos y negar que había algún problema para ver si surgía el milagro de que se solucionara solo.

No sabía si Velkan me perdonaría después de eso, pero ya era hora de que le contara todo lo que había pasado desde esa primera reunión.

—Sí, claro… —Abraham parecía desesperado por echar por tierra mi declaración, y eso que ni siquiera había empezado a hablar todavía—. La verdad y toda la verdad, no te jode.

—Déjalo continuar.

Al rey le bastaron esas palabras para que el Portavoz guardara silencio de nuevo. Eso sí, lanzándome maldiciones con la mirada; seguro que en voz baja, también.

Estuve a punto de echarme a reír.

Eso iba a ser completamente surrealista.

—Cuando el Consejero me pidió hablar conmigo en privado nos fuimos no a esta sala contigua, sino a la otra, por temor a que nos oyeran los vampiros que esperaban aquí. —No hice caso a los susurros que empezaron a oírse de nuevo—. Él me informó de que era de la resistencia y quería que me uniera en su intención de matar al rey. —Los susurros aumentaron de intensidad—. También me contó que habían hablado con todos los esclavos anteriores para esa misma misión.

—Esclavos que fueron descubiertos y sentenciados a muerte por traición —resumió el rey.

Velkan me miró con seriedad. Sus ojos prometían una conversación bastante seria más tarde. Me estremecí de terror. Nunca le había tenido miedo, pero ahora me preguntaba qué

pensaba de mí después de haberle ocultado todo eso durante tanto tiempo.

—¿A él también lo matarás por traición? —soltó Abraham, mirándome con cara de asco.

—Yo nunca quise participar en tu misión. —Quizá era tarde para pregonar mi inocencia, pero necesitaba que el rey supiera la verdad.

—Sé que él no estaba colaborando con vosotros porque interceptamos una nota de su puño y letra entregada a él —Señaló a Reid con la mano—, en la cual le pedía que recogiera el arma de su habitación, porque no pensaba usarla y no quería que estuviera entre sus cosas.

«¿Me vieron entregarle la nota?»

«Si es que eres muy torpe», me recriminé a mí mismo.

—Esa nota puso punto y final a todas las investigaciones que llevaba haciendo durante un tiempo y me han llevado directamente a ti.

La guardia del rey se abalanzó sobre Abraham y lo obligaron a levantarse de la silla.

—¿Qué coño creéis que estáis haciendo? —gritó a los soldados. Miró a Velkan con el mismo odio con el que me había mirado antes a mí —. No puedes detenerme.

—Claro que puedo. —El rey se movió tan deprisa que en un segundo estaba delante de la mesa y, al segundo siguiente, estaba frente a él, tan cerca, que Abraham dio un respingo por la sorpresa —. la Ley Escarlata dice que un miembro del consejo puede ser detenido cuando existan pruebas suficientes de que es un traidor. — El resto de los asistentes no se atrevieron a contradecirlo—. Os aviso de que seguiré investigando, por si alguno más de vosotros está implicado en esto —dijo al resto del consejo—. Haced limpieza entre los vuestros antes de que la haga yo, y preguntaos si de verdad queréis un tratado de paz con nosotros porque, si esto se repite — No hizo falta señalar al traidor—, no habrá acuerdo que nos mantenga en paz.

Todos los vampiros se levantaron al mismo tiempo y se dirigieron a la puerta sin mirar a nadie más.

Vladimir cogió a Abraham y se dirigió a la salida, rodeado de sus hombres.

El rey me ofreció la mano para que saliera de allí con él.

CAPÍTULO 56

El silencio del coche era tan escandaloso que se podía oír la respiración del conductor. Yo estaba sentado en un extremo del asiento y no me atrevía a mirar a Velkan para no tener que enfrentarme a esa conversación que teníamos pendiente.

—Solo te voy a preguntar por qué.

—¿Por qué, qué? —pregunté a mi vez.

¿Por qué no le había contado lo de Abraham?

¿Por qué cogí la estaca si no iba a usarla?

¿Por qué no le había dicho lo de Reid?

—¿Por qué no me contaste la verdad cuando te lo pregunté? —Me volví para mirarlo. En el fondo quería sincerarme con él y que se quedara tranquilo respecto a mi inocencia—. Porque, por si no lo recuerdas, te hice esa pregunta cuando salimos de la reunión. Sabía que tu nerviosismo no se debía solo por haber asistido a la cumbre.

—¿Quieres saber el motivo? —Me enfadaba cada vez que recordaba que él lo había sabido y me dejó sufriendo todo este tiempo—. Porque me aterraba que si te contaba lo que hablamos en esa sala la mala relación que ya había entre nuestras especies saltaría por los aires y quería la paz por encima de todo.

—¿Paz? —Casi gruñó esas palabras—. ¿Ocultándome una noticia así pensabas que habría paz entre nosotros? ¿En serio eres tan ingenuo?

—Pensé que, como le dije que no estaba interesado, no insistiría más. Está claro que me equivoqué.

—¿Y lo de la estaca en tu habitación?

—El día que Reid contactó conmigo fue la mañana que discutimos y estaba tan enfadado que ni siquiera lo pensé cuando la cogí. Solo cuando me di cuenta de lo que podía parecer decidí pedirle que se la llevara de ahí para que nadie la encontrara.

El rey me miró, evaluando si me creía o no.

—¿De verdad tengo que pensar que no estás trabajando para ellos?

Esa acusación me dolió.

—¿De verdad me estás preguntando eso?

Velkan debió notar el tono ofendido de mi voz, porque se removió en el asiento. Pero, incluso así, no respondió.

—¿De verdad me has pedido que me case contigo pese a que crees que quería matarte? —Estaba tan enfadado que me costaba trabajo respirar.

—¿Qué coño quieres que piense si encuentro una estaca de plata entre tu ropa? ¿De verdad tengo que pensar que no trabajas para ellos cuando todos los anteriores esclavos me han traicionado?

—Yo no soy como los demás esclavos. —O eso quería pensar—. ¿Por qué no me lo has preguntado directamente? —le recriminé, pensando en lo fácil que hubiera sido todo de haberlo hecho.

—Te lo pregunté y me mentiste en la cara. —Uy, eso era verdad.

En ese momento me removí yo, pero no quise apartar la mirada.

—Bueno… —No pensaba darme por vencido. Que quisiera casarse conmigo cuando en realidad pensaba lo peor de mí me había roto el corazón. Otra vez—. Ya te he explicado el motivo. Pero no tiene perdón que me pidieras matrimonio si piensas eso de mí. ¿O lo del matrimonio también era una prueba para demostrarte mi lealtad? —Después de lanzar esa pregunta me di cuenta de que prefería no saberlo. No podría soportar más decepciones—. Mejor no me lo digas.

—Exael…

Por el tono de su voz, parecía arrepentido de sus actos.

Vale, pero ya era muy tarde.

—Recogeré mis cosas para marcharme. Después de esto, no me quedaré a vivir aquí.

—Exael…

Intentó retenerme cuando casi me tiré del coche en cuanto se detuvo ante las puertas del castillo.

—No digas nada más, por favor —le pedí con la voz rota.

No me pondría a llorar de nuevo. Estaba visto que el rey no confiaba en mí. Era cierto que le mentí en un intento de —tonto de mí— no crear más tensión con los humanos.

Reconocía que encontrar la estaca en mi habitación no me dejaba en buen lugar, pero que me pidiera matrimonio para comprobar mi lealtad… No soportaba que rompiera más mi corazón. Le hubiera bastado con preguntarme.

Iba a entrar por la puerta cuando lo encontré frente a mí y me aparté por el susto.

—¡Deja de hacer eso, joder!

—Quiero disculparme contigo —dijo en voz baja. Me tomó la mano y sentí la suya más fría que nunca. Tan fría como estaba mi corazón en este momento—. Es cierto que no confío mucho en nadie y mucho menos en los humanos, pero tienes razón cuando dices que debí hablar contigo. Lo de la boda nunca ha sido un montaje. —Abrí los ojos por la sorpresa—. En el fondo tenía la esperanza de que fueras inocente en toda esta historia.

—Soy inocente —le recordé, y pasé por su lado para poder entrar de una vez.

—Lo sé y siento mucho todo esto. Perdóname.

Me negué a escuchar nada más.

—Tarde.

LEY ESCARLATA

El compromiso del rey

Por último y más importante, cuando el rey vampiro se compromete para casarse, ese compromiso es para toda la vida y nada ni nadie lo puede romper.

CAPÍTULO 57

—Deja de ser tan… insensato y piensa un poco en las cosas antes de actuar, ¿quieres?

—¿Te ha mandado tu hermano?

Ni siquiera dejé de recoger la ropa que estaba metiendo en una maleta de cualquier manera. Si mi madre me hubiera podido ver guardando esa ropa de marca con tan poco cuidado, me habría dado una buena colleja.

Cómo la echaba de menos, joder.

No quise pensar a dónde iría ni qué haría luego. Estaba seguro de que, a esas alturas, todo el mundo me conocía, y esperaba que me dejaran en paz cuando se enteraran de que un simple humano había dejado tirado en el altar al hombre más poderoso del mundo.

Y por supuesto que se enterarían.

—Mi hermano no sabe nada. Estoy segura de que tampoco sabe lo que estás haciendo. Habla con él y aclara las cosas. —Ante mi mirada, porque no sabía si era conocedora de lo que había ocurrido en la reunión si no había hablado con su hermano, aclaró—: He visto la retransmisión por la tele, ¿vale?

Bufé y seguí con mi cometido.

Había tanta ropa en mi vestidor que iba a necesitar diez maletas para llevármela toda.

Recordé lo distinto que era al preparar lo poco que tenía cuando hice la maleta para acudir a la selección del rey, así que estaba eligiendo lo que ya me había puesto y a lo que podía darle mejor uso para el día a día. Se acabarían las cenas elegantes y las reuniones de gala. Por un momento pensé en dejarlo todo allí, pero cuando miraba la poca ropa mía que quedaba tuve que reconocer que parecía un vagabundo si la comparaba con la nueva.

—Ya he hablado con él —dije, intentando elegir unos zapatos que no costaran mil euros.

Pocos, por lo que veía.

—Escucha… —Me detuvo para que la mirara y vi la preocupación en su rostro—. Sé que pensarás que no confiamos en ti y debes saber que mi hermano ha sido traicionado por todos y cada uno de sus anteriores esclavos de sangre.

—Yo no soy como los anteriores.

—Pero tampoco confiaste en él para contarle lo que estaba pasando —me recordó, y tuve que reconocer que me dolía no haber confiado más en él, sobre todo cuando nuestra relación cambió y reconoció que me amaba.

—¿También me mintió respecto a sus sentimientos?

No era justo que se lo preguntara a ella porque no podía saberlo, pero esa pregunta me dolía especialmente.

—¿Por qué no asumes que los dos os habéis equivocado e intentas un acercamiento con el rey en vez de salir huyendo? —soltó el fantasma que, por supuesto, también estaba ahí.

Auch, eso dolió.

Miré a George, ofendido por sus palabras mientras él seguía tumbado en la cama del rey, donde yo llevaba ya algunos días instalado. Recordé que había sido feliz los pocos momentos que habíamos compartido allí dentro. Solos. Me ruboricé y llené mis pulmones del aroma de su habitación, que olía a él. A ese perfume suyo que me hacía salivar y me daban ganas de quitarle la ropa a mordiscos.

—Estabas mejor callado —le solté. El idiota se rio—. Y levántate de su cama.

—Vaya —Su sonrisa se amplió—, incluso eres territorial con tu macho.

—No lo llames así, joder —bufé, pero era cierto que lo quería solo para mí.

Ya estaba cansado de oír a los dos dándome mil razones para que no me marchara, pero me sentía usado y traicionado y no me gustaba sentirme así. Cada vez que recordaba que habían encontrado la estaca entre mis cosas y no me dijo nada, me encendía como una cerilla.

—No puedes abandonar al rey. —Con la seriedad con la que George lo dijo, solo consiguió mosquearme más todavía.

—Mira y verás que sí puedo.

—Prometiste que me ayudarías a buscar los datos sobre mi asesinato.

Recordé que se lo había prometido y si me marchaba no podría cumplir la promesa, pero no me gustaba que intentara hacerme chantaje.

—Lo sé y ya veré cómo lo hago. Pero no uses eso para obligarme a quedarme aquí.

—Eres mi amigo y haré lo que haga falta para que no te vayas y me abandones tú también.

Ay, joder. Eso sí que dolía.

—Lo siento.

Decidí dejar las maletas como estaban. No podía seguir allí dentro ni un segundo más con las dos personas que consideraba mis únicos amigos en ese momento, dándome mil y una razones para que me quedara.

—Exael… —Sasha me cogió la cara con suavidad y sus ojos malvas, esos tan parecidos a los de su hermano, me miraron con cariño—. ¿Amas a mi hermano? —Tragué saliva para ver si se me quitaba el nudo de emociones que tenía en la garganta—. Creo que ese es el único motivo que debes tener en cuenta.

—No es cuestión de querernos —reconocí ante ella sin disimular mi dolor—, lo nuestro no ha funcionado en ningún momento. Los dos somos recelosos y no confiamos el uno en el otro. No tiene sentido alargarlo más. Nunca va a funcionar y mi corazón ya no soporta que lo rompan más veces. —Le acaricié la mejilla con un dedo. Era tan suave como la porcelana e igual de fría. Pero tenía un corazón generoso y me había aceptado desde el primer momento en que me conoció—. Te echaré de menos —confesé, y ya no pude reprimir más mis lágrimas—. Incluso a ti te echaré de menos, fantasma idiota.

—Piensa en una única cosa antes de marcharme —me pidió Sasha, sin soltarme siquiera—. Aunque pienses que no confiaba en ti, aun así, te pidió que te casaras con él y eso es lo único que deberías tener en cuenta sobre mi hermano. —Ese era el único motivo que me hacía replantear la decisión de marcharme—. Él

nunca confiará demasiado en los demás y ya te he dicho el motivo, pero en todos sus siglos en la tierra, jamás había querido casarse con nadie.

Me la quedé mirando sin evitar mis lágrimas. Me sentía muy perdido.

—No me digas eso, por favor.

—Es la verdad. Si conoces a mi hermano, dice más por lo que calla que por lo que puede llegar a decir en voz alta.

—Además… —George se levantó de la cama, por fin—, una vez que el rey se compromete ya no puede eludir el compromiso, pedazo de… alcornoque con patas.

Parpadeé, primero porque se atrevió a insultarme, más o menos, y segundo por lo que acababa de decir.

—¿Qué significa eso exactamente?

Los miré a los dos.

Habló George, cómo no.

—¿No has leído el último punto de la *Ley Escarlata*? ¿La que habla sobre el compromiso del rey?

Intenté recordar algo de eso, pero nunca tuve demasiado interés en esas leyes que creía tan lejanas a mi vida. Menuda ironía.

—Eh… No —Me encogí de hombros e intenté demostrar indiferencia, pero algo se me retorció en el pecho con esa noticia—. ¿Qué se supone que dice ese punto?

—Que cuando el rey se compromete con alguien es para toda la eternidad.

Sasha se me quedó mirando, a la espera de mi reacción.

—¿Dónde está tu hermano en este momento?

Iba a tener que explicarme esa nueva… sorpresa.

—Supongo que en la biblioteca. —Me miró con desconfianza—. Exael, ¿qué vas a hacer?

Salí de la habitación sin contestarle.

CAPÍTULO 58

No sabía exactamente qué iba a decirle, pero tenía claro que quería que me aclarara por qué me pidió matrimonio con lo que eso significaba según la puñetera *Ley Escarlata*.

No me extrañó encontrarme a Vladimir en la puerta, haciendo guardia. Ni se inmutó al verme allí, solo se puso delante de la puerta cerrada para evitar la entrada con gesto aburrido.

—Está ocupado.

Yo no tenía paciencia para esperar y no quería irme sin hablar con él.

—Dile, por favor, que necesito hablar con él.

—Está reunido. Tendrás que esperar.

Bufé para dejarle claro lo que opinaba de eso y conseguí arrancarle una levísima sonrisa.

—No puedo esperar, es urgente.

Como si hablara con la pared.

—Pues tendrás que hacerlo como todo el mundo.

—Yo no soy todo el mundo.

Si pensaba que lo haría cambiar de opinión estaba muy equivocado.

Maldito hombre.

—Si me dejas pasar tengo una noticia que seguramente te alegrarás de saber.

Durante un segundo pensé en contarle, si hiciera falta, que su hijo se follaba a la princesa, pero luego supe que sería imposible que desvelara un secreto de ese tipo, y menos de Sasha.

Entrecerró los ojos, valorando qué podía saber, y me gustó que no pensara que le estaba mintiendo. Algo era algo. No todo el mundo pensaba que yo mentía siempre.

—Me estás mintiendo. —Pues estaba equivocado, después de todo.

Ese comentario me dolió y, como nunca pensaba las cosas antes de hacerlas, me lancé sobre él. No esperaba mi repentino ataque y

dio varios pasos atrás para evitar caerse por el empujón de mi cuerpo. Chocamos contra la puerta, que se abrió por el impacto y los dos caímos de espaldas, con las piernas y brazos entrelazados. Vladimir cayó debajo de mí y se llevó el golpe con un gruñido de protesta.

Las personas que había alrededor de la mesa donde el rey estaba sentado nos miraron desconcertados.

Solo el rey rio bajito al ver el espectáculo que había dado.

—¿Exael? Veo que sigues en tu línea.

El rey no ocultaba la sonrisa divertida.

—Señor, dame permiso para arrancarle la cabeza a este idiota y detener así su incansable intención de dejarnos en evidencia una y otra vez.

Vladimir se levantó quitándome de encima con rapidez y me dejó panza arriba en el suelo como una tortuga varada.

—Mi rey, tengo que hablar contigo —dije, mirándolo desde el suelo.

Velkan se levantó y se acercó a mí, ofreciéndome la mano para ayudarme.

—¿No puede esperar? —Negué con la cabeza mientras tiraba de la ropa para dejarme medio presentable—. De acuerdo. Salid un momento mientras soluciono… lo que sea que le pase a mi… Exael, que no puede esperar.

Los vampiros que estaban con él salieron de la biblioteca con una sonrisa divertida. Solo Vladimir parecía ofuscado por mi comportamiento. Estuve a punto de hacerle un corte de mangas.

—Exael, no seas crío.

No dejaba de sorprenderme que el rey tuviera tan claros mis pensamientos.

Esperé a que la puerta se cerrara mientras el rey me estudiaba como si fuese un raro espécimen que nunca hubiera visto.

—¿Qué ocurre?

Ahora que estaba delante de él no tenía tan claro que fuera buena idea preguntarle por sus sentimientos hacia mí.

—El último punto de la *Ley Escarlata.* —Fue lo que solté de sopetón.

—¿Qué pasa con eso? —Ahora parecía verdaderamente intrigado.

—¿Es cierto que un compromiso contigo es para siempre? —No tenía demasiado sentido dar vueltas sin llegar al meollo de la cuestión.

—Eso dice, sí.

Se quedó mirándome para ver a dónde quería llegar.

—¿Qué pasará si me marcho de aquí y rompemos nuestra relación?

Me estudió unos segundos, en silencio, sin apartar sus ojos malvas de mí.

—Exael, la ley dice que no se puede romper la relación.

—¿Aunque no nos casemos?

¿Por qué siempre era el último en enterarme de todas las cosas importantes?

—Aunque te vayas y nunca más vuelvas a querer verme, seguirás prometido a mí hasta que mueras.

—¿Por qué coño no me lo dijiste?

¿Por qué me pasaban este tipo de cosas siempre con él? Éramos como dos barcos a la deriva que surcaban diferentes mares.

—Porque di por sentado que sabías lo que decía la ley cuando aceptaste casarte conmigo.

—¿Y no hay manera de solucionarlo? Quizás dar una rueda de prensa y decir que me he echado atrás o algo… —Velkan me miró sin decir nada. Tragué saliva antes de hacerle la pregunta más importante—. ¿Por qué me pediste que me casara contigo sabiendo que sería para siempre?

Se acercó a mí como el depredador que era, evaluando la expresión de mi cara.

—Quiero pensar que por el mismo motivo por el que tú aceptaste mi propuesta —dijo en voz baja mientras me acariciaba la mejilla con suavidad. Sus ojos malvas no se apartaban de los míos y me perdí en ellos, lamentando que no volvería a verlo así de cerca nunca más.

—Pero tú no confías en mí.

Cerró los ojos como si esas palabras le dolieran.

—Tengo un grave problema de confianza en los demás, pero ni siquiera eso fue suficiente para no desear que te quedaras conmigo para siempre.

Suspiré con fuerza y cogí su mano para que la apretara más fuerte sobre mi mejilla.

—Estoy haciendo la maleta para marcharme —le dije en un susurro.

Cerró los ojos como si sufriera un profundo dolor.

—Lo sé, y haría lo que me pidieras para evitar que te vayas.

—¿De verdad quieres casarte conmigo? —Yo no lo entendía. Él era poderoso y tenía a miles de vampiros, mujeres y hombres, que se casarían con él sin pensárselo dos veces. ¿Por qué me elegía a mí, que no era nadie ni tenía nada que ofrecerle?

—Haré lo que haga falta para verte feliz, cachorrito. Si quieres marcharte, hazlo. Ya veré lo que digo respecto a eso, pero no quiero que hagas nada por obligación. No me debes nada, ni a mí ni a nadie. Bastante has perdido ya desde que llegaste a este palacio.

—Aun sabiendo que todo esto es una locura, me enamoré de ti —le confesé en voz baja—. No del vampiro ni del rey, sino del hombre que hay debajo de todas esas obligaciones que antepone el bienestar de todos antes que del suyo propio.

—Exael…, quédate —me pidió en voz baja—, pero solo porque quieras hacerlo. Sé que tengo que cambiar mucho, pero quiero aprender a ser digno de ti y de todos esos sentimientos que desbordas a manos llenas. Prometo quererte por el resto de nuestras vidas.

—Sigo sin querer ser un vampiro. —Era justo que lo supiera.

—Ya solucionaremos eso cuando llegue el momento. Ahora solo quiero que te quedes aquí, te cases conmigo y me dejes amarte para siempre.

Ay, madre.

¿Por qué me decía ese tipo de cosas?

Si fuese un hombre frío y hermético que no me mirara con esos enormes y expresivos ojos que me volvían loco, o no fuese capaz de abrir su corazón para decirme ese tipo de cosas, todo sería mucho más fácil.

No podía irme.

No tenía a dónde ir, pero ni siquiera ese era un motivo de peso. No quería irme porque adoraba a ese hombre misterioso y maravilloso. A su hermana y al resto de los integrantes del castillo. Ya eran parte de mi vida.

—Vale, pero no prometo obedecerte ni hacer lo que me pidas. No te vayas a creer que voy a cambiar eso.

Dejó salir un gruñido de alegría antes de abrazarme con fuerza.

—Nunca permitiré que cambies ni un solo pelo de tu cabeza. Eres maravilloso así tal cual.

¿Veis por qué no me podía marchar?

EPÍLOGO

—¿Es un Tom Ford?

Miré a Sasha, que me iba a acompañar al altar donde esperaba el rey de los vampiros para casarse conmigo delante del mundo entero. Cada vez que lo pensaba me entraban tantos sudores que pensaba que me había puesto enfermo.

—Es el esmoquin que han decidido que te queda mejor —aclaró, ayudándome a vestirme, ya que estaba tan nervioso que ni siquiera era capaz de abrocharme los botones de la camisa blanca—. Lo mejor para el marido de mi hermano. —Me tiró de los faldones de la camisa para estirarla y se me quedó mirando con una hermosa sonrisa en los labios pintados de un tono pastel, que hacía juego con su vestido de noche. Estaba tan bonita como una pintura renacentista. Era muy injusto que todos fueran tan perfectos—. Me alegro mucho por vosotros y estoy segura de que vas a ser muy feliz viviendo aquí con nosotros.

La abracé con fuerza y le di un beso en la mejilla.

—¿Cuándo le contarás a tu hermano lo de Joseph?

Me dio un golpe en el brazo mientras se reía.

—Mira que eres cotilla. —Me ayudó a terminar de arreglarme antes de responder—. Joseph es alguien importante para mí. Ha sido mi amigo durante toda mi vida y apenas nos hemos dado cuenta de que queríamos dar un paso más allá. Tenemos toda la vida para tomar decisiones. —Se alejó unos pasos para darme un repaso y el visto bueno—. Estás guapísimo. ¿Vamos? —Me ofreció el brazo para que me agarrara a ella y salimos de la habitación para ir hasta la capilla del castillo, esa que ni siquiera sabía que existía.

George nos acompañó durante todo el trayecto, junto a la guardia del rey, que nos seguían vestidos con su ropa de gala. No sabíamos qué iba a pasar con su fantasma, ya que él no quería separarse de nosotros. Bueno, de mí, que era el único con el que podía hablar. Algo me decía que no me abandonaría cuando descubriera, si lo hacía, quién lo había envenenado.

—No tengo ningún sitio al que ir —me confesó un día—. *Quiero quedarme contigo.*

Así que ahí estaba. Acompañándome el día más importante de mi vida.

Se hizo el silencio cuando entré en la capilla y me acerqué al altar con Sasha de la mano. Minutos después, empezó a sonar la música cuando entró el rey.

Solo.

Estaba tan impresionante vestido de negro con un esmoquin como el mío que no pude apartar mis ojos de él.

Cuando llegó a mi lado y se situó junto a mí, todos en el salón se inclinaron en una reverencia ante el monarca, incluida Sasha.

Hasta George se inclinó ante Velkan.

Cuando quise hacer la reverencia me detuvo con una mano

—Tú no tienes que inclinarte ante mí. A partir de hoy eres mi consorte y el mundo entero se postrará siempre a tus pies. Todos te mostrarán respeto.

—Yo no quiero el respeto ni la atención de nadie —le confesé en voz baja—, solo quiero impresionarte por el resto de mi vida.

El rey me agarró una mano y me miró con tanto amor en sus ojos que si me quedaba alguna duda sobre nuestro enlace se esfumó en ese momento.

—A mí me tienes postrado a tus pies desde el mismo momento en el que te conocí, y te prometo aquí y ahora, ante el mundo entero, que intentaré hacerte feliz y ser merecedor de tu amor por el resto de la eternidad.

Mis ojos se empañaron de lágrimas y estaba seguro de que las cámaras que estaban retransmitiendo la boda del rey vampiro con un humano en directo estaban pendientes de todas nuestras palabras, y verían el momento en el que el humano se emocionó ante las palabras de su rey… y de su marido.

—Suena bien. Por el resto de la eternidad.

Repetí, paladeando las palabras.

En ese momento empezó la ceremonia de nuestra boda.

NOTA DE LA AUTORA

Este no ha sido un cuento de «erase una vez una princesa en un palacio…» ni «terminaron felices y comieron perdices», pero sí ha sido la de un rey vampiro y su esclavo de sangre, que empezó siendo su amante y se convirtió en su marido y regente.

Una historia llena de desgracias y de hombres con moralidad gris donde dos especies distintas intentan convivir en paz, y donde el matrimonio del rey con un humano creó unas nuevas bases que demostraron al mundo que el amor entre dos especies puede ser más grande que las diferencias que existan entre ellos.

Exael se casó con su rey porque, aunque nunca se habían entendido y había un sinfín de desconfianzas entre ellos, también había nacido el amor. Un amor que los hacía más fuertes y que logró limar las muchas aristas de sus corazones.

No siempre las diferencias entre una pareja tienen que ser malas.

El matrimonio de ellos no será fácil.

Ningún matrimonio lo es, pero ambos respetan a la otra persona y entienden que, como especies distintas que son, cada uno tiene sus peculiaridades y diferencias, y eso es lo mejor de todo.

Esta no ha sido una historia de amor normal y nunca intentó serlo. Pero espero que, incluso así, la hayáis disfrutado.

Y recordad que las diferencias entre dos personas es lo mejor de las relaciones.

Como la sal y el azúcar.

AGRADECIMIENTOS

Creo que, como la mayoría de las personas, soy una amante incondicional de los vampiros. De todas y cada una de las mil y una historias que se han escrito de ellos. De hecho, me gustan tanto que uno de mis últimos viajes fue a Rumanía para empaparme del ambiente de la ciudad sobre el vampiro más famoso de todos: Drácula.

Visité su castillo, que aunque no es el original en el que vivió el personaje real de la historia, Vlad Temper, sí fue el que sirvió de ambientación para la novela de Drácula.

Hay tantas historias sobre vampiros que es muy difícil ser original, y creo que un giro de tuerca sobre la historia y escribir sobre un rey vampiro amante de sus esclavos de sangre es un puntito diferente a lo habitual.

Espero de corazón que os haya gustado.

Agradezco a Ediciones Hic Sic por la edición tan maravillosa que ha hecho de esta novela. No me digáis que no es una preciosidad.

Y, por supuesto, siempre os agradezco a vosotros, mis lectores, que me sigáis leyendo y apoyando un año tras otro.

Si me dejáis una reseña en Amazon me ayudaréis a seguir creciendo.

Gracias por todo.